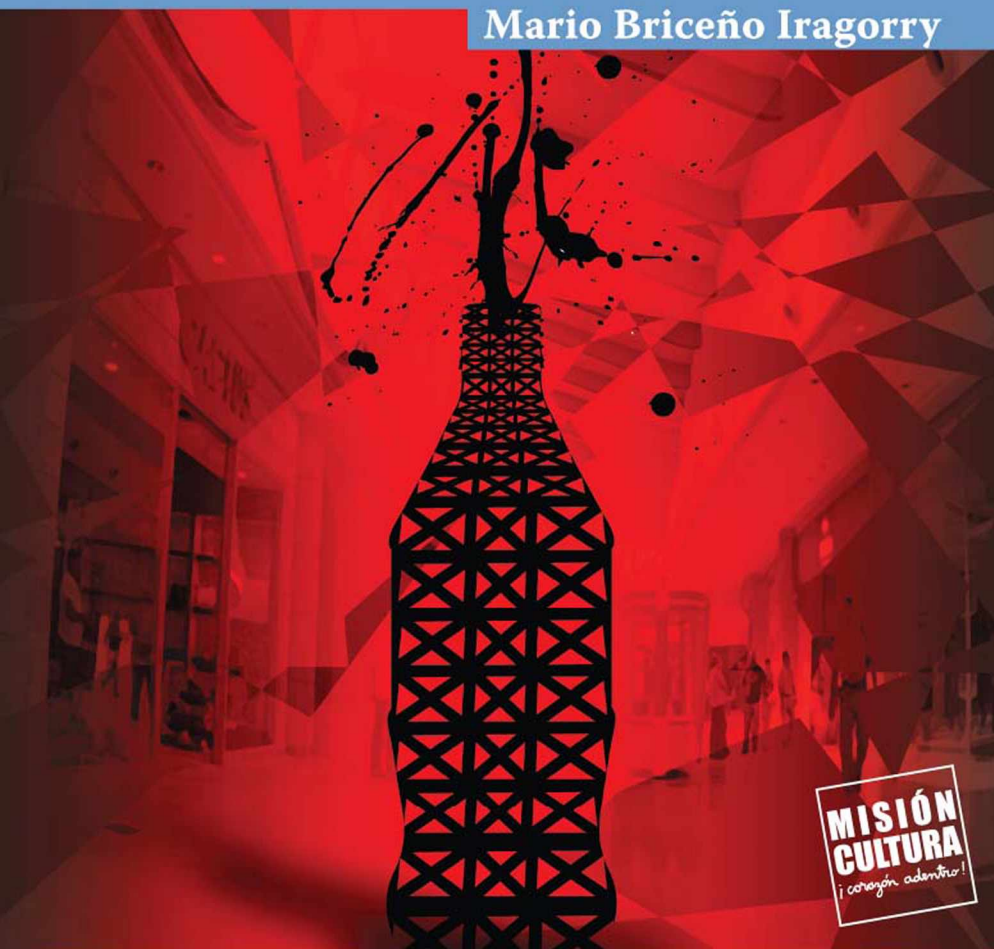


# Mensaje sin destino Alegría de la tierra

Mario Briceño Iragorry



**MISIÓN  
CULTURA**  
*¡corazón adentro!*



Fundación Editorial



el **perro** y la **rana**

© Mario Briceño Iragorry

© Fundación Editorial el **perro** y la **rana**, 2007

Av. Panteón. Foro Libertador

Edif. Archivo General de la Nación, planta baja,

Caracas- Venezuela, 1010.

Telfs.: (58-0212)5642469-8084492/4986/4165

Telefax: (58-0212) 5641411

CORREO ELECTRÓNICO:

[elperroylaranaediciones@gmail.com](mailto:elperroylaranaediciones@gmail.com)

PÁGINA WEB:

<http://www.elperroylarana.gob.ve>

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

N° If 4022008300758

ISBN 978-980-396-969-1

IMAGEN DE PORTADA:

Fundación Editorial el perro y la rana

1ª edición en Biblioteca Popular para los Consejos Comunales, 2007

serie Visión de América

Mario Briceño Irigorry

# Mensaje sin destino



# Alegría de la tierra

BIBLIOTECA POPULAR PARA  
LOS CONSEJOS COMUNALES

## **BIBLIOTECA POPULAR PARA LOS CONSEJOS COMUNALES**

Luces para la construcción de una moral socialista impulsan la Biblioteca Popular para los Consejos Comunales. Así, esta colección que aspira difundir la palabra de pensadores, investigadores, activistas sociales, ensayistas, poetas y narradores, traza desde la lectura la senda de un futuro solidario.

Por ello, es propósito de esta biblioteca el servir de herramienta para el desarrollo del pensamiento crítico, y a la par, promover la discusión reflexiva, el debate, generados a partir del análisis de los textos.

Con la publicación de cien títulos, cuyo tiraje individual suma un total de cincuenta mil ejemplares, se concibe una primera etapa de la Biblioteca Popular para los Consejos Comunales, compendiodeesfuerzoporpartedelasinstitucionesqueintegran la Plataforma del Libro y la Lectura.

En consecuencia, va el reconocimiento para cada uno de esos entes: Instituto Autónomo Centro Nacional del Libro (Cenal), Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg), Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., Fundación Biblioteca Ayacucho, Fundación Editorial El Perro y La Rana, Fundación Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, Fundación Librerías del Sur, Fundación Imprenta Ministerio de la Cultura y Distribuidora Venezolana del Libro.

Moral y Luces: ¡que la palabra sea inspiración para el ímpetu del Poder Popular!

## **CRITERIO DE EDICIÓN**

La presente edición compila, en un mismo volumen, dos obras fundamentales del historiador y maestro venezolano, Mario Briceño Iragorry (1897-1958). Son estas *Mensaje sin destino* (1951) y *Alegría de la tierra* (1952). La primera, definida por su autor como "modesto ensayo de interpretación de nuestra crisis de pueblo", recoge bajo un criterio de unidad, una serie de conceptos elaborados por Briceño Iragorry durante varios años de meditación en torno a los problemas nacionales.

Por su parte, *Alegría de la tierra*, reúne en cuerpo de libro diversos artículos en los que el escritor se dedicó a comentar en la prensa diaria, desde un punto de vista histórico, la crisis de la producción agrícola venezolana. "Olvidamos lo pequeño, lo urgente, lo ordinario de cada día. Olvidamos la tierra. Estas notas mías no constituyen sino una débil campanada entre las tantas como sueñan en las torres prevenidas del patriotismo: son apenas recados, memorias, recuerdos de la alegría que mana de nuestra dulce patria. Son como notas recogidas del cuaderno donde el hombre viejo de Venezuela dejó el aviso de su experiencia agradecida. Como el cuaderno de bitácora marca al navegante de hoy el rumbo que siguió ayer el timonel, he querido recoger en esta terrestre bitácora las notas del viaje antiguo del hombre venezolano que trabajó con amor y fruto la pródiga tierra nacional", sentenció Briceño Iragorry en su "Prólogo galeato" a este texto.

Queda pues, en estas páginas, la pasión venezolanista de Mario Briceño Iragorry, junto a su indiscutible magisterio ético, que lo hace permanecer en las nuevas generaciones de venezolanos como figura moral rectora.

# Mensaje sin destino

(ENSAYO SOBRE  
NUESTRA CRISIS DE PUEBLO)

CON PRÓLOGO Y NOTAS  
DEL AUTOR

*José Antonio Marturet, homenaje  
de aprecio y acendrada amistad.*

Este ensayo vuelve a las cajas de imprenta (como solemos decir quienes empezamos a escribir cuando la imprenta era más arte que industria), para corresponder, por medio de una nueva edición, a la solicitud con que el público lo ha favorecido. Satisfactoriamente para mí, ello representa que el cuerpo de ideas sostenidas, a través de sus páginas, corresponde a una realidad nacional, que interesa por igual a otros venezolanos.

Escritores preocupados en el examen de nuestros problemas han consignado en las columnas de la prensa su opinión acerca de los temas que abordan mi MENSAJE. Algunos han llegado a límites de extrema generosidad y encumbrada honra, otros han mostrado alguna disconformidad con la manera de tratar y ciertos temas.

Quiero referirme fundamentalmente a la poca importancia que asigna uno de los críticos a nuestra carencia de continuidad histórica como factor primordial de crisis, para ubicar toda la tragedia presente en solo el problema de la transición de la vieja economía agropecuaria a la nueva economía minera. Jamás me atrevería a desconocer el profundo significado que en nuestro proceso de pueblo tiene la presencia del petróleo como factor económico y social, ni menos desconozco las ventajas de la nueva riqueza. En mi ensayo lo he apuntado claramente, y en él me duelo de que, por carencia de un recto y provechoso sentido histórico de la venezolanidad, hubiéramos preferentemente utilizado los recursos petroleros para satisfacer nuestros bajos instintos orgiásticos, antes que dedicarlos a asegurar la permanencia fecunda de lo venezolano, y ello después de haber olvidado ciertos compromisos con la nación para mirar sólo a la zona de los intereses personales. Cuando radico en lo histórico la causa



principal de nuestra crisis de pueblo, no miro únicamente a los valores iluminados de cultura que provienen del pasado. Me refiero a la historia como sentido de continuidad y de permanencia creadora. Pongo énfasis al decir que nuestro empeño de olvidar y de improvisar ha sido la causa promordial de que el país no haya logrado la madurez que reclaman los pueblos para sentirse señores de sí mismos; ¿No nos quejamos diariamente de la falta de responsabilidad con que obran quienes asumen cargos directivos sin poseer la idoneidad requerida? Pues justamente ello proviene del desdén con que se miraron los valores antecedentes sobre los cuales se construye el dinamismo defensivo de la tradición. No considero el Pesebre navideño ni el Enano de la Kalenda trujillano como factores de esencialidad para la construcción de un orden social: miro en su derrota por el arbolito de Navidad y por el barbudo San Nicolás, la expresión de un relajamiento de nuestro espíritu y el eco medroso de la conciencia bilingüe que pretende erigirse en signo de nuestros destinos.

Para ir contra el pasado, o para mirarlo sólo al esfumino de una pasión romántica, algunos invocan sentencias cargadas de gravedad, que en otros pueblos han servido para condenar la pesada e infructuosa contemplación de un brillante pretérito. En España, por caso, ¡cuánto gritaron los hombres dirigentes contra la actitud de introversión de su cultura! Allí el problema fue otro. Había allá una superabundancia de historia que impedía en muchos, por imperfecta de glución, tomarla como nutrimento de futuro. Nosotros, en cambio, no hemos buscado en nosotros mismos los legítimos valores que pueden alimentar las ansias naturales de progreso. Cegados por varias novedades, no hemos echado canales afuera en pos de falsos atributos de cultura, hasta llegar a creer más, pongamos por caso, en las "virtudes" del existencialismo que en la fuerza de nuestros propios valores culturales.

Se me imputa que, llevado por el aire del pesimismo, no presento caminos para la solución de la crisis de nuestro pueblo. Claro que si se buscan programas políticos como remedio, no apunto nada que pueda tomarse por una posible solución. Pero

tras lo negativo de los hechos denunciados, está lo afirmativo de la virtud contraria, y más allá de la censura de ciertas actitudes, cualquiera mira el campo recomendable. Con diagnosticar el elemento externo que provoca un estado patológico, ya el médico señala parte del régimen que llevará al paciente al recobramiento de la salud. Tampoco fue mi intención indicar caminos ni menos fingir una posición de taumaturgo frente a las dolencias del país. Modestamente me limité a apuntar lo que yo considero causa de nuestra crisis, sin aspirar a enunciarlas todas, y menos aún proponerles remedio. También me aventuro a considerar que estoy en lo cierto cuando expongo las conclusiones a que conduzco mi flaca reflexión. Sé que son otros los que, con autoridad de que carezco, pueden presentar las fórmulas reparadoras; mas, como me considero en el deber de participar en la obra de investigar los problemas de la república, resolví prender la escasa luz de mi vela para agregarme, en el sitio que me toca, a la numerosa procesión de quienes, ora a la grita, ora a la voz apagada, se dicen preocupados por la suerte del país. Y no sólo el derecho de hablar que legítimamente me asiste como ciudadano, sino una obligación cívica, que sobre mí pesa, lo que empuja mi discurso.

Siempre he creído necesario contemplar los problemas del país a través de otros ojos, y, en consecuencia, no me guío únicamente por lo que miran los míos. A los demás pido prestada su luz; y el juicio de mis ojos, así sea opaco ante los otros, lo expongo al examen de quienes se sientan animados de una común inquietud patriótica.

Llamo al vino, vino, y a la tierra, tierra, sin pesimismo ni desesperación; sin propósito tampoco de engañar a nadie, digo ingenuamente lo que creo que debo decir, sin mirar vecinas consecuencias ni escuchar el rumor de los temores. Ni busco afanosos aplausos, ni rehuyo legítimas responsabilidades. Bien sé que los elogios no agregarán un ápice a mi escaso tamaño, ni las voces de la diatriba reducirán más mi medianía. Tampoco esquivo responsabilidades vistiendo vestidos postizos, menos, muchos menos, me empeño en hacer feria con los defectos de los demás. Aunque

quedaran visibles en la plaza pública sólo los míos, yo desearía servira una cruzada nacional que se encaminase a disimular, para mayor prestigio de la patria común los posibles errores de mis vecinos, que miro también por míos en el orden de la solidaria fraternidad de la república. Entonces podrá hablarse de concordia y reconciliación cuando los venezolanos, sintiendo por suyos los méritos de los otros venezolanos, consagren a la exaltación de sus valores la energía que dedican a la mutua destrucción, y cuando, sintiendo también por suyos los yerros del vecino, se adelanten, no aregonarlos complacidos, sino a colaborar modestamente en la condigna enmienda.

Caracas, 15 de septiembre de 1951.

Mario Briceño Iragorry

Por hábito de historiador, yo estudio siempre el pasado, pero es para buscar en el pasado el origen del presente y para encontrar en la tradición de mi país, nuevas energías con que continuar la obra de preparar el porvenir.

Gil Fortoul, en el Senado de la República.

El primer desarrollo de una conciencia auténtica consistió en edificar una conciencia del pasado.

Kahler. Historia Universal del Hombre.

Muchas almas sencillas creyeron durante largo tiempo que la verdadera historia de Francia comenzaba en el año de la República. Sin embargo, los más inflexibles revolucionarios han renunciado a creerlo, y en la Cámara de Diputados, M. Jaurés ha declarado que "las grandezas de hoy están hechas con los refuerzos de siglos pasados. Francia no está resumida en un día ni en una época, sino en la sucesión de todos sus días, de todas sus épocas, de todos sus crepúsculos y auroras".

Le Bon. La Revolución Francesa.

Lo propio de la Historia está en los acontecimientos mismos, cada cual con su inconfundible fisonomía, en que se reflejan los acontecimientos pasados y se perfilan los del porvenir.

Croce. La Historia como hazaña de la libertad.

# 1

Arturo Uslar Pietri, después de haber profesado brillantemente cátedra de Literatura hispanoamericana, durante casi cinco años, en Columbia University, ha regresado lleno de inquietud creadora a trabajar en el proceso cultural de nuestro país, y acaso animado del propósito de que se le vea ausente de la política, promovió una investigación pública acerca de una presunta crisis literaria en Venezuela. Algunos escritores ya se han adelantado a dar opinión sobre el caso.

Yo he juzgado la oportunidad como propicia para responder una pregunta de más largo alcance, que diariamente nos formulamos quienes solemos reflexionar sobre las necesidades y los dolores de la república.

Esto de la "crisis" parece ser tema de permanente actualidad entre nosotros. Mi libro "El Caballo de Ledesma", publicado en 1942 y que acaso Uslar Pietri haya leído en algunas de sus ediciones, está dedicado al tema de nuestra crisis, y de alguna manera particular a lo que pudiera llamarse "quiebra de la cultura".

El presidente López Contreras, en 1937, habló en forma más laxa de una supuesta "crisis de hombres". Esto alarmó a muchos, en especial a ciertos políticos que se tenían a sí mismo como candidatos para los cargos de comando. En aquel tiempo me permití argüir al ilustre ex-presidente que la crisis, más que de capacidades en sí, era de sentido de responsabilidad en los funcionarios públicos, muchos de ellos abogados, por falta de examen de sus propios recursos, al ejercicio de funciones en las cuales no les era posible dar rendimiento alguno. Esta crisis sigue vigente, sin que haya visos de que pueda remediarse.

La crisis literaria, cuya investigación ha promovido Uslar Pietri, existe de manera visible y audible, pero ella, aunque pudiera

explicarse fácilmente, tanto por deficiencia de recursos, como por la falta general del ligamen entre el escritor y el ambiente nacional, no es sino el aspecto más pequeño, quizá, de un fenómeno general: en Venezuela, desgraciadamente, hay, sobre todas las crisis, una crisis de pueblo.<sup>1</sup>

## 2

Esta tentativa de ensayo resultará a la postre, por lo que empiezo a ver, un pesado caso de tautología. ¡Cuántas veces tendré necesidad de escribir la palabra y de exponer el concepto de crisis!

Al asentar que padecemos una “crisis de pueblo”, no me refiero al pueblo en ninguno de sus valores corrientes de conjunto étnico, de sector social o económico, o de unidad o modo de ser político. Para el caso, más que el “pueblo político”, (en sí bastante informe), nos interesa el pueblo en función histórica. Y justamente no somos “pueblo” en estricta categoría política, por cuanto carecemos del común denominador histórico que nos dé densidad y continuidad de contenido espiritual del mismo modo que poseemos continuidad y unidad de contenido en el orden de la horizontalidad geográfica.

Creo haber escrito en alguna oportunidad que Venezuela, pese a su historia portentosa, resulta desde ciertos ángulos un pueblo antihistórico, por cuanto nuestra gente no ha logrado asimilar su propia historia en forma tal que pueda hablarse de vivencias nacionales, uniformes y creadoras, que nos ayuden en la obra de incorporar a nuestro acervo fundamental nuevos valores de cultura, cuyos contenidos y formas, por corresponder a grupos históricamente disímiles del nuestro, puedan adular nuestro genio nacional.

En más de un libro y una revista extranjeros he leído elogios entusiastas para la obra de nuestros historiadores de ayer y de hoy. Yo, así figure en el catálogo de quienes escriben historia en este país y por más que sienta el orgullo de la atribución, no estoy del todo conforme con tal entusiasmo. Cierto que en el pasado y en el presente se han escrito muchos libros valiosos de

historia —modelos entre ellos las historias de Baralt y Díaz y de Gil Fortoul—; cierto también que los gobiernos, lo mismo el del general Juan Vicente Gómez como el de Rómulo Betancourt, se han preocupado por el problema de la divulgación de nuestros fastos. Mas, en la mayoría de los trabajos de historia nacional se ha dado, con marcadas excepciones, notoria preferencia a una historia de tipo litúrgico y de criterio “calvinista”, con cuyo rígido esplendor se ha creído compensar nuestras carencias sociales de pueblo.

José Rafael Pocaterra, mostrando mayor sentido histórico que muchos profesionales de la historia, ha escrito con tinsa precisión: “Hubo una época y una literatura histórica que asignaron mentalmente el alto comando de las libertades a una clase que venía del privilegio y vivía para el privilegio. Los que hemos estudiado en el libro vivo esa historia no escrita, creemos que aún falta por escribirse, no los anales de los patricios ni de los guerreros, no la época de los jefes insignes y de los subalternos que corrían como perros cerca de las botas de los jefes: sino la historia de los hombres”. Esta circunstancia quizá sea una de las causas más pronunciadas de que nuestro pueblo carezca de densidad histórica. Como colectividad siente poco el pueblo la sombra de su esfuerzo sobre los muros del tiempo. Le han enseñado sólo a verse como masas informe que sirve de cauda disciplinada y sufrida a los milites que hicieron a caballo las grandes jornadas de la guerra. La historia bélica, que hasta hoy ha tenido preferencia en la didaxia, ha sido para el pueblo venezolano como centro de interés permanente, donde ha educado el respeto y la sumisión hacia los hombres de presa. Porque nuestra historia no ha sido los anales de los grupos que formaron las sucesivas generaciones, sino la historia luminosa o falsamente iluminada, de cabecillas que guiaron las masas aguerridas, ora para la libertad, ora para el despotismo. Ha faltado el ensayo que presente la obra del pueblo civil como factor de hechos constructivos, del mismo modo como, para interpretar el valor conjugante de la nacionalidad, han faltado las historias parciales de las varias regiones que se juntaron para formar la unidad de la patria.



Quizá la manera de juzgar los hechos históricos y la ausencia de una metodología que conduzca a un cabal y lógico examen del pasado, capaz de dar contrapeso a la peligrosa venida de trabajos de índole histórica, producidos en razón de “tener la Historia sus puertas abiertas al gran público”, según anota Huizinga, ha contribuido poderosamente a que nuestra colectividad no haya podido asimilar uniformemente, para una función de fisonomía y de carácter, los tesoros poderosos del tiempo y crear la conciencia histórica requerida como elemento de nacionalidad.

Estoy perfectamente de acuerdo con quienes ayer censuraron una medida, en apariencia útil y patriótica, tomada por las autoridades para evitar la circulación de cierta literatura argentina denigrativa del Libertador. Tal prohibición, en realidad, da la impresión de que nosotros estuviésemos imponiendo en asuntos de historia una doctrina “oficial”, que no se pudiera discutir. Es decir, con dicha medida asumimos una actitud semejante a la de la “policía histórica” que ejerce Juan Domingo Perón. En cambio, a estas alturas de tiempo, ya debiéramos haber adoptado, espontánea y uniformemente, un “canón” histórico, no de creación oficial o policíaca, sino formado, repito, sobre estructuras ideales, arrancadas, a través de un proceso sedimentario de generaciones, del fondo de nuestros anales. Contra ese “canón” popular, nacional, al cual correspondería, como es lógico, una sensibilidad defensiva, chocaría todo propósito forastero de desfigurar personajes y sucesos de nuestra historia. Como cuerpo provisto de robustas defensas naturales, el organismo social repudiaría por sí solo cualesquiera consejos que se opusieran a “su” verdad histórica, sin necesidad de que se recurra, como fatalmente hubo de recurrirse en el caso citado, a drásticas drogas de gendarmería. Insisto en decir que ya debiéramos poseer un grupo vigoroso y uniforme de valores históricos, logrados como fruto de una comprensión integral —de sentido colectivo— de nuestro pasado nacional. A cambio de ellos, hemos aceptado pasivamente una serie de premisas de tipo sociológico-político, aparentemente fundamentadas en una filosofía

pesimista, erigida sobre una supuesta insuficiencia vocacional del venezolano para ejercicios de república.

Lamentablemente andamos lejos de gozar la reconfiguración constructiva que nos ponga en posesión de aquellos instrumentos de educación cívica. Ser inde "culto" a los hombres que forjaron la nacionalidad independiente, pero un culto que se da la mano con lo sentimental más que con lo reflexivo. Nuestra misma devoción oficial por el Libertador podría decirse que fuera una prolongación de las fiestas de San Simón, preparadas para agasajar en vida no sólo al héroe magnífico de la libertad, pero también al poderoso dispensador de favores, o una repetición sin sentido de los funerales de 1831. Poco hemos hecho, en cambio, para formar una teoría ejemplar de lo bolivariano; como consecuencia de ello el admirable ensayo por medio del cual Santiago Key Ayala nos presenta la vida estimulante de un Bolívar sin fulgores de arcángel, no ha entrado de lleno en la didaxia de lo bolivariano. También nos valemos del Libertador para cubrir con los resplandores de su gloria lo opaco y menguado de nuestra realidad cívica. Y como es Padre de todos, cualquiera se cree con derecho de interpretar sus pensamientos, y aún de ponerlos al servicio de intereses foráneos.

La mayoría de nuestros compatriotas cuando exalta el pensamiento vulcánico del Padre de la Patria, sólo mira la oportunidad parcial de las circunstancias políticas. En Colombia, por ejemplo, como en Ecuador y Venezuela, los conservadores glorifican, pro domo sua, al Bolívar de la Dictadura, mientras los liberales lo motejan de tiranía, sin reflexionar ambos en que aquella etapa del ciclo bolivariano fue apenas una fase del multiforme y dialéctico obrar del héroe<sup>2</sup>. En la disputa sobre el tema de la conferencia Guayaquil, la mayoría se detiene en el valor del ofrecimiento o de la negativa de unas divisiones auxiliares, sin insistir lo suficiente acerca de que se hubiera fijado, con el retiro de San Martín, el destino republicano de nuestro mundo indohispánico, expuesto a las veleidades monárquicas del Protector, con tan buen abono en la conciencia realista de

los peruanos, que hasta hoy se quejan de Bolívar, por haberlos convertido a la república democrática.

No desdigo de que ciertos hechos de la vida de Bolívar se eleven a la luminosidad del mito: el pelotazo al birrete del futuro Fernando VII, el juramento en el Monte Sacro, el delirio en el Chimborazo, el salto sobre el Tequendama, así estén en tela de juicio, dan contornos de eficacia creadora de la figura del Padre inmortal. Sobre ellos se escribirá siempre con provecho para entender la singular voluntad del grande hombre. ¡Cuánto habría lucrado la república con que se hubiera hecho consignar de trabajo la frase que Bolívar lanzó contra José Domingo Díaz en medio de las ruinas del terremoto de 1812! ¡Vencer a la naturaleza! Jamás un forjador de pueblos les dio mandamiento de mayor alcance. Moisés pasó a pie en juto el Mar Rojo porque tenía de su parte los ejércitos de Jehová. Bolívar prometió vencer desde una actitud humana la oposición del universo a sus sueños de libertad. Si los venezolanos hubiéramos tomado como lema de acción la consigna de Bolívar, otro habría sido el destino de nuestro pueblo.

### 3

Puede decirse que hemos tratado la historia de fuera con preferencia a las “razones” y a los “sentimientos” que movieron a hombres y a hechos. Hemos visto más la liturgia de las efemérides que al permanente valor funcional de la historia como creadora de actos nuevos. Hemos dado preferencia a la parte teatral de las circunstancias sobre los propios fines y resultados de éstas. A Miranda, a Bolívar, a Sucre, a Páez, a Vargas consagramos toda nuestra devoción cuando acaecen los ciclos cronológicos de sus vidas. Después de haber exaltado hasta la hipérbole histórica el mérito de sus existencias magníficas, seguimos la vida cotidiana como si ninguno de los grandes pensamientos de ellos valiera la pena de ser tomados por empresa para lo común de nuestro quehacer de ciudadanos. A modo tan frívolo de entender el pasado, se suma un hecho fundamental, de raíces profundas, que ha llevado a la misma segmentación de nuestra historia y a la creación, en consecuencia, de zonas antagónicas e irreductibles en nuestros propios anales.

Confundiendo tradición con involución, muchos han querido ir, en aras del progreso, contra los valores antiguos. Primero de estos casos lo constituye cierta manera, hasta ayer muy a la moda, de enjuiciar nuestro pasado de colonia española. Se trata de un criterio retardado, en el cual sobreviven el odio contra España que provocó la guerra de emancipación y el espíritu de crítica de la generación heroica hacia los propios valores que conformaron su vida intelectual. Lejos de que se puedan tomar al pie de la letra las opiniones de Sanz, de Belloy de Vargas como condenación absoluta de la cultura colonial, debieran verse como expresión de un espíritu de progreso, semejante al que hoy nos anima cuando censuramos las deficiencias de nuestra educación. Sin tal crítica, así ella sea dura e injusta, no

habría progreso en ninguno de los órdenes sociales. ¡Desgraciado el joven que se limite a alabar servilmente las ideas y las formas que legaron sus inmediatos antecesores!

El odio que fue necesario de exaltar como máquina de guerra durante la lucha ciclópea librada por nuestros Padres contra la metrópoli peninsular, subsistió en la conciencia nacional, por prenda de "patriotismo", durante mucho tiempo después de compuestas las paces entre la antigua Corte y la flamante República. Olvidados ciertos críticos de que el venezolano, más que continuación del aborigen, es pueblo de trasplante y de confluencia, cuyas raíces fundamentales se hunden en el suelo histórico de España, creyeron que, ganada la independencia política, habían sido echadas del territorio patrio unas autoridades desvinculadas históricamente de lo nacional nuestro, y consideraron, por lo tanto, de genuina calidad patriótica anchar hasta los propios orígenes de la colectividad, el menosprecio indiscriminado contra todas las formas y valores antiguos.

Sin embargo, hubo quienes comprendieron, cuando aún se escuchaban voces dispersas que pregonaban los caducos derechos de Fernando VII, cómo para la recta comprensión de la República, era preciso remontar el tiempo para llegar hasta los prístinos momentos de la venida a nuestras tierras de los primeros pobladores españoles; y así vemos en 1824 a Domingo Navas Espínola, liberal de los de Tomás Lander, dado a reimprimir en Caracas la clásica "Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela", debida a la pluma maestra de José de Oviedo y Baños.

Fenómeno no sólo venezolano sino americano, aquella posición ha servido, con lucro para fuerzas extrañas, como elemento desfigurativo de la historia general del continente indohispano. Silvio Zabala, campeón en México de la corriente contraria, me manifestaba en 1946 que había sido más fácil en Venezuela que en su país abrir el proceso de revalorización del período hispánico de nuestra historia, y eso que allá hombres de la calidad de Justo Sierra jamás negaron los valores coloniales.

La diatriba sin examen contra lo formativo español y el repudio de nuestros tres siglos de colonia han intentado descabezar la historia nacional. César Zumeta, egregio exponente del pensamiento venezolano, acuñó, en momentos de acritud polémica, una frase que sintetiza el error de la escuela formada sobre tal diatriba y sobre tal repudio. En su discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia dijo que “entre la República y la Colonia existe un hiato semejante al que separa el Antiguo del nuevo Testamento”.

En cambio, cómo volvemos los ojos hacia la realidad colonial cuando intentamos pruebas del despojo de gran parte de nuestra Guayana, perpetrado por el imperialismo inglés, durante nuestro siglo XIX republicano. De allá sí nos vienen entonces, junto con nuestra historia, los títulos de soberanía sobre un territorio conquistado por los hombres que generaron nuestra estirpe de pueblo. Los partidarios de la “pausa” histórica debieran meditar acerca de que la integridad territorial es consecuencia de un proceso de comunidad que deriva del tiempo sus mejores argumentos de conservación y de resistencia.

El “hiato”, para admitirse en función histórica, necesitaría presentarse acompañado de un cataclismo geológico o de un asesinato integral, que hubiese borrado del suelo nacional todo elemento humano de continuidad. En historia lejos de existir acontecimientos que pudieran catalogarse como pasmos o silencios en el devenir social, existen metástasis que explican la presencia de procesos que sufrieron retardo en su evolución natural. En historia no hay cesura. Su ley es la continuidad.

Si descabezamos nuestra historia, quedaremos reducidos a una corta y accidentada aventura republicana de ciento cuarenta años, que no nos daría derecho a sentirnos pueblo en la plena atribución histórico-social de la palabra. Y si esos ciento cuarenta años admitimos la procedencia de los varios procesos segmentarios, de caída y ascenso, que determinan los cognomentos partidistas de Federación, Fusionismo, Regeneración, Reivindicación, Legalismo, Restauración,

Rehabilitación y Segunda Independencia, habremos de concluir que lejos de ser una Venezuela en categoría histórica, nuestro país es la simple superposición cronológica de procesos tribales que no llegaron a obtener la densidad social requerida para el ascenso a nación. Pequeñas Venezuelas que explicarían nuestra tremenda crisis de pueblo. Sobre esta crisis se justifican todas las demás, y se explica la mentalidad anárquica que a través de todos los gobiernos ha dado una característica de prueba y de novedad al progreso de la nación. Por ello a diario nos dolemos de ver cómo el país no ha podido realizar nada continuo. En los distintos órdenes del progreso no hemos hecho sino sustituir un fracaso por otro fracaso, para lograr, como balance, la certidumbre dolorosa de que nuestra educación, nuestra agricultura, nuestra vialidad, nuestra riqueza misma, viven una permanente crisis de inseguridad y de desorientación.

## 4

Buscar las raíces históricas de la comunidad es tanto como contribuir al vigor de los valores que pueden conjugar el destino y el sentido del país nacional. Buen ejemplo de lo que valen como elementos de integración los símbolos antiguos, lo proporciona el famoso film soviético "Iván el Terrible", que estuvo en nuestras salas de cine hace dos años y que ha reaparecido en los días que cursan.

Stalin, teórico excelente de la nacionalidad, asienta en su ensayo "El Marxismo y el problema nacional", que una nación no es una comunidad racial o tribal, sino una comunidad de hombres, formada "históricamente", que posee territorio, economía, idioma y psicología que le dan unidad. Por ello, en sus planes para el robustecimiento de la unidad del pueblo ruso, entra este sistema, romántico y sentimental, de evocar lo antiguo como medio idóneo de crear vivencias psicológicas que sirvan de pilares para el imperio soviético. Y esta lección nos viene nada menos que del país donde la revolución ha tenido sus solar y su fragua más característicos, como para callar a quien pretenda motejar de retrógrados a los que exaltamos el valor de lo tradicional.

Nosotros, empero, que apenas aparecíamos como colectividad en formación, cuando el nieto de Iván III ya daba forma el futuro grande imperio zarista, nos empeñamos por romper a cada paso y con el más fútil razonamiento, la continuidad de nuestro pasado nacional. A más del pretense "hiato" existente entre la época colonial y el período independiente, hemos intentado, según arriba ya punté, hacer de nuestra historia de ayer y de nuestra historia de hoy una serie de parcelas aisladas, semi-autónomas y desprovistas en consecuencia, de un centro de gravedad que les dé consistencia para resistir del oleaje de la historia universal. En



una Venezuela que arranca del esfuerzo constante —errado o feliz— de diversas generaciones, se ha querido ver posiciones diferenciadas por los signos momentáneos de una política o de una moda de circunstancias. Lo que los historiadores y los políticos de ayer y de hoy intentaron o intentan presentar como cesuras derivadas de valores acomodaticios, no pasadeser obraligera e interesada, las más de las veces con finalidades demagógicas.

Traer al plan o presentar los valores antiguos para extraerles su contenido de futuro, no es negarnos a cumplir nuestro destino de la hora. Cuando Luis López Méndez, refiriéndose a los Padres de la Independencia, exclamó: “Aquellos hombres hicieron su obra, hagamos nosotros la nuestra”, no repudió el pasado como fuerza constructiva, sino el infecundo conformismo de quienes se creyeron que ya todo estaba hecho por los antepasados. Él sabía que nunca llegarán a nada un pueblo que se resigna a mirar con tímido respeto la gloria que pasó. Sabía él, además, que debemantenerse intacto el “hilo de oro” que une las generaciones, a fin de hacer posible la superación constante de aquella gloria.

Del éxito y del fracaso antiguo de la hora grávida de las conquistas cívicas y del momento menguado del retroceso tumultuario, de la crisis de los sistemas y del florecimiento de los grandes esfuerzos constructivos de la alegría de la plenitud y del dolor de la exhaustez, se ha venido tejiendo la misma e indivisible tela de la nacionalidad. En ella caben, como elementos que interesa examinar para la explicación de nuestra historia, el gesto de Vargas ante la insolencia de Carujo y la actitud antigua de Monagas frente al Congreso, la mentalidad progresista de Guzmán Blanco y la curva hacia el nuevo caudillismo que reabrió el “legalismo” de Joaquín Crespo, momentos todos de una misma conciencia multánime, que expresa la agonía de un pueblo en busca de caminos.

Los cortos espacios, que marca un régimen o un sistema político, no cuentan para deshacer la continuidad histórica de una nación. Por lo contrario, ésta es más en sí misma cuanto menos se abulten, por medio de sistemas artificiales, los “modos de ser”

provocados por el tiempo y por las diferenciaciones que promueve el movimiento de la cultura. Y tanto más válidos y duraderos serán los frutos de este progreso, cuanto más firme sea la estructura de la tradición donde se fundamenten las instituciones creadas por el genio popular, producto a la vez de la sedimentación histórica de los valores espirituales que producen las generaciones.

Como pródiga tierra que alimenta la raigambre de los árboles, la tradición es savia que sirve de nutrimento a la existencia de las naciones. De la vida antigua arranca la obra del progreso nuevo. De ejemplo, pleno o deficiente, de ayer, viene la lección fructífera para la hora presente. Por la tradición hablan los muertos que no quieren morir, los muertos que aún mandan. Porque si es cierto, según apunta Bright, que no se entra a las asambleas políticas invocando el mérito de los antepasados, sino el prestigio actual labrado por nosotros mismos en función de individuos, en el orden de los imperativos sociológicos, el mandato de los muertos tiene vigencia irrevocable.

Más no debe entenderse que la tradición sea una actitud estática y conformista, que convierte a los hombres nuevos en meros y necios contempladores de los valores antiguos. La tradición es la onda creadora que va del ayer al mañana, y sin consultarla, no crecerán para lo porvenir las sociedades. Hay quienes la adversan por confundirla a la ligera con el ánimo retrógrado y fanático de ciertos temperamentos conservadores, o puestos al espíritu de modificación progresiva que cada generación está en el deber de realizar en orden al perfeccionamiento del legado transmitido por los antecesores. Pero la tradición, lejos de impedir el avance de dicho espíritu, es el módulo que determina su progreso.

Desde el día de la época colonial para hacer más brillante la epopeya de la emancipación; desconocer los valores del caudillismo conservador para ameritar los avances del ciclo liberal; negar los hechos positivos de la dictadura andina, (integración demográfica de la nacionalidad, pago de la deuda exterior, supresión del caudillismo cantonal, creación de la sanidad pública), para que más

brillen las conquistas cívicas logradas después de la muerte de Gómez; achicar la Universidad antigua para sólo dar estimación a la Universidad de Ernst y Villavicencio, es manera inadecuada de interpretar y valorar nuestro pasado. Uno y otros períodos son dignos de una misma existencia colectiva, influida por el curso del progreso universal. En la investigación y valorización de los hechos históricos, urge buscar no las circunstancias que parece que dividieran la trama de los sucesos, sino las razones que permitan ver los acontecimientos que al bulto se contradicen, como expresiones de la continuidad de la vida de los pueblos.

Pretender fabricarnos una historia a la medida de nuestras preferencias actuales, desdeñando, al efecto, los hechos y los personajes que contradicen nuestras inclinaciones ideológicas, es tanto como ir contra el propio sentido de la nacionalidad. Así como existe una comunidad solidaria en el presente, que obliga deponer diferencias cuando se trata de la defensa de los intereses comunes, de igual modo, en el orden del pasado existe una solidaridad moral que nos impone una actitud defensiva frente a lo que ataca los valores nacionales. Por eso, sin conciencia histórica no hay, como dije antes, sensibilidad para distinguir lo que atente contra los intereses colectivos.

Definir una tradición y velar por su constante progreso es deber de colectividades que aspiran a robustecer su personalidad en los cuadros de la historia universal. Tradición en este caso es fisonomía, tono, genio, carácter que diferencia a los grupos y les da derecho a ser tomados en cuenta como unidades de cultura.

Cada hecho antiguo tiene su oportuna valorización en el presente. Lo viejo se deshumaniza y prosigue como símbolo en lo que tenga de positivo. Del Negro Primero no miramos el analfabetismo y la violencia vegetal: alabamos la expresión de su fe primitiva en la libertad. A Jorge Bello nadie le examina su corriente valor humano, para presentarlo como símbolo de la dignidad de la patria, cuando defiende el pueblo de San Carlos del artero ataque alemán. Domingo Antonio Sifontes, desamparado por la justicia de los hombres, revive la raza de los libertadores,

cuando apresya castiga a las intrusas autoridades británicas que querían saciar la sed de expansión en nuestro territorio guayanés. No se cierra un pasado con muros tan sórdidos que impidan el eco de las voces antiguas. Y la fuerza de las voces nuevas acrece con el murmullo de las palabras viejas. En Estados Unidos, donde el progreso se ha afincado sobre el suelo de una bien cultivada tradición, las consignas nuevas no han borrado el eco de los mensajes de los grandes constructores de la nacionalidad. No sólo en plazas y avenidas como en mármol de permanencia Washington, Hamilton y Jefferson: ellos viven vida perenne en el discurso común del hombre americano. La cultura joven no se desdeña en aquel gran país de ceñirse a fórmulas antiguas y de contenido absoluto. Cuando en Columbia University se doctoran los nuevos sabios que bloquean la estructura del átomo, oyen los mismos cantos litúrgicos que fijó para la pompa académica la constitución universitaria colonial.

## 5

Por común denominador que sirva de signo conjugante al caos humano que se mueve en el continente norteamericano, han sido extraídos los valores de la historia que arranca de la aventura de Cristoph Newport en 1607. No repugnan nuestros “buenos vecinos” del Norte las peripecias del coloniaje, más pobre y de menor empuje que las acciones de los aventureros españoles. En su historia no olvidan, ni toman de ello sonrojo, el arribo a Virginia por el año de 1619, de un “barco procedente de Inglaterra con noventa muchachas casaderas, quienes fueron dadas por esposas a aquellos colonos que pagaron ciento veinte libras por su transporte”. Es decir, el relato de los orígenes de una sociedad puritana que se fundaba sobre una trata de blancas, realizada del modo más honorable. Pero el norteamericano cree ganar fuerza para la elaboración de nuevos y eficaces valores, no sólo por medio de la asimilación de la historia forjada por los hombres que dieron comienzo a los establecimientos primitivos, sino también por la incorporación de los elementos de cultura de la vieja Inglaterra, de donde aquellos trajeron una razón y un modo histórico de vivir.

Nosotros, como secuela, según ya apunté, del odio feroz que promovieron las crueldades de Monteverde, Boves, Zuazola, Moxó y Morillo, hemos intentado borrar de nuestros anales la época en que nuestra colectividad fue parte del imperio español, para fijar los soportes de la nacionalidad en los hechos realizados por los grandes patriotas que abatieron la contumacia colonizadora de España. Como resultado de esta arbitraria fijación, nos hemos negado a buscar la razón de nosotros mismos y de nuestra propia lucha emancipadora en circunstancias y supuestos producidos en nuestros subsuelo pre-republicano. Alejados de una lógica viva que persiga en nosotros mismos, es decir, en nuestro propio

pasado nacional la sustancia moral de nuestro ser social, hemos sufrido una ausencia de perfiles determinantes. Como corolario, no hemos llegado a la definición del "pueblo histórico" que se necesita para la fragua de la nacionalidad.

Cerrados a la comprensión de esta tesis, por demás cargada de venezolanidad, hemos buscado símbolos extraños para explicar la misma explosión de nuestro proceso emancipador y hemos aceptado, a humos de amigos de la libertad, principios tan extraños como el que sostiene el cubano Fernando Ortiz, al proclamar que la guerra por nuestra liberación continental empezó en el canal de la Mancha, con la destrucción de la poderosa armada de Felipell. Tanto como adelantarnos a negar los valores de nuestra colonia y entrar a la justificación de los piratas que destruyeron los asentamientos de nuestros antepasados españoles y detuvieron fatalmente la curva del progreso de nuestros pueblos.

Sólo a una mente obcecada por un menosprecio irredento hacia las formas de la política española, puede ocurrir la idea de justificar como beneficiosas para nuestro mundo indiohispánico, la obra vengativa de Inglaterra y la labor asoladora de los piratas. (Se explica el caso de Fernando Ortiz por carecer él, individualmente, de la perspectiva histórica necesaria para juzgar el pasado colonial de su país: su sensibilidad está viva aún para alzarse contra las formas políticas que vivió su juventud). En cambio, nosotros ya gozamos de una perspectiva de tiempo que nos permite mirar con serenidad y sentido nacional hacia nuestro pasado hispánico.

Destruído, aniquilado y felizmente convertido en un mundo distinto, el antiguo imperio colonial de España subsiste como tema de odio, de menosprecio y de codicia para el sajón. Y cuando este odio extraño se une incautamente con el odio retardado de quienes consideran patriótico mantener la enemiga nacional contra el mundo de las formas coloniales, los nuestros hacen suyos los elementos de los viejos enemigos de España y se cierran a la comprensión de nuestro pasado.

Se alaba la cultura de los franceses e ingleses, y se echa a un lado el recuerdo de las barbaridades cometidas por los corsarios

que aquéllos armaban para destruir las ciudades hispánicas del nuevo mundo. Para equilibrar los resultados de la conquista —desinterés y desprendimiento del español frente a la timidez y a la lentitud de otras potencias— ningunas más eficaces que las armas de los hombres sin ley que venían a quemar nuestros asentamientos y a robar los galeones que conducían a Sevilla el fruto del trabajo minero; era criminal que el indio y el negro trabajasen las minas a favor de España, pero no era criminal vender aquellos negros ni matar a quienes transportaban el fruto de aquel trabajo. Bien estuvo que dicha moral tuviese defensores en la Corte de Londres, donde se honraban piratas y negreros. Pero que del lado español y a través de tres siglos de reposo para el raciocinio, haya historia nacional que adhiera a tal sistema ético, parece por demás descaminado. Aunque así parezca y pese a lo ilógico del caso, muchos han renegado su origen cultural y han maldecido la sangre española corrida por sus venas. Hechos todo oídos para recibir la leyenda del descrédito de España, hallaron en la propia autocrítica de sus hombres fuerza con que arrimarse a las tesis menospreciantes sostenidas por los otros. Olvidaron muchos que mientras Francia, Inglaterra y Holanda galardonaban a los asesinos y ladrones que destruían el imperio español, en el Consejo de Indias se escuchaban y atendían con profundo sentido humanístico las censuras contra el sistema de gobernar los reyes las provincias de América, formuladas por los juristas, los filósofos, los teólogos y aún por los mismos colonizadores españoles.

En la recia tela de su vida institucional labró España el pespunte de su crítica. Tuvo el valor, que es tuétano y esencia de su historia, para proclamar las faltas de sus hombres y tuvo también sentido para irles a la contraria. Pudo errar, pero no buscó hipócritas argumentos puritanos para ocultar los desaciertos de sus capitanes. Pudieron sus hombres haber sido arbitrarios con los indios y haber desoído las pragmáticas que los obligaban a servirlos en las encomiendas. Esas críticas no figuran en la historia de la colonización inglesa en Norteamérica, por cuanto allá no hubo encomiendas, en razón de haber sido sacrificados los indígenas,

con quienes, tampoco, el inglés buscó la convivencia. En cambio, los crímenes de los conquistadores españoles palidecen ante las barbaridades cometidas entre sí, en Nueva Inglaterra, por los fanáticos pobladores que transportaban al nuevo mundo los tintes shakespearianos de la historia inglesa. “Toda la Europa, escribe nuestro gran Vargas, se espantó de una intolerancia tan chocante, porque en ninguna parte se había visto ésta establecida como principio gubernativo de una manera tan formal y tan temible”.



## 6

No dudo del sincero patriotismo de los que juzgan nuestro pasado español a la lumbre de un criterio opuesto al que otros y yo sustentamos y defendemos. Sólo he considerado desprovisto de humores de que se esiente que quienes hemos procurado hacer luz en el proceso hispánico de nuestro país, estamos promoviendo un regreso al antiguo sistema colonial. Sería creer demasiado en el poder de la evocación literaria.

Del mismo modo como no acepto la "leyenda negra" forjada a la sombra de la Torre de Londres, rechazo la "leyenda dorada" de quienes alaban de la colonización española hasta la esclavitud y la Inquisición<sup>3</sup>. Cuando he justificado en el tiempo la obra de nuestros mayores, es decir, la obra de los peninsulares que generaron nuestras estirpes y fijaron nuestros apellidos, he creído cumplir un deber moral con el mundo de donde vengo. Si mis primeros cuatro apellidos procedieron de Barbados o de Jamaica, tal vez estaría lamentando que mis presuntos abuelos no hubieran logrado en dominio de Tierra Firme. Y si doy mayor estimación a la parte hispánica de mis ancestros que al torrente sanguíneo que me viene de los indios colonizados y de los negros esclavizados, ello obedece a que, además de ser aquéllas de importancia superior en el volumen, tiene, como propulsora de cultura, la categoría histórica de que los otros carecen. Como el mío, es el caso individual de la mayoría venezolana.

Jamás me he movido la idea de servir a una desentonada hispanidad, que pudiera adular nuestra característica americana. El gran árbol hispánico lo considero idealmente dividido, en razón de la estupenda aventura realizada por el pueblo español no por la Corona de Castilla, durante el siglo XVI. Desde entonces hubo dos Españas: la de Indias y la peninsular. La primera, formada por

las masas populares que pasaron a América, a revivir para el futuro el espíritu de la libertad antigua, abatida en Castilla por los reitres de Carlos I; la otra, condenada por largos años a sufrir la quiebra provocada por el fanatismo de los reyes y por la indolencia de los señores. Segundo se hidalgos arruinados guiaron la obra de las masas que vinieron a buscar aire para el espíritu y "cosa de comer" para el estómago, en nuestra América generosa. Buen ánimo supieron plasmar, para que al correr de tres siglos se produjera la mejor generación de hombres que ha visto nuestro mundo. Si he exaltado lo exaltable que hay en la obra de la colonia, he hecho por cuanto en esa colonia cubierta de tinieblas, estaba forcejante una Venezuela que labraba con reflexión y con pasión el instrumento de su libertad. Y como juzgo que la historia de una nación es tanto más vigorosa cuanto mayores sean los factores de cultura que ha venido sumando el pueblo al compás de los siglos, considero que nuestro país surgió a vida histórica cuando los españoles comenzaron la conquista. Sé que algunos se desdeñan de este origen, y prefieren una vida más corta, que parta, con la libertad, del 19 de abril de 1810. Esos, sobre negarse a sí mismos, niegan la fuerza de nuestro pasado, y para corregir su error debieran pensar que los historiadores ingleses, sabedores de lo que es un proceso de colonia aceptan que "Bretaña surgió por primera vez a la luz de la historia y se incorporó al mundo civilizado con la ocupación romana". Los australianos, al asumir la soberanía dentro de la comunidad británica, tomaron como día nacional el aniversario de la llegada a la gran isla de los primeros inmigrantes ingleses, y no la fecha de fijación del commonwelth. Con ello expresaron un propósito de arrancar de las islas británicas el origen de su vida cultural. Esa misma razón me lleva a buscar la raíz de la vida venezolana, no la selva que habitó el aborigen americano ni en la jungla de donde fue traído el esclavo doliente, ambos conjugados con el español dominador para producir nuestro vivaz y calumniado mestizaje; por el contrario, he creído preferible deshacer la rota de los navegantes españoles y ver como nuestra, en trance de ante presente, la historia que desde los celtíberos sin data azotó con la fecunda

y constante marejada del mare nostrum — marco de la más alta cultura humana — los cantilados espirituales del vigoroso imperio que se echó con Colón a la aventura maravillosa de buscar un mundo nuevo<sup>4</sup>.

## 7

Para la formación de una conciencia nacional es necesario confiar más en el poder creador de la síntesis que en los frutos aislados y severos del análisis. Si bien necesitamos de éste, para hacer luz por medio del examen de los fenómenos sociales, de nada, en cambio, valdrían sus resultados si luego de disociados los términos del problema no se logra la fuerza constructiva que explique los hechos y determine la causa de que convivan temas y sentimientos que al pronto parecieran contradecirse. Por tal razón, el crítico de historia, lo mismo que el sociólogo, debe poseer ventanas que le faciliten mirar a más de un rumbo, y tratar, sin repugnancia, como positivos, ciertos valores que parecieran contradecir el mismo progreso social de igual modo como el fisiólogo estima ciertos tóxicos que contribuyen a la defensa del organismo. Precisa no olvidar que el mundo, como idea y como voluntad, jamás podrá representarse por medio de monumento de un solo estilo, sino como construcción dialéctica donde armonicen las contrarias expresiones del pensamiento y del querer humanos.

Quizá el sentido litúrgico e individualista, que se quiso dar a nuestra historia, ha impedido que se fijen las grandes estructuras ideales en torno a las cuales pueda moverse espontánea y fecundamente el mundo de la pasión y de la reflexión venezolana. Sin que se logre esa fijación de valores—no como conclusiones estáticas respaldadas o impuestas por academias, sociedades patrióticas o cuerpos policíacos— sino como elaboración común de una “manera” de obrar y de pensar, jamás se dirá que está cuajada para su efectivo progreso nuestra nacionalidad moral, más urgida de salvaguardias que la propia extensión geográfica confiada a la nominal custodia de los cañones.

Para que haya “país político” en su plenitud funcional, se necesita que, además del valor conformativo de la estructura de derecho público erigida sobre una área geográfico-económica, es decir, que además del Estado, exista una serie de formaciones morales, espirituales, que arranquen del suelo histórico e integren las normas que uniforman la vida de la colectividad. La existencia del “pueblo histórico”, que ha conformado el pensamiento y el carácter nacionales, por medio de la asimilación del patrimonio, creado y modificado a la vez por las generaciones, es de previa necesidad para que obre de manera fecunda el “país político”. Se requiere la posesión de un “piso interior”, donde descansen las líneas que dan fisonomía continua y resistencia de tiempo a los valores comunes de la nacionalidad, para que se desarrolle sin mayores riesgos la lucha provocada por los diferentes “modos” que promueven los partidos políticos. Antes que ser monárquico o republicano, conservador o liberal, todo conjunto social debe ser pueblo en sí mismo.

La crisis de nuestros partidos históricos acaso derive de esta causa. Nuestra política anterior a 1936, había degenerado en política tribal. El viejo cacique que se “comprometía” a sostener a un jefe. Tan caprichosa fue la manera de verse la política, que cuando el general Juan Bautista Araujo, llamado el “León de Los Andes”, pactó con Guzmán Blanco, su partido, es decir, el antiguo partido oligarca que desde Trujillo dominaba a la Cordillera, se llamó “Partido liberal guzmancista araujista”. Un galimatías sobre el cual se han fundado en nuestro país todos los sistemas personales de gobierno que ha sufrido la República<sup>5</sup>.

Sin embargo, el problema de los partidos ha tomado carácter distinto a contar de la muerte del general Gómez, ya que el país quiere sistemas en lugar de hombres a quienes la fortuna o el azar se convierta en dispensadores de honras y favores. Por superada se ha visto la etapa en que los pronunciamientos militares se consideraron curados de su “pecado original por el éxito logrado en la conducción de los destinos públicos”. Filosofía hedonista, grata a los dictadores y a sus aúlicos, sobre la cual estribaron nuestros

viejos déspotas. Poro se ha habido partidos circunstanciales, para ganar elecciones, como las “Cívicas Bolivarianas”; los ha habido creados desde el propio poder para dar continuidad ideológica a un sistema de gobierno, como el Partido Democrático Venezolano; los ha habido como expresión de programas marxistas, como los Partidos Comunistas puros y como el Partido “Acción Democrática”; los ha habido como sistemática de principios liberales, como “Unión Republicana Democrática”, y los ha habido como encauzamiento de una ideología social-cristiana, como el partido “Copey”. Todos ellos han correspondido a un propósito de dar la lucha política marco distinto al de los viejos métodos de mero personalismo, y al propósito de hacer racional el proceso electoral para la conquista del poder. El pueblo llegó a creer en ellos y se agrupó en sus filas. Fracásó “Acción Democrática”, cuando precipitadamente, con el apoyo militar, tomó los instrumentos del poder. Más, a pesar de tal fracaso, existe la conciencia de que son necesarios los partidos como únicos medios para hacer efectiva la consulta popular de donde deriven las instituciones cívicas de la nación. Si están en crisis, como consecuencia del paréntesis de facto que atraviesa la República, ello se explica también en parte por nuestra crisis general de pueblo, rémorapermanente para que no se haya desarrollado el sentido de la institucionalidad y de la responsabilidad sobre las cuales descansa la vida de los estados.

Pese a que exista dicha crisis, ella no debe llegar hasta abolir toda fe en los valores populares y convertirnos en apóstatas de la república. De lo contrario, es preciso ir al pueblo y ayudarlo en la solución de sus problemas, de ellos esencial, en el orden de la política, el que se endereza al sincero, honesto, libre e igualitario ejercicio del voto. Antes que asirnos a las tesis pesimistas de quienes niegan al pueblo las posibilidades de superar sus retos hagamos nuestra la fe del insigne Vargas, cuando proclamó en la Sociedad Económica de Amigos del País, el año de 1883, la siguiente consigna: “Los pueblos todos tienen en sí el poder de elevarse a las más altas ideas, a las acciones más heroicas, al mayor esplendor, según la educación que reciban, las circunstancias en que se encuentren

ylas influencias bien hechas de sus gobiernos y de sus leyes. Si el clima y los otros agentes físicos de la localidad modifican el desarrollo primitivo de su gobierno, de su carácter moral y de su legislación, sin embargo, esta influencia puede ser, y siempre ha sido, dominada y corregida por las instituciones y las leyes, quedando desde entonces como un matiz que acompaña a un pueblo en sus estados diversos de progreso, grandeza, decadencia, ruina”.

\* \* \*

Días atrás un amigo preocupado por los problemas del país, me envió un largo ensayo sobre temas indoamericanos y, en especial, acerca del momento que vive Venezuela; y como me instó a opinar en el caso, yo, glosando una grata conversación con Darío Echandía, por entonces Ministro de Gobierno de Colombia, le respondí en los términos siguientes:

Hubo una época bárbara en la historia de las naciones, durante la cual el poder se discernía a quienes tuviesen mayor destreza en descabezar hombres. La cultura marcó el tránsito a un estado en que se adoptó como método de gobierno dar el poder a quienes pudieran contar mayor número de cabezas a su favor. Para ello era preciso consultar a los hombres, y surgió el sistema electoral, existente en la práctica mucho antes de que Rousseau formulase su famosa teoría del Contrato Social.

En las monarquías absolutas, el Poder se concretaba en el rey por medio de una fórmula mágica, que estilizó el viejo concepto de los descabezamientos. Ciertos teólogos protestantes fueron muy adictos a la teoría del “derecho divino” de los reyes, y olvidados del pueblo, hacían pasar de Dios al Rey, directamente, la función carismática del Poder. Santo Tomás de Aquino, por lo contrario, reconoció en el pueblo el intermediario entre la Omnipotencia y los agentes visibles del Poder. El jesuita Laínez, en el Concilio de Trento, sostuvo que “la fuente de todo poder reside en la comunidad, quien lo comunica a las autoridades”. ¿Y cómo se comunica racionalmente este poder sin la consulta popular? Por ello yo creo en la procedencia del sistema electoral, a pesar de sus imperfec-

ciones. Y aún en algo más: creo en el pueblo de Venezuela, de quien sus dirigentes han aprovechado, a todo lo largo de nuestra historia, la ignorancia y los demás defectos que sobre él pesan, sin que se hayan tomado en cuenta, para beneficiarlo, su natural inteligencia y buenos instintos. Tampoco he creído en las razones pesimistas que muchos invocan para justificar nuestra indisciplina social. Nos han faltado hombres honestos que aprovechen el poder para contribuir al mejoramiento de las masas. Respecto a la necesidad de las elecciones, y consiguientemente de juego de los partidos políticos, sólo cambiaré de criterio cuando se me presente otra teoría que explique mejor el origen y el fin racional de los poderes públicos. Mientras tanto seguiré, con Lincoln, en la creencia de que ellos deben emanar del pueblo y ejercerse por el pueblo, para beneficio del pueblo. Es decir, seguiré creyendo en la democracia liberal que forma, así hayan sido tantos nuestros reveses, el verdadero sustrato de nuestro pueblo.

De algunos sé que piensan diversamente. Afincan ellos sus ideas en premisas con antecedentes históricos. Supersticiosos del derecho ajeno, respeto la honestidad que debe presumirse como número de tales conclusiones, hijas, a mi juicio, de fáciles yerros en el proceso de disociar circunstancias tenidas como de rigor sociológico. Creo, en cambio, que la ausencia de partidos políticos ha ocasionado una de las más lamentables crisis en la vida de la nación. Fundados los gobiernos sobre compromisos personalistas con "los jefes" de turno, ha ocurrido una dispersión de actividades, por el ascenso, violento e inconsulto, de los hombres al ejercicio de la función pública. Sin madurez para la crítica social, los beneficiarios en el escogimiento han procurado asegurarse no por el desarrollo de una labor en provecho de la nación o de la mística del partido, sino por medio de actos que mantengan en viva complacencia a los superiores. De aquí el incondicionalismo que ha sido una de las grandes "virtudes" para el medro en nuestra política. Y como lo que se ha tratado es de dar "colocación" a los amigos, se ha mirado al lucro del destino, sin ver lo que gane el Estado. De allí la falta de selección y el descaro con que se hace, pongamos por



caso, de un modesto labarero u un empinado funcionario consular. Porello la república de un elenco de funcionarios que se hayan preparado por medio de la fecunda continuidad del servicio. Cada régimen tiene sus "nuevos hombres", que de llegar a aprender, no serán utilizados por la reacción que provocarán los siguientes beneficiarios del poder, y entonces sucederá que quien se ejercitó, digamos por caso, para servicios penitenciarios tenga que buscar colocación como tractorista. A fuerza de estrenar hombres, la República carece de figuras directoras, pero posee una larga y dolorosa nómina de estadistas frustráneos y una infecunda categoría de "ciudadanos toeros", como los llamó Rafael Seijas<sup>6</sup>.

## 8

Bastante he repetido que la "fisonomía" popular deriva de la capacidad que tenga la comunidad para asimilar los varios valores fundidos en el disparate troquel de la historia; algo distinto de conocer de memoria o de leer los anales antiguos. Asimilar el pasado es tanto como saberse parte de un proceso que viene de atrás, y proceder, en consecuencia, con el carácter y la fisonomía que han surgido como determinantes del grupo. No es, según algunos entienden, mirar fijamente como lechuzas hacia las tinieblas del tiempo y obrar "como hubieran obrado los viejos". Asimilar la historia es constituirnos en canales anchos y firmes para que toda la fuerza antigua, más la nuestra, puedan tornarse fácilmente en futuro. Tanto como crear nuevos imponderables que den majestad a la nación. Sin la asimilación racional de la historia, el pueblo carecerá del tono que le asegure el derecho de ser visto como una nacionalidad integrada. Algo de magia o de religión reclamaron las colectividades antiguas para obtener relieve en la superficie del tiempo. Los caciques se creían con facultades para interpretar los signos. Los reyes dijeron haber recibido de la divinidad la fuerza que los convertía en dispensadores de la justicia. Hoy, según Erich Kahler, sólo queda la tradición como "religión profana" que sustituya la fuerza de aquellos poderes mágicos.

Nosotros, lejos de perseguir fórmulas que nos pongan en el dominio de las fuerzas tradicionales, intentamos destruir de raíz el estilo de vida de la comunidad, cada vez que el azar nos permite influir en el destino social o cultural de nuestro pueblo. Sin mirar los balances favorables y los signos positivos de las épocas anteriores, buscamos hacer la tabla rasa para empezar una nueva construcción. Por ello, de cambio en cambio, de modificación en modificación, de sistema en sistema, de ensayo en ensayo, hemos llegado, en el afán de borrar el pasado, hasta frustrar nuestra genuina fisonomía nacional. La

“revolución octubre” de 1945, afanosos de componer “lo corrompido” anterior, habló hasta de una “segunda independencia”. Lo mismo habían hecho todos los movimientos precedentes cuando tomaron el gobierno. Si leemos los discursos inaugurales de los ejercitantes del poder, hallaremos que Venezuela ha nacido tantas veces como regímenes personalistas ha soportado. Nuestros gobernantes no han dicho como Luis XV: después de mí, el diluvio. Sin sentirse responsables de lo que siga como consecuencia histórica de sus actos, han visto al pasado para justificar su ascenso a los nuevos comandos, y entonces, en tono de augures y comparando el escaso puchero de ayer con el opulento banquete de hoy, han declarado: antes de mí era el caos. El discurso de Guzmán Blanco para celebrar en 1874 el aniversario del 27 de abril, pudo haberse pronunciado en cualquier conmemoración acción democratista del 18 de octubre. “Yo no me presentaría aquí a recibir las felicitaciones de mis conciudadanos, decía el Ilustre Americano, si no tuviera la conciencia de que he cumplido con mi deber y de que Venezuela unánime está satisfecha de los resultados de la Revolución que me tocó presidir. Este día debe conmemorarse como de los más gloriosos de la República, porque él ha asegurado la tranquilidad general no por sólo los cuatro años pasados, sino por diez, por veinte, por cuarenta, y por la eternidad”.

Lo mismo que proclamaron Guzmán y Betancourt, los sintieron o lo mintieron Gómez y Castro, Crespo y los Monagas. Cada uno se creyó a su turno el mago de Venezuela, y preocupados los magos y los brujos de cada comparsa en variar y mejorar a su modo el rostro de la patria, hemos terminado por sufrir una fatal ausencia de perfiles determinantes. Creo que cualquiera conviene conmigo en que sea ésta la peor de las crisis que sufre nuestro país.

## 9

José Martí, en su estilo amoroso, describió desde New York, por junio de 1885, uno de los más bellos episodios de tolerancia y comprensión que pueda ofrecer un pueblo civilizado. Se trataba de la fiesta celebrada para honrar a los soldados caídos en defensa de la vencida Confederación; es decir, con anuencia del gobierno federal, se festejaba la memoria de quienes sostuvieron la bandera de la secesión. La bandera de la causa que intentó destruir la poderosa Unión norteamericana. Semejante la fiesta, con la diferencia de dimensión de los hechos, a la que hubiera podido celebrar durante el gobierno de Castro, en algún sitio de Venezuela, el general Manuel Antonio Matos, para honrar a los que cayeron heroicamente en la Revolución Libertadora.

“La tolerancia en la paz es tan grandiosa como el heroísmo en la guerra. No sienta bien al vencedor en celarse de que se honre la memoria de las virtudes del vencido”, empieza por decir Martí; y luego pinta, para dar marco ponderativo a la nobleza de los homenajes, cómo fue de brava la lucha en que quedaron aniquiladas las fuerzas del Sur, para que sobre su ruina definitiva se alzase el vigoroso edificio de la unión, y cómo hubo lágrimas de ternura para honrar a Jefferson Davis, anciano y terco jefe de la abatida Confederación.

La guerra de secesión fue para Estados Unidos algo tan duro como la propia guerra de independencia: basta recordar que la recuperación de los estados del Sur costó un enorme esfuerzo de doce años. Sin embargo, lograda la Unión, que era el propósito del Norte, (antiesclavista, más por competencia de mano de obra que por sentimientos de humanidad), se buscó crear nuevos valores que condujeran a mantener la continuidad del pueblo histórico. Y del mismo modo como el país se dispuso a levantar a las márgenes

del Potomac el fastoso monumento a Lincoln, (único, tal vez, que luchó, no por servir a la industria del Norte, sino a la causa de la humanidad), también las autoridades vencedoras vieron con respeto los homenajes que los sudeños rendían a sus héroes caídos. Había allí la expresión creadora de un sentido de asimilación integral de la historia. No se mira, para dibujar el cuadro nacional, a soloun concepto y a sola una tesis. A éstas ella obligaba al deber del reverso, y para la síntesis final —donde gravitan las estructuras morales— se daba cabida a los mejores argumentos de la contradicción. El efecto de esta confusión fecunda de valores, provoca el caso de que quienes no conozcan la historia de Estados Unidos, tomen la casa de Robert Lee, ubicada junto al cementerio heroico de Arlington, como la mansión de uno de los grandes forjadores de la Unión. “En otro país, comenta Martí, hubiera parecido traición lo que aquí se ha visto en calma”.

Esta posición del norteamericano responde a una noción que arranca de su manera de ver el mundo en función de síntesis constructivas. Tolerar, que los vencidos se unan para honrar a sus capitanes muertos, es mostrar respeto al pensamiento y al querer ajenos, querer y pensamientos que en último análisis no son tan ajenos como al pronto pareciera. Si admitimos la solidaridad de la comunidad, hemos de aceptar nuestra relativa participación en los triunfos y en los errores de nuestros compañeros de patria. Como personas podemos de ellos diferir; como individuos, a la par integrantes de una colectividad, somos parcialmente responsables de sus actos. También los derechos y las franquicias políticas nos son garantizados en proporción al grado de posibilidad de que los gocen los demás. Aunque lo olvidemos, la comunidad de jeres secretos imperativos.

Puede decirse que ésta es una manifestación clara del conlleva necesario para ascender a las grandes creaciones sociales. Nada más lúgubre y pesado que la marcha de una comunidad totalitaria, donde no haya comprensión ni tolerancia para los valores contrarios y para las aspiraciones opuestas, y donde, por lo contrario, se imponga una fuerza que quiera la unanimidad del sufragio de las

conciencias. Cristomismo, según interpreta don Juan Manuel en viejo romance, "nunca mandó que matasen ni apremiasen a ninguno porque tomase la su ley, ca El non quiere servicio forzado, sinon el que se face de buen talante e de grado".

No huelga el repetirlo: para el juego armonioso y fecundo de las varias corrientes que coinciden en formar el fondo cultural de la comunidad, es de imperio que ésta comparta ciertos "cánones" que sirvan de sillería donde descansan los grandes ya ú o puestos arcos que, sucesivamente, en función de progreso, van creando las generaciones. Sin un sistema de valores que guíe la reflexión y la pasión del pueblo en el proceso de realizar su destino, las iniciativas de los grupos pueden convertirse en factores anárquicos y disociadores, capaces de retornar la psiquis nacional en fragmentos discontinuos, donde pudieran proliferar los chovinismos regionales.

## 10

Creo con Luis López Méndez "que el nivel general de la inteligencia y aptitudes del pueblo venezolano es por lo menos igual que el de la inteligencia de los neocolombianos". Sin embargo, parece que hubiera en Colombia un mayor sentido de asimilación de la historia y que tuvieran nuestros vecinos mayor comprensión para crear valores nacionales.

La más elocuente lección al respecto me la dieron las numerosas estatuas y bustos que decoran parques, plazas y plazuelas de las distintas ciudades de Colombia. Para el colombiano, el muerto parece deshumanizarse, a fin de que se vea sólo en la ejemplaridad de sus grandes hechos. Los vicios y los defectos se van con él a la tumba, como expresión de lo corruptible que perece. A la Historia interesa apenas el valor creador de las vidas. Pueden por ello estar pareados los difuntos, así sus actos de vivos se hubieran contradicho abiertamente. Y si el muerto no tuviese aún los contornos requeridos para su transformación en figura nacional, el homenaje que le rinden compensa en aplausos la falla del coturno.

Tomás Cipriano Mosquera fue el caudillo de la gran revolución que en Rionegro hizo de Colombia un tablero movedizo de autonomías. Rafael Núñez, liberal antiguo, desairado más tarde por aquél, fue el artífice, con Miguel Antonio Caro, de la Constitución que en 1886 redujo a estado unitario la compleja y deshilvanada federación colombiana. Uno y otro, Mosquera y Núñez, solemnes en los respectivos vaciados de bronce, guardan las opuestas entradas del Capitolio de Bogotá. Uno y otro se ignoran en su nueva vida de inmortales. Podrían decirse que se dan la espalda. Pero ambos están de pies, sobre los severos pedestales donde se expresa el homenaje que les rinde la patria en actitud de cuidar la integridad histórica de Colombia. Y como no es éste el

único ejemplodeconvivenciapóstumadelosvaloresantiguos, en plazas y rincones vemos honradas las figuras más contradictorias: Miguel Antonio Caro, Rafael Uribe Uribe, Benjamín Herrera, Julio Arboleda. Las futuras generaciones seguramente miran, en sitios tal vez vecinos, los bronce de Darío Echandía y de Laureano Gómez.

Como contraste venezolano a esta actitud comprensiva de los colombianos,—tanto más laudable cuanto en el sustrato social del país vecino se mueve una barbarie destructiva que supera la nuestra—, en Caracas no se ha podido honrar aún la vigorosa memoria de Guzmán Blanco, disímil y falto de lógica en muchos de sus actos, pero de balance favorable para los intereses del país. No se ha logrado ni trasladar sus cenizas al Panteón Nacional. Expatriado aún por los odios de la política, diríase que duerme su exilio en el Cementerio de Passy. Lejos de crear y de completar símbolos, nosotros aplicamos la crítica negativa a nuestros hombres; y más nos place saber que un compatriota ha fracasado, que escuchar una palma para sus bien logrados éxitos. Nuestro egoísmo nos lleva a sentir como favorable a nuestra carrera pública, el descrédito de los venezolanos de ayer y de hoy. Nos cuesta honrar a los otros. Apenas cuando la política del momento influyó para el homenaje oportunista, fueron erigidas estatuas a Antonio Leocadio Guzmán, a Ezequiel Zamora y a Juan Crisóstomo Falcón. Los Monagas y Páez, con bronce en Caracas, son mirados, no por jefes de partidos, sino como Padres de la Independencia. Si la demagogia y el oportunismo han reclamado homenajes, se ha procedido, en cambio, a concederlos a toda prisa. Por eso Guzmán Blanco tuvo estatuas en vida y a Gómez se ofrecieron monumentos, destruidos por la turba una vez muerto. A Leoncio Martínez le otorgó el llamado “partido del pueblo” honores ayer negados a Andrés Bello. En 1945 se opusieron los “maestros” a festejar como días suyos el aniversario del grande humanista, al cual antepusieron, como preferible, la fecha reciente de instalación del gremio de profesionales de la enseñanza primaria y secundaria. A don Cristóbal Mendoza, primer ejercitante de nuestra suprema



magistratura independiente, se pensó en 1939 erigir una estatua en la plaza caraqueña, como signo promisorio de la civilidad que dio forma a la primera república, y tal propósito chocó contra intereses de tipo cantonalista, que cobraban a Mendoza su oriundez serrana<sup>7</sup>.

Aún los más distinguidos guerreros y hombres civiles de nuestra vida republicana no han sido vistos en función nacional sino en trance de servidores de un gobierno partidista. Soublette y Gual, figuras austeras de la época heroica, sufren la ubicación parcelaria que derivan del papel jugado en la política de partido. Si hay pereza para la justicia, mayor abandono y responsabilidad se abultan cuando se piensa que aquélla no es acto aislado para satisfacer meros compromisos. Honrar a los hombres que, por medio de la consumación de actos nobles y creadores o por la aportación de ideas que sirvieron al progreso moral o material del país, forjaron nuestra historia, es mantener en vigencia, para la continuidad de la acción, el mérito de las obras y la amplitud de los pensamientos ductores. Es sumar símbolos al patrimonio moral de la nacionalidad.

Aún más: el respeto popular de Colombia hacia sus grandes hombres vivos, contrasta también con la delictuosa indiferencia que el hombre venezolano tiene para sus máximas figuras representativas. En Bogotá, aún limpiabotas y pacotilleros ignorantes se inclinan orgullosos al paso del maestro Sanin Cano; valiosos liberales saludan con respeto a Laureano Gómez, y furibundos chulavistas se descubren ante Eduardo Santos; en Caracas, recientemente, la insolencia de un chófer de plaza provocó que un idiota agente de la seguridad pública condujese al Cuartel de Policía, entre palabras soeces, al maestro Key Ayala. La humanidad física y la dimensión de los méritos de Francisco José Duarte son desconocidos por más del noventa y nueve por ciento de los caraqueños con quienes a diario tropieza el sabio matemático. Las dignísimas esposas de los presidentes Medina Angarita y López Contreras fueron ultrajadas por las fuerzas redentoras del octubrismo. Esta crisis es más de estudiarse y de ponerle remedio que

la crisis literaria que inquieta a nuestro ilustre Uslar Pietri. Acaso aquélla ayude a explicar la otra, si pensamos que al pueblo no se le han enseñado a estimar el valor de los hombres que velan por su cultura y labran su tradición intelectual. De lo contrario, aquellos sectores clamantes porque se les muestren signos orientadores, ven con sorpresa cómo los hombres llamados a proponer caminos de altura, se destrozan entre sí, en alarde enfermizo de exhibir vicios y defectos como el solo sustantivo válido de la sociedad. Diríase que nuestro público padeciera de sarcofagia moral, y que, para saciarla, los escritores le ofrecieran cadáveres por alimento literario.

Todo ello sucede en razón de no haber alcanzado la conciencia venezolana las estructuras ideales que le permitan una síntesis capaz de servir a manera de tabla de valores para fijar meta a las acciones del pueblo, a causa de ello dispersas y demenguadas de fruto. No ha asimilado el país el pro y el contra de los acontecimientos, felices o funestos, que realizaron los hombres antiguos, y por tal razón, carece de elementos críticos para sus juicios presentes. En verdad, la historia no ha realizado entre nosotros su verdadera función de cultura, y el pueblo vive aún en la linde mágica de la liturgia de efemérides.

## 11

En nuestra vida de pueblo tal vez se haya opuesto a la adopción de una actitud que facilita el proceso de disociar circunstancias, para ir a una síntesis de cultura, el mismo espíritu anárquico que se abultó en nuestro medio, como consecuencia de la conquista, (y de su mal aprovechamiento a la vez), de una temprana y generosa conciencia igualitaria.

En ninguna parte del nuevo mundo influyeron tanto como en Venezuela los factores externos para modificar al poblador venido de ultramar. Trescientos años de residencia americana fueron suficientes para que el hombre nuevo de extracción hispánica y que el propio peninsular pósteramente legado, adquiriese una visión más universalista de la vida y sintieran como resultado de los cruces sanguíneos, la justeza de los ideales igualitarios.

La mayor repercusión que tuvieron entre nosotros los sucesos de la Francia revolucionaria —no sólo llegados en mensajes teóricos a los hombres ilustrados, sino también hasta las clases bajas, en recados procedentes de los negros de La Española— sirvió para darnos una expansión de realidad a la conciencia igualitaria que en nuestra poble colonia había venido quebrantando algunos privilegios de los mantuanos. (En la ciudad de Trujillo, por ejemplo, se dio el caso, a finales del siglo XVIII, de dejar de hacerse en la parroquia la procesión del Santísimo Sacramento, por no atreverse a negar el cura las varas del palio a cierta gente de “señalada influencia”, cuyas partidas bautismales estaban inscritas en el libro destinado a “esclavos y gente común”).

La vocación igualitaria del criollo creció en razón del nivel doloroso y fraternal creado por la guerra a muerte, la cual, junto con la devastadora guerra federal, forjó la democracia social que caracteriza a nuestro país.

Sin embargo, el goce de la igualdad no ha correspondido entre nosotros a sus verdaderos conceptos y alcances. Olvidando muchos que la igualdad se limita a garantizar el derecho de identidad en las oportunidades, se la ha tomado como "facultad para hacer todo lo que puede el vecino", sin parar para ello mientes en que las más de las veces es todo está relacionado con una legítima categoría de cultura. Considerados por sí y antes sí los individuos como fuerzas capaces de guiarse a sí mismos sinoír consejos mayores, se ha producido el estado de autosuficiencia que hace de cada venezolano un candidato capaz de repetir, al recibir una elección para cualquier cosa, discurso semejante al del tonelero de Nuremberg. Y junto con esa autosuficiencia presuntuosa, la anarquía deplorable que, oponiéndose al fecundo trabajo de equipo, provoca esa especie de desagregación de la mente colectiva, de donde han surgido las formas desequilibradas que dieron oportunidad a la intervención del "gendarme" como garantía transitoria de orden.

La caprichosa estimativa de la igualdad ha promovido, también, la crisis de jerarquía y la crisis de responsabilidad que tanto han contribuido al desajuste de nuestro proceso social. Lo que un diplomático extranjero captó en 1911 para decir que "en Venezuela nadie está en supuesto", ha llegado a tener expresiones jamás previstas. Entre nosotros cualquiera, en razón de la ausencia de categorías, sirve y se presta para todo. La lógica de la historia, madre de valores, ha sido sustituida por la magia de las corazonadas y por la suficiencia que miente la audacia unida al conformismo momentáneo. Justamente un país como el nuestro, producto de una colonización popular como la española, debió haber formado una "minoría egregia", que, de acuerdo con el concepto de Ortega y Gasset, contribuyese a que fuésemos "una nación suficientemente normal". La formación de esa "minoría egregia" no ha logrado posibilidad ni en nuestra misma Universidad, mero centro de instrucción y de técnica, donde poco se han mirado los verdaderos problemas de la cultura. Y cuando se ha intentado crear y mantener esa minoría rectora, ha sido sobre falsos supuestos

económicos, que sirvieron y continúan sirviendo de temas para empujar el huracán de las revoluciones. El mismo Bolívar, expresión suprema de la justicia que empieza por la propia casa, pese a haber dado el ejemplo con el sacrificio de lo suyo, hubo de tropezar en el Rosario de Cúcuta contra la contumacia de quienes para asegurar el disfrute de la riqueza, se opusieron a la libertad de los esclavos. Los señores del privilegio, sin reflexionar en que “no hay derecho contra el derecho”, asentaron que libertar a la esclavitud sin resarcir a los dueños, era un despojo que no podían legitimar las leyes. Se liberaron, como transacción con el futuro, simplemente los vientres, y prosiguió la injusticia hasta promediado el siglo XIX, para sumar sus voces a nuevos reclamos de los indefensos contra los señores del privilegio. En el propio caos de la guerra federal, se escuchaba, torcida por las pasiones, la voz de los derechos vulnerados por la caprichosa “minoría” que gobernaba la tierra y el dinero.

¿Y por qué no decir que la falsa estimativa de la igualdad, así ésta y la libertad se contradigan en algunos aspectos sociales, ha incitado la curiosa crisis que pareciera explicar el concepto erradizo de que sea posible hacer todo aquello para lo cual no hay inmediatez de vigilancia o condigno castigo policiaco, aunque la carencia de sanciones provenga de falta de responsabilidad de las mismas autoridades? ¿En el mundo de la imprenta, pongamos por caso, no se ha llegado a confundir la libertad de pensamiento con la libertad de la injuria y de la procazidad? ¿No hemos visitado, acaso, defendida la tesis de que las autoridades judiciales que oyen querrelas contra los responsables de delitos de imprenta, “atentan” contra la libertad de expresión?<sup>8</sup>

Filósofos y políticos tomaron ayer por bandera de lucha ganar garantías para que el pensamiento se expresase sin trabas de orden religioso, político o filosófico. Tales el origen de los derechos reconocidos para las constituciones democráticas del mundo al pensamiento escrito. En Venezuela, mientras se regatea el ejercicio de dicha garantía, se concede impunidad a las publicaciones que ejercen la industria de la noticia amarilla y que fomentan la

vulgaridad y la insolencia disolvente. Porque jamás podrá considerarse como ejercicio de la libertad de pensamiento describir en las planas de los diarios los más aberrantes y asquerosos delitos, ni pintar, con enfermiza pasión, los pormenores más horribles de los crímenes. Olvidan quienes así proceden que la libertad reclama método y disciplina para ser fecunda y que la democracia impone normas para el digno juego de los derechos sociales.

La anarquía indisciplinable y la desagregación mental que son reatos dolorosos de la sociedad venezolana, sumados a la carencia de vertebración moral ocasionada por nuestra imperfecta asimilación de la historia, explican nuestra crisis de pueblo, causa y efecto de las otras crisis que tratan de investigar los críticos: responsables, jerarquía, urbanidad, literatura, libertad, economía, institucionalismo...<sup>9</sup>

## 12

Trasportado al orden de nuestra vida de relación exterior el tema de la crisis de los valores históricos, damos con conclusiones en que pocas veces se han detenido los alegres enemigos del calumniado tradicionalismo. Jamás me he atrevido a creer que la nación sea un todo sagrado e intangible, construido detrás de nosotros por el esfuerzo de los muertos así éstos prosigan influyendo en el devenir social. Considero a la nación como fuerza humana que viene del fondo de la historia y la cual nosotros debemos empujar hacia el futuro. El hombre en sí, nada más que como individuo, vive en cuanto espera seguir viviendo, pero la conciencia del vivir le viene de la experiencia de haber vivido ya. Esta conciencia se agranda y se dilata cuando se refiere a la colectividad nacional. Puede decirse que el presente de los pueblos es apenas manera de puente o decalzado por donde es conducida la carga de futuro que gravita sobre nosotros como obra y representación de un pasado.

Río que viene de atrás, el pueblo, para su expresión fecunda en el área de una nación, reclama símbolos que lo personalicen. Por ello toda colectividad nacional, del mismo modo como tiene escudo y bandera que la representen, necesita signos morales que le den perfil en el orden universal de la cultura. Tales signo sólo pueden formarse con los elementos que forja la historia a través de una comunidad de gloria y de dolor.

Pues bien, ayer nosotros y los demás países de la América española sufrimos durante la minoridad colonial el ataque a leve de las potencias enemigas de la Metrópoli. El corsario, como ya he dicho insistentemente, fue el instrumento eficaz de que aquéllas se valieron para destruir los asentamientos hispánicos y para robar la riqueza labrada por los mineros de España. Hoy, por carecer de

un sentido histórico de continuidad, hemos llegado a ponderar el mérito de quienes aniquilaban las ciudades de nuestro mundo indohispánico y nos hemos hecho lerdamente a la tesis de los permanentes enemigos de España. Es decir, hemos sumado a nuestro acervo concencial temas que van directamente contra nuestra razón original de ser como colectividad.

Mientras el inglés y sus descendientes en América permanecen fieles al "canon" histórico de donde derivan su fuerza de pueblo, nosotros, por reacción retardada contra un coloniaje que concluyó hace ciento cuarenta años, adherimos alegremente a las tesis de quienes intentaron destruir los gérmenes formativos de nuestra nacionalidad. Juan José Churión, escritor festivo, llegó a ponderar de la manera más seria el presunto beneficio que "hubiéramos" derivado de que Walter Raleigh ganase la posesión de Venezuela. Casi como ponderar la presunta inexistencia de nuestra actual sociedad hispanoamericana o como gozarnos ante la idea de lo que "hubiéramos" podido ser si nuestra abuela la hubiera desposado un hombre de mayor significación que nuestro modesto abuelo. En cambio, una puritana de Maryland o de Nebraska regusta todavía las diatribas antiguas contra Felipe II y acepta por buenos los elogios que favorecen a Isabel Tudor o a Oliver Cromwell. La puritana es fiel a lo suyo, y con ella todos los que integran el mundo de su cultura. Nosotros, empero, continuamos leyendo a Forneron, sin buscar el Felipe II que ofrece la nueva crítica de los Pfandl y los Schneider.

Al aceptar la tesis disolvente que hace sufrir a nuestro pueblo de la improvisación de sistemas políticos exóticos a la hora de la independencia, rompemos con ello, también, la continuidad de valores que pudieron hacer del berroamérica una unidad capaz de resistir las influencias de potencias extrañas. Lo que el pirata no obtuvo y lo que ni la propia armada de Knowels logró hacer en su ataque desesperado contra nuestros puertos, lo pudo la disolución crítica que, ampliando su radio, ha hecho del antiguo mundo indohispánico, pese a las cartas, conferencias y congresos americanos, o a causa de ellos mismos, un sistema de naciones desarticuladas,



egoístas y recelosas las unas de las otras, y en cuyo propio interior se mueven y contradicen fuerzas políticas que, desde fuera, son animadas arteramente por quienes se medran con el mantenimiento de la discordia suicida de nuestros pueblos y repúblicas<sup>10</sup>.

## 13

En el campo doméstico, la falta de reacción histórica contra los valores extraños que desdican los signos antiguos sobre los cuales reposa nuestra primitiva razón de ser, reaparece cuando examinamos el nuevo problema de la actual conquista económica. Si buscásemos, para interpretarlas, las sombras del pasado, escucharíamos voces aleccionadoras, que nos dirían cómo las resistencia antigua contra la bandera invasora, la hemos convertido en singular alianza con los invasores nuevos.

Basta ver, para prueba de lo dicho, cómo en el orden de la política económica hemos pasado a la categoría de meros intermediarios de los mismos explotadores de nuestra riqueza. Lo que nos da en oro el petróleo, (estíercol del diablo, según el funesto augurio de los guaiqueríes), lo devolvemos en seguida, para pagar los artículos que importamos a fin de balancear nuestra deficiente producción agrícola, y para abonar el precio de todo lo que traemos en orden a complacer nuestra disparatada manía de lo superfluo. (Para comprar, por ejemplo, costosos caballos de carrera y las fruslerías que reclama una vida alegre y presuntuosa).

Nos hacemos la ilusión de ser colectivamente ricos cuando recibimos el jugoso cheque expedido a nuestro favor, mas en seguida, como incautos niños que jugásemos a millonarios, lo endosamos para provecho del propio librador<sup>11</sup>. Nos decimos ricos en divisas, porque así lo anuncian los balances bancarios, pero lejos de aprovecharlas para fomento del operante venezolano, las invertimos a locas en beneficio de la industria extranjera. Todo un proceso de dependencia económica que nos convierte en factoría de lucro forastero<sup>12</sup>.

Cuando éramos una modesta comunidad de agricultores y criadores, y aún cuando fuimos una pobre colonia de España,

nuestra urgente y diaria necesidad de comer la satisfacíamos con recursos del propio suelo. Hoy el queso llanero ha sido sustituido por el queso Kraft, la arveja andina por el frijol ecuatoriano, la cecina de Barcelona por carnes del Plata y de Colombia, el papelón de Lara y de Aragua por azúcares cubanos, los mangos y cambures de los valles patrios por peras y manzanas de California y aún el maíz que nos legó el indígena, viene elaborado por los yanquis. Sin embargo, esta menuda y espantosa realidad de decadencia y desfiguración nacional, creemos compensarla con vistosos rascacielos, armados con materiales forasteros; con lujo de todo género, a base de productos importados; y hasta con una aparente cultura vestida de postizos. Como los asnos de la fábula no pudieron alumbrar el obscuro poblado, así fuesen cargados de aceite, nosotros soportamos colectivamente la carga de la luz para provecho de otros ojos.

Ausentes de un recto y provechoso sentido de la venezolanidad, estamos disipando en banal festín los tesoros que podrían asegurar nuestra propia independencia, si ellos, en lugar de ser destinados a la feria de la vana alegría, con que se endosan para el regreso a manos de los explotadores extraños, se convirtieran, por medio de una acción honesta y responsable de los organismos encargados de la tutela del país, en instrumental que levantara la producción vernácula e hiciera aprovechables un suelo y unos brazos que nada producen por carencia de directrices. (Las que hemos visto poner en práctica, así se hayan presentado como fruto de severos estudios, apenas sirven para probar que a la crisis de la economía se agrega, lamentablemente, la crisis de los economistas).

En cambio, durante nuestro siglo XVIII, cuando España a la lumbre de teorías económicas introducidas por los consejeros franceses de Felipe V, desfiguró la vieja provincia venezolana y la convirtió en factoría para beneficio de la Compañía Guipuzcoana, el pueblo, por boca de Juan Francisco de León, se alzó contra un sistema que descuidaba el cultivo y a la producción de lo que reclamaban sus necesidades, para mirar sólo

al acrecentamiento de la agricultura exportable, sometida, al efecto, al rigor de los precios por aquélla impuestos. Tabaco, café, cacao y añil fueron entonces lo que hoy es el petróleo en el juego de la riqueza. Se exportaba mucho, pero se obligaba al pueblo a comprar a altos precios la mercancía extranjera y aún productos cultivables en la tierra. Por ello, la Guipuzcoana nada sembró que pudiera ser traído en el fondo de los llamados "galeones de la ilustración". Sin embargo, la persistencia en la queja y en la oposición, dio al fin la victoria a las tesis defensivas de los criollos. Se derrotó el sistema de la factoría cuando éramos colonia política. Los hombres de la república han abierto y aligerado caminos para el desarrollo de nuevas factorías económicas. Y hoy, donde todo está intervenido, apenas la moneda es libre para que pueda regresar a su lugar de origen<sup>13</sup>.

Nadie niega que hay un hecho fundamental, unido al propio progreso de la civilización universal, en la génesis de la crisis de crecimiento de nuestra riqueza. El petróleo estaba llamado a cambiar la estructura de la economía venezolana. Como ha de ayudarlo una racional extracción del hierro. Su explotación era necesaria desde todo punto de vista. El mal estuvo, no en que saltase el aceite, sino en la obnubilación que ocasionó en muchos la perspectiva de una brillante mejoría en las posibilidades individuales de vida. Esta circunstancia hizo que se pensara sólo en el interés personal de los hombres que caminaban a millonarios, y que se olvidasen los intereses del pueblo. Desprovistos los políticos, los negociantes y los abogados del sentido de responsabilidad colectiva que hace fuerte a las naciones, no cuidaron de defender lo permanente venezolano y abrieron todas las puertas a la penetración exterior. No vieron los capitanes de esta oscura jornada, que junto con la adventicia riqueza que provocaría la marejada de divisas, vendrían los elementos que destruirían nuestra autónoma tradición económica y nuestra fuerza moral de pueblo. Y como si ello fuerapoco, se prosiguió en la entrega del nuestro, hasta conceder al capital extranjero la parte del león en el beneficio del agro y de industrias de mero carácter doméstico<sup>14</sup>.

Para vallar y remediar la desarticulación sucedida con la hipertrofia de la riqueza, poco se ha hecho, por sí no nada, en orden a defender los valores espirituales que mantengan nuestro perfil de pueblo. La propia lengua, instrumento de lucha y de conservación de la nacionalidad, se desfigura por la fácil y alegre adopción de inútiles palabras extrañas. Los mismos avisos y nombres de casas de comercio, dan un aspecto de disolución nacional a las ciudades. Los criollísimos obreros de la explotación petrolera empiezan a hablar una jerga vergonzosa. ¿Y qué decir de la música exótica, traída de las Antillas, con que ha sido sustituida nuestra vieja música romántica y que desaloja nuestros propios aires folklóricos? ¿Qué sino contribuir al vértigo de la mente y acercar las víctimas a los manaderos de la marihuana, pueden hacer rumbas, congas y mambos, del peor alarde antirrítmico?...<sup>15</sup>.

Pero hemos llegado todavía a más en nuestra inconsciente aventura de destruir la fisonomía de la nación. Todos los años, en los alegres días pascuales, veo con dolor, y lo ven todos lo que sienten en venezolano, cómo la destrucción de nuestro acervo popular llega hasta lo menudo que formó nuestro viejo espíritu. Lo antiguo, lo nuestro, lo que daba cierta fisonomía a nuestras costumbres, ha ido desapareciendo al compás de modas importadas. La ola del mercantilismo anglo-americano ha llegado a apoderarse de nuestros valores criollos para sustituirlos por símbolos exóticos, ante los cuales se pliegan fácilmente los curiosos y pedante imitadores de novedades. Y así la Navidad no es hoy en Venezuela la antigua fiesta de los abuelos criollos. Es la fiesta de los intrusos abuelos yanquis. Durante ella no se desean "Felices Pascuas", como lo hacían ayer no más nuestros buenos padres; hoy se envían tarjetas con versos en inglés para augurar "Merry Christmas"<sup>16</sup>.

Mientras en el Norte se consagra un jueves de cada noviembre como fiesta de "Acción de gracias" por el pasado y el presente del formidable y venturoso imperio del Tío Sam, y se come en tal día el pavo y la salsa de arándano, que recuerdan el refrigerio tomado por los Pilgrims Fathers al echar pie en tierra americana, nosotros desalojamos las costumbres de nuestros mayores, para adoptar alegremente las que nos imponen los explotadores forasteros.

Si Jorge Washington resucitase en un "Thanksgiving Day", hallaría en cualquier hogar americano abierta la vieja Biblia de los mayores, junto al oloroso "turkey" y a la "cramberry sauce" que de niño saboreó a la mesa de sus austeros abuelos en Virginia. Sin iral terreno de lo imaginable: al viajero que visita la casa de Washington en Mount Vernon, en la fonda vecina, alegres muchacha trajeadas a la moda de doña Martha, le sirven el mismo estilo de jamón con patatas que fue alimento diario del gran Presidente. Si Simón Bolívar reapareciera en noche de Navidad en la alegre Caracas donde discurrió su infancia, en el sitio del antiguo pesebre con el paso del Nacimiento, que arreglaba con devota diligencia doña María Concepción, encontraría un exótico "Christmas Tree", cubierto de simulada nieve, y en vez del estoraje, el mastranto, la pascuita y los helechos que daban fragancia campesina a la recámara, hallaría verdes coronas de fingido agrifolio y gajos de muérdago extranjero. En lugar de la hallaca multisápida, que recuerda la conjunción de lo indio y lo español, y del familiar de lechosa, le ofrecerían un succulento pavo, traído del Norte en las cavas del "Santa Paula". No oírías los villancicos que alegraron su niñez triste; le cantarían, en trueque, una melancólica "carol" aprendida en discos "Columbia". Y Bolívar redivivo en su Caracas nutricia, pensaría cómo su obra quedó reducida a emanciparnos de España para que a la postre resultase la república atada a un coloniaje donde Amyas Preston tiene más derechos que Alonso Andrea de Ledesma. Y Bolívar, tal vez repetiría dolorido, ahora con mayor razón: Aré en el mar.

## 15

Las crisis que he venido pintando, se agudizan para nuestro país en razón de otro fenómeno de inmensa trascendencia social.

La situación desolada de la vida europea y el bajo tipo de salario vigente en otras partes de América han volcado sobre nuestra nación una intensa y continua onda inmigratoria.

El carácter de este ensayo no es para abordar ninguna crítica a los defectos que pueda haber en la manera de recibirse y tratarse a los inmigrantes. Para mí en el presente caso no existe sino el problema de una gruesa población extranjera que se suma a nuestras actividades y que generará una prole llamada a ser venezolana por ministerio de la ley.

Jamás he pecado de xenofobia, así haya defendido siempre, aún con violencia, los derechos de la venezolanidad. Considero una necesidad abrir posibilidades a los inmigrantes del mismo modo que debendarse honorables garantías a los capitales extranjeros. Estos aumentarán la riqueza con que aquéllos nos ayudarán a poblar el desierto. Además, tienen ellos derecho, en medio de la catástrofe de sus patrias de origen, a conseguir nueva patria donde rehacer sus vidas. Pero ¿podrá nuestro pueblo, sin riesgo de sus débiles y tan quebrantados atributos nacionales, asimilar las masas nuevas?

Creo que todo venezolano aspira a que el desarrollo material de la patria no llegue a desfigurar los valores que le dan fisonomía. Si bien sabemos que físicamente seremos simados en el polvo, aspiramos, en cambio, como colectividad, a seguir viviendo en los planos de la Historia. El sentido histórico del hombre no es para mirar únicamente al origen y a la formación de las sociedades, sino para imponer una voluntad de permanencia en el tiempo. El Egipto la extremó hasta lograr la momia como

reto a lo percedero. Pueblo que no aspira a perpetuar sus dignos a través de las generaciones futuras, es pueblo todavía sin densidad histórica o colectividad ya en decadencia. Pues bien, el sentido histórico de lo venezolano debiera llevarnos, como expresión de dominio interior, a reflexionar acerca de la necesidad de que esa inmensa masa inmigratoria—constituida en parte por núcleos de calidad social y cultural superior a la nuestra— se mezcle y se funda con la masa nacional, no ya por medio de cruces sanguíneos, sino también por su participación en el acrecentamiento de nuestro patrimonio fundamental de pueblo. La posibilidad de este hecho lo prueba el ilustre y fecundo fruto recogido como obra de la incorporación en el siglo pasado de numerosos inmigrantes europeos, cuyos apellidos son hoy decoro de la patria venezolana: Dominici, Carnevali, Braschi, Adriani, Parilli, Paoli, Jahn, Rolh, Berti, Saluzzo, Pietri, Boulton, Spinetti, Chiossone, Pellín, Moller, Pardi, Dagnino, Chalbaud, Montauban, Penzini, Leoni, Sardi, Velutini, Razetti, Pocaterra, Wilson, Pizani, Uslar, Branger, Grisanti, Fabiani, Semidei, Saturno, Murzi, D'Alta, O'Daly, Massiani, Tagliaferro, Licioni, Consalvi, Brandt, Stelling, Biaggini, Barbarito, Paradisi, Provenzali, Flamerich, Salvi, Luciani, etc.

Si el inmigrante, una vez adaptado a nuestro determinismo ecológico, crece y prospera sin realizar la deseada simbiosis espiritual con el criollo, hay el riesgo de que se convierta en quiste, como el alemán de la Colonia Tovar. Al extranjero que viene a sumarse a nuestra economía de producción, no debemos pedirle únicamente una mejor agricultura o un artesanado de mayor calidad, sino que, sobre de esto, se torne en elemento activo de nuestro proceso cultural.

En país cuyo pueblo haya asimilado de manera integral su propia historia, la tarea de absorber valores extraños es por demás hacedera<sup>17</sup>. En Venezuela, en cambio, junto con la falta de verdadero sentido histórico, se abulta la ausencia del sentido geográfico, que sirva de apoyo y de acicate para dar área firme y dilatada a las realizaciones sociales. El venezolano no tiene la "pasión del paisaje"



que contribuya a que “se viva” en función de la luz y de color el poder de la tierra nutricia. El venezolano pudiente conoce mucho mejor el paisaje alpino, la Costa Azul, o los lagos canadienses, que las llanuras del Guárico, las crestas andinas, las selvas guayanesas o las costas orientales. La mayoría del venezolano capitaliza para viajar, tal vez en busca de una seguridad, permanente o transitoria, que pocas veces le ha sido garantizada plenamente en el país. Alfredo Boulton, con su pasión por la luz y por el color de nuestro suelo, figura entre las gratas excepciones a esta regla de evasión.

Nuestro problema en estos casos es de doble radio. Debemos remediar de una parte nuestra crisis constante de unidad, y de la otra, buscar centro de gravedad nacional a las nuevas masas humanas que se junta al orden de nuestra actividad demográfica.

Lo apuntado hace ver que no es el del suelo ni el del rendimiento económico en general el problema fundamental del inmigrante. Su caso, más que para ser apreciado en los balances de un libro mayor, es para juzgarse en el espacio social, tanto desde el punto de vista de la crisis de crecimiento provocada en el mundo demográfico, (expuesto por ello a padecer fenómenos hipertróficos), como desde el punto de vista de una apreciación de valores subjetivos. Si los nuevos hombres no son asimilados por nuestro medio físico y por el suelo de la tradición nacional, advendrán situaciones fatalmente difíciles. Proliferaría la anarquía a que es tan inclinado nuestro genio doméstico; se constituirían minorías raciales, con grande riesgo para el ejercicio del propio poder público; o prosperaría en grado eminente y con beneficio de factores extraños, la desagregación que niega carácter a nuestra mente nacional.

## 16

Nunca como al presente necesitó nuestro país de una atención mayor en el examen de sus problemas de pueblo, porque nunca como ahora se hizo tan notoria la crisis de sus valores sustantivos. Tampoco jamás desde la edad heroica nuestro país se había confrontado con mayor número de problemas a la vez.

Uno tras otro se suceden en el examen de circunstancias los hechos de distintos géneros que abultan las varias y conexas crisis que mantienen en paciente inquietud a la nación. Pretender que se resuelvan todas a la vez, es cosa necia por imposible; empero, pareciera que reclaman mayor y más fácil atención aquellos hechos que eviten el relajamiento de los valores fundamentales de la nacionalidad y que vayan a la formación de una conciencia de deber frente a las otras—¡inmensas!—manifestaciones de desequilibrio de la vida nacional.

Ya volveremos sobre el tema de los valores históricos; antes quiero detenerme en un hecho que da aspecto de paradoja a la problemática del caso. ¿Cómo unirnos para la defensa de nuestro "canon" histórico y de nuestros intereses nacionales, cuando pululan las circunstancias que nos conducen a la feroz discordia? He dicho que subestimamos los valores comunes que podrían uniformar nuestro genio de pueblo. Ello es cierto, pero quizá la crisis de la igualdad, la crisis de la presunción, la crisis del egoísmo, la crisis de la libertad, no empujan fatalmente al desconocerese de deber que viene de la Historia y nos llevan a artificialmente a la lucha descarnada, cruel, implacable que da apariencia contraria al estricto valor humano del pueblo. Yo no sé si otros lo escuchan, pero desde distintos ángulos sociales percibo un angustioso reclamo de ir, no a la comedia de las palabras, sino a una efectiva concordia, que permita realizar el derecho y dar su sitio a la justicia. (De ti, lector,

estoy seguro que has auscultado el palpitar de nuestro pueblo y has tenido la certidumbre de que le duele la tozudez con que sus mejores y más autorizados hijos se resisten a la humilde y fecunda reflexión que les abra las tinieblas de sus yerros).

Tornando al tema que sirve de fundamental motivo a este diálogo sin interlocutor determinado, diré una vez más que la Historia, tomada como disciplina funcional y no como ejercicio retórico, tiene fuerza para elaborar las grandes estructuras que hacen la unidad concencial del pueblo. Sobre esa unidad de conciencia descansa el "canon" que da firmeza a las naciones y evita la relajación que provocaría en el genio nacional el sucesivo cambio de las condiciones de vida.

Como realidad humana, la Historia, ya lo he dicho, no sólo mira al pasado para desenredar hechos y pulir tradiciones, sino también a la prosecución de los valores de la cultura. Un pueblo es por ello tanto más histórico cuanto mayor vigor y penetración en el espacio y en el tiempo han alcanzado los "cánones" que conforman y dan unidad al genio colectivo. Nosotros, repito una vez más, así poseyamos una historia cuajada de hechos portentosos, que otras naciones envidian y aún intentan desfigurar, no la hemos asimilado de manera que sirva como espinadorsal para la estructura del pueblo. Por eso nuestra colectividad carece de resistencias que le permitan luchar contra los factores disvaliosos que se han opuesto, ora por los abusos de la fuerza, ora por los desafueros de los demagogos y permanentemente por la mala fe de muchos de sus mejores hijos, para que opte una conducta reflexiva que lo lleve, tanto en el orden interno como en la relación exterior, a una recta concepción de la libertad, de la dignidad y del poder.

Pueblo lleno de excelentes cualidades primarias para la siembra de las más claras virtudes cívicas, el de Venezuela sólo ha reclamado un generosa dirección. Aquí fundamentalmente no se odia; de lo contrario, el hombre venezolano, carente de conciencia colectiva para el delito, ha vivido en trance permanente de olvidar y de servir. Jamás hemos cultivado como método de lucha el

crimen político<sup>18</sup>, y a pesar de las arbitrariedades de los gobiernos personalistas, nunca se ha puesto en acción como sistema la venganza de la sangre. Vivaz, noble, confiado, inteligente en grado sumo, resignado siempre, es masa que pide levadura de calidad para que leude el pan de la fraterna fiesta. Pero la levadura necesita una pasión que le sume las virtudes requeridas para hacer crecer la masa y para dar seriedad reflexiva a quienes han querido compensar la desgracia cotidiana con el festivo ejercicio del chiste y de la burla.

Pasión excelsa de libertad echó a nuestro pueblo fuera de casa por más de quince años, para dar fisonomía de república a la América española. Entonces creció en heroicidad y desprendimiento, y con tan preciados lauros ganó sitio honorable en el concierto universal de las naciones. Fue nuestra única gran pasión constructiva; mas, al regresar a las lindes de la vieja patria, lejos de seguir pensando con ideas universales, olvidó lo dinámico de su historia, olvidó los hechos sublimes de sus varones ilustres, y sedio a destruir en la disputa cantonal y caciquil, los signos que debían de haberlo conservado unido para el rédito de su sacrificio. El brillo de la gloria —tan peligrosa como la desgracia— le hizo olvidar la sentencia renaniana, según la cual “la libertad reclama un diario plebiscito”. Seguro de haberla ganado para siempre, confió su guarda a los mandones y creyó en la palabra interesada de los dirigentes de la cosa pública. Pobre de cultura, sólo prestó oídos a la voz altanera de los caudillos y gamonales, o a la palabra páfida e insinuante de los demagogos. Estos exaltaban su fe sencilla en las promesas; los otros lucraban con el complejo masoquista heredado de los abuelos esclavos. Fácil le fue cambiar el culto a Páez por la veneración a Antonio Leocadio Guzmán, y fluctuando entre Guzmanes y Páez de menor cuantía, ha pasado sus mejores años olvidados de sí mismos, de su deber y de su historia.

Jamás pudo prestar oídos a la palabra austera y ductora de los Fermín Toro y los Cecilio Acosta. A Vargas dio espaldas, cuando advirtió que Páez estaba deshaciendo su comedia civilista. De haberlo escuchado, habría advertido que los hombres de

la inteligencia le señalaban por norma, junto con los de la libertad, los signos de la justicia y del deber. Pero ni chillaban como los demagogos que le ofrecían el inmediato cambio del orden social, ni lucían sobre el pecho los encendidos alamares de los guerreros, que le aseguraban el hartazgo o el botín como premio de la sumisión. Ello hizo que las palabras llamadas a ser guías para la formación moral de la colectividad quedaran escritas en páginas inolvidables, pero sin haber tenido a tiempo el poder carismático que las hiciera obrar en la conciencia popular.

Aquellos hombres, así aparezcan como sombras inconsistentes en un alegre examen de nuestros anales, también son nuestra historia y acasonuestra historia más alta. No fueron menores tampoco, que los grandes varones de pueblos poderosos. Sin comparar a Bolívar, genio solitario de la guerra y profeta sin par de la realidad social, ni a Miranda, figura de excepción en el mundo de América y de Europa, yo pondría a dialogar con Jefferson a Juan Germán Roscio y a Hamilton con Manuel Palacio Fajardo, y seguro estoy de que Franklin habría recibido con solaz la visita de José Vargas.

Junto al prestigio y a la brillantez de los próceres que libraron las batallas de nuestra edad heroica, están estos hombres silenciosos y humildes, próceres también, que en traje civil delinearon nuestras instituciones democráticas. Mucho de lo que ellos pensaron tiene aún vigencia y mucho de lo que enseñaron está aún por ser aprendido. El pueblo, fascinado por la gloria de los héroes, siguió la lección que le dictaban los generales, y terminó por perder la vocación de resistir. Acaso de haberse ceñido a las normas de los ideólogos, hubiera sabido mantener la altivez que permite a las débiles saborear la libertad. Al lado de la tragedia dolorosa de la política, devoradora de voluntades y de virtudes, los hombres del pensamiento puro tejieron su empeño por servir a la república, y Roscio, Palacio Fajardo, Martín Tovar Ponte, Sanz, Vargas, Michelena, Gual, Aranda, Juan de Dios Picón, Domingo Briceño, Espinal, Toro, Acosta, Seijas, López Méndez, Arévalo González, dejaron mensajes destinados a tener eco y realidad en el futuro. En el futuro de ellos, que es el presente nuestro. El pueblo no ha

podido asimilar sus pensamientos del mismo modo como no ha asimilado la realidad integral de su pasado. En cambio, si medita un poco, si lo ayudan a mirarse en sí mismo, ya que él es historia viva que reclama voces que le faciliten su genuina expresión, nuestro pueblo luciría la severa fisonomía y el duro carácter que le legaron sus genitores.

Ayudar al pueblo es por ello nuestro deber presente. A un pueblo que no está debajo de nosotros, en función de su pedáneo para nuestro servicio, sino del cual nosotros somos mínima parte y expresión veraz. Debemos ayudarlo, no a que grite, como aconsejan los demagogos, ni a que olvide sus desgracias, como indican los conformistas del pesimismo, sino a que reflexione sobre sí mismo, sobre su deber y su destino.

En momentos en que los grandes dirigentes de la política universal se ocupan ansiosamente con el grave problema de la guerra, resulta una romántica paradoja enfocar como tema la crisis de Venezuela. Mas, como el idealista, aún contra toda esperanza, debe esperar en el triunfo de los principios, se hace grato elaborar conceptos generosos, así puedan recibir mañana la contradicción de la realidad. Bien comprendo que tener a estas alturas del mundo alguna fe en los ideales desamparados, es tanto como realizar estérilmente un heroico sacrificio. Sin embargo, hay necesidad de ejercitar tal confianza y de cumplir tal sacrificio. Al menos para que se vea como una actitud de espiritual rebeldía contra la quiebra de valores que padece la cultura universal.

Cuando se anunció la proximidad del milenario, el hombre de la alta edad media estaba saturado de fe y de temor religioso, y para esperar la muerte, disciplinó la carne y puso sobre la altiva cabeza la ceniza humillante.

Estenuevomilenario encuentra al hombre en medio de una crisis espantosa de fe. Están rotas todas las tablas de los valores morales; Cristo ha sido sustituido por Mammona; y, de consiguiente, es al nuevo dios a quien se rinde el último sacrificio. El lucro ha quebrantado la lógica de la reflexión, y la política y la guerra se miran como felices oportunidades de pingües ganancias<sup>19</sup>.

En julio pasado, mientras el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas discutía los problemas del mundo e invitaba a los pueblos inermes y pacíficos para ir, con las grandes potencias, a castigar la agresión norcoreana, paseaba yo una tarde por los parques newyorkinos de Riverside Drive. Las gentes sencillas allí reunidas, mostraban uniformemente en los rostros iluminados la más intensa

alegría, frente al espectáculo maravilloso de un excepcional crepúsculo, con cuyos encendidos colores alcanzaba mayor majestad la arquitectura de los rascacielos. Gocé yo también mi parte de crepúsculos, pero pensé con grave tristeza en la guerra inminente y en la bomba funesta que pueda destruir mañana, en un minuto de científica barbarie, aquella soberbia expresión del poder constructivo de la inteligencia humana. Pensé en la inseguridad del destino del hombre en la locura con que ciertos intereses financieros vocean la guerra como circunstancia favorable para acrecentar sus réditos. ¿Y el mismo hombre, me pregunté, que ha construido este inmenso marco de audaces edificios como para hacer más hermoso el cuadro de luz de las tardes newyorkinas, juega a la muerte y expone a la destrucción todo el esplendor de esta maravillosa cultura de la comodidad? ¿Qué principios normativos guían la reflexión confusa y contradictoria de estos seres ultra-civilizados, que después de haber cumplido el máximo esfuerzo de la inteligencia, provocan, en un arranque frankensteiniano, que la cultura regrese a las tinieblas de la barbarie, en lugar de pensar que esa cultura y esa comodidad deben extender el radio de su beneficio humano?...

En medio de esta gran crisis de la civilización universal, sigue, agrandada por aquélla, su curso fatal la crisis de lo privativo venezolano. Mientras contemplamos la nuestra, vemos llegar hasta nosotros el oleaje amenazante de la guerra en gestación. Un deber de hombres nos obliga, sin embargo, a desechar toda actitud milenarista, para seguir discurriendo como si la nube cargada de tormenta fuese a pasar sin daño alguno sobre nuestro destino. Debemos pensar en nosotros mismos con fe entusiasta y con empeño de salvación. Acontezca lo que aconteciere, la historia seguirá su curso y habrá una generación que recordará nuestro dolor. A tantas crisis como azotan nuestro pueblo, no agreguemos la crisis de la desesperación y de la angustia, aunque sea ésta, como dice Kierkegaard, buen instrumento educativo de la posibilidad. Procuremos a todo trance que nuestra agonía no sea para morir, sino para salvar el irrenunciable derecho de nuestro pueblo a la libertad y a la justicia.



## EXPLICACIÓN

Este modesto ensayo de interpretación de nuestra crisis de pueblo no pretende ofrecer conclusiones categóricas. En él he querido recoger con apariencia de unidad, diversos conceptos elaborados durante el curso de algunos años de meditación acerca de nuestros problemas nacionales. Por eso, quienes hayan leído mis anteriores trabajos, habrán encontrado en el desarrollo de estas páginas temas ya propuestos en aquéllos a la consideración del público. También existen en archivos gubernamentales memorias en que fueron sometidos a juicios de las autoridades problemas aquí esbozados. Con refundir dichas ideas y entregarlas a la discusión de quienes sientan la misma angustia de lo nacional, he creído ingenuamente cumplir un deber de ciudadano. Acertadas o en yerro, estas reflexiones escritas a la rústica, pues son otros los que tienen el dominio de los temas aquí tratados, sirven al menos para que se piensen una vez más en los problemas contemplados.

Abunda el declarar que cuando critico lo nuestro no pretendo situarme en el limbo de una pueril irresponsabilidad. Míos son, más que las virtudes, los pecados venezolanos. Si huelgo cuando me siento participe de la gloria tradicional de nuestro pueblo, me siento también culpable en parte de los errores colectivos. Más aún. Lo glorioso lo fabrican otros. En los reatos que impiden la marcha holgada del país, tengo acaso alguna parte, o por silencio, o por condescendencia, o por momentáneos intereses. Ya he dicho en otro lugar, que reconocerla es saldar en parte nuestra deuda con las generaciones que vigilan nuestro ejemplo. Pecados confiar en el generoso olvido de los otros, para intentar exhibirnos como dispensadores de honras. —Santiago de León de Caracas, en 11 de noviembre de 1950.

## Notas

- 1 El tema de la crisis literaria ha sido abordado extensamente en artículos de periódicos y en mesas redondas celebradas en la Asociación de Escritores Venezolanos. Parece que los interesados no se han puesto de acuerdo, y mientras algunos, citando nombres de prestigio en nuestras letras, niegan la crisis, otros han llegado a hablar de "literatura de crisis", producto de una reconocida impreparación y de una excesiva presunción. Alguien, muy sutilmente, ha dicho que la crisis proviene de un arbitrario intento de llamar literatura algo que no lo es, tal como si se imputase a una crisis de la Medicina, el desacierto de los yerbateros. Con el fin de aportar un elemento más al tema actualmente en discusión, he agregado a esa edición el *Pequeño Tratado de la Presunción*, que aparece independientemente en la 3a Edición de mi "Caballo de Ledesma".
- 2 Algunos venezolanos consideran que los conservadores colombianos son más adictos a la persona de Bolívar que los colombianos liberales. Ello es fruto de un juicio simplista: como los conservadores alaban el Bolívar de la Dictadura, motejado por los liberales de desamor a los principios legales, los venezolanos, que entendemos y amamos a Bolívar de todos sus tiempos y sabemos explicar la contradicción aparente de su conducta política, llegamos a desconocer las lógicas reservas con que enjuician los liberales el proceso final de Colombia, y, de lo contrario, simpatizamos con la posición conservadora que mira en Bolívar un patrón de gobiernos de fuerza. Bueno es recordar que el partido conservador histórico de Colombia fue fundado por un antiguo septembrista.
- 3 Los dos contradictorios tipos de leyenda, provocados y mantenidos por la aplicación de conceptos extremistas en el juzgamiento de nuestro pasado colonial, tienen su contrapartida en las leyendas dorada y negra, con que se ha pretendido a la vez adulterar la historia del proceso emancipador. Para algunos, Bolívar y nuestros grandes próceres son personajes excusados de toda manera de crítica. Diríase que la reseña de sus vidas, en la pluma entusiasta de algunos historiadores, tiene más intención hagiográfica que móvil de historia. Por el contrario, otros fieles al criterio colonista de José Domingo Díaz mantienen la violenta incomprensión de la época de la guerra. (Estos, claro está, no se cosechan fácilmente en suelo venezolano, pero en ciertas porciones de América tienen vigencia y ganan aplausos). Para evitar los vicios que acarrear una y otra leyendas, ora en lo que digo a la historia de nuestro período hispánico, ora en lo referente a la era de la emancipación, debe procurarse una posición de equilibrio que tanto nos aleje de condenar sin examen la obra de la colonia, como de vestir arreos de ángeles a los Padre de la República, así como del riesgo de poner alas seráficas a los conquistadores y desnudar toda virtud a los hombres de la Independencia. Para lograr ese equilibrio,

debemos empezar por convenir en error inicial que provocaron y continúan provocando las banderías de tipo ideológico. De otra parte, y es ésta materia en extremo sutil y delicada, un hipertrófico sentimiento patriótico lleva a muchos de nuestros historiadores a negar a los otros escritores el derecho de ahondar y hacer luz en la vida de los Padres de la Patria. Argumento peligroso que, terminando en la deificación de los próceres, los aparta, con daño de la ejemplaridad, de su humana posición de arquetipos sociales. Según los que así piensan, tuvimos un brillante generación de semi-dioses que engendró una enclenque prole de enanos, incapaces de tomar por ejemplo sus acciones heroicas. (V. mi trabajo "La Leyenda Dorada").

- 4 Al ponderar, sobre los demás valores, el valor hispánico, no desdigo de las posibilidades de las otras aportaciones sanguíneas. En el español considero una historia de que carecían nuestros aruacos y caribes y de que eran ignorantes aún los mismos descendientes de la reina de Saba. En la oportunidad de comentar en 1943 el libro "Familias Coloniales de Venezuela", del embajador español José Antonio de Sangronis, escribí: "Nuestro problema étnico tropieza para su explicación con esta valla de linajes 'puros' y con el desasosiego que en muchos contemporáneos causa la ascendencia negra. En cambio, si no hubiera este horror a la verdad, se vería, con pruebas fehacientes, cómo es incierta y falsa la teoría racista que niega posibilidades de superación a nuestro pueblo por la fuerte aportación africana. Otras serían las conclusiones si quienes conocen el secreto de las genealogías venezolanas pusieran en claro cómo muchagente alardea ante delimpiasyempingorotadasestirpescastellanas, acasohanlogradosingularbrillantez intelectualy predominantes dotes de recreación social, en razón de las sangres mezcladas que corren por sus fermentadas venas azules. Algo de profunda significación optimista sería el examen realista de nuestros entronques raciales, algo que serviría a disipar la ceniza de desfallecimiento que arrojan sobre nuestro porvenir los que se empeñan en renegar de nuestro capital humano. Sorprendente y alentador en extremos sería un examen de la aportación negra a la intelectualidad venezolana. Quizá llegue la hora en que la absoluciónde los prejuicios permita esta clase de indagaciones". ("Bitácora". Cuaderno 30. Pág. 87. Caracas, mayo de 1943).
- 5 Los grupos tribales, que en su forma semi-rural constituyeron los nudos oligárquicos donde radicó el principal apoyo que gozaron lo mismo Guzmán Blanco que Juan Vicente Gómez, han tenido y prosiguen teniendo su correlativa representación en los grupos oligárquicos de la capital, (comerciantes, banqueros, abogados y terratenientes), que han venido sucediéndose imperturbables desde Casa León y Patrullo hasta la época presente, si no sobre la vertebración de las mismas familias, ya que lo ha impedido

- nuestra democracia social, sí válidos de la flexibilidad con que el empingorotado grupo debe beneficiados se abre para meter en su cinturón de hierro, a los nuevos representantes del poder económico. Si borrado de la memoria de la gente, al menos los periódicos de la época —testigos que no marcan— deben mantener el recuerdo de la recepción apoteótica que la banca y el alto comercio tributaron al general Gómez después de las fiestas del centenario de la batalla de Carabobo. El “caudillo de diciembre” parecía en el momento de los homenajes la propia reencarnación del Páez victorioso a quien se rindió el rancio mantuanaje colonial. Uno y otro tuvieron en sus respectivos tiempos el privilegio de distribuir las bulas del perdón y los vales de la victoria, y ninguna otra cosa ha buscado nuestra infecunda oligarquía, condenada hoy, como consecuencia de su entreguismo, a linsonjear y servir también los intereses del poder y del capital extranjero.
- 6 Ciertas inteligencias simplistas dan con frecuencia en la flor de considerar que cuando se recomienda el estudio y el aprovechamiento de los valores tradicionales, sea aconsejar con ello una posición estática, capaz de impedir el progreso de las instituciones. Semira hacia la historia en pos del positivo y creador que ha fabricado el tiempo, y en búsqueda, además, de las causas que invalidan el avance de determinadas actitudes sociales. Muchas de nuestras fallas de pueblo provienen de haberse desechado o de no haberse acabado ciertos valores positivos del pasado; otras, por lo contrario, derivan de haber nos conformado definitivamente con situaciones disvaliosas provocadas por hábitos, usos y costumbres que no hemos procurado indagar para la debida superación. En Venezuela, desde viejos tiempos, ha adquirido plaza una categoría social que arranca del hecho desnudo de gozar el individuo la llamada “influencia política”. Hoy, aparentemente menos que ayer, así perviva en formas a veces más graves, se ha juzgado título de mérito moverse dentro del radio de la esfera gubernamental. (Ser “cacho gordo” en los círculos de la política, según la jerga intuitiva del pueblo). Los estrados de La Viñeta, de Antfmano, de Santa Inés, de Villa Zoila, de Las Delicias y de Miraflores; las antesalas de los Ministerios; las Casas de Gobierno de las provincias; las salas de bandera de las guarniciones militares y aún el círculo exiguo del Jefe Civil de Parroquia, han sido vistos como zonas de privilegios, dignas de ser frecuentadas a costa de cualquier sacrificio personal. Caminar hacia el logro de estas franquicias ha sido objetivo común del hombre venezolano, considerado tanto más hábil como político cuanto más fácil le sea lucrar con los beneficios que garantiza una buena amistad con los personeros en turno de la autoridad. La política, enmarcada en los cuadros cerrados de lo personal, no buscó el aire de la calle, donde lucieran las voces de las doctrinas y de los sistemas, sino la artesanía dirigida a influir en los de arriba, para asegurar ayuda al mayor o menor grupo

de parásitos que han formado la clientela abigarrada de los traficantes de influencias. Para el buen éxito en esa política barata han sido armas eficaces la palabra insinuante, el gesto zalamero, la actitud obsequiosa, el ademán complaciente, la impudencia festiva, el compadrazgo de provechos, el criterio conformista, la voluntad dócil, la maniobra turbia, la insolencia valentona y la solidaridad en la arteria.

La política dejó de verse, en consecuencia, como una actitud moral puesta al servicio del pueblo como oportunidad de contribuir a la ampliación del radio de la prosperidad general, incluidos, claro que sí, como función concomitante, el propósito del lucimiento personal y la perspectiva de un beneficio honrado en la materialidad de los provechos. La política, desprovista del sentido de solidaridad social y de responsabilidad nacional que debieran distinguirla, ha sido para muchos un sistema encaminado a lograr cada quien su parcela de influencia en el orden de la república. El abogado ha de ser político, por que sabe mejor que nadie cómo un jeme de apoyo mide más que una vara de justicia; el comerciante ha de ser político para evadir impuestos, obtener cupos, lucrar con el contrabando o jugar el estire y encoja de los aranceles; el agricultor ha de ser político para tener garantizada la tranquilidad de la peonada overlimpios los caminos por donde transitan las recuas o los carros con el fruto de sus tierras. Cambiados la estructura de la economía y el mismo régimen de la vida nacional, también ha variado el curso de los métodos de influir, pero ha durado, como consecuencia de nuestra peculiar conformación económica, el concepto de que constituye un "ábrete sésamo" "elestar" bien con el gobierno".

El dilatamiento de esa posición solícita de influencia ha dado tal preponderancia a la fuerza del oficialismo que, a su lumbre diabólica, aparece vestido de certidumbre el dicho que en 1887 criticaba Luis López Méndez, y según el cual "nuestro pueblo es de los más fáciles de manejar". Claro que es fácil manejar a un pueblo cuyos hombres más conspicuos están ávidos de enajenar su voluntad a cambio de una cuarta de influencia, así ésta, en numerosos casos, no sirva sino para presumir de "pesados". Pero, como agrega López Méndez, un pueblo no es para que lo manejen, sino para "manejarse por sí propio y no abdicar nunca sus derechos".

La historia de nuestras viejas oligarquías no ha sido sino la historia de una persecución del mando o de su sombra, para beneficio de intereses personales. Hoy ha variado la estructura de los grandes centros económicos, pero ayer, y aún en el presente de la provincia, el juego se hizo en torno al cacique que mueve intereses al deanos con promesas de inmediatos beneficios. Mientras esa estructura subsista y la relación de intereses se haga a base de influencias para coonestar las leyes o para participar en la distribución

de los negocios del Estado, los gobiernos mantendrán una fuerza capaz de conservarles a su favor el grueso de una aparente opinión. La verdadera opinión, en cambio, no se hará sentir en virtud de la interferencia, y los mismos hombres llamados a apersonarse de la necesidad de ir a un sistema cónsono con el concepto de la república, seguirán sonriendo y festejando a los “vivos” que saben aprovechar las situaciones.

Este examen podría aplicarse a otros países de América, y aún abultarse en algunos sus condiciones, pues no estamos nosotros a la zaga de ninguno en materia de moralidad política. Pero no debemos hacer el tonto consolándonos con los males ajenos. Quizá nosotros podríamos, con mayor facilidad que otros, enmendar con éxito nuestros yerros, y optar caminos que nos lleven a una política de altura, capaz de superar la crisis de categorías que ha colocado sobre todo mérito cívico o cultural el mérito de saber medrar con la voluntad del régulo de turno.

- 7 El desdén para honrar a nuestros grandes valores culturales y presentarlos al pueblo como luminosos arquetipos contrasta con la precipitación puesta en juego para rendir parías a personas aún de méritos comunes, si para el caso se mueven circunstancias de aldeaño interés. Con ello se rompe la lógica de las categorías y se hace inválida la justicia. Basta, por ejemplo, ver la facilidad con que se da el nombre de muertos medio sepultos, ya ún de gente en su enteropellejo, a establecimientos y centros de enseñanza, mientras duerme en el rincón del olvido la memoria de esclarecidos constructores de la nacionalidad. En todo ello, la reflexión creadora queda sustituida por el ímpetu de nuestro tropicalismo sentimental. Hasta en el área de la cultura somos siempre el país de las corazonadas.
- 8 En el caso de las garantías políticas, juegan papel muy principal argumentos que derivan de factores disvaliosos, con duras raíces henchidas de tiempo. En Venezuela, tierra de Libertadores, no ha prosperado la mística de la libertad, de la seguridad y de la igualdad de responsabilidades, sin las cuales las repúblicas se triban en tinglado de caña. Salvo el paréntesis de gobierno del ilustre presidente Medina Angarita, el pueblo de Venezuela, aún en los dorados tiempos de Vargas, Soublette y Rojas Paúl, ha sido, actual o potencialmente, un pueblo preso. De aquí deriva la paradójica expresión de “la venezolana libertad de estar preso”, acuñada por Joaquín Gabaldón Márquez. No se ha desarrollado jamás entre nosotros el profundo sentido de las garantías individuales. Menos el sentido de solidaridad que leve apensar cómo la arbitrariedad que indiferentemente vemos caer sobre el vecino, puede mañana tocar a nuestra puerta. La discrecionalidad de los procedimientos ejecutivos, desfigurando la mentalidad común, ha servido para que la administración de la propia justicia ordinaria aparezca frecuentemente lastrada de los

mismos vicios de insensibilidad, y que los jueces, olvidados de antiguas consignas de equidad, miren al rigor más que a la justicia. "Jueces achacosos" llamó a este género de funcionarios el certero maestro Granada. Si a la verdad vamos, habremos de reconocer que los mismos instrumentos legales han sido parte para esta desfiguración conceptual. Los Códigos de Policía, colidiendo con las normas constitucionales, han reconocido en las autoridades ejecutivas facultad para imponer sin juicio arresto hasta por quince días, y la misma Constitución de 1947, tan celebrada en América, a la par que instituyó el recurso de *Habeas Corpus*, introdujo el inciso *Alfaro Uccero*, que consagró como método de represalias políticas "la razón de Estado". Por eso, algunos humoristas que en nuestras universidades han profesado cátedra de Derecho Constitucional, se han llamado a sí mismos Profesores de Mitología.

- 9 Examinar uno a uno los varios factores incitativos del estado que he llamado "crisis de pueblo", sería tema para rebasar los modestos límites del ensayo que intenté ofrecer al público. Va nuestra crisis desde las más amplias y naturales normas de la higiene doméstica hasta las encumbradas esferas institucionales, civiles y castrenses, eclesiásticas y profanas. Cuando apareció la primera edición de este trabajo, se debatía en los estrados universitarios el problema de la crisis de la Universidad. Alguien promovió, después, un examen de la crisis de la Justicia. En el Instituto Pedagógico, se ha debatido el caso de la enseñanza en general. El examen de este problema, cada vez que es intentado, provoca un caos irreductible, ya que entre nosotros el hecho de haber pasado por un instituto de enseñanza se considera título suficiente para opinar sobre enseñanza aún para dirigir la educación.

De nuevo se ha vuelto sobre el tema fundamental del bachillerato, y se discute en torno a una corriente "pragmática" para el nuevo Liceo. Ocioso sería detenernos en una crítica de fondo, cuando basta presentar las meras líneas superficiales del problema, para que se aprecie la falta de sentido con que hemos procedido en el ordenamiento de nuestra educación. Desde el Código de Soublette, donde adquirieron cuerpo las ideas de Vargas, hasta los últimos Estatutos, han jugado un papel primordial, las simples palabras. Para probar nuestro desdén por la función creadora del tiempo, basta ver cómo se han inventado y suprimido los estudios y nombres, creyendo cada quien, en su turno, ser el creador de la cultura. En Caracas, la vieja y prestigiosa Escuela Politécnica, se desarticuló para ser en parte absorbida por el Colegio Federal de Varones, que luego se llamó Liceo Caracas, hasta recibir por último el egregio nombre de Liceo Andrés Bello, no sin haber corrido el riesgo de llamarse Liceo Descartes, cuando se trató de hacer política grata al *Quai d'Orsay*. ¿No sería más respetable el instituto, si a su prestigio de

hoy, uniese el brillo de una lujosa tradición en que aparecieran nombres de profesores y de alumnos que son blasón de la República? Cada Ministro, como genio de la hora, ha arremetido contra los signos anteriores y ha echado la bases de una nueva estructura que luego modifica el subsiguiente. Nuestra Universidad, en la rama de las matemáticas, otorgó sucesivamente títulos de Doctor en Filosofía, Doctor en Ciencias Exactas, Ingeniero, Doctor en Ciencias Físicas y Matemáticas a los graduandos en Ingeniería. Todo se intenta mudar, y en una reciente reforma de la Escuela de Derecho, se quiso llamar "Memoria de graduación", a la clásica tesis de grado de nuestras Universidad. Lejos de modificarse la técnica de la tesis, y hacer de ella una verdadera expresión universitaria, se buscó de darle otro nombre. Ya eso es progresar. Las escuelas primarias, que estuvieron a principios de siglo, divididas en dos grados, llegaron a seis un poco más tarde y se llamaron graduadas completas y graduadas incompletas, más tarde se multiplicaron los mismos grados y con ellos la población y fueron llamadas escuelas concentradas, hasta recibir más tarde la denominación de grupos escolares y escuelas unificadas. Pero como cada Ministro ha de dejar como recuerdo de su tránsito un nombre nuevo, ahora ha resultado la "escuela periférica" en los barrios lejanos. Tuvimos, también, un ensayo de escuela ural urbana. (El adjetivo periférico ha pasado al orden asistencial y al orden de los abastos, y tenemos puestos de socorro periféricos y mercados periféricos). Junto con los nombres de los planteles se mudan los programas, sin esperar a que se juzgue su idoneidad. Hay una pugna y una emulación, no por servir a la causa de la educación, sino en orden a mostrar cada profesor una técnica más avanzada. A veces resultan los alumnos una manera de conejillos de Indias en que se experimentan nuevas fórmulas psico-pedagógicas. Estos procedimientos favorecen a la postre el analfabetismo ilustrado que padece la república.

- 10 Los instrumentos creados por las diversas asambleas y reuniones americanas parecerán contradecir la desarticulación a que se hace referencia en el texto. Hay en realidad un sistema americano, con normas convencionales de la amplitud y consistencia del Pacto de Río Janeiro y de la Carta de Bogotá, pero tal unión, lejos de expresar una simbiosis directa entre las naciones, se manifiesta como equilibrio mediatizado a través de la voz de los intereses de Washington. Es decir, nos hemos unido no para defender lo nuestro, como pensó Bolívar cuando convocó el Congreso de Panamá, (de éste originariamente fueron excluidos Estados Unidos), sino para servir una política que muchas veces, por sí no las más, contradice sentidas aspiraciones de los pueblos de abolengo hispánico. Jugando, en razón de la fuerza, con los intereses privativos de cada país americano, el Departamento de Estado ha procurado imponer una uniformidad en el pensamien-



to político de las naciones novicontinentales. Esto hizo que se recibiera con profunda simpatía la actitud de México, Guatemala y Argentina en el seno de la IV Reunión de Consultadela Cancilleres americanos; pues al hacer reparos al proyecto de sobrecargar con obligaciones militares, de tipo internacional, a los países iberoamericanos, que nada tienen que hacer en el conflicto coreano, pusieron a salvo el sagrado derecho de sentir de la autorizada opinión de Washington, que asiste, por gravedad de soberanía y de cultura, a nuestro convulso mundo hispanoamericano. (Seguramente en el fondo de otras Cancillerías americanas existió criterio igual al sustentado por los países disidentes, pero los Cancilleres hicieron la vista gorda en atención a otros compromisos). Hoy se invoca como fuerza de imperio moral para animar la búsqueda de elementos que robustezcan el llamado "sistema americano"; la necesidad de luchar asidamente por la defensa de la civilización cristiana de Occidente, en que tan empeñosos se exhiben los magnates norteamericanos. Sin embargo, este problema tiene múltiples y variados aspectos que serían preciso examinar y graduar muy delicadamente, y que acaso aborde en ensayo que actualmente preparo.

Se ha intentado crear una confusión entre los intereses del capitalismo internacional y los altos y sagrados ideales de la civilización cristiana, amenazados por el comunismo ateo. Ambos planos, lejos de coincidir, se contradicen, ya que la idea cristiana se distancia tanto del sistema capitalista como del ateísmo comunista. (Cuando los apóstoles llegaron a la Roma imperial, cuyas autoridades y sacerdotes representaban el orden de la riqueza y del poder, buscaron a las masas plebeyas, que habían sido víctimas de aquéllos y habían agitado a la vez "el orden de clases", que pondera Juan Luis Vives en sus "Causas de la decadencia de las Artes". Washington aspira hoy a la capitalidad profana del mundo occidental). Tampoco coinciden, empero a la continua se oponen, los intereses privativos de Estados Unidos y los intereses de los países hispanoamericanos. ("El gigante en medio deenanitos que rien de vez en cuando, le quitan las botas y hacen morisquetas", escribía por 1939 Enrique Bernardo Núñez, mientras Gabriela Mistral, con voz tomada del dolor de la trágica profecía, anunciaba: "Estamos perdiendo la América, jalón por jalón, y un día nos despertaremos de nuestra confianza perezosa sabiendo que las palabras 'Chile', 'México' y 'Nicaragua' ya no son sino nombres geográficos y no políticos, que señalan grados de latitud y de longitud, frutos y maderas diferenciados y una sola colonia no más de New York").

Distant tanto de la coincidencia los intereses imperialistas de Estados Unidos y los netos, altísimos y eternos ideales cristianos, que no hacen mucho tiempo un alto y responsable funcionario del *Foreign Service* americano me habló del obencioso que resultaría para

la paz americana y para detener en el Nuevo Mundo el avance soviético, lograr que los partidos comunistas criollos se desvinculasen de Moscú y adquiriesen autonomía nacionalista. Es decir, a juicio de aquél el problema de la lucha contra el comunismo no radica en el comunismo *per se*, sino en que pueda servir de instrumento expansivo a la política del Kremlin.

A Estados Unidos no importaría, pues, que Hispanoamérica se tornase una serie de repúblicas comunistas, siempre que le asegurasen éstas la libre explotación de sus riquezas.

Los cristianos que no tengan "fe de barberos, descansadera en ocho reales", según la expresión unamunesca, han de pensar de distinto modo y han de desglosar ambos problemas, para examinarlos en los respectivos planos diferenciales. Parece por ello más lógico no asociar a los fracasos del mundo capitalista y a las soluciones que ofrece la locura dilusional que parece envolver a gran parte de nuestro propio mundo, el porvenir de una doctrina que, por poseer, como posee la Iglesia, la certeza de que contra ella no prevalecerán las puertas del Infierno, se siente vencedor de los tiempos. Ella sabe, con frase de Tertuliano, que será eterno su destino, así viva "destituida de amparo en la tierra peregrina". En el orden positivo, tiene el cristianismo, aunque lo nieguen políticos de las calzas de Laski, fuerza sobrada para seguir empujando los bajeles de la esperanza; así pues, quienes, por sentirse comprometidos a su defensa, se enrolan sin examen en los cuadros circunstanciales y heterogéneos del anticomunismo de guerra, debieran pensar más en la eficacia de confiar el destino de los pueblos, no a los desiderata de la fuerza y a las manipulaciones del capitalismo internacional, sino a un sistema pacífico que dé en realidad sombra a la justicia y haga más ancho el radio de la comodidad social. Antes que matar hombres para alcanzar el equilibrio pacífico del mundo, podía dedicar E. U. a la satisfacción de los desheredados alguna parte de los sesenta mil millones de dólares (\$ 60.000.000.000,00) que le cuesta anualmente el pie mundial de la guerra. Preferible es que aborte el monstruo, en cuya destrucción puede mañana perecer la sociedad, a seguir alimentándole para que tome más vigor. Y el monstruo es el odio que entre los desafortunados provoca la indiferencia y la avaricia de los detentadores de la riqueza. Una justa política encaminada a sembrar en la sociedad la paz de Cristo, lograría lo que en balde prometen los administradores de la máquina de guerra.

En Estados Unidos, cuyo bondadoso e ingenuo pueblo no es responsable, sino víctima también, de las combinaciones de los políticos y de los negociantes, hay quienes, ante la presencia de los hijos muertos y de los hermanos inútiles, piensan con estos mismos pensamientos, y en fecha reciente un experto escribía: "*The United States is confronted by*

*a powerfull empire of dangerously paranoid character, whom we cannot coerce, and against whose violence we are powerless to defend ourselves*". "Los Estados Unidos están padeciendo el poderoso influjo de un carácter peligrosamente paranoico, que no podemos dominar y contra cuya violencia nosotros somos impotentes para defendernos por nosotros mismos". (*The Strategy of World War III*, por Mayor General J. J. C. Fuller y Alexander Mabane. "American Perspective" Vol. IV: 3 — Summer 1951".

- 11 Recientemente los distinguidos juristas Manuel Octavio Romero Sánchez y Juan Penzini Hernández, jamás motejados de ideas extremistas, estamparon, en la oportunidad de intentar una acción civil contra la rama venezolana del consorcio internacional American Tobacco Company, los siguientes conceptos: "... Así se extrae y emigra la riqueza del país. Dólares que aquí se multiplican y vuelan a otras tierras, dejando míseros salarios y estelas de decepción y de desánimo ciudadano. Y todo por el ansia del lucro de una compañía, como la Cigarrera Bigott, que nada tiene de nacional, porque su capital, su dirección, sus sistemas, sus gerentes y altos empleados son extranjeros. (Lo mismo podría decirse de otras empresas similares, patrocinadas por ilustres nombres criollos. B.-I). Jamás se ha visto ni cotizado en el mercado de valores nacionales una acción de esta poderosa compañía. Como los corsarios antiguos, esta forma de capital arriba al país, y, en las naves del cambio, se lleva los frutos de nuestra mejor riqueza, olorosa a conquista y empapada en el sudor del trabajo estéril del hombre fuerte de nuestros campos".
- 12 El costo de la factura en 1948 de las importaciones de bebidas alcohólicas y espirituosas; dulce y confituras; perfumería y sedería, fue, respectivamente Bs. 19.361.742; Bs. 3.699.050; Bs. 7.712.308 y Bs. 60.321.591. "En 1938, dice recientemente 'El Heraldo', de Caracas, importamos en artículos alimenticios treinta y cuatro millones de bolívares; el año pasado —según cálculos provisionales— llegamos a cuatrocientos millones".
- 13 Juzgo que la obra máxima de Rafael Núñez no fue haber dado unidad política a Colombia, sino haber vencido la tesis del libre cambio, que tan buen aliado tuvo el liberalismo radical del Florentino González. El libre cambismo tiene excelentes defensores en los tratadistas ingleses y anglo-americanos, por cuanto es favorable a los planes del imperialismo. La lucha de tarifas la aconsejan sólo entre países de igual desarrollo industrial. (Hay quienes sostengan que el darwinismo se produjo también para legitimar una desigualdad humana que aligerase de escrúpulos la conciencia de los puritanos complicados en el comercio de esclavos. Podría hoy servir de alijo a la conciencia de los demócratas yanquis que ven con menosprecio a sus conciudadanos negros). Sin barreras aduaneras, la industria indígena de Nueva Granada había llegado a

su anonadamiento. Núñez, al defender el sistema proteccionista, asentó las bases de la próspera industria colombiana. Algunos, aparentemente guiados de una preocupación popular, hablan del beneficio que representa para el pueblo la mercadería barata que viene del exterior, ya que los precios iniciales de éstas permiten competir con los altos precios de la producción indígena. De primera intención pareciera inobjetable este argumento, pero, para un juicio definitivo, se ha de mirar no sólo al interés presente del país, sino al porvenir de la riqueza. Para que enraice y tome fuerza la industria nacional, (en ésta no debe incluirse la industria de los semi-acabados), se requiere un pequeño y transitorio sacrificio, que bien puede hacer un país de moneda alta y altos salarios, y el cual se convertiría mañana en rebaja de precios que vendrá a compensar aquellos sacrificios, y en una radicación venezolana de capitales y ganancias.

La industria, aún aquella en que se invierte capital extranjero que sea sometido a justas regulaciones distributivas representa para hoy, o sí no para mañana, un valor permanente en categoría nacional. De lo contrario, el gran comercio distribuidor, así esté en manos criollas, obra, en último análisis, como mero agente de la industria extranjera y como enemigo potencial de la riqueza vernácula, cuando, en guerra de precios, impide o detiene la producción de artículos de la tierra.

Una buena legislación proteccionista debiera mirar tanto a la materia arancelaria como al régimen de las inversiones extranjeras, en lo que dice a participar éstas en industrias ya explotadas por los criollos, lo mismo a la monta de las utilidades líquidas que los extranjeros puedan sacar del país.

- 14 Mi excelente amigo el escritor Alfredo Tarre Murzi, en artículo publicado en "Panorama", de Maracaibo, para comentar la primera edición de este ensayo y después de obsequiarme generosas frases de cálida amistad, me atribuye, como digo en el prólogo, un criterio pesimista que, según él, no me deja estimar las ventajas que para el Estado venezolano ha constituido los altos presupuestos fiscales derivados de la explotación aceitera, y los cuales han permitido la realización de importantes obras de progreso. Si a ver vamos, los ingresos fiscales no son gracia que aminorala responsabilidad de los entreguistas de nuestra riqueza, sino legítima participación del país en el fruto de sus reservas naturales, y para lograrse lo que hoy se recibe, se ha necesitado la constante revisión que inició en política petrolera el ilustre presidente Medina Angarita el año de 1943. Nadie niega la ventaja que la República ha podido derivar de las fuertes sumas que por regalías, impuestos, sueldos, salarios y demás inversiones le ingresan en razón del petróleo. En cambio nadie se atreve a negar tampoco que la falta de sentido patriótico y la ausencia del espíritu de previsión han hecho de la abundancia venezolana un instrumento de

disolución nacional, propicio a la apertura de caminos de corrupción y de molicie, que van hasta sitios que obligan al buen callar de Sancho. Gracias a la posibilidad de gastar a mano abierta, se ha tirado el dinero al voleo, hasta ser el país una inmensa mina realenga que privilegiados indígenas y forasteros, (éstos con mayor provecho), procuran explotar a sus anchas.

Ya corre por el mundo de la alegría la noticia de que en Puerto España, capital de nuestra antigua provincia trinitaria, se establecerá un gran casino como el de Montecarlo. Claro que sí. Y de ese modo Inglaterra la que no se le puede llevar por las vías toleradas del comercio, se lo llevará por los caminos dudosos del azar. Dentro de poco saldrán nuestros alegres y despreocupados ricos a gastar en el vecindario sus buenos bolívares, pues, como hedicho, donde todo está intervenido, lo único libre es la moneda. Mientras tanto el campo no produce lo necesario, y la vieja pulpería de sabor nacional, donde se compraban cosas del país para el diario sustento del pueblo, está llena de frascos y de enlatados provenientes del exterior. ¡Hasta el pan nos viene prefabricado del Norte! Y en latas ornamentadas de palabras inglesas, nos ofrecen hoy nuestros "buenos vecinos" las humildes caraoatas de la dieta popular venezolana, como libelo de vergüenza para nuestra ineptitud nacional. Mejor que estirar en el exterior el pedestal de las estatuas de Bolívar, sería buscar los medios de levantar los instrumentos internos ora morales, ora materiales, que pueden garantizar nos la autonomía porque Bolívar sacrificó su existencia magnífica.

Denunciar una vez más esta dolorosa realidad no creo que merezca calificativo de pesimismo. Y en lazarla a la política del petróleo, no parece yerro, por cuanto la disolución producida en razón de la hipertrofia de nuestra riqueza ha sido la causa del estado de conciencia que sirve de raíz a nuestro actual sistema de vida, y el petróleo pudo extender su mancha grasienta a todo lo ancho de los ojos nacionales, porque el país carecía de una vertebración histórica que le permitiese pensar en sí mismo y en el momento, ya llegado, de que nos convirtieramos en peligrosa fuente de abastecimiento bélico mundial, mientras los millones de barriles de la producción petrolera mantienen al pueblo en condiciones lamentable de atraso.

Y no sólo abrimos nuestras puertas para la invasión extranjera, sino que salimos fuera de nuestro territorio para asociarnos al despilfarro de nuestra moneda. Hace pocas semanas los diarios de la capital ponderaban la iniciativa tomada por la Línea Aeropostal Venezolana en orden a efectuar vuelos que transporten nuestros turistas a Barbados. Es decir, una empresa venezolana fomenta la evasión de nuestras divisas, a cambio de vender unos pasajes que debieran destinarse preferentemente al turismo interior. Bien

- podría el Estado construir hoteles y carreteras de penetración, que hicieran agradables los viajes a las maravillosas regiones de nuestro litoral y del interior, e intensificar el turismo, que ya ha iniciado hacia Barlovento la misma empresa.
- 15 Caracas presenció recientemente un doloroso espectáculo de inculturay denegación de nuestros valores nacionales, cuando un grupo de mozos de nuestra "primera" sociedad destruyó los alto-parlantes que en la Plazoleta del Obelisco, en Altamira, difundían música popular venezolana. Ellos querían mambos, congas y rumbas. Plausiblemente las autoridades han sostenido su propósito de preferir nuestra música.
  - 16 La producción en serie hace que los dibujos e historietas cómicas, cuyas matices se preparan en Estados Unidos, resulten en extremo económicos para las empresas editoras de diarios. Esto da cierto carácter de pesada uniformidad a un gran sector de la prensa de América. Algunas tiras, como las de Walt Disney, exhiben una delicada sensibilidad, que hace honor a la cultura del pueblo americano, tanto como las mejores revistas de sus grandes universidades. Otras, en cambio, parecen dirigidas en los propios muelles de Brooklyn, por aventureros con mentalidad de gansteres y por mozos de cordel. (Diríase que fueran una avanzada del ejército corruptor que tiene su cuartel general en Hollywood). No han parado mentes nuestras empresas periodísticas en el riesgo que constituye este mercado de dibujos. Sin embargo, "El Heraldo" se vio recientemente en necesidad de dar excusas al público por haber publicado inadvertidamente una noticia gráfica que iba en descrédito de nuestro decoro histórico.
  - 17 Sería lógico pensar que, con el fin de robustecer los atributos que permitan la asimilación moral de nuestras masas de inmigrantes se intensificase en nuestros planteles primarios el estudio de la Historia Nacional. Es camino aconsejado por un recto pensar. Sin embargo, he tenido la sorpresa de saber que se trata actualmente de disminuir el programa de Historia en los institutos de secundaria, por considerarse una disciplina poco "formativa".
  - 18 Este trabajo estaba escrito dos días antes de perpetrarse el tenebroso crimen que puso final a la vida del presidente Delgado Chalbaud. Lo aislado de este hecho, y la repugnancia con que ha sido visto por los propios enemigos de la víctima, hacen que él no desmejore el concepto que merece nuestro pueblo.
  - 19 Sorokin, de la Universidad de Harvard, ha hecho un análisis exhaustivo de las causas y proyecciones de las crisis que han quebrantado la actual sociedad universal, mas no ha logrado una solución favorable que pudiera tomarse como camino hacia una actitud general convalecencia. Para encontrar salida a los problemas de nuestro mundo, sería necesario "que la gente comenze un día a apartarse del presente, y en cierto sentido,

a buscar el modo de desaparecer de él”, según aconseja Maritain. Precisaría, pues, dar espaldas al mundo de mentira en que vivimos. Para reconstruir los valores de cuya quiebra nos quejamos, sería necesario fabricarles una realidad que permitiese enunciarlos sin riesgo de proseguir la abominable comedia de vivir el dúplice sistema que viste con altos signos un proceso social detestable. Si creemos en la justicia, en la igualdad y en la libertad como posibilidades normativas, no cultivemos la injusticia, ni celebremos la desigualdad, ni menos aún sirvamos los planes que buscan la esclavitud del hombre. Si hablamos de una sociedad cristiana, vamos a la realización inmediata de las consignas de fraternidad, de caridad y de justicia que forman la esencia del cristianismo y ayudemos al prójimo a vivir en forma tal que vea en nosotros la expresión realista de un mundo fraternal. Así vendría la paz consentida y buscada por los mismos hombres, y no el armisticio impuesto como equilibrio de las fuerzas voraces de los imperios. Así llegaría la sociedad, por la sinceridad de su propia conducta, a vestir la blusa listada del criminal a los gansteres de frac, que hoy reclaman sus honores y juegan arbitrariamente con suerte.

# Alegría de la tierra

(PEQUEÑA APOLOGÍA DE NUESTRA  
AGRICULTURA ANTIGUA)



*A la grata memoria de Juan Francisco de  
León, primera víctima por la defensa de la  
tierra contra la explotación de intereses forasteros.*

## PÓRTICO

No es por obra de la casualidad que esta Alegría de la Tierra viene a ser el segundo volumen que la Fundación Mario Briceño Iragorry pone en circulación para dar cumplimiento a su desiderátum de divulgar, exaltar y rendir homenaje a las ideas de aquel cuya obra, nombre y necesidad de conservar en vigencia, constituye nuestra más cabal preocupación.

Las páginas que integran este libro fueron en su mayoría artículos de prensa que la pasión briceñiana regalaba en los años cincuenta a la población venezolana cuando, proscrito el debate de las ideas políticas, veíamos como la exaltación de la materia y la importación de todas las soluciones venían constituyendo el diario que hacer de la dictadura.

Estas palabras fueron simiente que fructificó. La alegría del treinta de noviembre de 1952, frustrada por la voluntad del tirano, fue en buena parte hija de esta Alegría de la Tierra. La juventud de hoy debe saber que cuando los pueblos están ayunos de emociones auténticas, palabras de este talante son capaces de mitigar su sed y alentar su esperanza. Hoy de nuevo el país está en hora de profundas contradicciones. Por otros caminos llegamos a la máxima exaltación de lo material. Vendimos el alma a los demonios de la bonanza petrolera, malbaratamos los dones con que la naturaleza nos prodigó, colocamos lo externo como único lugar de procedencia y materialización de satisfacciones, endeudamos al país y, por todo ello, estamos de nuevo sumidos en un momento de crisis.

Estas palabras deben ser leídas de nuevo. Darán alegría a muchos que sucumben en la desesperación y darán aliento a otros que ya están empezando a sentir que el volcarnos sobre lo propio nuestro va a ser la única y final resurrección de nuestras agraviadas conciencias.

Venimos de regreso de muchos engaños. Hemos caído en juegos de abalorios. Víctimas somos de los falsos reflejos del espejo que el conquistador ofreció al indígena.

Pero este país, rico en la experiencia de haberse echado a andar por el mundo no para conquistar, no para colonizar, no para subyugar (como han sido todas las aventuras extraterritoriales de las grandes potencias) sino para llevar libertad y amor a sus hermanos; este país pródigo de hombres grandes y víctima de hombres pequeños, necesita señalizaciones. Creemos que esta Alegría de la Tierra contribuirá con todos aquellos que buscan, intuyen o ya empiezan a disfrutar un rumbo. Si así fuere, la memoria de Briceño Iragorry habrá sido enaltecida. No habría arado en el mar.

Adentrémonos pues con venezolana pasión a la reflexión de las muchas alegrías que esta tierra generosa nos da cuando nosotros le entregamos amor, esfuerzo, generosidad, comprensión, en fin, todo eso que hace que el trabajo y el vivir sea verdadero patriotismo.

Fundación Mario Briceño Iragorry  
Caracas, 30 de noviembre de 1983

## **MARIO BRICEÑO IRAGORRY**

**Ramón J. Velásquez**

En las evocaciones de la Mérida de sus días estudiantiles, Mariano Picón Salas siempre recordaba el papel de agitador cultural que representó Diego Carbonell, desde el rectorado de la Universidad. Con Carbonell llegaron a la ciudad andina, las noticias de todas las revoluciones culturales, políticas y científicas ocurridas en el mundo, y el médico e historiador oriental se convirtió en un predicador de la buena nueva de la reforma universitaria y en estimulador de audacias juveniles, en adversario del viejo estilo retórico de los letrados merideños y en el hombre que abría las puertas a todos los interrogantes que destruían la vieja fe. En el mundo de sus contemporáneos tres eran los hombres preferidos en el recuerdo de Mariano: Tulio Gonzalo Salas, la extraordinaria voz lírica perdida en el amanecer; Alberto Adriani, el joven que leía en otros idiomas textos de geometría y de historia y de ciencias sociales, muchos de ellos prohibidos y en el índice del Arzobispo Silva y Mario Briceño Iragorry, el cabecilla de la rebeldía, el joven iconoclasta que cuestionaba verdades consagradas como dogmas en la más organizada tradicional y jerárquica sociedad de la provincia venezolana como era la merideña. Que Mario Briceño Iragorry, el joven estudiante trujillano, buen jinete y mejor conversador planteara ante tímidos auditorios sus dudas y analizara y desmenuzara los valores consagrados por la rutina y planteara insólitos enjuiciamientos sobre la sociedad y su destino tenía que provocar sorpresa, protesta y silencios hostiles. No en balde quería curar la parálisis del pensamiento científico. Invitar a pensar, a contrastar ideas, a revisar sistemas no son actitudes que se puedan asumir, sin pagar las consecuencias. Estaba presente en estos

primeros pasos del joven universitario Mario Briceño Iragorry una posición ante la vida que lo acompañó hasta la hora de su muerte. El examen de conciencia, el reclamo de conducta a quienes desempeñan el papel directivo en las sociedades y su autoconfesión. La confesión en voz alta de quien se creía débil frente a los deberes superiores que, en su concepto, le imponía su misma condición de pensador y dirigente de una comunidad.

## Tapices para una sala desnuda

Briceño Iragorry, al igual que Caracciolo Parra León, Alberto Adriani, Tulio Gonzalo Salas lograron en sus días de estudiantes merideños la mejor formación humanística que Venezuela en aquellos años de aislamiento y pobreza, podía entregar en las aulas universitarias. Completaban así la sólida formación en aquellos famosos colegios de provincia donde el papel del estudiante era estudiar y el del profesor, enseñar.

En este final de la década de los años diez de este siglo, Mérida, ciudad para el estudio, la meditación y el diálogo ofreció a esa generación un mirador que por una parte te abalaba los panoramas del mundo clásico y por el otro abría los caminos del conocimiento de las nuevas tesis sociales y científicas. Esta circunstancia dotaría a Briceño Iragorry de los fundamentos indispensables para cumplir la tarea que con la publicación de "Lecturas Venezolanas" empieza a realizar en el ámbito nacional a partir de 1926.

Por otra parte, la circunstancia de pertenecer Briceño Iragorry a una sociedad como la andina, de tradiciones tan vivas y de historia y de historias tan ricas y formar parte de los núcleos sociales directivos de Trujillo y de Mérida, regiones tan cercanas y tan distantes en la estructura social de sus comunidades, lo llevarán a tener en todas las etapas de su vasta labor, un novedoso sentido regional, nacional y nacionalista en su papel de historiador.

En 1932, en la Universidad de Caracas, Parra León y Briceño Iragorry se proponen iniciar un ambicioso cambio en la orientación de la casa de estudios. La universidad se había convertido en

una escuela menor en donde la rutina ahogaba la curiosidad intelectual y científica de los estudiantes. La memorización, en un instituto sin bibliotecas, ni laboratorios, señalaba la crisis de nuestra educación superior, unidos estos hechos a la ausencia de toda filosofía, de todo rumbo ético, de toda noción de los valores históricos del país.

Este es el momento en que Parra León y Briceño Iragorry proponen la creación de la Escuela de filosofía y Letras de la Universidad. Era un intento audaz, cualquiera que fuera el signo de esas ideas. Porque como antes señalamos, Venezuela padecía una parálisis cultural que la colocaba décadas atrás del progreso que naciones vecinas habían logrado en la formación académica de sus nuevas clases dirigentes.

¿Qué es Venezuela? ¿qué somos los venezolanos? ¿por qué ha estado Venezuela atada a un destino trágico? ¿cuál es el camino del cambio? eran las preguntas que en un medio universitario tan estrechamente vigilado y ante un país atemorizado pretendían analizar y responder desde la nueva escuela, Parra León y Briceño Iragorry.

A Briceño Iragorry le preocupaba la pérdida del sentido histórico que se observaba en la comunidad venezolana. Y la achacaba a la manera como se estaba contando la historia en escuelas y liceos y de la forma como oradores y letrados presentaban el proceso nacional a estudiantes y curiosos. La tarea de investigación realizada en décadas anteriores por Ángel César Rivas, Laureano Vallenilla Lanz, César Zumeta, Pedro Manuel Arcaya, Tulio Febres Cordero, Julio C. Salas se había perdido. Ahora se quería enseñar a las nuevas generaciones que Venezuela había nacido del seno de la oscuridad, el 19 de abril de 1810. Se pretendía borrar el proceso de formación de una sociedad, los trescientos años de gestación y crecimiento de la conciencia nacional, la tradición cultural, religiosa y económica de sus regiones para colocar ante las nuevas generaciones, una sociedad sin raíces y unos héroes letrados y militares, ideólogos y caudillos cuya formación había sido obra de la iluminación de un día de abril

de 1810 y producto exclusivo de las noticias revolucionarias llegadas de América del Norte y de Francia. En este plano se desconocían las propias advertencias del Libertador cuando observaba que nuestras sociedades hispanoamericanas para el momento de la independencia eran viejas en usos civiles y la muy trágica de que habíamos perdido todo lo alcanzado en la larga gestación colonial a cambio, únicamente, de la independencia.

Al iniciar sus clases sobre Historia Nacional en la Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad de Caracas utiliza un método novedoso. En las paredes desnudas de la sala de clases va a colgar unos tapices. Parecidos a los murales de Diego Rivera, pues está dispuesto a cumplir — que desde La Rotunda hizo José Rafael Pocaterra a finales del año 1921: escribir la historia del pueblo venezolano. No habría héroes epónimos en sus catorce tapices, o mejor los héroes epónimos son parte de los grupos que forman el motivo central de sus pinturas. Para Briceño Iragorry la historia que elimina a la sociedad para relatar en forma avasallante la vida de un caudillo tras el cual marchan silenciosas, sumisas, las masas, es uno de los factores que han estimulado en Venezuela, las tesis cesaristas y las corrientes dictatoriales.

Briceño Iragorry va contando a los universitarios cómo se dilataron las fronteras de la patria, pues es tal la ignorancia que es común la creencia de que desde la hora del descubrimiento y conquista, Venezuela ha tenido las mismas dimensiones. Analiza la participación de indios y negros en la formación del nuevo país; señala la presencia del criollo y el desarrollo del sentimiento de autonomía; se detiene en el análisis del proceso que convierte la lucha de clases sociales en lucha por la nacionalidad; valora la participación de la iglesia en la formación del medio social y de qué manera los corsarios contribuyeron indirectamente a la formación del espíritu de la nacionalidad; y defiende la preeminencia de los argumentos propios en la lucha por la libertad e independencia.

Con sus tapices, Briceño Iragorry se propone reconstruir el mosaico roto, juntar las partes del rompecabezas histórico

venezolano. ¿Dónde se formaron los autores del prodigioso episodio de la independencia?, se pregunta Briceño Iragorry. E invita a detenernos en los finales del siglo XVIII venezolano y a estudiar los orígenes y formación de la pléyade de personalidades que se disponen a ser los protagonistas de la obra de la emancipación continental: Miranda, Bello, Simón Rodríguez, Roscio, José Luis Ramos, Cristóbal Mendoza, Francisco Espejo, Fernando Peñalver, Manuel Palacio Fajardo, José Rafael Revenga, Pedro Gual, Mariano de Talavera y Garcés, Miguel José Sanz, Manuel García de Sena. Reclama Briceño Iragorry atención a este hecho para afirmar “que en Venezuela se había vivido un proceso de perfeccionamiento, una evolución perfectiva, en el transcurso del siglo XVIII para que en su extremo postrero encontremos una ciudadanía de tan excepcional calidad humana.

Desde estos tapices leídos en la cátedra el año 1932 y publicados dos años más tarde hasta sus obras de los años 50, el tema es el mismo; el proceso histórico venezolano, la historia de la sociedad venezolana, la historia de la crisis de la sociedad venezolana. Augusto Mijares anota a este respecto que un hombre del talento de Mario Briceño Iragorry, de sus condiciones y del espíritu que en otros aspectos manifestó, prefirió servir a Venezuela dedicándose casi exclusivamente a los temas nacionales, renunciando de manera voluntaria a la gloria y al éxito que le habrían podido haber dado otros temas y que en escritores latinoamericanos de menos valía que él, les ha dado altísima categoría.

Mario Briceño Iragorry no cultiva la biografía de los jefes militares insignes, patricios o guerreros, pero se decide a construir en una sucesión de obras admirables, una tipología venezolana que comienza con Alonso Andrea de Ledesma y remata con Los Riberas.

En Alonso Andrea de Ledesma, en el Regente Heredia y el Fernando Peñalver, exalta las virtudes que constituyen la garantía de la vida democrática y de la conciencia nacional, que son ejemplo de la entrega sin condiciones al servicio de la República. Son las virtudes diarias, aquellas que debe conservar y exaltar el



venezolano para garantizarse una vida de dignidad, y a su patria, una barrera moral, de defensa frente a las arremetidas de todos los conquistadores.

Del fondo de la historia, resucita a Andrea de Ledesma, pero no para contar su vida de hazañas sino para recordar a sucesivas generaciones el deber de pensarse libremente hasta que daren absoluta soledad y señalar en el gesto final del hidalgo frente al corsario invasor, el deber indeclinable de defender la dignidad de la patria. Es un mandato para todos y cada uno de los venezolanos, una hazaña de soledad, pero que sumadas las soledades forman el ejército invencible de la dignidad de un pueblo.

“El Regente Heredia” publicado en hora singular de la vida venezolana cuando parecía que las cataratas del odio habían vuelto a desatarse sobre Venezuela, es una invitación al ejercicio de la justicia. Es la hazaña del juez frente al terror de las furias desatadas, el valor que no tienen cantores, la defensa del enemigo, el llamamiento a la concordia y a la convivencia.

Este libro sobre el Regente y su ensayo sobre Fernando Peñalver son dos obras que reflejan la tragedia venezolana, la soledad de los justos, el valor de quienes no alardean de valentía pero tienen que renovar cada día su fe en la justicia y en la moral para desafiar las amenazas que lo rodean. Fernando Peñalver, es Mario Briceño Iragorry, José Gil Fortoul, Jesús Muñoz, Eduardo Calcaño y toda esa ilustre teoría de venezolanos que quieren servir a Venezuela, que sirven a Venezuela y tienen que correr las contingencias de situaciones políticas que no han creado y sobre las cuales no tienen poder de decisión. Es el Marcos Roger de la novela de Gallegos.

En “El Marqués de Casa León” realiza Briceño Iragorry, por vez primera en nuestro país, la biografía de una clase social. La biografía de un grupo, la de una oligarquía untuosa, suntuosa, gelatinosa, pegajosa cuyo símbolo eterno es Casa León. La desmemoriada oligarquía que adula y traiciona a Bolívar, que adula y traiciona a Páez y a Monagas, que desconoce a uno de los de su clase, en las revueltas del 78 y del 89; la que rodea de doncellas,

cortesanas y celestinas a Cipriano Castro; de la que huye Juan Vicente Gómez encerrándose en su fortaleza de Maracay. Y que se mimetiza y maneja con increíble destreza todo el cordaje del diapasón político. Briceño Iragorry considera que Casa León como grupo “destruye todo ideal de justicia, así ande envuelto en títulos de aparente honorabilidad y gravedad jurídica”.

“Los Riberas” remate de la serie de esta tipología es al mismo tiempo un excelente y galdosiano conjunto de episodios nacionales. Es otro mundo venezolano, el de la política palaciega, que puede ser democrática al mismo tiempo, el gran mural de esa fauna política pintada en tiempos del liberalismo amarillo por la mano maestra del costumbrista y político Francisco Tosca García y colocada en los escenarios de nuestro siglo XX por Mario Briceño Iragorry. El historiador y crítico literario Ramón Díaz Sánchez consideró a “Los Riberas” como una “novela histórica” al mismo tiempo que un original ensayo de interpretación del problema de la moral política en la Venezuela de los años veinte. Destaca Díaz Sánchez el interés permanente del autor de “Los Riberas” en señalar, en los personajes de su novela, la dimensión ética de sus pasos y afirmaciones y deja constancia de su preocupación al observar que el comportamiento de muchos de los autores del drama pintado en “Los Riberas” de aparente defensa frente a los métodos de terror que utilizaba la dictadura se ha prolongado y se multiplica en muchos sectores de la vida democrática, cuando ninguna razón de atropello, temor o necesidad, lo justifica.

## Un paréntesis personal

Conocí a Briceño Iragorry, una tarde de 1935 cuando el historiador y literato presidía un jurado examinador en el Liceo “Andrés Bello” y yo era un examinado. La materia: Historia de la Literatura Universal. Los compañeros del jurado: Julio Planchart y Alberto Arvelo Torrealba. Diserté sobre Quevedo y luego sobre Montalvo. Al final, me preguntó si yo era hijo del periodista del Táchira, compañero de Carlos Rangel Lamus. Empezó nuestro

diálogo que terminó en los días finales de su vida. Me permitió que lo acompañara en su caminata hasta la esquina de Camejo, en donde funcionaba la editorial de los Parra León. Me regaló la primera edición de "Tapices" que me dedicó con su hermosa letra. Desde ese día frecuenté su amistad, pues siempre quería oírlo, unas veces en el Archivo Nacional, otras en la Academia, en el Congreso, en la Plaza Bolívar. Era una cátedra que no cesaba, una invitación a ver las cosas de otra manera, un constante examinar, en alta voz, su conducta para encontrarse imperfecto y llamarse a la reflexión.

En los años 1942, 1943, 1944, ejercía yo tareas de redactor político en un diario caraqueño y Mario Briceño Iragorry era figura destacada en el gobierno de Isaías Medina Angarita y dirigente nacional del partido de gobierno. Los contactos entre el periodista y el político fueron constantes, encaminados en su mayor parte a someter al político a largos interrogatorios acerca de la actualidad nacional y a lograr definiciones sobre el rumbo del novedoso experimento de crear un partido político, democrático y moderno, desde las alturas de un poder que había tenido su origen histórico en el triunfo de una revolución, a comienzos del siglo. Bajo el gobierno de Medina Angarita se habían acentuado los signos civilistas del viejo régimen y se había avanzado mucho en el camino de las grandes rectificaciones iniciado por el presidente López Contreras. Considero que a la distancia histórica que ya brindan los lustros, recorridos desde entonces y los grandes cambios operados en la vida venezolana, debe analizarse el gobierno de Medina Angarita, desde el punto de vista del comportamiento ético y de la personalidad intelectual de la mayoría determinante de los principales dirigentes.

Por primera vez en la historia de Venezuela, se congregaba en el seno de un gobierno liberal, respetuoso de la dignidad humana, practicante de las normas democráticas, comprometido en grandes reformas sociales, número tal de escritores, profesores universitarios, periodistas, científicos, artistas, juristas y hombres de empresa, provenientes muchos de ellos, de las filas de la más

auténtica oposición antigomecista, procedentes otros de las filas del marxismo y representativos todos, del nuevo país que acababa de nacer. Juan Vicente Gómez había contado con la presencia en sus cuadros de gobierno y con la colaboración constante de los más brillantes representativos de la generación positivista, pero esa figuración estaba condicionada al silencio cívico y a la ceguera y sordera frente al drama nacional. En cambio, en los días de Medina Angarita, el debate político era el pan de cada día y los actos de los gobernantes estaban sometidos al bistorú de una oposición menos extensa que la de las últimas décadas, pero más vigorosa, en ocasiones implacable. Entre el de otro actores fundamentales de aquellas jornadas quier recordarlos nombres de Arturo Uslar Pietri, Mario Briceño Iragorry, Mariano Picón Salas, Ramón Díaz Sánchez, Augusto Mijares, Rafael Pizani, Rafael Vegas, Enrique Tejera, Pastor Oropeza, Numa Quevedo, Julio Diez, Gustavo Herrera, Rodolfo Rojas, José Rafael Pocaterra, Diógenes Escalante, Luis A. Pietri, Tulio Chiossone, Joaquín Gabaldón Márquez, Augusto Márquez Cañizales, Carlos Felice Cardot, Manuel Egaña, Vicente Fuentes, Pedro Cruz Bajares, Alirio Ugarte Pelayo, Héctor Cuenca, Alfredo Tarre Murzi, para mencionar algunos de la larga lista.

Eran días de paz y libertad, sin prisioneros, ni desterrados. Y nadie advertía cómo iba conjugándose los factores de la crisis nacional de 1945, que al estallar devolvió al país a olvidados días revolucionarios y a una década dictatorial que finalmente habría de dar paso al más largo y estable proceso democrático que conoce nuestra historia. Briceño Iragorry, parlamentario y dirigente de partido se empeñó en abrirle paso en los diarios episodios de la lucha, a su tesis sobre la convivencia como factor fundamental en el propósito de asentar las bases del ejercicio político. Y fomentaba curiosas empresas como el Club de "Los Xoquetes", llamado así por el nombre vasco del restaurante en donde semanalmente se congregaban los más calificados representativos del gobierno y de la oposición (Arturo Uslar Pietri y Rómulo Betancourt; Raúl Leoni y Manuel Egaña, Jóvito Villalba y Valmore Rodríguez, etc),

junto con empresarios, periodistas y poetas en el más extraordinario concurso de coexistencia política y de buena voluntad venezolana.

El historiador y ensayista J.M. Siso Martínez, dirigente universitario en aquellos días y adversario político de la administración Medina Angarita recuerda en una página de memorias un episodio ocurrido en Ciudad Bolívar, en los primeros meses del año 1945. Ejercía Briceño Iragorry, las funciones de Presidente del estado Bolívar y a la capital regional, llegó Siso Martínez a cumplir tareas de proselitismo y agitación políticas. Se sorprendió el joven dirigiente democrático al no encontrar trabas que le impidieran cumplir su misión opositora y cuando invitó a la gente de Ciudad Bolívar a asistir a una conferencia en donde realizaría el análisis crítico del gobierno de Medina Angarita y de las actuaciones del PDV oficialista, vio llegar de los primeros, al presidente Briceño Iragorry, dispuesto a oír cívica y pacientemente las actuaciones y críticas del joven político e historiador. Actitud novedosa y pedagógica en una Venezuela acostumbrada a la permanente ruptura de relaciones entre gobierno y oposición.

El derrocamiento del presidente Medina Angarita, en 1945 determina la sorpresiva liquidación de la empresa política dentro de la cual Briceño Iragorry desempeñaba el papel importante. Para los venezolanos empieza un nuevo tiempo, lleno de sorpresas, amenazas y esperanzas. En menos de un lustro se suceden un gobierno revolucionario, una Asamblea Nacional Constituyente, la elección y el derrocamiento del presidente Gallegos y el comienzo de un dictadura militar que habría de mantenerse en el poder durante una década.

Presiones internacionales y la necesidad de conjurar intrigas y rivalidades en el seno de la camarilla dominante obligaron al gobierno militar a convocar elecciones para el nombramiento de una Asamblea Constituyente, en 1952.

La convocatoria a elecciones y la necesidad de conversar aquel episodio en dura batalla por la conquista de la libertad, lleva a Briceño Iragorry a formar filas en la vanguardia de quienes

representan la oposición al régimen dictatorial que pretenderealizar unas elecciones amañadas para borrar su pecho original.

Y ante el reto cívico que en 1952 plantean las más dramáticas elecciones celebradas en Venezuela desde 1846, frente al peligro de la prisión, el destierro o la muerte, Briceño Iragorry, sin medir razones de edad, ni la magnitud de los riesgos se une a quienes luchan por el rescate de la democracia y recorre las provincias invitando al agente temeroso o indiferente a unirse en el empeño de lograr la derrota de la dictadura. Y en la noche dramática de la clausura de aquella histórica campaña pronuncia ante una impresionante multitud, un discurso que era denuncia, balance y proposición. Denuncia del régimen usurpador de la soberanía popular, balance del destino venezolano y programa para los días de retorno a la vida democrática.

El golpe militar del 2 de diciembre de 1952 significa para Mario Briceño Iragorry el camino del destierro a una edad en que muchos cobran el seguro del retiro bien remunerado. Vendrán largos años de lucha, bajo la vigilancia de la dictadura que alarga su brazo por sobre el océano, para golpearlo a mansalva.

## El destino de un mensaje

La última etapa de la obra de Mario Briceño Iragorry tiene un sentido de mensaje, dramático en su contenido y un tanto pesimista frente a los interrogantes que plantean la conducta de extensos y destacados sectores de la vida venezolana. Mensaje y actitud que son lógica continuación de sus tesis sobre el destino venezolano sostenidas desde la década de los 30, unas veces en el seno de la Academia, otras en la cátedra o desde las tribunas de la prensa y el parlamento. Ahora y antes el auditorio que busca es el pueblo, la gente del común, sin títulos, ni preeminencias. En su destierro de Madrid, enfrente a los deberes de la lucha inmediata y sus denuncias encuentran tribuna en los grandes diarios latinoamericanos. Pero su tarea fundamental es la batalla por el fortalecimiento de los valores de la identidad nacional y la denuncia de quienes adoptan

una posición cómplice de las tácticas imperialistas calificando el nacionalismo como factor de retroceso, alegando que el mundo liquidó tradicionales conceptos. El nacionalismo, replica Briceño Iragorry, no es una categoría opuesta al internacionalismo, sino al imperialismo. Reclama la exaltación de los valores que constituyen la fisonomía de lo venezolano frente a una invasión que ya no necesita de la ocupación militar de los territorios, o que utiliza como avanzada de esa ocupación el inmenso poder de los medios de comunicación social controlados por las grandes centrales multinacionales empeñadas en modelar una humanidad donde los pueblos pierden su memoria y su rostro histórico para envolverse en un disfraz que constituye el uniforme del ejército universal del consumismo.

A todo lo largo de la década de los años 50, señala Briceño Iragorry las características de la crisis que padecen las naciones latinoamericanas: anulación de los valores éticos sustantivos, ejercicio de un populismo infecundo en sus resultados, pero que deteriora el sentido de responsabilidad de las mayorías, la hipertrofia de la presunción y del egoísmo. Repite a grandes voces la advertencia de Uslar Pietri en los días iniciales de 1936 sobre el peligro del mal uso de la inesperada riqueza petrolera y reclama la tarea colectiva de construir un gran país moderno, cada vez más independiente en su economía, riguroso en la justa distribución de la riqueza y en donde grandes objetivos nacionales congreguen las voluntades, perdidas hasta el presente en empresas mezquinas.

Cuando se dispuso a regresar a Venezuela, en enero de 1958, después de seis años de destierro, escribió, desde Madrid, a Jovito Villalba: "Olvido y perdón pida la sociedad de los hombres. Olvido y perdón que surgen del propio examen que hacemos de nosotros mismos. Lo que Jesús escribió sobre las arenas, sólo lo leyeron la adúltera y sus acusadores. La sentencia escrita de Cristo debió haber sido más dura que las palabras con que desnudó a los presuntos monopolizadores de la virtud, empeñados en lapidar a los pecadores. Buscar cada quien su culpa antes de pedir el castigo de la culpa de otro, es norma que obliga en el orden de la ciudad tanto

como en el orden de la teología de la salvación. Sobre esta realidad moral, se hace fácil el camino de la concordia y logra su cumplimiento la convivencia”.

Briceño Iragorry fue historiador pero también actor en fundamentales episodios de nuestra historia. Vida y obra forman unidad armoniosa, sin distancias, ni arreglos para engañar la posteridad. Como venezolano de su tiempo no rehuyó responsabilidades, sirvió a la República con gran dignidad y dedicó su capacidad de intelectual a la exaltación de los valores que constituyen la estructura histórica de una nación. Sufrió persecución, destierros y atentados. Era su carta de identidad venezolana. Y dejó una obra inacabada, porque el tiempo que pudo dedicar a la construcción de un monumental interpretación de la historia venezolana tuvo que invertirlo en ganarse decorosamente la vida y dar ejemplo de pulcritud ciudadana y de consecuencia con sus prédicas.

Esa actitud de permanente consecuencia entre los pasos de este hombre y su prédica, el vigor y maestría literaria de sus páginas, la originalidad de sus investigaciones históricas y la anticipada visión de la crisis moral y nacional que confrontamos explican la vigencia de ese mensaje destinado a la Venezuela permanente.

Caracas, junio de 1983



## PRÓLOGO GALEATO

Algunos amigos me han pedido la producción en cuerpo de libro de los diversos artículos que he dedicado en la prensa diaria a comentar, desde un punto de vista histórico, la crisis de nuestra producción agrícola. Estos artículos, así estén desprovistos de la gravedad con que los economistas y los políticos suelen tratar tales temas, conquistaron entusiastas lectores, que ya desearan para sus sesudos estudios muchos agrónomos y muchos doctores en Economía. La razón resulta asaz sencilla cuando se piensa que ha tratado de manera frívola un gran problema nacional. Y la frivolidad resultamuchas veces más grave que un tratado de geometría euclidiana, cuando con ella se aborda un tema solemne. Sobre todo, en un país donde se ha dado en la flor de mirar todas las cosas a través del prisma multicolor de la burla y de la fiesta. Toda la suerte de mis escritos periodísticos deriva de haber presentado la antigua abundancia agrícola como telón de fondo para el drama de nuestra culpable escasez presente. Lo demás queda a la sensibilidad del buen lector.

No había razón para olvidar la tierra, como aconteció al hombre venezolano, cuando viose sarcasmo hinchado de la moneda petrolera. Entonces debió afirmarse más en sí mismo, en su suelo, en su realidad nacional. Pero perdimos la cabeza y olvidamos que el pan nuestro de cada día sólo está asegurado cuando lo recogemos de la tierra, con nuestras propias manos colectivas.

Cada economía marca un carácter a la sociedad. Nosotros pasamos de la agrícola a la minera con tanta violencia, que se resistieron las propias fibras morales de la nacionalidad. Desde la Colonia veníamos sufriendo mudanzas en las fuentes de enriquecimiento, pero siempre en el orden de los frutos de la tierra. A la economía del cacao, progresivamente el añil, el café, el algodón,

la caña, la madera, etc., sin que hubiese crisis como la producida desde 1922, al parecer el generoso petróleo.

Fue mucho el dinero que vino de afuera, pero inmediatamente ocurrió el proceso de retorno. De esto no se hizo a tiempo cataycala. Apenas en años recientes hemos advertido cómo hacemos el juego del presunto rico que endosa al mismo librador el jugoso cheque con que paga deudas de nueva urgencia. Nosotros no hemos hecho sino devolver a los países del capitalismo industrial el dinero que nos pagan por nuestro aceite. Y ello en razón de que no aprovechamos oportunamente la marejada de los millones para buscar de hacer con ellos más fecundas las fuentes de nuestra producción doméstica.

Olvidamos lo pequeño, lo urgente, lo ordinario de cada día. Olvidamos la tierra. Estas notas mías no constituyen sino una débil campanada entre las tantas como suenan en las torres prevenidas del patriotismo: Son apenas recados, memorias, recuerdos de la alegría que mana de nuestra dulce tierra patria. Son como notas recogidas del cuaderno de donde el hombre viejo de Venezuela dejó el aviso de su experiencia agradecida. Como el cuaderno de bitácora marca al navegante de hoy el rumbo que siguió ayer el timonel, he querido recoger en esta terrestre bitácora las notas del viaje antiguo del hombre venezolano que trabajó con amor y fruto la pródiga tierra nacional.

Hombre de la ciudad, preferentemente dedicado a oficios de escritorio y biblioteca, por desgracia no he cultivado otra tierra que la de mi corazón y mi espíritu. Ello no empece para que sienta el imperativo indeclinable de la conciencia agrícola que define e ilumina nuestra Historia. En el orden de los valores nacionales, podemos repetir con orgullo la misma frase que Cristo aplicó a su Padre: *Pater meus agricola est*. También nosotros podemos decir: *Nuestro Padre Bolívar fue agricultor*. Y lo fueron los valientes capitanes españoles que echaron las bases de las nuevas nacionalidades hispánicas del Nuevo Mundo. Y lo fueron la mayoría de los constructores civiles de la República y la mayoría de los viejos caudillos que, a las leyes, prefirieron su recta voluntad como método de gobierno. Y los on los

hombres sencillos, sufridos y alegres que aún luchan, bravía y tesoneramente, por ganar la independencia económica del país.

Este libro hubiera podido ser mucho más extenso. Quedan por tratar diversos temas agrícolas y se dejan en silencio viciados procedimientos que perjudican los intereses del hombre del campo. (La introducción de moscabados de Cuba, con perjuicio de los papeleros criollos; la importación sin condiciones de frutos que produce el país; el régimen de compra de café por el Banco Agrícola y Pecuario; los permisos caprichosos dentro del Convenio para la entrada de la harina; la importación por particulares de artículos, como la leche en polvo, que debieran ser monopolios del Estado, para su venta a más bajos precios). Toda esta política de cupos, precios y aduanas podría haber sido tratada en este libro; más mi empeño se redujo sólo a presentar la suficiencia antigua como fondo de contraste para el abandono en que han caído nuestras actividades rurales. Con alabar los frutos de la tierra, he querido alabar al sufrido alegre y bondadoso hombre que la trabaja. Mi empeño ha sido simplemente pintar el drama sombrío de nuestro suelo sin alegría, en espera de que algún día reverdezca en él la plenitud de la esperanza creadora.

Cuando arreglaba estas páginas para de nuevo meterlas en la imprenta, tuve oportunidad de escuchar a Conny Méndez en su magnífico merengue "Transformación". Se ha distinguido esta fina y admirable artista por su nobilísima pasión de venezolanidad. Las canciones de Conny Méndez son verdaderos mensajes de amor a Venezuela. Generosamente la artista ha accedido a que formen parte de este libro la letra y la pauta de la pieza musical que resume el vuelco de una economía que olvidó la tierra nutricia. Supla, pues, la expresiva música el espíritu de fiesta que falta a mi palabras, y tenga así verdadera alegría el ánimo alerta que realice idealmente, con la ayuda de estas notas, el viaje antiguo del hombre que trabajó con fruto del suelo patrio.

Mario Briceño Iragorry  
Caracas, 19 de abril de 1952

## **LA TRANSFORMACIÓN**

**Cony Méndez**

Compadre ¿qué está pasando en la tierrita en que nací?  
Que ya nadie chupa caña ni se oye vender maní?...  
Y si es hasta el cigarrillo hay que fumárselo en inglés...  
Y no sabemos si andamos al derecho o al revés,  
Pues las calles se han vuelto un tablero de ajedrez.

¿Qué pasó con las arepas, las caráutas y el café?  
 ¿Qué paso con la comía, que toa la tienen que traé?  
 Se fueron los conuqueros pa los campos petroleros,  
 Los peones son albañiles, los gañanes carpinteros.  
 Podríamos comé petróleo, pero va pa'l extranjero.

El merengue y el valse murieron por el son,  
 Y ahora se toma güisqui en vez de ron.  
 Hoy hablamos inglés, italiano y portugués,  
 Y hasta la pulpería es hoy Delicatés.

Compadre ¿qué está pasando en la tierra del papelón,  
 Que en cada cañaveral hay una urbanización?  
 En cada siembra e café ahora hay un cabaré,  
 Los chivos se murieron, las totumas se pudrieron,  
 Pero lo que sí es de ley, es jugar el cincuiséis.

De lo poco que resiste a la actual transformación  
 Son los postes de teléfono, en su misma posición,  
 Los cables son pura tiña, en rica vegetación,  
 Por eso es que rara vez se logra una conexión.  
 Ahorita van a serví para escapar un chaparrón.

¿Te acuerdas de aquellos "truenos" en lechuza al botiquín?  
 Las niñas en la ventana esperando al patiquín  
 Ahora es la fuentesoda, con merengadas de leche Klim.  
 El cañón se volvió picó, el cuatrico se perdió,  
 Y cuando el tráfico lo permita, ya la fiesta se acabó.

LA TRANSFORMACION MERENGUE

*La Transformación Merengue de León Felipe*

15

## CAFÉ

a Pedro Pineda León

Un amigo, cono cedordemiafición al buen café, me ha obse-  
quiado un frasco de "Coffe and Chicory Essence", fabricado por  
Paterson and Sons, en Glasgow, Escocia. "Con una cucharada dul-  
cera en una taza de agua caliente, me dijo, pues preparar un exce-  
lente café". Hice la prueba, y me resultó aquello un brebaje con el  
mismo sabor brómico del desagradable Sedrobol. Sin embargo,  
parece que está a la moda en algunas mesas elegantes este infame  
bebedizo, que si en verdad no es café ni cosa que se le parezca,  
tiene al menos para los tontos el mérito preclaro de proceder de  
una ilustre ciudad británica.

Pero si no puede darme el gusto de saborear la deleitosa  
esencia.

que en los festines  
la fiebre insana templará a Lieo,

para evocar la Silva en que el Maestro inmortal exaltó las exce-  
lencias de nuestra ubérrima Zona, tuve, en cambio, un magnífico  
centro de interés para componer lugar que diese buena área a una  
meditación sobre nuestra insana vida económica.

Este café de Escocia, a la par de otros tipos de café elaborado  
que nos traen de los Estados Unidos, pone de resalto nuestra  
falta de sentido patriótico y nuestra notoria carencia de interés  
por defender la economía vernácula. En Venezuela, dicen no  
hay suficiente café, o, por mirarse el fruto más como agricultura  
exportable que como producto para el consumo doméstico, se le  
envía al exterior para trocarlo con bagatelas. (Cuando ejercía la  
Embajada de la República de Colombia, recibí carta de un amigo  
caraqueño interesado en torrefacción de café, a quien le ocurrió

la idea de importar grano colombiano). Lo cierto es que nuestro café o el café tostado que se nos vende en Caracas, es actualmente caro y malo, y hay quienes digan que su producción, a los actuales salarios rurales, es antieconómica. No lo dudo, si se toman en cuenta los rudimentarios sistemas empleados en la siembra, poda y beneficio del cafeto.

Cuando fui ministro en Costa Rica, clásico país de la convivencia y de la cafcultura, propuse al gobierno un plan de cooperativas para el beneficio húmedo del grano, elaborado por mí bajo el consejo de un experto cafetalero tico. El gobierno no lo tomó en cuenta, y se limitó a "regalar" no sé cuántas trilladoras de mano a los agricultores, con lo que nada mejoró la industria. El subsidio del café, tan necesario para compensar los efectos del cambio internacional, ha servido muchas veces para beneficiar de los intercambios más que de protección al dueño de las matas, y salvo un intento de José Rafael Berti, no sé que se hayan buscado arbitrios para compensar la carencia de braceros por medio de una producción intensiva en áreas más reducidas y, consiguientemente, más fáciles de ser trabajadas. Las cooperativas de beneficio, bajo la intervención de organismos donde estén representados los terratenientes, pueden conducir a la obtención de tipos uniformes en calidad, a menores costos de trabajo. Porque esto es lo que falta a nuestro café: tipos de deshidratación uniforme, que lo hagan apreciado de los tostadores extranjeros.

Si nos diéramos cuenta de la bondad de nuestro café, llegaríamos a producir un grano capaz de competir con los tipos de la "Torre de Pisa", que es la marca del mejor café de Tres Ríos, en Costa Rica. Porque nuestro café, con un aroma que lo iguala a los mejores cafés de Guatemala y el Salvador, tiene cuerpo y acidez que superan al de Costa Rica y Manizales de Colombia. El café costarricense, si en verdad recibe un óptimo tratamiento, tiene sobre el nuestro, además, el favor de una leyenda que lo hace ser considerado en la propia City londinense como de mayor categoría sobre los demás de América. Es decir, supo hacerse a tiempo sus ejecutorias de hidalguía. Pero el nuestro es, o era, mejor. Pude



comprobarlo en cierta oportunidad que el Presidente de Costa Rica, don León Cortés, comía a la mesa de mi legación en San José. A la hora del café, se lo hizo repetir hasta por segunda vez, y dirigiéndose muy complacido a su Ministro de Salubridad, mi excelente amigo Toño Peña Chavarria, le dijo: "Con razón todos reconocen que no hay café como el nuestro. Este es admirable". Entonces yo, muy orgulloso, me atreví a decirle: "Presidente, me apena decir a Su Excelencia que el café que tomó es de Venezuela, y para más señas, de la hacienda de mi mujer".

Pude haber faltado a la etiqueta diplomática cuando corté al Presidente el regusto de sus alabanzas para el café tico, pero para un diplomático preocupado por las cosas de su país, no hay mayor satisfacción que poner de resalto las riquezas y recursos de la Patria.

El orgullo y la satisfacción que experimenté hace trece años se me han convertido hoy en frío de vergüenza al tener en mis manos la "cofee and hickory essence" destilada en Glasgow (Escocia). La he visto no sólo como expresión de un ridículo snobismo que está destruyendo nuestras más profundas fibras nacionales, sino como el epítogo sombrío de una cultura. Para mí el alargado frasco contentivo de la amarga mixtura con que se intenta cafetizar el agua caliente, es perspicuo testimonio de la derrota inflingida a nuestra agricultura por la peligrosa torre de petróleo. Claro que éste de mejores réditos y, bien administrado, serviría para hacer feliz al pueblo, pero desdichadamente sus ganancias han estado condicionadas a la pérdida de los valores irreparables, que una vez trocados con dinero, desaparecen como factores de nacionalidad. La libertad y la confianza de derivar de nuestro propio suelo el diario nutrimento, no las compensan los jugosos cheques que de inmediato endosamos para adquirir en mercados extranjeros aquello que en una recta política económica puede y debe hacer que se produzca en la nación. Nada explica que hoy hayamos de importar brebajes que simulen el gusto de la almendra sabea. A diez años de distancia, más o menos, del día feliz en que entre un adagio de Mozart y un largo de Haydn, fue sorbida en el risueño

valle de Caracas la primera taza de café destilada con la rica tostadura de las rojas bellotas de los cafetales de Mohedanoy de Blandín, la industria y el interés de nuestros mayores ya exportaban en 1789, por el puerto de La Guaira, doscientas cincuenta y seis mil trescientas libras de grano, con destino a las colonias extranjeras. Tal vez un saco de ese buen café pudo llegar entonces a Glasgow (Escocia), y algún alegre caballero, en brumosa tarde, dejó de tocar la gaita familiar para embriagarse con todo el aroma de nuestro valle familiar, que iba quintaesenciando en el verde grano donde asentó por más de un siglo nuestra riqueza nacional. Hoy, los descendientes del alegre caballero escocés, corresponden a nuestro obsequio de antaño con un brebaje que si no da gusto a labio alguno, sirve, en cambio, para engrosar las ganancias de los mercaderes sin reflexión.

## UNA TAZA DE CAFÉ

a Raúl Santana

Arístides Rojas dejó el recuerdo de la primera taza de café destilada con bellotas caraqueñas. Aquello ocurrió en nuestro delicioso valle alrededor de 1785, cuando fructificaron los arbustos plantados en sus haciendas de Chacao, por el padre Mohedano y por don Bartolomé Blandín. Buenos tiempos corrían para la provincia. Había bastante dinero y festivo espíritu. Gobernaba a Venezuela el Brigadier don Manuel González Torres de Navarra, hombre culto y muy dado a la alegría. Célebre el recuerdo de ese gobernador por su iniciativa a favor de teatro profano, que había sido abolido en razón de las férreas disciplinas impuestas por el duro y piadoso Obispo Díez Madroñero. A este ilustre prelado debió asustar el recibimiento que se le hizo en Caracas. No era el Obispo para avenirse con el espíritu permanentemente festivo de los caraqueños. Aquellos bailes que vio ensayar en honor suyo en la Plaza Mayor, el día de la llegada, en especial la deshonestísima contradanza del diablo”, debieron haberle puesto de punta los cabellos, ya aún con pel la corona, ya poco luego resolvió modificar de raíz la disoluta vida caraqueña. Nada de bailes. Nada de fiestas. Penitencia y oración, en cambio, como remedios para la salvación del alma.

Todas las calles recibieron nombres de santos. En las esquinas se colocaron nichos con imágenes alumbradas en la noche, algunas de las cuales perduran como recuerdo de la Caracas que se va. Y en los zaguanes se expuso, sobre el segundo portón, la imagen del patrono de la familia. Nosotros todos vimos aún anchos zaguanes de la época colonial, en cuyo piso se mezclaban ladrillos, piedras menudas y huesos. Todavía en algunos, así se hayan reducido a meros pasadizos, perdura la costumbre de exhibir un

retablo piadoso. (No os riáis, pero en el zaguán de una casa nueva, habitada por unos criollísimos amigos, de muy buen nombre religioso, vi sustituido el viejo santo por un bonito cuadro que luce el conocido verso inglés: Home, sweet home).

Puso, pues, el señor Díez Madroñero a solo rezar a los caraqueños. La ciudad, si en verdad hubo de dar una respetable impresión piadosa, con sus continuos Rosarios nocturnos y sus frecuentes procesiones debía de ofrecer una vida poco triste. A Díez Madroñero sucedió el Obispo Mariano Martí, con más mundo que su antecesor, y, consiguientemente, decayó el espíritu de austeridad, que había hecho de Caracas un convento. Torres de Navarra no tuvo oposición en su empeño de fomentar la alegría, y restauró el antiguo carnaval, que el Obispo Díez Madroñero había prohibido por medio de severas pastorales. Las cosas ahora son distintas: bailes y comedias mantienen en punto de regocijo el espíritu de Caracas. Como he dicho, había buena plata, y la paz de Europa era propicia al comercio criollo, que se libertaba de los guipuzcuanos. Caracas empezaba a recibir nuevos alimentos culturales. Desde 1771 estaba abierto el Convento de San Felipe de Neri, en la esquina donde hoy se conmueven las bases de la hermosa Basílica de Santa Teresa y Santa Ana. Preósito del Convento era su fundador el Padre Sojo. Allá iba a tener uno de sus grandes puntos de apoyo nuestra tradición musical, que ya en la Catedral contaba con el genio creador de los Carreños. En la Catedral, sin embargo, la música miraba a sólo el coro. Entre los neristas había reuniones dedicadas al cultivo de la música profana. Pero en la deliciosa Caracas agrícola de fines del siglo XVIII, la música tenía que buscar, como propicio a acompañamiento el rumor de la fronda y el murmurio de las tiernas aguas que bajaban del Ávila. Antes de hacerse música de salón, fue la nuestra música bucólica. Mozart y Haydn fueron ensayados en "Blandín" y "La Floresta", al amor proteccionista del padre Mohedano, de los Blandines y el Padre Sojo. Allá nació nuestra música y allí crecieron los primeros arbustos de caraqueños de café, plantados por la mano generosa del futuro Obispo de Guayana, quien no adivinó que su nombre

eclesiástico daría entre nosotros genealogía cristiana al arbusto que entró en el mundo europeo con el prestigio de las bendiciones de los fieles de Alah. Se tomó la primera taza de café, nutrida del suelo caraqueño, entre las románticas melodías del cuarteto de Juan Manuel Olivares, Francisco Velázquez y los dos Carreños.

Nacen y crecen juntos café y música, al compás de la patria, que ya siente cómo se hinchan sus músculos para la gran batalla de la libertad.

La tradición del café se enlaza, para el bulto de la historia, con la estupenda tradición de nuestra música. Todos saben como no es cierto que fuera el Padre Mohedano quien introdujese el cultivo del café en nuestro país. El padre Gumilla, en su maravilloso "Orinoco Ilustrado", asienta que él sembró con sus propias manos las primeras semillas en las Misiones del Sur, por 1730. (De estas semillas deben derivar los cafetales salvajes que sombrea en las selvas de la Paraguaguayanesa). Lo inexplicable del caso es que traído desde París a Martinica en 1720, no hubiera el café llegado a Caracas antes que en otras regiones del país, donde fue cultivado con primacía a nuestra capital. En Nirgua y la Cordillera debió empezar a recogerse antes de 1770; y seguramente en Maracaibo o en Puerto Cabello, por marzo de 1779, tomó la fragata "San Vicente Mártir", de la Compañía Guipuzcoana. Las primeras doscientas cinco libras de café venezolano que aparecen registradas en el Puerto de Pasajes, en Guipúzcoa, pues de contrabando ya lo habían llevado a Europa los holandeses un poco antes.

Los años iniciales del café en nuestro valle caraqueño, no los conocemos con la precisión con que sabemos el curso de la música y de las ideas revolucionarias, pero su cultivo despertó el mismo entusiasmo que había promovido a nuestra refinada sociedad el sublime arte. Las estadísticas de aduanas dan cantidades superiores al cacao y el añil cuando finalizaba el siglo. La historia demuestra una constante correlación de fuerzas que, por distintos caminos, van a un mismo fin. El café aparece en nuestro país coincidiendo con la revolución comunera y con el propio nacimiento de la venezolanidad integral. Si el primer café

que llegó a Pasajes el año 1779 fue embarcado en Maracaibo, salió, pues, de la flamante Venezuela que gobernaba Unzaga y Amézaga, y no del Virreinato de Santa Fe. Y con el café apareció la música. El mestizo café va a ser el fruto republicano por excelencia. Así como el cacao representa el fastuoso poderío colonial. Es el símbolo de una América vencida. Constituye la fuerza de una pesada economía de dominio sobre el aborigen, que permitió al criollo llano comprar títulos que lo igualasen al noble peninsular. En cambio, el café es ágil, enhiesto y mestizo. Será el fruto que balanceará la economía de la república. Tiene, además, sobre el cacao la virtud de poder ser almacenado durante largo tiempo y de dominar así los riesgos que imponen con frecuencia la intranquilidad política en la nueva república. Es fuerte de aguante como el hombre venezolano.

En el orden general, el café es la tierra y el trabajo que se convierte en unidad de cambio para el juego de la riqueza. La música es la voz de los espíritus que callan y buscan signos universales de expresión. Protegida por la burguesía y por el clero criollo, tomó posesión del alma popular. El coro nerista estuvo luego formado por hombres de la clase baja. Cuando en 1795 se siente en Caracas el aire de la inminente revuelta, el mulato Juan Bautista Olivares, hermano de Juan Manuel, es maestro de capilla de San Felipe. Se le acusa de tener "ascendiente o superioridad sobre los de su clase" y de usar "cuatro especies mal combinadas que tiene en el cerebro". También es díscolo, mulato, músico y nerista Antonio Lauro. Y díscolos son todos estos músicos de fines de siglo y de principios del XIX. Por ello, apenas comenzada la Revolución, Salas encuentra al voltear la esquina quien le ponga música vibrante al Gloria al bravo pueblo, y por eso mismo, Boves se complace en hacer degollar a cuanto músico toma prisionero. Los músicos cargaban el mensaje de la libertad, como el café guardaba el secreto donde descansaría la República.

El escaso café que dió la rica tostadura celebrada orquestalmente en "Blandín" y la "Floresta", pasaba en 1808, año definitivo para nuestra Revolución, de la cantidad anual de diez mil quintales, que daban a sus dueños un magnífico rendimiento de cuarenta

mil pesos, así fuera rudimentario y pobre su cultivo y, en especial, deficiente el regadío de las vegas de nuestro valle incomparable. En aquel año, el Real Consulado se ocupaba con grande interés en mejorar el cultivo del café y a su costa fue publicada una curiosa "Memoria de los abonos, cultivo y beneficios que necesitaban los diversos valles de la provincia de Caracas para la plantación del café". Es muy significativo e interesante pensar que hubiera sido esta publicación el primer folleto impreso en Caracas. Así lo cree el maestro Key-Ayala, autoridad en achaques bibliográficos. Lo cierto es que de la primera edición de esta memoria no se conoce ejemplar alguno. En 1833, reconstituida la República, alguien habló de ella, seguramente en la "Sociedad Económica de Amigos del País". Husmeando rutas, se llegó a poner en una copia que remitió desde Coro el doctor José María Tellería. La reprodujo en su ilustre imprenta Tomás Antero, y su edición fue costeadada por los hombres más notables del momento; Fermín Toro, Tomás Lander, Ángel Quintero, Domingo Briceño y Briceño, Francisco Javier Yanes, Manuel Felipe Tovar, Rafael María Baralt, Santos Michelena. ¡Qué nombres!...

Logradal paz, era preciso fomentar la riqueza que habíasido destruida por la guerra. Desde Londres lo había proclamado Bello:

Allí también deberes  
hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas  
heridas de la guerra el fértil suelo,  
áspero ahora y bravo,  
al desacostumbrado yugo torne  
del arte humano, y le tribute esclavo.

Peñalver, cuando tornó en 1823 a su hacienda valenciana de los "Los Aguacates" había escrito a Santander: "En Venezuela todos los agricultores están arruinados por la guerra". Bolívar mismo se ocupó en el problema del café, y mal conocedor de la causa de la decadencia del cultivo, llegó a aconsejar que "fuese sustituido por otro". Él ignoraba que, junto con la falta de braceros

quereclamaban los batallones, sobran los usureros que, a punta de intereses, mantenían sin ánimo al agricultor.

Poco divulgadas aún, las causas de nuestras luchas políticas del siglo último tienen raíces profundas en la carencia de justicia en la relación mantenida entre los tenedores del dinero y los dueños de la tierra. Ese desequilibrio lo aprovechó a la continua el cacique antiguo. Pero este capítulo, que en mucho tiene que hacer con el pie forzado que me dio Eduardo Arroyo Álvarez, no habría tiempo de tratarlo en esta charla.

Mi presencia en el "Hogar Americano", cuando se inician estas tertulias literarias, tiene otra explicación: recientemente escribí en mi columna de "El Nacional" una nota acerca de la importancia que estamos haciendo de polvo y de esencia de café. En mi nota no dije nada nuevo, puesto que con impavidez de desesperante vemos a diario cosas peores, que sirven de testimonio de la ruina que amenaza a nuestra patria. Hablé yo entonces del café, y se pensó que pudiera trasladar el tema para este primer "café literario" del "Hogar Americano". Buena la idea, a ella me sumé con entusiasmo, pues si en verdad el arbusto sabeo está de capa caída, ya nadie preocupa que se acabe en Venezuela, mientras el petróleo pueda suministrar el dinero con que los adquirimos en otras partes, las tazas que de él destilamos nos sirven para animar estas lúcidas tertulias, donde los venezolanos de distintas ideas y de diversas categorías económicas podemos dialogar. Ya desempeñará nuestro café una ruina nobilísima misión. Nos pondrá a hablar. Cosa necesaria en un país semimudo donde los hombres se reúnen para hacer golf, jugar al dominó, armar una "canasta" o tomar whisky. Para todo nos reunimos, menos para dialogar. Y suele suceder que cuando nos disponemos a cruzar ideas, si es que las cruzamos, terminamos peleando, en razón de nuestra carencia de tolerancia y comprensión. Bien vengan estas tertulias en torno al humeante y agónico café nacional. Su fragancia puede decirnos muchas cosas. Puede darnos el secreto de cómo, junto al progreso y al empuje que representa la torre de petróleo, es posible que extienda su digna verdura, salpicada de níveo a flor, el altivo arbusto



que dio savia económica a la vieja República, en que alternaron la dignidad ilustre de Fermín Toro y la dignidad primitiva de Cipriano Castro, no corrompido aún por la eterna desvergüenza del político capitalino.

Sirva pues, el café de estímulo para platicar acerca de tantas cosas que nos son comunes y a veces placenteras. El hablar descansa el ánimo. "Penas comunicadas remedio suelen tener", dice el viejo proverbio. Y todos nosotros tenemos nuestras grandes y nuestras pequeñas penas, la mayor parte comunes, en razón de la comunidad del gentilicio. Hablemos en torno a nuestra taza de café, con la misma esperanza con que hablaron en 1785 los visitantes del Padre Mohedano; con la misma esperanza y con la misma fe con que en 1811 platicaban en la Sociedad Patriótica, seguramente en torno a sendas tazas de café, Miranda, Bolívar, Francisco Espejo, José Félix Ribas, Juan Escalona, Martín Tovar Ponte; y con la misma esperanza angustiada con que entre grillos y barrotes, preparaban su miserable guayoyo Joaquín Sánchez y Luisa Cáseres de Arismendi patronas de las mujeres que saben luchar por el decoro y la libertad. Tomemos como símbolo de nuestros valores vernáculos, el aromoso café: tomémoslo hasta con un valor de rito sagrado. Si en el simbolismo realístico de Anteo, éste, para ganar nueva fuerza, necesita pisar la tierra nutricia, pensemos que al regustar el licor de nuestro criollísimo fruto, estamos respirando el aire que en nuestros campos acarició las hojas bellotas, estamos iluminando nuestro espíritu con los mimos fecundos rayos solares que quedaron aprisionados entre las níveas estrellas en flor de los cafetos...

## **CACAO**

**a Héctor Cuenca**

Trataron los cabildantes de Caracas, en junta de 9 de octubre de 1604, acerca de la conveniencia de que Pedro de Fonseca Betacourt llevase “poder cumplido y bastante” para tratar con el Consejo de Indias y con los jueces de la Casa de Contratación sobre la necesidad de que pudiesen venir sueltos, si no en flota, los dos navíos cuyo viaje anual, a solicitud del Procurador Sancho Briceño, había autorizado Su Majestad a favor de esta Provincia, y los cuales se tardaban en llegar. Pedro de Fonseca Betancourtera yerno del viejo capitán poblador Don Sebastián Díaz de Alfredo, conquistador y fundador de Santiago de León de Caracas, y quien había “fabricado en la costa desta ciudad un nabío pequeño, con mucha costa, el cual enbía a los yernos de España con frutos desta provincia”. La nave se llamaba “Nuestra Señora de Candelaria”. Era como se lee, escasa de porte y estaba destinada a la navegación de altura entre Venezuela y Europa. Criolla era la nave y criollo el ímpetu que la empujaba a dominar los mares.

Llevaba, pues, la barca de Díaz Alfaro frutos del país a la península. ¿Qué productos de la tierra interesaban al comercio de ultramar por aquel tiempo? A más del oro y de las perlas, que se enviaban mediante permisos especiales, tenían buen precio los cueros de vaca y los cordobanes, el tabaco y el cacao. Estos artículos constituían los renglones exportables que empezaban a formar nuestra riqueza.

El cacao había ganado ya en las Cortes europeas puesto de privilegio, y las grandes damas mantenían disputas acerca del mejor modo de confeccionarlo, si cocido en olla hasta el desgrase, o bien mezclado en la jícara, donde hervía el agua azucarada. En aquel tiempo no había recibido los honores de la estampa el

“Curioso tratado de la naturaleza calidad del chocolate”, que en Madrid publicó más tarde Don Antonio Colmenero de Ledesma. Pero cada soldado y cada clérigo regresados de las Indias eran vistos como magos graduados en el secreto de la almendra olímpica y teológica.

Iba, pues cargado de cacao de nuestras costas el “Nuestra señora de Candelaria”. Saliendo en octubre, seguramente por diciembre fueron decargados en Sevilla los sacos contentivos del maravilloso regalo con que América aumentó el tono placentero de la Europa renacentista. Junto con los villancicos navideños, monjas alegres cantarían frente al Niño Jesús la expresiva octavilla.

### Chocolate de Caracas chocolate de mi vidaaa.

Como el barco era pequeño, las fanegas no serían muchas, pero si de excelente calidad, como legítimo producto de la tierra que llegó a producir, ya aún produce, el mejor cacao del mundo. ¡Y que alguien se atreva a negar al de Chuao este noble y excepcional título! Brillant-Savarin escribió en su “Fisiología del Gusto”: “Se está de acuerdo en que los árboles que dan el mejor fruto son los que crecen sobre la orillas del lago de Maracaibo, en los valles de Caracas y en la rica provincia de Soconusco”. Tal fue el papel que jugó el cacao en nuestra economía colonial, que la palabra llegó a extender su sentido hasta servir para denominar a la misma nobleza criolla. “Grandes cacaos” se llamó a los ricos propietarios que, con el producto de la almendra, adquirieron títulos de Castilla. La hidalguía creada por Carlos I y Felipe II para los heroicos pobladores y sus descendientes, fue superada por la nobleza de cacao. (Hoy la dignidad de descender de los próceres que hicieron la República la sustituye la holgura que produce una buena cuenta de Banco, ganada con base de petróleo o por saber trasladar a la personal los dineros de la cuenta de la nación). Aún en el día “echársela de gran cacao”, significa en Venezuela lucir

falsas ínfulas. Más noble que el tabaco, que el añil, que la caña y que el café, que sucesivamente marcaron el tipo dominante de nuestra economía agrícola, el cacao recibió de Linneo nombre de "bebida de dioses" *Theobroma cacao*.

Cuando don Pedro de Olavarriaga, por comisión del Virrey de Santa Fe, visitó a Venezuela en 1721 formó una extensa memoria sobre cultivos, y ella fue parte a que se abrieran las fauces de los cortesanos que fundaron en seguida la Compañía Guipuzcoana. Buen producto de exportación, los vasos intensificaron su cultivo, y en 1799, cuando el comercio se hacía libremente de La Guaira fueron embarcados para colonias extranjeras veintinueve mil quinientos ochenta fanegas de cacao, despachadas en cuatro fragatas, once bergantines, dos balandras y cuarenta y cinco goletas que habían visitado aquel año nuestro puerto principal.

Estos cuentos antiguos, pero que sirven de testimonio de la iniciativa y del trabajo de nuestros mayores. Cuentos un tanto románticos que dan, en cambio, buenos ejemplos. El viejo Sebastián Díaz de Alfredo, armando en su primitivo astillero de La Guaira, el modesto navío "Nuestra Señora de Candelaria", concreta un símbolo admirable de pujante creación. Aquellos eran hombres empeñados en formar una patria. En 1604 Sebastián Díaz de Alfaro soñaba con una gran Caracas, donde, seguros y dignos, pudieran descansar y soñar sus descendientes. De entonces a la fecha, Santiago León ha crecido intensamente, enormemente. Jamás pensó el esforzado poblador que la ciudad llegara a traspasar los linderos de su molino de Chacao, donde se ayudaba a moler las seis mil fanegas de harina, que por entonces consumía anualmente la capital. (Es decir, entonces Venezuela producía lo que necesitaba para comer). Menos pudo pensar que llegase a suceder en su Caracas, bonachona y apacible, llena entonces de la rica almendra teobromica y bien abastecida de gordas vacas de ordeño, la escena que a diario contemplamos en nuestros bares y refresquerías. Ayer la vi por enésima vez. Junto a la mesa donde sorbía mi criollísima taza de café, un mozo sirvió a dos lindas muchachas, de ojos y piel de las toras de nuestro alegre

mestizaje, un mezcla de cacao y leche, derramada de una lata que decía. "Milk and cocoa de luxe". No sé de que sitio del Norte nos envían nuestros buenos vecinos este brebaje, que es uno de los tantos enlatados, cuyas leyendas extranjeras son maneras de libelos infamatorios contra nuestra incapacidad y nuestro entreguismo. A mi memoria vino entonces el recuerdo triste de Sebastián Díaz de Alfaro, y lo imaginé cuando, en unión del yerno, calafateaba su nave, nuestra nave antigua. No sé por qué pensé que si la historia pertenece a Dios, en el presente mete la mano el Diablo. Pensé otras cosas enfadadas, y terminé avergonzado de llevar un apellido de la misma procedencia castellana que honró don Sebastián Díaz de Alfaro.

## **CAMBURE**

**al general José R. Gabaldón**

No hay sermón sin San Agustín”, esa frase derivada de las frecuentes citas que del gran Obispo de Hipona suelen hacer los oradores sagrados. Con ellas dan lustre de oro a la más pobre palabra. Tampoco se puede hablar ni se debe jamás escribir de nuestra agricultura, sin volver sobre los temas ya tratados con maestría sin igual por don Andrés Bello. Algunos han llegado a negar derecho al Príncipe de las Letras Americanas de que se le mire como uno de nuestros más representativos poetas en el orden del nacional. Es decir, en el orden de la expresión de los valores que tipifican lo “nacional” nuestro. Yo creo que Bello es el primero y el más antiguo de nuestros grandes poetas nacionales. Su poesía expresa lo nuestro con un sentido de profundidad verdaderamente vaticada. Aún más, Venezuela, como valor consubstanciado con el propio espíritu de poeta, sirvió a Bello de numen distante. Desde la brumosa Londres gustó a sus anchas de nuestro luminoso paisaje. En las tardes sin luz de la City, él se sentía alumbrado en lo interior por el sol quemante del trópico. Era el poeta que sabía evocar. El Poeta.

Pudiera tenerse como el mejor de Venezuela a aquel poeta que llegue a la más alta cumbre de la creación ecuménica. Pero para ser considerado “poeta nacional” es requisito que exprese un nexo profundo con el alma del país y con su vario paisaje. (Andrés Eloy Blanco, por ejemplo). Es también “nacional” el poeta cuyas poesías hayan sido adaptadas por la voz y por la memoria del pueblo. (Ezequiel Bujanda y Andrés Mata, pongamos por caso). Todo el contenido creador de nuestro paisaje lo elevó Bello a altitudes de sublime espiritualidad. Renovador de la poesía didascálica, tomó

la naturaleza tropical como idónea tribuna. Fue el poeta que supo evocar. Fue el Poeta.

Pie obligado para todo tema que se relacione con la exuberancia de nuestra zona tropical, en Bello hallamos la más acabada pintura del banano o del cambure<sup>1</sup>, que para el caso es la misma Musa.

Y para ti el banano  
 desmaya el peso de su dulce carga:  
 el banano, primero  
 de cuantos concedió bellos presentes  
 Providencia a las gentes  
 del ecuador feliz con mano larga.  
 No ya de humanas artes obligado  
 el premio rinde opimo:  
 no es a la podadera, no al arado  
 deudor de su racimo:  
 escasa industria bástale, cual puede  
 hurtar a sus fatigas mano esclava:  
 crece veloz, y cuando exhausto acaba,  
 adulta prole en torno le sucede.

En el ámbito sonoro de estos pocos versos, el maestro inmortal pintó la generosidad de la planta y pintó lo parvo del esfuerzo que pide su cultivo. El trópico lo recibió como espléndido regalo de manos del fraile dominico Tomás de Berlanga, quien, desde Canarias, lo llevó a Santo Domingo en 1516. Lo recibió con la risa luminosa de sus soles y luego hizo más grato el fruto, en gracia de su fuerza fecundante. Dio el banano o cambure alimento al esclavo. Pansin nobleza, se le sirvió fuera de manteles. Y así como ayudó a mantener la fuerza física del antiguo siervo, ha dado también, su amistad al hombre sin tierra, que con la venida del amo, puede arrimar unos "hijos" a la vera de la acequia cantarina. Planta opulenta que da generoso pan a la peonada, y cuando seca, ofrece pleitas para tejer la humilde estera donde descansa el fatigado

labrador. Donde crece no hay hambre. En mirándola, el hombre puede olvidar las preocupaciones del trabajo y vivir sin hilar, como los lirios del Evangelio. Depones le da por ello la gracia de mantener el hartazgo que afamaba en Europa al pan de las Indias.

Todo en el banano es útil: la hoja, que entre sus muchos usos tiene el desazonar la hallaca multisápida; la concha seca, que sirve para labor de esteras y rodetes; la cepa y la cáscara, aprovechadas como excelente forraje y aun como material textil; en fin, el fruto diverso y vario en gustos y colores, ora aprovechado como pan, ora como recado de olla, ora como finísima golosina, digna de cardenalicias mesas.

Nada pida para su cultivo. Es fruto ubérrimo que devuelve el ciento por uno. Se parece a esos bancos donde, con poca moneda inicial, se concluye haciendo reparto de fabulosos dividendos. Entre nosotros, así ocurre que para pagar hoy un plátano haya de recortarse el diario, la agricultura del banano y su distribución en las ciudades han sido vistas con indiferencia. Actualmente el general José Rafael Gabaldón estudia un plan de distribución de bananos, que puede abaratar la dieta del pueblo. Si Gabaldón no fuera un romántico empedernido e incurable, se asociaría con algún gringo e hincharía de plata. Pero Gabaldón es persona decente, que prefiere el hambre a la claudicación.

En los climas donde no se le cultiva, el banano tiene precio y aprecio. En Estados Unidos, Canadá, Inglaterra y Escandinavia es fruta de primera calidad, cuidado si de mayor estima que las manzanas y las peras. Esto ha hecho del comercio internacional del banano uno de los más pingües negocios. A la parda del café, se le ha llamado "oro verde". Vaccaro Brothers, la Cuyamal Fruit Company, la Atlantic Fruit Company, la United Fruit Company han jugado un papel predominante en las finanzas del Caribe. Estos trusts, hoy reducidos al poderoso pulpo de la United Fruit, han sido los brujos malévolos de la política de Centro América.

Hay el "imperio del banano" como existen el "imperio del petróleo" y el "imperio del hierro". El imperio del Banano es el título del libro, publicado en 1935 por Ch. D. Kepner, Jr. y J. H. Soothill,



traducido al castellano en 1949. En él se desnuda la sutil, rastrea y corruptora política de los monopolizadores del banano en la hoya del Caribe. Centro América, especialmente, ha sido teatro del feroz gangsterismo de los bananeros, en quienes parece que superviviese el linaje esclavista Walker. Cuando Sam Samurray, presidente de la Cuyamal, se vio desairado por el licenciado Estrada Cabrera, en relación con unas concesiones de tierras para siembra del banano a la márgenes del río Motagua, se pasó a Tegucigalpa y obtuvo, bajo título hondureños, derechos de exportación sobre las tierras anteriormente solicitadas en Guatemala. De allí derivó una guerra entre ambos países. Toda la historia centroamericana de fines del pasado y de todo este siglo, está orientada por los intereses bananeros. Con la plata del banano se han comprado fusiles, machetes, senadores, diputados, jueces, coroneles y cabos. (El actual gobierno guatemalteco ha apoyado a los obreros contra la voracidad del pulpo frutero, y ya el Departamento de Estado lo calificó de comunista).

Estudiar el secreto del monopolio es hartó complicado. Entran en juego mil factores, de ellos principal el del transporte, tanto terrestre como marítimo. El gobierno les hace concesiones que ponen en sus manos la suerte de los sembradores. En un contrato costarricense figuró la siguiente estipulación: "Todos los plantíos de bananos y las propiedades bananeras pertenecientes a cualquier otra persona o compañías o empresas, quedarán incluidos bajo los anteriores términos". Si la United Fruit necesitaba quebrantar el derecho de propiedad garantizado por la Constitución costarricense, allí estaban los complacientes diputados y los alegres abogados de que tanto ha hablado el maestro García Monge.

Dos veces ha fracasado la United Fruit Company en sus intentos de meterse en Venezuela. Cuando se asume una responsabilidad (y es bastante la de oponerse al imperialismo), se puede faltar a la modestia. En las dos oportunidades que fracasaron los propósitos de la frutera, yo puse mi pequeña ayuda obstruccionista. Por ello, cuando fui ministro en Costa Rica era el único diplomático a quien

míster Chittenden, gerente de la United en San José, dejaba siempre de invitar a sus continuos y suntuosos festines.

Plátano, banano, cambure. Variedades de la misma Musa. Todas fáciles de crecer y fáciles, también, para enriquecer a sus explotadores y distribuidores. Por ello entre nosotros el vocablo cambure ha adquirido un valor nuevo. Todos, plátano, banano y cambure, parecen ser la negación de la antigua sentencia griega que enseña como “antes del triunfo, los dioses pusieron el sudor”. El cambure es la negación del sudor. Sin ningún esfuerzo se le logra. Es sinónimo de regalo, de facilidad, de sinecura. Hoy se da al cargo burocrático en general el nombre de “cambure”. Ello obedece a un proceso de extensión sufrido por el primitivo valor metafórico de la palabra. Se llamó inicialmente “cambure” al cargo sin trabajo, a la canonjía, a la gabela. En su original connotación no entraba la noción de esfuerzo sino la noción de ocio. Cuando el burocratismo creció desmesuradamente con fines de demagogia y de proselitismo político, la mayoría de los viejos cargos de gestión se multiplicaron, como hijos del banano, y se convirtieron en verdaderos “cambures”. El Presupuesto Público se llamó desde entonces la “fronda musácea”. A su abrigo el hombre venezolano se tendió indolente para acumular sin trabajo. Y como la dotación de los cargos creció a manera de columna de mercurio en tarde de agosto, el “no hacer” se convirtió en “hacer”. Con “buscarse un buen cambure” el problema estuvo resuelto<sup>2</sup>.

He aquí la gran consigna de trabajo de un país que clama por el esfuerzo tenaz de todos sus hijos. Un país que debiera convertir en días las noches para trabajar por su destino. Y la mata de cambure, del mismo modo como esteriliza el suelo, ha esterilizado y desviado la voluntad cívica del venezolano. Al amor del sombrero cambure no hemos echado a dormir. Toda otra carrera fue sobrepujada por la carrera de “asegurar el cambure”. Allí, allá, fácilmente o a cualquier costo, el venezolano ha de tener un “cambure”. Cambure de presupuesto o cambure de comisión. Por ello, mientras se abandona el suelo, mientras todo escasea, el bananal del gobierno crece sin medida. Al cambure de la Administración

Pública, “escasa industria bástale”, como del banano generoso dice el Maestro. Con él crecen todas las posibilidades de gastar. Él hace fácil el camino de la abacería, donde el sueldo se convierte en agricultura enlatada, procedente de Estados Unidos. El “cambure” es una de las fórmulas diabólicas de que los socios de los reyes del petróleo se valen para que el oro regrese a su lugar de origen. Lejos de convertirse en sueldos y despilfarros el dinero que nos da nuestro petróleo, debió convertirse en instrumentos de permanente riqueza nacional. Lejos de haberlo regado como sustancia esterilizadora sobre nuestro antes humífero suelo, debimos propender a obras que hicieran duradero nuestro progreso. Hoy, si falta pan y falta carne, los altos sueldos y los salarios estirados permiten adquirir potes extranjeros.

Inútil fue mi esfuerzo por detener la entrada en Venezuela de la United Fruit Company. El imperialismo parece invencible. Para eso están los finos negociantes que saben llevarse, no los verdes cambures, sino los verdes cheques que compramos con el dinero que nos da nuestro petróleo, para pagar el pan de cada día.

## PAPAS

a Juan Bautista Clavo

Con donoso y deleitable estilo, que hace adivinar un buen gourmet, describe el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, primer cronista del Nuevo Mundo, el más estimado bastimento de los indios. "Una batata curada no es inferior en el gusto a gentiles mazapanes". "Se comen cocidas o asadas, en potages e conservas, e de cualquier forma son buena fructa, e se puede presentar a la Cesárea Majestad por muy preciado manjar". Antes, mucho antes de 1535, año de la edición de la primera parte de la estupenda "Historia General y Natural de las Indias", escrita por el insigne cronista, de quien derivamos títulos los modestos cronistas de hoy, la patata había sido llevada a España. Él mismo lo dice: "la he llevado desde aquesta cibdad de Sancto Domingo hasta la cibdad de Avila, y aunque no llegaron tales, como de acá salieron, fueron avidas por muy singulares e buena fructa, e se tuvieron en mucho". De estas primera patatas aclimatadas en el suelo de Ávila, debieron derivar aquellas por las que Santa Teresa de Jesús, apartada del parecer de Oviedo, mostraba "harto mala gana comer", según escribía a la Priora de Sevilla en 26 de enero de 1577.

Sin embargo, Inglaterra quiso para sí el mérito de introducir el tubérculo en Europa, y los cronistas ingleses dijeron que Hawking la llevó en 1565. (En la época del gobernador Bernaldes, llamado "Ojo de Plata", visitó aquel famoso corsario el puerto de Borburata y amenazó con quemar el poblado si no le permitía vender a los vecinos parte de los negros esclavos que traía al efecto. Este "caballero" es el fundador de la trata de negros como sistema de riqueza de Inglaterra. Por ello, y en vista de sus "nobles y civilizadoras hazañas", Isabel I le dio carta de hidalguía y le autorizó escudo, en unodecuyoscuartelespodíacolocarunnegro

encadenado). Otros historiadores dicen que Walter Raleigh llevó la batata desde Virginia a Londres, mientras hay quienes aseguran que primero en llevar la papa fue el pirata Drake, quien dizque la embarcó en el Pacífico, donde parece que sólo tuvieron tiempo de robar e incendiar. Quizá sea uno de estos "ilustres" piratas el introductor de la papa o de la batata en las islas británicas, y probablemente pasara con su leyenda desde allí a Alemania, ya que en Offenburg, en Baden, se ha consagrado un monumento en honor del Drake, que dice: "Sir Francis Drake introdujo la patata en Europa el año de 1580". Ya entonces tenían los españoles más de medio siglo de conocer la deliciosa raíz, llevada de Andalucía a Italia por los Padres Carmelitas Descalzos. Pero estos anglosajones todo lo bueno que le puedan arrebatarse lo quitaban a España. Hasta que se diga que nuestros castizos y viejos bajeles llevaron a Europa la primicia del eminente tubérculo, que hoy hace el regalo de ricas y de pobres mesas.

Con el nombre taino de Batata, sostenido entre dos ilustres palabras latinas, entró la dulce raíz a la literatura del Viejo Mundo, en las graves páginas de Pedro Mártir de Angleria. La lengua vieja se iba, también, a enriquecer con los vírgenes vocablos de las Indias. Cuando Alderete publicó en 1606 su tratado "Del origen

y principio de la lengua castellana o romance que oi se usa en España”, dejó escrito: “algunos tomaron (nombre) de los antiguos, que acá tenían, como nosotros de las Indias llamando a su trigo maíz, y a las raíces que de allá vinieron no vistas ni conocidas antes en Europa, dezimos patatas”.

Por esto del nombre tienen sus secretos lingüísticos: recogen los primeros en venir a Indias la batata, o sea nuestra papa dulce o camote (*Ipomea purpurea*); posteriormente dieron con la papa corriente (*Solanum tuberosum*); y por cruce de vocablos surgió la voz patata, que usan los españoles y la voz potato de los ingleses. Nosotros hemos dejado para la dulce los nombres de patata y batata, los ingleses dieron en denominarla sweet-potato. En el Táchira se llama a la papa con el nombre que Jiménez de Quesada le dio, cuando al tropezar con ella en tierra chibcha la bautizó de Turma. Aquellos indios la llamaban Yoma. También se la dijo Creadilla de tierra. Los timoto-cuycas la llamaron Güis y Kué. Los ayamanes, Bí. En Mucuchíes aún se cultiva una variedad llamada Ruba. La etimología de la papa en su aventura a través del mundo, hay necesidad de estudiarla, como su propia historia, a base de cruces. En un cuadro semántico, papa y patata tendrían la relación de estirpe de las Convolvuláceas y de las Solanáceas, dentro del orden de las Tubifloras. Pero, para aquellos que quieren conocer los pelos y las señales de uno u otro tubérculo, está abierto el camino en un buen tratado de Botánica, y para quienes quieren saborear la curiosa historia de los vocablos, está abierta de par en par la puerta labrada del primoroso librito que el ilustre Pedro Henríquez Ureña escribió sobre la razón de algunos indigenismos.

Semetieron papa y batata en España, ya poco hubo necesidad en Madrid de fijarles precio como a artículo regalado. Posiblemente pocas gentes podían pagarse seis reales y más por libra de patatas, cuando Tirso en “El amor y la amistad” (III, 5), refiere “que a un lacayo siempre dan” treinta reales de sueldo. La épica hambre española debió mirarlas como manjar de dioses. Manera de trufas sagradas para el regalo sibarítico. Tan deseadas, acaso, como nuestra poble gente desea hoy un modesto, casto y sabroso

huevo de gallina. “—¿A qué saben los huevos?” preguntaba en días pasados un gracioso tertuliano de la Ceiba de San Francisco. Casi tema para una Silva fúnebre sería el viaje al Norte de nuestras viejas gallinas en el pico airoso del águila yanqui. Pero no entremos aún en estos caminos.

Si en Inglaterra prosperaron las “potatoes”, a punto de producir no sólo maravillosas variedades, sino de adquirir dignidad religiosa con las Quaker’s styles potatoes, en Francia, en cambio, hubo una feroz resistencia para su admisión como pan suplementario. Los heroicos esfuerzos del ilustre botánico Antonio Agustín Parmentier tuvieron necesidad del apoyo manual de Luis XV. Para animar al pueblo, el Rey con sus sacras manos, sembró en Versalles, a ojos de la multitud, la generosa poma. Luis XVI, que usaba su flor en la boutonnière para acrecerla en dignidad, prosiguió ayudando a Parmentier en su política de la pomme de terre, como se ilustró en francés el americano nombre de la papa. Una buena pensión recibió el tenaz botánico por su aportación al enriquecimiento de la dieta del pueblo que iba a hacer la gran Revolución. La Convención, obnubilada como suelen presentarse en la Historia, todos los políticos que toman la venganza como instrumento de regeneración social, despojó a Parmentier del premio que merecidamente había le concedido el Trono. Su nombre, en cambio, ha quedado en los sacramentos de cocina. La Pomme de terre á la Parmentier es buena compañía para un Filet Mignon. Su devoción hacia la papa llevó a Parmentier a idear una cuchilla para hacer las rebanadas más fáciles de saltar. Este modesto instrumento fue visto por el doctor Guillotin, a quien dolía, y con razón, el modo cruel como el verdugo separaba del tronco la cabeza de los condenados a muerte. De allí salió la famosa y piadosa guillotina, que dejó sin sentido para la corona al bueno de Luis XVI.

El prestigio europeo de la papa fue tal, que la guerra sostenida por Federico el Grande, con su hermano el Príncipe Henrique por la sucesión de Baviera, se conoce en la Historia con el nombre comercial y culinario de “Guerra de las Papas”. Cualquiera

pensaría en una guerra entre comadres en pleno mercado de vituallas.

Oro en verdad, Europa ha sabido utilizar la papa hasta como fuente de producción alcohólica. Holanda, en especial, ha llegado a ser país que, con Estados Unidos y Canadá, compite en el prestigio de producir la mejor papa del mundo. ¡Holanda, que ha tenido que robar tierra al mar y darle artificialmente fuerza nutrimental! Los expertos soviéticos, después de inútiles experiencias, lograron aclimatar la papa en el Polo Norte. Hasta el Gran Lama del Tíbet se da el lujo de comer papas fritas.

Nosotros tuvimos desde la época de los indios nuestras buenas papas y nuestras ilustres batatas. Sus rubias pomas la patata educa, canta D. Andrés en su Silva maravillosa. En 1841 escribía el gran Codazzi: "Si se compra el producto que da esta planta en las provincias de Mérida y Trujillo (en Mérida estaba incluido el Táchira), con las de Barquisimeto, Carabobo y Caracas, y se toma un término medio, se puede asegurar que una fanegada produce veinticuatro mil libras de papas, que es el doble de lo que dan en Francia, y ese terreno suministraría durante un año el pan a cerca de cuarenta y cuatro personas, a razón de cinco libras diarias, y le vendría costando medio real al día o veinticinco pesos al año, lo quedaría un producto anual de mil pesos al cosechero, habiendo dos cosechas al año. En una fanegada hay ciento diez y seis mil seiscientas plantas que dan, por término medio, cuatro y media libras cada una, y en un año dos cosechas. Supongamos que un décimo de la población se sirve de esta raíz como pan, a fin de poder comparar más fácilmente el consumo que se hace de ellas en el país, en clase de verdura, y tendríamos ciento cinco millones ciento veintiocho mil libras, que darían un valor de dos millones, ciento setenta y cuatro mil doscientos ochenta y dos pesos. Este producto se conseguía en un espacio de dos mil ciento cuarenta y ocho fanegadas, a las cuales se pueden agregar por diferencia de terreno, etc., ochocientos cincuenta y dos; resultaría cinco mil fanegadas empleadas en este cultivo, y ciertamente el cálculo no es exagerado si se considera el consumo que se hace en el país".



Sáquense nuevos cálculos, súmese la posibilidad de abonos y mejores sistemas actuales, agréguese a todo un gerónimo de patriotismo, y tendríamos papas.

Pero, no. Nosotros preferimos la papa importada. Quizá para muchos resulte mejor negocio adquirirla del vendedor extranjero. Comparar vituallas en la bodega de enfrente, no lo ha hecho jamás la mujer del bodeguero. Es conocida, en cambio, la costumbre de ciertos dueños de botillería y aun de ciertos maridos, desalira emborracharse en el mostrador o en la alcobavecina. Esto tiene sus razones en los terribles enemigos del alma que nos enseña Ripalda. Lo otro, lo que debiera ser imposible, lo hacemos nosotros. Tenemos la tierra y tenemos los brazos, y no sembramos la papa, porque ello representa trabajo. Preferimos que nos la "pelen" fuera. Para eso hay buen dinero dentro con qué pagarla. Ayer no más daba noticia la prensa diaria de que un comerciante de la Guaira había tenido una bonita utilidad de sesenta mil bolívares en sólo un embarque de papa que recibió de Nueva York. Otro periódico ha publicado que, como en Nueva York ha habido una huelga portuaria, y nosotros dependemos de la distribución neoyorquina, tenemos que pagarla a escasez de papas. ¡Loados sean Caco y Mercurio! Sin embargo, en fecha muy reciente hubo una buena cosecha de papas en Trujillo, pero al llegar los camiones a Barquisimeto, hubieron de regresar, porque la plaza estaba abarrotada a causa de una abundosa importación de papa americana hecha por una firma de Puerto Cabello. A cualquiera ocurre pensar que el permiso para importar productos de la tierra debiera consultar nuestras cosechas.

Yalo he apuntado en relación con la muerte de nuestro trigo. La preponderancia, que en Venezuela ha legado a tener los comerciantes con los agricultores, ha provocado el hecho inverso de que sean los intereses comerciales quienes marquen rumbos a la economía del país. Somos, en realidad, una república de grandes pulperos. Demás de esto, el comercio, así estén manos criollas, representa la expresión distribuidora de la industria internacional. El comerciante muchas veces se convierte en mero agente del capital

extranjero y en enemigo de la producción vernácula. Por eso se amparan los comerciantes en las alturas, sutiles y complicadas manipulaciones del capitalismo internacional. Si las papas extranjeras estuviesen sometidas a tarifas prohibitivas, aquí se sembrarían más papas y no ocurriría el desaliento en que deben hallarse hoy los cultivadores de papa trujillanos. Pero la protección a lo nuestro está subordinada al margen que nos permitan los intereses de los petroleros. Hace poco se publicó en uno de nuestros diarios una tesis bastante curiosa respecto al futuro Tratado Comercial que se discute con Estados Unidos. No debe intentarse la protección de nuestra industria, dice un conocido abogado petrolero, porque, relativamente, no se lograrían buenos aforos en los puertos americanos para nuestro oro negro, y se aprovecharían las "empresas independientes" para atacar nuestro petróleo. Si se busca la razón de este argumento, salta el mascarón de proa con que nos asustan los intereses del industrialismo internacional. Todo ha de quedar lo mismo. Para que los yanquis sigan extrayendo tranquilos nuestro petróleo, que hoy necesitan más que nosotros, debemos sacrificar el porvenir de los nuestro. Los "independientes" y algo más blanco tienen a su orden los intereses del Norte para asustar a nuestra timorata gente. ¡Por lo tanto, resulta aconsejable que, para proseguir gozando la "buena amistad" que generosamente nos profesan, debemos continuar recibiendo papas del Norte, maíz del Norte, harina del Norte, pollos del Norte, huevos del Norte y vainas del Norte!

No creyeron jamás lo Regidores de Trujillo que en 1578 daban relación de la ciudad al Consejo de Indias, que en su modesta escritura iban a conseguir, para que lo entendiéramos nosotros, un amargo vaticinio: "Hiere en el asiento del pueblo muy de lleno el Norte". Se referían ellos a los vientos. Hoy tiene el concepto la solemnidad de unaparábola. Así es, lamentablemente. Hieren muy de lleno en el asiento del pueblo, de todos nuestros pueblos, los aires que vienen del Norte.

## MAÍZ

a Augusto Márquez Cañizales

La situación geográfica de Venezuela permitió que a la hora de la conquista española apositaran ya sobre su suelo las principales agriculturas aborígenes: la papa, procedente del Perú; la yuca, del Brasil, y el maíz con habitat en México o la América Central. Fundamentalmente este último cultivo se había difundido a través del territorio nacional. Ya nuestras tribus, pues, habían adquirido el sedentarismo correlativo con el laboreo del suelo. Eran nuestros indios señores de las tres principales fuentes de alimentación del antiguo hombre americano. Tenían nuestros indios asegurado su sustento con base en la arepa y el casabe. Las papas se cultivaban en la Cordillera. Había venido del altiplano chibcha. Variaba el nombre del maíz según la diversidad de las tribus.

Y para ti el maíz, jefe altanero  
de la espigada tribu, hincha su grano.

Canta el maestro inmortals cuando quiere que nuestros hombres, casados de guerrear, vayan a la paz fecunda del trabajo del campo. "Jefe altanero de la espigada tribu". Nos sólo lo es el maíz en su mundo botánico sino en un sentido humano. A él pertenece el gobierno de la familia indiana. En torno a su cultivo, como al rededor de un dios agreste, se movía la sociedad incipiente. Dios lo era en el sentido providente de la creación. Y tuvo templos. Y se le dio figura semihumana. Sirvió para el trueque antiguo con la sal, con la hamaca, con el curare, con el pescado, con las flechas. En sus tan calumniadas octavas, Juan de Castellanos habla de la actividad mercantil de los indios de Maracaibo, quienes

celebraban ferias y mercado  
a trueco de la sal y del pescado,

que venían a buscar los indios de tierra adentro, y los cuales  
tenían

...maíz y otras cosas semejantes,  
a rescatar con estos pescadores.

Deliciosas noticias nos dan todos los cronistas antiguos acerca del cultivo y del beneficio del maíz por los indígenas. De ellas transcribiré la concisa pintura de López de Gómara, hecha en un estilo directo y realista, como de la propia Santa Teresa: "Es en fin, el maíz cosa muy buena y que no la dejaran los indios por el trigo, según tengo entendido. Las causas que dan son grandes, y son éstas: que están hechos a este pan, y se hallan bien con él; que les sirve el maíz de pan y vino, que multiplica más que el trigo; que se cría con menos peligro que trigo, así, de agua y sol como las aves y bestias; que se hace más sin trabajo, pues un hombre solo siembra y coge más maíz que un hombre y dos bestias trigo". Quizá esto último no lo hubiera escrito la Santa de Ávila. Esta suma heterogénea de dos bestias y un hombre como unidades de trabajo, no se le hubiera ocurrido a la Doctora de Las Moradas. Ella habría preferido poner a trabajar a un hombre justo con dos ángeles, como en la leyenda de San Isidro.

Como nuestros indios no tenían altas formas culturales que imponer a los conquistadores, les impusieron su dieta. Claro que el español no se adaptó fácilmente al pan de los venidos. Frente al maíz altanero, plantó la espiga de trigo, símbolo de la civilización dominadora. Luego, las colinas y los valles se vieron dorados por la espiga de preclara que servía de nutrimento a la vieja cultura del Mediterráneo. Caracas estaba a boca del siglo XVII rodeada de trigales y cubierto su valle de molinos. Cuando en 1585 informaba el Gobernador Pimentel al Consejo de Indias, escribía: "el trigo y cebada se coge agora poco porque se comienza a sembrar". De Mérida y Trujillo se enviaba a la fecha, por el Puerto de

Maracaibo, harina y galleta para Santo Domingo y Cartagena. Pedro José Olavarriaga escribió que Trujillo producía por 1721 todo el trigo que consumía la Provincia antigua de Venezuela. Mas la Guipuzcoana descuidó su cultivo, por no interesarle para la exportación.

Perosi prosperó la rubia espiga, a sulado, con señorío indestructible, perduró la alegre caña del maizal. Cuando Francisco Camacho, uno de los fundadores de Trujillo, llamaba a la familia que había quedado en España, decíale, para levantarla al viaje, que había acá "muchacos de comer". Esa muchacosa estaba representada en primer término por la arepa y por el bollo indígena. Por la tostadura del cariacó. Por la chicha fermentada, en la que el español vio sustituto de los vinos riojanos. En fin, por el pan nuestro de cada día, que se presentaba fácil a la épica hambre española.

Según Spinden, el signo vegetal de la cultura indígena americana es el maíz. Con el arroz de China y con el trigo de Europa, Noráfrica y Cercano y Medio Oriente, goza del privilegio de cubrir una de las más vastas zonas alimenticias del mundo. Signo de una cultura y, consiguientemente, afincó de un abastecimiento autónomo, el maíz determinaba, para el porvenir de los pueblos americanos, la soberanía del pan. Nuestros indios aruacos, caribes, timoto-cuicas, banibas, guaraúnos, girajaras, tenían el gobierno de su alimento. Quienes no lo sembraban, poseían en cambio, la sal, el veneno y la pesca, para hacer el trueque con los libradores. Recibieron un nuevo estilo de pan, pero, en cambio, dieron al vencedor el suyo propio. Nuestro criollo se crió, no a dos carrillos, sino a dos panes: tuvo el trigo del conquistador y mantuvo el maíz, la yuca y la papa del indio rendido.

La historia del trigo reclama otras razones para explicarse. Razones de tierra y razones de comercio. Era buen negocio, desde los días de la Guipuzcoana, traerlo de fuera, y se fue abandonando el cultivo. Entre nosotros el comercio siempre ha dominado a la industria. El maíz en cambio, siguió siendo pan de aguante. Lo consumía el pueblo y lo consumían las bestias de carga. Quizá fue esta intuición que llevó a López de Gómar a sumar para un producto

infernol, indios y bestias. El maíz es el alimento fundamental de quienes han creado la riqueza. El pueblo, que ha trabajado siempre como un animal. Las bestias de carga, que le han ayudado con una paciencia casi humana. Más nobles que la máquina, los animales ayudaron al peón. El maquinismo deja sin trabajo al hombre o lo convierte en mera rueda de su complicada invención.

El español jamás pensó de ahuciar al maíz como cultivo útil. Todo lo contrario, el criollo esterilizó sus usos. El viejo budare de barro se torno en budare de hierro, colado en Toledo o Inglaterra. El pan primitivo que, envuelto en la propia hoja de la mazorca, se cocía al rescoldo de la lumbre, se convirtió en la fina confección culinaria que distingue la cocina del Caribe. La hallaca o tamal corresponde en el arte de comer a lo que el barroco representa en el arte de construir. La hallaca es la más perfecta expresión del barroquismo culinario de la Colonia. Es la conjugación sibarítica del maíz de América con las finas carnes y los saporíficos aliños venidos de Europa: pasas, alcaparras, aceitunas, almendras, aceite, carne de vaca, carne de puerco, etc. En Nicaragua parece que la lingüística mantuviese el doble origen de esta deliciosa vianda: acatamal, como se la llama, es palabra compuesta de aca, carne, y tamal, el primitivo pastel, de maíz y de ají. En Guatemala, los viejos colonos que dieron mil contornos al barroco que hizo de la Antigua una de las más sustosas ciudades del Nuevo Mundo, llegaron hasta aderezarla con crema de chocolate. La hallaca, que pudiera considerarse como la apoteosis colonial del maíz indígena, es el plato de la América fiel al maíz. Representa la generosidad de la cultura que se nutrió en el ámbito fecundo de la Colonia. El pan arcaico que se ofreció de molde para recibir los mil sabores de la mesa europea. El maíz es la suprema expresión de su fuerza de nutrimento y de goloso de leite. (Quizá sería un delito no recordar como excelente y deliciosa manera de gustar el maíz, las sabrosas cachapas, y en especial, las que saben preparar, como manjardedioses, las cocineras de Guayana).

El cultivo del maíz, hecho más fácil al consejo del arado y con ayuda del férreo barretón, ha sufrido una grande merma y un

notable abandono durante los años que corren. Si en verdad se solicita la arepa para la dieta diaria, todos sus otros derivados han sido puestos del lado. Las señoras encuentran laboriosa la elaboración de la vieja y nutritiva mazamorra, y a ésta prefieren la avena, que viene del Norte ready to eat. El pueblo ya no toma la sabrosa chicha. Es bebida quizá un poco vulgar. Hay tantas cosas nuevas que tomar; por ejemplo, los jugos enlatados que se importan del Norteamérica.

En 1930 preguntaba yo a un agricultor de provincia acerca del estado económico de su región. Y me habló de la crisis del malajo. Al hacerme explicar el caso, entendí que hacía referencia al abandono de los sembradíos de maíz, en razón de haber sido abolido el transporte por medio de recuas y de usarse en su lugar el camión de gasolina. "Es la lucha entre el malajo y el petróleo", me afirmaba con rústica y admirable precisión el amigo. ¡Sí, señor! Era el bulto, en simbolismo rural, de la ofensiva abierta contra la vieja economía agropecuaria. El agricultor empezó a venir a menos. Comenzó a fallar el viejo y generoso maíz que nos legó el indio triste y resignado. Ya la tierra no lo da con la fecundidad antigua. El petróleo la ha esterilizado para las disciplinas agrícolas. El mechurrio mata al rastrojo. Y hubo entonces necesidad de importarlo. Se trajeron de fuera grandes cantidades de maíz, porque aquí no se cultivó en forma racional. El pueblo vio irse a las nubes el precio del grano. La arepa de nuestra tradicional dieta empezó a reducir de tamaño. Se convirtió en una manera de botón para indumentaria de payaso. También hubo, como es lógico, acaparadores de maíz. Apareció hasta un mercado negro de maíz. Se vio, en cambio, mucho comerciante enriquecido por los altos precios a que llevó el antiguo grano nacional.

La gente en general ha visto con indiferencia este problema. Si el maíz se acaba, se comerá otra cosa o se traerá de otra parte. Lo que interesa es que el petróleo nos dé la moneda para pagar los que tengamos necesidad de importar. Es tan fácil traerlo todo del Norte. En lindas cajas nos viene un excelente pan horneado en Nueva York. También vienen cajas de cartón con virutas de

maíz, aprestigiadas por el nombre de Com Flakes. Traen también detestables trocitos de arepa horneada que nuestras gentes “bien” saborean con deleite para hacer boca a los cócteles. Nosotro estamos para eso. Es elegante en el mundo internacional tener dinero suficiente con que comprarlo que se necesite, cueste lo que cueste. Además, así mantendremos la buena amistad de los vendedores poderosos.

Pero al lado esta alegre inconsciente actitud general, se vive el dolor de saber que la recogida de confianza puede trocarse en nuestra ruina definitiva. Signos a diario los topamos para pensar en el final de nuestro festivo drama. Acabo de tropezar con uno que jamás pudieron pensar nuestros buenos y confiados abuelos. El domingo último fui invitado a un campestre sancocho de gallina. Yo estaba cerca de la olla de sacramento, cuando vi que la señora de la casa abría unas pequeñas cajas de cartón envueltas en papel impermeable, de las cuales sacaba mazorcas de maíz para echar en la hirviente marmita. Acuciado por la curiosidad, madre de sabios y madrastras de tontos, pedí que me mostrasen las cajas. ¡Dios lo que vi! Mazorcas heladas, mazorcas traídas de las cavas de los barcos del Norte, bajo el nombre de Frozen corn on cob. ¡Mazorcas heladas!... No hablé nada, porque se me heló la sangre. No sé si de tristeza o de rabia. En cambio, la señora habló hasta por los codos para ponderar las excelencias de este rico, dulce, maravilloso maíz en mazorca que estamos importando del Norte. “¡Es divino”, decía la dama, con un gusto de maritornes en día de fiesta.



## **GANADO**

a Juan José Palacios

Por 1546 vivía en Cubagua el capitán Francisco Ruiz cuando recibió pliegos de Santo Domingo con orden de trasladarse a Maracapana, para encabezar una expedición que abriese camino hacia el Nuevo Reino, a donde era preciso llevar una punta de ganado que ya se multiplicaba en Tierra Firme. "desguazando ríos desbordados", como se lee en la probanza, cumplió su duro encargo el valiente castellano, a quien acompañaban cuarenta hombres de caballería y buena masa de negros. Esta expedición debió haber desarrollado un arco de gran amplitud y sobrado riesgo a través de las llanuras venezolanas, para concluir con el dominio de la áspera cordillera de los Andes granadinos.

El hacer caminos era oficio diario de los conquistadores. Fracasada su tentativa de dominar a los indios de la región cuicas, Diego Ruiz Vallejo y Juan de Villegas, retornaron a El Tocuyo el año 1547, donde, para tener ocupación fructuosa,

Determinaron pues de hacer saca  
A tierra de longuísima distancia  
Viendo que cabra, oveja, yegua, vaca,  
Sería de grandísima ganancia,

Si por los llanos, hacia Guayamaca  
Cortando por aquella circunstancia  
Se pusiese hallar algún entrada  
A ese nuevo reino de Granada

Luego Vallejo, como bien cursado,  
 Con soldados que trajo de buen tino,  
 Y no pequeña copia de ganado,  
 Procuró descubrir aquel camino;  
 Y fue tan venturoso y acertado  
 Que con gran brevedad al reino vino:  
 Vendieron principal y multiplicos,  
 Y a sus moradas se volvieron ricos.

Y aunque pareció vender barato  
 Según suele quien usa mercancía,  
 Algunos perseveran en el trato  
 Y enriquecen con esta granjería:  
 Y desde entonces se estampó contrato  
 De que gozamos todos este día.  
 Y dura y durará la compra y venta  
 Que por aquel camino se frecuenta.

A la fría Tunja, donde escribía sus "Elegías" el Beneficiado Juan de Castellanos, llegaba, pues, a fines del siglo XVI, el ganado que los españoles habían radicado en nuestro suelo nacional. Nos sólo bastaba para el consumo de criollo de acá, pero también para hacer trato con las Provincias del Nuevo Reino de Granada.

En las capitulaciones para nuevos gobiernos, el Rey ordenaba que se trajesen vacas, ovejas, puercos, ya que el indio apenas comía venado, báquira, iguana y lapa, y en el litoral, pescado fresco o conservado en sal. "Agora mas se le han acrecentado con nuestra venida vaca e carnero. Esto comen los Indios", escribían en 1579 los Regidores de Nueva Segovia. Se había igualado nuestro aborigen al hombre europeo del siglo XVIII. "La carne era de los mismos animales que consumimos hoy día: buey, vaca, cordero, cerdo", escribe un historiador contemporáneo, cuando pinta la vida material del hombre del medioevo europeo. Los dos mundos se habían equiparado en materia alimenticia. Ya era dueño nuestro indígena

de una nueva fuente de proteínas, que avivarían su energía y daría mayor capacidad a su resistencia.

Con la vaca y el buey, vino el caballo. El indígena miró míticos valores en el ímpetu de las cabalgaduras. Luego les tomó confianza y robó caballos del portador, para probar la suerte de la carrera sobre pies extraños. El llanero ya es tipo mestizo. Es el hombre que conoce las quiebras del suelo y que sobre él cabalga en pos de la aventura. Potros, caballos, novillos, vacas, carneros y mautes llenan la anchura venezolana. De los puertos salen embarques de cecina, cueros, cordobanes y jamones, que van a Santo Domingo y Cartagena. No había doblado su cabo el siglo XVI y de Mérida y Trujillo se enviaban jamones para aquellas ciudades. Y al hacer los alcaldes de Nueva Zamora, en 1579, la descripción de la región, declaran que "seda en esta tierra el ganado vacuno, porque se creía muy grueso, y las novillas de a dos años vienen en esta tierra paridas, y están buena tierra para ganado, que ha caído en esta tierra matar toro andando con atajo de vacas, y sacarle más de siete arrobas de sebo y grosura".

Con el tabaco, el cacao, el café y el añil, ambos ganados constituían a principios del siglo XIX la fuente principal de riqueza de Venezuela. Cuando comenzó la Guerra de Independencia, según cálculos de Codazzi, había en nuestro país 4.800.000 cabezas de ganado vacuno; 430.000 caballos y 270.000 mulas. Por eso la suerte de la libertad estuvo en manos de quienes dominaran los llanos. Guayana resistió el empuje de la Revolución hasta tanto el indomable Piar rindió las Misiones del Caroní. El triunfo no radicó en acallar la prédica de los Capuchinos realistas, sino en quitarles las ricas fuentes de aprovisionamiento que constituían los gordos ganados de las maravillosas y ricas sabanas de Guasipati. Cuando Bolívar entró en Angostura, a la par que se ocupó en organizar la Segunda República, ordenó las grandes salazones para la campaña de los Llanos y de la Nueva Granada. La carne fue racionada, pues se necesitaba cecina, cecina, cecina, como nerviosamente decía Bolívar. La gente angostureña tuvo que recurrir al escaso peje del río o a la dieta frugal. Al propio

Libertador, para moverlo a ceder en la rigidez de sus ordenanzas bélicas, cantaron unas lavanderas del riachuelo de La Logia, sitio cercano a la quinta donde se hospedaba el Padre de la Patria, la siguiente coplilla:

La cabeza me duele  
y el cu... erpo me arde,  
por comer merecure  
en lugar de carne.

Bolívar celebró el espíritu festivo de las lavanderas y ordenó se les diese carne fresca.

Cuando la carne cecinada fue suficiente sobre el enemigo, Bolívar remontó el Orinoco y fue a concluir en Boyacá su parábola de victorias. Los hombres que portaban el estandarte de la libertad, cargaban como bastimento, carne de los mismos ganados venezolanos que el Beneficiado Castellanos vio llegar a Tunja, cansados y desanimados, a fines del siglo XVI. Había prosperado la cría. Con ella se había creado una riqueza y una conciencia de nacionalidad, cuyo primer supedáneo era la independencia económica. La guerra no podía hacerla un pueblo sin carne ni pan propios. La cría había servido de instrumento a los fieros soldados de la libertad.

En 1949 fui como representante diplomático de Venezuela a Bogotá. Desde el avión, cuando llegaba, admiré la opulenta cosecha vacuna que puebla la deliciosa sabana santafereña. Aquello da impresión de abundancia y de riqueza. Luego, a mi oficina acudieron los negociantes de ganado que solicitaban licencias para traer cabezas a Venezuela. Más tarde, el gobierno me ordenó obtener permiso para adquirir dos mil vacas de vientre para fortalecer nuestra decadente ganadería. Me tocaba, pues, vivir el reverso de la abundancia antigua. Ya en Venezuela no había ganado. En años anteriores, aún cercanos, exportábamos tasajos para el Japón y enlatados de carne para Panamá, Centro América y las Antillas. Años atrás se enviaron novillos a

Cuba. Algunos vivos les “metieron” a los compradores vacas por machos. Los negociantes hacían la vista gorda y se dejaban engañar de nuestros “vivos”. Aquellas vacas parieron y dieron fuerza a la ganadería cubana.

¿Dónde está nuestro ganado? Un viejo llanero me decía en días pasados: “Hay fundaciones de las que sólo queda el sitio y el tablero”. Unos dicen que hay suficientes reses y que no debe permitirse la entrada de ganado forastero. Otros asientan que no hay ganado en sentido nacional y que debe racionarse la carne. Cristo dijo: “Por el fruto conozco el árbol”. El fruto principal de una buena ganadería es la leche. Y nosotros estamos tomando leche importada. Claro que es higiénica y fácil de manipular la leche en pote. Y también da muy buenas ganancias a los importadores. Según el criterio de los abogados petroleros, su libre importación debe mantenerse en beneficio de la industria aceitera. Si se la cohibe, pueden venirnos represalias. Cualquiera, en cambio, pensaría que es patriótico fomentar la lechería nacional. Otros, más prácticos, creen que es más cómodo tener nuestras vacas en las praderas yanquis. Por lo menos allá, dicen, no les da aftosa (ya sirve para algo la peste).

Si no hay leche, tampoco hay suficiente carne para la dieta del pueblo. Somos el país de la paradoja. La nación que en América tiene per cápita el más alto Presupuesto Público, ocupa el último lugar como consumidor de carne: kilo y medio mensual por cabeza. Por eso nos es difícil a todos saborear con frecuencia un buen Chateaubriand. Para comerlo, hay necesidad de sacrificar el salario de varios días o esperar que un amigo nos invite al Paris o al Vert Galant. A mis amigos les recomiendo sin embargo, un sistema cómodo para gustar buena carne. Aviven la imaginación y lean cualquier libro con buenas recetas de asados. Los demás es obra del espíritu. Y no hay que olvidar que la carne es uno de los grandes enemigos del alma. Nosotros caminamos a la espiritualidad absoluta. Mientras menos carne tengamos, nuestro ayuno adquirirá perfiles de Cuaresma. Si a lo mejor pudiéramos salvar el alma para la vida eterna. Pareciera que eso

buscasen los yanquis, cuando nos invitan a rezar sus mismas preces y a comer esos magníficos pavos que traen en las cavas generosas de la Grace Line. No hay como tener amigos diligentes y serviciales. ¡Qué vivan los gringos!...

## ALGODÓN

a Jesús Leopoldo Sánchez

Los alcaldes de la Nueva Zamora de Maracaibo, cuando a instancias del gobernador don Juan de Pimentel, describieron en 1579 la ciudad y sus términos, dejaron anotado que podían sacarse de la Laguna, hacia puertos extraños, “muchas ropas de algodón”. Claro que no se trataba de ropa hecha, como esa que hoy nos viene de Estados Unidos, sino simplemente de lienzos y tejidos, conforme a la primera acepción que reconoce al vocablo el Diccionario de la Lengua Castellana. ¿Cómo labraban sus tejidos los indios dedicados a esta labor? Pues seguramente en los mismos rústicos telares que hasta hoy usan algunas tribus del Sur.

Siguiendo la husma en los informes de la época, hallamos que los alcaldes de Nuestra Señora de la Paz de Trujillo anotaban, en relación coetánea a la de sus colegas marabinos: “No se vive de ninguna granjería sino de sembrar un poco de algodón y hacer algunos lienzos, algunas mantas y hamacas”. Al declarar los Alcaldes de El Tocuyo la suerte de granjerías de los vecinos, decían: “... el tracto y contractación principal de la tierra es... algodón que se hace hilar i hilado se hace lienzo con que se tracta y contrata y sostienen los vecinos”. Hace también referencia el gobernador Pimentel, en su relación de Santiago de León, al trueque de lienzos de algodón que se mantenía con los vecinos de Margarita. Por donde se evidencia que antes del arribo de nuestro abuelo hispánico, ya el indio había visto cómo

el algodón despliega al aura leve  
las rosas de oro y el vellón de nieve,

según el verso magistral del viejo Bello.

Parece que la región donde mejor prosperaba la industria del tejido fue de El Tocuyo y la Paz de Trujillo. Dice Aguado, que los moradores de El Tocuyo tenían noticia de los indios cuicas en razón de que “algunas veces enviaban algunos criados suyos con rescates a que comprasen hilos de algodón”. Interesaba a los vecinos de El Tocuyo el algodón de los cuicas para alimento de la industria de telares que había propulsado el gobernador Pérez de Tolosa. Yo logré ver en mi infancia trujillana, que lamentablemente me ofrece pocas perspectivas del tiempo, una burda jerga, coloreada de azul, llamada Tocuyo. Tal fue la fama y precio de estas telas, que fray Pedro Simón dice que llegaron con su nombre local hasta los reinos de Quito y del Perú.

Cualquiera dirá que en el orden nacional cultivo yo el chovinismo, por las frecuentes citas que hago de Trujillo; mas, sucede que en materia agrícola mi región nativa es retazo completo de tierra, con páramos, valles, mesas, llanuras y costas, donde se producen desde el trigo y los duraznos de altura hasta el cacao en amorado de los litorales. De otra parte, es cosa excusada que yo sepa algo más de historia local de Trujillo que, pongamos por caso, de San José del Unare, población del Guárico, para mí célebre y grata apenas por ser cuna del incomparable Pedro Sotillo.

Hallaron, pues, los españoles algodón en América, así se haya escrito recientemente entre nosotros que fue introducido por los colonos europeos. En su segunda carta a Carlos V, Hernán Cortés refiere cómo Montezuma le había ofrecido unos tejidos de algodón de gran belleza, tanto por el color como por el arte de labor. Juan de Castellanos al referir la paz que los españoles entrados a la provincia de los cuicas celebraron con el cacique Boconó, nos dice

La cual a nuestras gentes peregrinas  
hizo guardar Vallejo muy de veras;  
allí le presentaron mantellinas  
o mantas de algodón algo groseras.



Y al descubrir el templo de la diosa Icaque, situado en alrededores de la actual ciudad de Escucque, dejó escrito el mismo cronista que

Descubren de los ídolos los senos  
hechos de hilo, no sin sutileza,

lo cual confirman los Alcaldes de Trujillo, al decir, en 1578, que sus ídolos "eran hechos de hilo de algodón".

Tan abundante llegó a ser en aquella región la recolecta del algodón, que al otorgar cartatamentaria por 1685 el capitán don Andrés Sanz de Gaviria, consignó una cláusula en los siguientes términos: "Item. declaro que es mi voluntad que a cada una de las indias de mi encomienda se le den media arrova de algodón por vía de restitución de lo que pueden serles en cargo de lo que me ubieren hilado y con la dicha media arrova de algodón no satisfago enteramente Ruego y encargo al Padre doctrinero que oíes que avieno lessatisfecho la dicha media arrova de algodón les pida en mi nombre que por amor de Dios me perdonen lo más que les estubiere deviendo".

Que averigüe Vargas quién introdujo el algodón en nuestro mundo de América durante la época precolombina, puesto que su habitat es la India asiática, de cuyos pobladores dejó escrito Herodoto que lo tejían con lucimiento aunque un tipo de *Gossypium* parece oriundo del Nuevo Mundo. En España, Francia, Italia, Inglaterra se le designa con nombres derivados del árabe *goton*. Algodón vale por *al-goton*. Los indios de mi tierra lo llamaban *chachó*.

Torcer el algodón, así no fuera para tejer lienzos, constituyó durante la Colonia y durante la República una pingüe industria. Con él se fabricaban hamacas, cordones, capelladas y pabilo. El pabilo era el alma de la luz. Ni la cera ni el sebo, ni el aceite alumbraban sino en gracia de la mecha, donde era recogido el fuego del pedernal. Mientras no hubo alumbrado eléctrico, el comercio de pabilo fue de grandes dimensiones de lucro. Don José María Rojas,

padre del famoso don Aristides y del escritor José María, era llamado en Caracas “Rey del Pabilo”, en razón al gran negocio que tenía de esterenglón algodónero. Poreso, cuando el insigne autor de las “Leyendas Históricas” informaron que su hermano había comprado un Marquesado pontificio, respondió, rápido y burlón: “Siempre teando el pobre José María. ¡Cómo va a hacerse Marqués, cuando nosotros somos “Príncipes del Pabilo!”

Junto con el pabilo para las candelas del alumbrado y de los templos, setejía la hilaza para la capellada de las alpargatas, ora de fique, ora de suela. Gran industria, que ha dado alimento a numerosos hogares venezolanos, la detejer capelladas para la fábrica de valencianas (Así se llamaron en Occidente las alpargatas de suela y capellada tejida, que originariamente eran llevadas de la ciudad de Valencia). Las niñas pobres recibían su maquinilla o telar del industrial, junto con los hilos de diversos colores, y en el recatado silencio del hogar ganaban con altiva modestia el sustento de la familia. También los hombres trabajaban en sus domicilios en la obra de montar capelladas y taloneras. Mis manos de muchacho se endurecieron en este oficio, cuando me fue necesario ganar lo que la madre generosa no podía proporcionarme.

El gran desarrollo de la agricultura algodónera en nuestro país coincidió con la invención de los telares automáticos (1776). De 1782 en adelante la siembras tomaron cuerpo en todo el país. En 1795 se exportaron cincuenta y siete mil setecientos noventa y cinco libras para países extranjeros, por sólo el puerto de la Guaira. Cuando Depons visitó a Venezuela, encontró en Aragua simples molinos de madera para el desmote e hilado, mientras en Cariaco se utilizaban molinos metálicos. Por 1840 se expendían al exterior alrededor de treinta mil quintales. Ocurría la Guerra de Secesión en Estados Unidos, quedó libre la antigua mano esclava, y con el alza de los salarios, subió el costo del algodón. Esto hizo valorizar la cultura algodónera en general. Sin embargo, de 1876 a 1881 hubo un notable descenso en nuestra producción de algodón, a causa de diversos problemas interiores. En lo sucesivo la siembra del fruto se intensifica, en razón del desarrollo de nuestra industria textil.

Por entonces el viejo Domingo Antonio Olavarría había organizado en Valencia una compañía anónima, de mucho más aliento que la rudimentaria empresa establecida en Macarao el año de 1858 por los señores Juan y Gabriel Machado. Aquí empieza en serio nuestra industria textil, que hoy, en pleno desarrollo, lucha con la competencia de los hilados extranjeros. Ante una superabundante producción de fibra en 1951 (cuatro millones de kilos, cuando nuestros telares despachan sólo tres), los algodoneros y los tejedores acudieron con éxito a los organismos oficiales, quienes han tomado la buena medida de subir los aforos de los hilados extranjeros y de impedir la importación de ropa hecha, actitud lógicamente proteccionista que debiera extenderse a muchos otros renglones, y con la cual podrían remediarse en partes las fatales consecuencias de la "tonta curiosidad", denunciada por Julio Salas como "desgracia propia de pueblos semi-civilizados". El ilustre sociólogo decía: "Creemos inocente y aun laudable enviar nuestro dinero fuera del país en cambio de artefactos exóticos, muchos de ellos no de primera necesidad que, con su introducción a Venezuela crean una ficticia falta que nos hace seguir dando anualmente nuestro oro patrio. Está aún en nuestro cerebro, a este respecto, el infantil criterio con que hace cuatrocientos años los indios de Margarita entregaban a Niño y Guerra sartas de magníficas perlas a cambio de cascabeles, abalorios y espejitos". Esto escribía en Ejido de Mérida, por 1905, el celebrado autor de "Tierra Firme". Jamás pensó el eminente compatriota que llegaría a importarse de todo en Venezuela. Hasta rubios huérfanos que vienen a dar compañía artificial a hogares horros, donde los niños venezolanos no tienen acogida. Claro. Son niños de la tierra y entre nosotros sólo tiene aprecio lo importado.

Tabaco y algodón pueden decirse que son los frutos aborígenes que han tenido un progresivo desarrollo de nuestra economía, pues el cacao, con todo y ser un producto de precio más o menos firme y de ser el nuestro el mejor del mundo, no se produce en la cantidad debida. Claro que el algodón y tabaco han tenido

y tienen sus poderosos enemigos en las telas y en los cigarrillos importados, ya ños ha habido en que el exterior se ha traído para alimentar nuestros telares la nívea fibra. También el maíz sagrado y la venerada papa se ven sustituidos por productos extranjeros. Aún la propia yuca compite con el almidón forastero, que gana estima con su nombre gringo.

Los que saben de hilados, hablan de que los nuestros son caros, porque son anticuados los telares y la producción invierte mucha mano. Entonces ¿por qué no se mejoran las máquinas?... Donde todo se cambia, donde todo se muda, donde todo se moderniza, lo único que se conserva es aquello que desmejora la economía nacional.

## TRIGO

a Mons. J. Humberto Quintero

Del trigo precisaría, más que una historia, una meseniana. Para verlo dorar aún en nuestra tierra patria, es obligado escalar las altas montañas andinas, en cuyas empinadas faldas y mesetas, ya sí de capa caída, permanecen enhiestas las finas espadas de las espigas. Frente al altivo maíz a le español plantó el arrogante trigo. Eran los mejores símbolos botánicos de las culturas que se fundían en el nuevo y ancho mundo de las Indias. La bárbara y vegetal del aborigen, ya olvidada hasta de su "helénico" esplendor, y la vieja cultura europea, llena en aquellos momentos de todo el fresco vigor renacentista.

Se inventan distintos caminos al trigo para su entrada en el Nuevo Mundo. Se le hace viajar a América en las finas manos de una dama y en las duras manos de un negro. La dama la traería a Sudamérica. El negro a la América del Norte. Si se tratase, pues, de fijar prosapias, el nuestro tendría pergaminos de femenin nobleza. El del Norte, cuya harina hoy comemos en Venezuela, tendría de emblema, como el esclavista Hawkins, un negro encadenado.

El nuestro entró con los propios conquistadores. En las Relaciones obandianas, que en nuestra historia llevan data de 1578 a 185, se habla generosamente del trigo. Ya aún más: se hace referencia a la exportación de sus productos. "Han salido navíos ya cargados de harina y bizcocho", escribían los Alcaldes de Maracaibo, Párragay Argüelles. El valle de Caracas estaba ya cubierto de trigo y vestido de molinos a fines del siglo XVI. Mérida hasta el siglo XVIII se mantuvo rodeada de trigales. Las vegas de la Otra Banda, llenas hoy de café y de caña, se vieron antaño doradas por la espléndida espiga. Los valles de Aragua retuvieron el trigo, lo mismo que el Tocuyo y Quibor, hasta mediados del siglo XIX.

Aunque Codazzi dé como razón del abandono del trigo la circunstancia de que el agricultor prefería las fáciles siembras de café, de algodón, de plátano y de maíz, creo que hay necesidad de hacer cuenta de otros factores. Junto con el cansancio y la erosión de las tierras y el enflaquecimiento de la semilla, yo pongo a la Compañía Guipuzcoana como contribuyente a la agonía del trigo. Ramón Díaz Sánchez me hace el honor de enfrentar esta tesis mía a la que han sostenido, con Arístides Rojas a la cabeza, brillantes economistas venezolanos. Insinúo yo que la Guipuzcoana no creó nuestra riqueza agrícola. Para saberlo que eran nuestra agricultura anterior a los vascos, basta leer el memorial de don Pedro José Olavariaga que se guarda en la Academia Nacional de la Historia. Este documento no lo conoció Rojas. Olavariaga vino por 1721, cuando el proceso de Portales y Meneses, y aprovechó de levantar una memoria sobre nuestra agricultura. Justamente esta memoria sirvió para abrir las fauces en la Corte. Constituida la Compañía, vino el propio Olavariaga por primer factor. Los guipuzcoanos lucraron con los frutos exportables, que eran cacao, tabaco y cueros. Con alguna tardanza aprovecharon el café y el añil. El aguardiente de caña lo vieron como enemigo de los vinos de la Península. Del trigo les interesaba su importación de España. Pero ellos no cuidaron su permanencia como agricultura de primera línea. Fundamentalmente los guipuzcoanos eran embarcadores y comerciantes. A éstos les interesa el tráfico y no el origen de los productos. Para ellos el negocio es vender siempre.

Cuando la República empezó a convalecer de los males de Guerra de Independencia, el trigo estaba limitado a la Cordillera, un poco a Lara y un menos a los valles de Aragua (Humboldt a principios del siglo XIX, visitó los trigales de La Victoria y calculó una posibilidad de rendimiento que dobla las de las tierras del Norte). Pero entonces era un buen negocio importarlo de Estados Unidos, y los barcos del Norte empezaron a hacer lo mismo que la Compañía Guipuzcoana había hecho durante el siglo anterior.

En la región de la Cordillera ha habido un empeño hasta estos días por conservar las siembras de trigo. No hace muchos

años Carlos Gonzalo Salas puso a un lado los libros de Derecho y se dedicó a predicar sobre el trigo. Pero también a Los Andes se lleva el trigo del Norte. Tanto como haber levado buhos a la antigua Atenas.

Esto tal vez no lo pensaron los hombres antiguos. Ni los del pasado siglo, que se interesaron en perfeccionar la industria harinera. Primero entre todos los trenes modernos para moler el trigo que se instalaron en la Cordillera, fue el "Molino de Los Andes", montado en Trujillo por don Luis Parilli, alrededor de 1880. En la famosa Exposición de Mérida, de 1888, obtuvieron las harinas de este molino el Primer Premio. Yo vi funcionar en toda su plenitud esta molienda, que abastecía a Trujillo de afrecho, harina de segunda y harina de flor, igual a la harina que se trae del Norte. Más tarde vi sus ruedas, poleas y cedazos cubiertos de polvo y telaraña. Un poco después vi sólo las paredes del viejo molino. Hoy apenas queda el sitio. Cuando fui recientemente a Trujillo, me detuve ante el lugar del viejo molino. Hablé con un trujillano amigo acerca de su ruina. Este trujillano ya se ha confirmado con estas cosas. "Qué te parece, el trigo no era bueno", me dio una respuesta. Él no sabe estas cosas viejas que yo me sé, y por ello ignora que fray Pedro Simón dejó escrito que en ninguna parte de las Indias comió mejor pan que el pan elaborado con la harina de Trujillo.

Se muele un poco de trigo en nuestros yermos páramos, y en Mucuchíes y en Mucurubá y en algunos páramos del Táchira y Trujillo, agonizan en pie, como los árboles de Casona, los viejos molinos que dieron prestigio y riqueza a la región.

Por 1906 y con carácter de monopolio, se instalaron en Maiquetía modernos molinos para beneficiar el trigo extranjero, introduciendo al granel (recientemente un señor Atayde propuso igual empresa). A la caída del general Castro aquellos molinos fueron abandonados, y los interesados en la introducción directa de la harina lograron el absurdo de que el trigo y harina fueran metidos en el mismo aforo aduanero. Lo racional hubiera sido mantener las molindas de trigos importados, mientras no se produjesen trigos

criollo. El mismo proceso de desmantelamiento del molino trujillano sufrieron estos molinos del litoral.

Aquellos molinos, los más grandes montados en el país, despertaron un fervoroso entusiasmo en el país. Al respecto escribió Franciscode Paula Álamo: "Terrenos adecuados nos sobran, y si nos atenemos en la práctica a lo que la observación científica nos enseña, volverá a ser el trigo producto venezolano". Poco tiempo falta para que se cumpla medio siglo del voto esperanzado de Álamo. Por ningún lado aparecen los rubiostrigales que pudieran dar alimento a nuevos molinos. La harina nos viene del Norte. Blanca, limpia harina, que suple nuestra carencia de iniciativa. También viene de Nueva York el pan y fabricado y las tortas y los ponqués semifabricados. Nuestra vieja harina prieta, llena de principios vitamínicos, no la come el pueblo. También, para suplirla, los yanquis nos envían cajas de Bran. Es fácil recibir todo listo del exterior.

Venezuela no produce trigo. La dignidad nacional de la espiga apenas tiene defensores en los sanos campesinos de la cordillera andina. Queda allá como un símbolo de fecundidad y como una dorada bandera de esperanza. No son iguales todos los tiempos. Si no aquel trigo, viejo y cansado, nuevas semillas podrán derramarse sobre nuestras tierras. La voluntad lo suple todo, y en los laboratorios se acondicionan hoy semillas para los distintos climas.

Pero los hombres de las montañas viven con su trigo un orgullo religioso. Cuando se arrodillan en sus templos ante el Señor Sacramentado, saben que fue trigo suyo, cultivado por sus manos, el que se transustanció en Pan de Divinidad. Y cuando vuelcan toda su agricultura para adornar los arcos de la fiesta del Corpus Christi, sienten cómo la tierra se hace espiritual, divina, a fin de aumentar con dones vegetales la fuerza de su plegaria...



## EL PAVO

Los españoles llamaron pavo a esta gallinácea por su parecido con el Pavo Real, ya domesticado en Europa a la hora del descubrimiento de América. Los ingleses lo denominaron Turkey (Turquía), por su semejanza con la Gallina de Guinea, llamada en Europa Gallina de Turquía, en razón de habérsela creído oriunda de este país. No sé como llamaban en su lengua al pavo de los indios en Norteamérica. En México se le designa Guajolote, en Costa Rica Chompipe, en el Perú Pisco. En los Estados de la Cordillera andina se le da este nombre, también usado en Colombia, donde, por derivación lingüística centroamericana, se le llama, además, Chumbipe. Los franceses lo denominan Dindon, y también Coq d'Inde, por su origen americano, de donde derivan a la vez el nombre de Perú que le dan los portugueses. También lo llamaron en París, Jesuita o Gallo de los Jesuitas, por haber sido éstos sus introductores en la Ile de France.

En Francia el pavo logró su apoteosis culinaria cuando se le aderezó con trufas. La trufa tiene en el orden gastronómico un sentido gótico. Cerca de las viejas ojivas del medioevo francés tenía que aparecer por vez primera el Pavo trufado. "Es la más grande, y si no la más fina, al menos la más sabrosa de nuestras aves domésticas", dice el maravilloso Brilla-Savarín, quien, con profundo sentido de juez, la declara uno de los mejores regalos de América al Viejo Mundo. En tal precio tuvo a nuestro pavo el ilustre gourmet y magistrado francés, que guardaba gratitud a la compañía de Jesús, por haber dejado libertad, en medio del rigor ignaciano, a aquellos mundanos hijos que en las huertas de Bourges cuidaron los primeros pavos llegados de las Indias. Tal es el sosiego y la alegría que pone en el espíritu un Dindon truffé, que un viejo recetario francés apunta esta frase, atribuida a una

monja carmelita, recién salida del ayuno cuaresmal: Manger du didon, et après la mort.

En sentido figurado, pavo vale por engreído y vanidoso. Pero esta connotación le viene a la palabra por el pavo asiático, de cola multicolor. El nuestro, si en verdad tiene sus veleidades de grandeza, parece que es el animal prudente, a quien bien cuadra el papel que le asigna Florián en su fábula del Mono y la Linterna Mágica. Olvidado nuestro artista de limpiar la linterna, los pobres brutos no veían nada de lo que el mono quería mostrarle. Entonces el pavo, con grandes y medidas palabras, dijo al empresario: "Yo veo alguna cosa, pero no sé por qué causa no distingo muy bien". En la corte de los animales el pavo tiene asegurada una alta posición palaciega, por si no fija una cartera ministerial. Buen arte es echar sobre espaldas y conciencias propias los defectos de los poderosos. Quienes así obran son llamados hábiles y finos políticos.

A la hora en que los Jesuitas suministraron a la cocina francesa esta "pièce de resistance", ya los yanquis tenían el pavo en el orden de las cosas rituales. En la vida social estadounidense el pavo tiene un puesto tan elevado como la constitución de Filadelfia o como el discurso de Lincoln en Gettysburg. Es el animal que une la conciencia cívica, dividida durante las elecciones por el elefante de los partidos tradicionales.

Cuando viví en el Sur de Estados Unidos por los años de 1923, tuve oportunidad de ser introducido a un hogar americano que celebra el Turkey Day, o el "Día de Acción de Gracias". Hermosa, conmovedora tradición que explica la fuerza del pueblo norteamericano. Recuerdan en tal día nuestros "buenos vecinos" el refrigerio a la base de pavo y salsa de arándano que tomaron los "padres peregrinos", que llegaban de Inglaterra perseguidos por la iglesia oficial anglicana. Unidos, peregrinos y puritanos, terminaron, ya libres de la persecución antigua, por tomar las prácticas intolerantes del puritano-calvinismo. Su fuerza, como creadores de un sentido de nacionalidad nueva, se expandió por todas las provincias del Norte. Con el puritanismo se distendió el hábito de comer pavo aderezado con salsa de arándano el cuarto jueves

del mes de noviembre. El ágape primitivo era una “acción de gracias” por la salvación de los perseguidos. Después, fue el nacimiento de gracias por el bienestar del pueblo norteamericano. La lectura sagrada se ha hecho de acuerdo con la confesión de cada hogar. Los judíos se dirigen a Jehová. Los islamitas a Mahoma o a Alah. Los cristianos a la Trinidad, a Cristo o al Padre Eterno, según el rito o secta. Todos coinciden en orar y dar gracias al Señor por la dicha del pueblo norteamericano. Tanto como fiesta de familia, es fiesta cívico-religiosa.

La constancia en esta hermosa práctica indica la fuerza que en el gran país del progreso y de la industria mantiene la tradición. El yanqui es tradicionalista y sabe imponer sus costumbres al forastero, y sabe, también, adoptar y respetar las costumbres de las grandes masas humanas que afluyen del exterior a acrecentar la fuerza de la nación.

Dignos de aplausos son los yanquis por su “Día del Pavo”. En cambio parece espantosa la idea de difundir a todo el Nuevo Mundo dicha conmemoración. Dar gracias a Dios por los favores que concede a nuestros pueblos, es justo que lo hagamos quienes tenemos fe y practicamos una religión. Pero tomar como día común el viejo día de los puritanos yanquis, me parece algo inconcebible y aun contradictorio. No parece justo que mientras el conquistador dé gracias a Dios por el buen éxito de la conquista, el conquistado se alegre también por la misma causa. Esto podrá hacerlo marido y mujer en el caso de que se quieran bien después de la luna de miel.

¡Manes de Alonso Andrea de Ledesma! Justamente Amyas Preston, el pirata que vino a quemar Caracas, era de la misma familia religiosa de los que perseguían o de los que huían de Inglaterra en razón de las luchas provocadas por el Cisma de Enrique VIII. Procedía el pirata de aquellos grupos de protestantes que, al saborear la gustosa rabadilla del pavo, celebraban, con violentas burlas, la suerte de haberles caído en el plato la “naríz del Papa”.

Nosotros en nuestro calendario hispánico, tenemos otros días que pueden derivar de lo patriótico o de lo religioso. Ayer

dimos importancia fundamental al 12 de octubre. Es el día de nuestra cultura hispanoamericana. También es día de todo el hemisferio. Los yanquis lo llaman Columbus Day. No les gusta comodía continental, porque es un día español. El primer mensaje europeo que recibió la barbarie americana fue transmitida en la lengua del "Quijote", de Santa Teresa y de Ruy Díaz del Vivar. Si se trata de algo que recuerde nuestro origen común, ahí está pues el 12 de octubre. Día del encuentro europeo con el indio americano. Eso sí nos es común a los que hablamos y sentimos en castellano y no en inglés. Si se trata de escoger un día que evoque la libertad americana, ahí está el 9 de diciembre, aniversario de Ayacucho.

Que se queden los yanquis con su pavo novembrino. Y que se les convierta en salud. Para nosotros, en dicha oportunidad, no sería alimento benéfico. Preferimos la lapao o el morrocoy indígena y, sobre todo, la gustosa hallaca colonial. La hallaca, sobre todo, que para la región del Caribe, es la mejor expresión culinaria de nuestro mestizaje. El maíz de la masa y el plátano de la hoja, dando consistencia a las finas carnes y regalados condimentos de Europa. Con ella ritualmente celebramos la Navidad de Jesús y la natividad del mestizo, donde reside la fuerza determinante del pueblo hispanoamericano.

Ahora si se quiere un día común para la comunidad católica del Nuevo Mundo, ¿por qué se ha de escoger un antiguo día puritano y no un día católico? ¿No es, acaso, patrona de América la criolla Santa Rosa de Santa María de Lima?...

Demás de esto, aún no somos una colonia total de Estados Unidos. Todavía tenemos un pellejo y unos huesos enhiestos que pueden ganar la batalla de la dignidad nacional. Si los vivos fallan, llamaremos a los muertos. Ellos, como en la comedia de Casona, pueden espantar a los intrusos. Y para que los muertos nos ayuden, miremos con fuerza viva hacia los valores de la tierra. Hacia los valores que forjó nuestra tradición y hacia los valores materiales que, por abandono de conciencia, se nos están yendo de las manos. Si en el orden material todo lo hemos venido recibiendo de los muelles neoyorquinos no dejemos que en el orden moral seamos

también colonia yanqui. Con sembrar papas, maíz y trigo, podemos recuperar mañana la independencia del pan. Si entregamos los valores del espíritu a la dirección interesada de los "buenos vecinos", seremos esclavos perpetuos. Los romanos dominaron en lo político y en lo material a los griegos. Estos, no sólo defendieron la integridad de su cultura, sino que, además, la impusieron a sus vencedores.

Defendamos, junto con la autoctonía de la tierra que sintió la veloz carrera de los potros de la victoria, las genuinas líneas de nuestro espíritu, expuesto a la total disolución que persigue la lenta conquista encomendada a "Selecciones", "Visión" y demás papeles yanquis que, en nuestra propia lengua, se encamina a cambiar el alma de nuestro pueblo en crisis.

No dejemos que nuevas preces del "Common Prayer" caigan sobre el cadáver de Alonso Andrea de Ledesma. Defendamos su vida de fantasma consagrado a vigilar nuestro territorio moral. ¡Que sea el guardián perpetuo que nos prevenga a las desgracias!...

## LA HUERTA

a Mario Yepes Gil

Junto con la agricultura que servía de pie para la alimentación general (maíz, yuca, papas y batatas), el indio cultivó raíces, tubérculos y frutos que daban variedad a su dieta (ocumo, guajes, lairenes, auyamas, arracacha o apio de la tierra, etc.). Luego sembró con el trigo y el arroz que introdujo el español como alimentos principales, las verduras y las hortalizas venidas de España para adorno y regalo de la mesa de los colonos.

A más del conuco rural, estos cultivos hallaron buena tierra en la propia ciudad. Caracas mismo tuvo hasta años no muy distante, grandes solares donde, junto con el jardín, verdeaba la huerta generosa. En pueblos del interior, ésta duró más, ya un permanece con todo esplendor y largueza en lugares como Carache, Boconó, Guárico, los Teques, Ejido, Ocumare del Tuy.

No es necesario remontar a la Colonia para mirar una de estas ubérrimas huertas. Basta entrar en las casas de ciertas poblaciones del interior. Y para llegar con entera confianza a alguna parte, tenemos una fecha con solera de años. Digamos 1905. En este año yo vivía en Trujillo, y a fuer de muchacho, me metía en las casas ajenas. A las personas grandes era cosa más difícil. Haga usted el viaje. Llega al zaguán, donde seguramente ha dado con una de esas lápidas de mármol, colocadas a boca de siglo sobre los dinteles, que lucen una cruz y la leyenda *Christus vivit*. Saluda usted a la viejecita alegre que sale a abrir la puerta. Sombrero en mano le da los "Buenos días". Entonces ella, con filosófica desconfianza, le responde con un "A la tarde veremos". Sí, señor. Sólo a la tarde, cuando de las barbas se haya ido el sol, se podrá saber si ha sido bueno el día. ¡Qué de cosas saben estas viejecitas! ¿Y a cuenta de qué va usted a visitar tan de mañana la casa vecina? No

hay servicios públicos de aseo, ni inspección sanitaria de ninguna clase que justifique esta visita inopinada al interior de una casa. En tiempos de guerra, se acostumbraba entrar en cualquier parte, como Juan a su casa, para echar mano a la bestia de silla del señor. Cosas de bestias solamente. Las autoridades respetaban los hogares. Muchas veces, por seguir ocultando a los maridos perseguidos por la policía, las señoras se vieron en el mismo trance de doña Joaquina Sánchez. (Esta visita de hoy de nuestro vecino es para buscar una gallina que voló la pared divisoria. Con los ojos de este buscador de gallinas miremos el mundo recatado, apacible y sencillo de esta casa de familia).

Primero da usted con el jardín. Toda casa tiene un pequeño jardín a la entrada. Usted encontrará en él algunas matas de rosa. En estos años las más frecuentes son la Rosa de Cristal, la Rosa Guayaba, la Rosa Cien Hojas, la Rosa Duquesa. ¡Cuándo han de faltar una o dos matas de Jazmín de Malabar! Ni hay tampoco jardín alguno que carezca de un enredo de Jazmín Real. Con él perfuma la abuela sus untos. En la noche, confundido con el aroma de la mata de Reseda, sale a la calle la fragancia del jazmín. (También, en la noche se pone a la ventana, tras la celosía, la muchacha enamorada, que espera ver pasar por la otra acera al tímido galán). En el jardín también hay Fucsias, Margaritas, Cuarenta Días y Siemprevivas. En viejas tinajas lucen hojas de Corazón de Jesús y de Corazón de María. En tiestos, también, son cultivados el Geranio de olor, la albahaca, la Aroma y el Romero. En el suelo rastrean las Violetas y la Madre selva.

La gallina está en el solar. El solar de estas viejas casa es casi un latifundio. En ellas usted encuentra árboles, frutales: naranjos, mangos, caujaros, aguacates, guayabos, papayas, mamones. No falta jamás una mata de algodón, de donde se saca la fibra para las mechas de la lámpara y la mota para los usos domésticos, ni faltan, tampoco, la mata de limón y algún naranjo, que hoy están cubiertos de azahares. Hay también una mata de onoto. (En otras partes se le llama achiote o bija, y también caituco). En Trujillo, el pueblo carga de achiote la comida. Hoy

se sabe que el achiote es una admirable fuente de vitaminas. El gran solar donde nuestro vecino busca la gallina, tiene divisiones y cercados. Hacia un lado encuentra usted la huerta. En el otro está el patio de las gallinas y de los patos. Cuando usted está entrando, uno o dos pavos pasean llenos de vanidad poética el abanico de sus colas. Al final hiede la pocilga, donde se engordan tres o cuatro cerdos, que son la alcancía de la familia. En la huerta se consigue, a veces, hasta yuca o maíz. Pero lo socorrido son las hierbas y las verduras que España metió en América desde comienzos del siglo XVI. Allí están las berenjenas que según Oviedo y Valdés, encontraron a “su propósito esta tierra como a los negros de Guinea” el apio de Castilla o cédano, que hoy se trae de Nueva York en las cavas de los “Santas”; culantro y berros; lechugas, traídas hoy en hielo desde las huertas norteamericanas; rábanos, que se dan en América mejor que en España, “más gruesos que un brazo de hombre, y muy tiernos, y de mucho sabor”, dice haberlos visto el Padre Acosta; perejil, repollo y coles; nabos y zanahorias; yerbabuena, manzanilla, acelgas, pepinos, ajíes, tomates en sus trojes de carrizo. (En la tierra que lo permita, usted encontrará en la huerta familiar verdes manzanas, fragantes duraznos y hermosas parras). En las barbas de este solar trujillano, junto con la siembra de vidrios de botella, para evitar el paso de algún ladronzuelo, verá usted las opulentas cebollas reventadas de violáceas parásitas, que dan más color a las luces mortecinas de la tarde.

Tenían, pues, nuestros viejos pueblos la huerta en el corazón de las propias casas de familia. Todo un mundo, espiritual y económico, vivía entre las paredes de estas casas silenciosas. Su producto, como siempre sobrepasaba las necesidades hogareñas, era fuente de entradas. Se le vendía al menudeo por las calles o en la vecina pulpería. Solía haber, también, en la casa vacas de ordeño, a las cuales se les daba nombres cariñosos “Flor del Campo”, “Golondrina” y “Princesa” se llamaban las vacas de mi casa. Para que no dañasen el sembrado, dormían amarradas. En la mañana, la señora ordeñaba en la ancha totuma, y de la leche que sobraba,



hacía cuajadas, que se vendían con las lechugas y los nabos. En estas casas amables de antaño había, pues, las “tres cosas que mantienen muy bien el mundo: el fino chorro de leche que sale de una ubre de la vaca y cae en el balde; la delgada hoja del grano sobre el suelo; la hebra delicada de una mujer hacendosa”.

En la vieja Caracas, nostálgica de fragancias y de niebla, la antigua huerta, junto con el alegre jardín, terminaron hacemucho. Las nuevas quintas tienen lindos frutales y lucen primorosas flores. Escasos son los rincones donde se cultivan rábanos y lechugas. La huerta salió extramuros de la ciudad, en pos de la amplitud requerida por el gran vientre del pueblo. Hoy la cultivan con preferencia chinos y portugueses, buenos conocedores del secreto de la tierra y del secreto de la paciencia que se necesita para vigilar verduras y hortalizas.

Pero esta huerta aledaña no es suficiente para lo que reclaman las ciudades en incesante crecimiento. Claro que hay buenas tierras y robustos brazos que pudieran ponerlas en punto de producir. Pero hay una solución más fácil. Traer del Norte lo que nos falta. El déficit de verduras y hortalizas nos lo suplen hoy los exportadores de Nueva York. Al natural, en cámaras de hielo, traen el apio de Castilla, las lechugas, las acelgas, los repollos. Todo lo demás viene en latas. Prácticamente resulta cómodo que otros trabajen la tierra para nosotros y que nos lleguen las cosas a nuestras mesas libres de angustias y carreras. Eso es cosa digna de pueblos ricos. Así damos, también, oportunidad a los magnates yanquis para que sean mayores sus ganancias. La solidaridad panamericana, pregonada en Conferencias y Congresos, impone estas actitudes. Los buenos políticos han de dar lo más que puedan para la solidaridad que reclaman los yanquis.

Nuestra república, con todo su hierro y su petróleo y con todo su progreso, resulta en último análisis, una república sin huertas. La huerta antigua, donde el señor y el liberto, el hombre llano y dócil siervo recogieron el recado de boca para la olla cotidiana, ha reducido sus proporciones a medida que la ciudad ha aumentado. Desde un punto de vista resulta informe el cuerpo de

la república. Mientras le ha crecido el estómago, se le han reducido las manos con que debiera llevarse los alimentos a la boca. Hoy está a merced de quienes se presten a conducirlo hasta los labios la temblorosa cuchara.

Faltó a nuestro pueblo la humildad antigua y se ve hoy confundido por el esplendor nuevo. “Cuando Dios quiere probar a alguien, le deja ciego o le enciende todas las luces”. Las nuestras están prendidas a giorno. El venezolano, por ausentarse de la realidad constructiva de la crítica, ha llegado a admitir como buenos los elogios que le prodigan voces extranjeras, sin advertir, como aguadamente nota Chesterton para los ingleses, que dichos elogios, lejos de ser prueba de nuestro mérito, son, por el contrario, prueba de la meritoria habilidad de quienes quieren engañarnos. Si la lisonja mata a los hombres que la escuchan, entierra a los pueblos que se dejan llevar por ella. En cambio, precisa un poco de humildad en el espíritu y en las manos. La tierra, como el jamón criollo que lleva su nombre, nos limpiaría de muchas culpas. Elevemos a nuestro campesino y agrandemos, con su elevación, nuestra huerta nacional. Demos al hombre rural la oportunidad de que realice su alta misión creadora. ¡Que no sea la “rama seca” del gran árbol de la República! A él corresponde el crecer y el verdecer para que sea mayor el sombaje y la alegría de la nación. La alegría de la República necesita el verde mensaje de los campos floridos.

## **NEVERAS**

a **Alejandro Hernández**

Entre los artefactos que hacen fácil y placentera la vida moderna ha de colocarse en primer término la nevera. Ella nos da permanentemente el hielo y ella sirve para mantener en perfectas condiciones de higiene los alimentos. Cuando fui senador, en 1945, estudié la posibilidad de una ley que entregase al Estado la exclusividad de importar neveras y cocinas, a fin de hacer su distribución por medio del Banco Agrícola y Pecuario, en condiciones que permitiesen a los pobres adquirirlas con las debidas facilidades. Siempre he pensado que distribuir cocinillas de querosene es defender nuestras zonas arbóreas. Un país como el nuestro, donde se produce combustible mineral a discreción, no debiera sacrificar un solo árbol para fines de cocción doméstica. Abaratar las cocinas eléctricas, de gas y de querosene, es defender nuestro patrimonio vegetal. Distribuir neveras es asegurar la higiene del pueblo. Ambas cosas entran en las obligaciones primordiales de un Estado.

A pesar de la eminente función de comodidad y de ayuda de la salud encomendada a las neveras, ésta se han convertido más bien en aliadas de las fuerzas que vienen destruyendo nuestra autonomía económica. Admirable función la de la nevera que guarda los sueros y las vacunas susceptibles de descomponerse a una regular temperatura ambiente. (En Trujillo, hace cuarenta años, las vacunas eran conservadas por los farmacéuticos en La Sabaneta, camino de San Lázaro, donde la temperatura natural era propicia. Cuando el médico propinaba alguna, se enviaba un propio cerca del campesino que las guardaba, y como éste normalmente era analfabeto, se le pedían las drogas por medio de

números). Hoy, en el más modesto pueblecito de la montaña o de la llanura hay una buena nevera.

Pero lejos de estar esta buena nevera llena de sueros, vacunas, leche fresca, guarapo criollo, carne de la vecina carnicería, verduras y hortalizas de la cercana huerta, está repleta de cosas importadas. Jugos de todas marcas, frutas carnes, embutidos, hortalizas, quesos, huevos, helados. Helados. Sí, señor. Helados del Norte. Helados he visto en las neveras de muchas abacerías caraqueñas. Helados neoyorquinos, traídos en las providentes cavas de los "Santas". ¡Hasta aquí hemos llegado! Jamás se pensó que nuestra modesta industria del sorbete tuviese que rendirse ante los helados extranjeros. Precisa pensar un momento con seriedad y reflexión patriótica acerca de lo que significa este tipo de importación. Para eso están las neveras.

Alguien me decía muy campante que son mejores las lechugas, los tomates y el cédano traídos del Norte. Yo creo que si cédano y lechugas importados son más hermosos que los cultivados en la tierra, ello se debe a la falta de abonos y de cuidado. ¿Por qué no estimular entonces los cultivos criollos? ¿Por qué no se hacen exposiciones de lechugas, repollos, rábanos y demás hortalizas, en lugar de tanta exposición de cuadros abstractos, cubistas o impresionistas? ¿Por qué no se ofrecen premios municipales y nacionales a las verduras y a las hortalizas, del mismo modo como se premia la pintura, la música, la literatura? El tomate, pongamos por caso, ¿a cuenta de qué ha de venir del exterior? ¿No hay suficiente tomate en Venezuela y no produce nuestra industria excelentes jugos y conservas de tomate? En Venezuela hay tomates hasta para agasajar a tanto orador malo como frecuentemente se escuchan por esos caminos de Dios, en trance de hacer promesas de redención política.

¿De dónde fue llevado a Europa el tomate indiano? El sitio no importa. El nombre que en Francia y en Italia recibió, sirve para indicar el precio que de él hicieron los europeos. Pomme d'amour y Pomodoro. Los españoles dulcificaron las consonantes aztecas de

Tomat. En Venezuela se da el tomate en cualquier parte donde se le cuide, y los jugos que de él se fabrican son superiores a los extranjeros. ¿Por qué han de estar entonces las neveras de los abastos llenas de enlatados de tomate forastero y de frascos de tomate de Norte?

Las neveras y las grandes cavas industriales sirven también para guardar flores. Esto podría ayudar al abaratamiento de los trabajos de floristería, pues la materia prima logra con el frío mayor conservación. Industrias de primer orden, la jardinería y la floristería son fuentes de enriquecimiento, aromoso y poético.

Para ser jardinera  
concienzuda y artista  
hay que tener erudición poética,

podría decir, imitando a Martínez Sierra, la tejedora de rosas. Galipán, Baruta, San Antonio, el Hatillo, los Chorros vuelcan sobre Caracas la nota, mañanera fragante, de los azucareros. La historia de los jardines caraqueños la esbozó Ernst a fines del siglo pasado. Hasta el general Páez figura en ella con su importación de rosas. Mantuvo el Centauro a lo largo de su maravillosa vida un doble sentido humano para todas sus acciones. Páez, pese a lo rudo de su vida de soldado, fue un romántico. Cuando buscó ribetes civiles para su vida de guerrero, recitó versos y representó comedias. Como general llanero cantaba corridos y pautaba música. En nuestro mundo botánico su memoria la sostiene la "Rosa Páez" y la "Hierba Páez". La rosa, para alegrar los espíritus. La paja, para enriquecer el forraje de los ganados que sostenían la riqueza nacional.

En años pasados se trajeron de Holanda, para labores de floristería, hermosas varas de Gladiolas. Hoy los bulbos se han aclimatado admirablemente y nuestras huertas aledañas producen las flores que consume la ciudad. En cambio, nosotros hemos exportado orquídeas. Ha sido un buen negocio despojar de las milagrosas cebollas los árboles umbrosos de nuestra selva. Todas las orquídeas que han podido embarcarse para Estados

Unidos han salido de nuestros puertos. Lo mismo ha ocurrido en Colombia y en Centro América. Nuestros negociantes de orquídeas creían hacer un buen negocio cuando exportaban las cebollas sin flor. Los bosque de Trujillo, de Lara y de Portuguesa fueron recorridos por agentes de negociaciones de Caracas, que pagaban a precio de hambre las matas que se remitían a Nueva York. Todavía duraba la fama de nuestras orquídeas de Occidente. Las de Trujillo fueron alabadas en subido estilo por José Luis de Cisneros, en su curiosa descripción de la antigua provincia de Venezuela. "Críase en tal paraje, encuadrada entre las peñas de su Cumbre, o en los Troncos de los palos, una especie de Cebolla, que por el un extremo echa rayces verdes, y gruesas, en el pimpollo una vara, ba con gran pausa desquodernando sus hojas, hasta quedarenteramente abierta, manifestandoperfectamentela figura de Mariposa, matizada de amarillo, encarnado, y tal qual rasgo morado; tiene Cabeza, con ojos, y toda su perfección: Tiene alas, cola y dos chifles, que le nacen en la Cabeza, con tal perfección, que sin admitir género de duda, se conoce claro que es Mariposa". Tema que llamó la atención de extranjeros, nuestras primorosas orquídeas. Hubierasido un excelentenegocioelarreglode grandes orquidiarios que permitiesen una venta regulada de flores para Estados Unidos y Europa. Pero nosotros solemos en estos casos matar la gallina de los huevos de oro. Y vendimos las matas.

Cuando ejercía el cargo de embajador en Bogotá, encontré cierto día de visita unas lindas parásitas en la mesa del Embajador de Estados Unidos. La conservación, al caer sobre el primor de las flores, fue dando hasta el magnífico orquidiario del presidente Ospina Pérez, en los aledaños de Medellín. El embajador es hombre sencillo, y, a veces, poco cauto. No lo dijo con malicia alguna, pero al referirme yo al precio de la orquídea como renglón exportable de esos países, me dijo sonreído: "Ya eso no será negocioparaustedes. En Kentucky hemos sembrado mayornúmerode orquídeas que las que puede haber en los bosques de Centro y Sur América". Claro. Nosotros habíamos cometido el error de exportar las cebollas.

Cualquiera se conformaría con que este de las orquídeas fuera el único error cometido por nuestros desprevenidos comerciantes. Dentro de pocos años nuestras orquídeas se habrán agotado, y en las neveras de las floristerías se venderán lindas flores traídas de Kentucky. Nada mejor para lucir en talleres caraqueños de flores que usan nombres en inglés. Alguno he visto que se llama Rosemarie's o Carmen's Flowers Shop. ¡Qué chopos somos los venezolanos!...

## LA MUERTE DE LOS KATEYES

a Juan Liscano

Al regresar a mi casa uno de estos días de espantoso calor decembrino (ahora todo está cambiando), di con una señora bomba colocada en mi propia mesa de trabajo. Sí, señor. Una bomba con toda la barba. Claro que no se trataba de una bomba fabricada con diabólicos ingredientes, capaces de acabar con mi modesta humanidad. Nadie tendría interés en eliminar a un sujeto inofensivo. Tampoco la había colocado en mi mesa ninguna mano enemiga. De lo contrario, procedía de amistoso origen. Pero de que era bomba no había un gerónimo de duda. No estalló entre mis manos, pero me hizo saltar de asombro. Quince onzas de contenido cargaba la pequeña lata y la encontré llena de tajadas de mango almibarado en Cuba. ¿Diga alguien que no es algo espantoso tropezar de buenas a primera, en su propio escritorio, con un enlatado de mango, fabricado por la industria Ferro, de Pinar del Río? Casi, o más que un libelo contra nuestro relajamiento nacional.

Explicable hasta cierto punto es que de Cuba nos vengan vedettes y tocadores de mambo; al fin de cuentas servirían para probar sofisticadamente que hay un balance favorable para nuestra moral, en la reducida producción de tan pecaminosos artefactos. ¿Pero que nos traigan mangos en lata? —“No te molestes, medice el amigo con quien comento el caso—, si ya hace algunos años que traemos como ricomanjar los cascotes de guayaba”. Jamás podré explicarme esta importación de dulces cubanos, a no ser que vengan a través de Nueva York o Nueva Orleans, como mercadería protegida por las amañadas franquicias que se conceden a los artículos americanos a la sombra del Tratado Comercial que rigen nuestras relaciones con el gran país del Norte. De lo contrario,



ya deberían existir aforos enérgicos que protegiesen la dignidad cívica de nuestros mangos y guayabas.

¿Oes que también se acabaron nuestros dulces, generosos y viejos mangos? Por la shuella materiales, no le goa creerlo, puesto que a menudo uno tropieza con resbaladizas conchas, que hacen suponer su permanencia en el mundo venezolano. Hasta hace algunos años las vegas del Este eran verdes plantíos de mangos. “Una copa de Oporto, al ruido de las aguas, bajo la sombra de los mangos”, pensaba Juan Vicente González que era la mejor fuente de inspiración y de sosiego. El ensanche de la moderna Caracas ha sacrificado lógicamente la fronda de ricos mangales. Antes, quien sintiese hambre ya podía irse a Los Dos Caminos y hartarse gratis hasta reventar. Los propietarios e inquilinos de quintas de Los Chorros pagaban a quienes limpiaban de la deliciosa fruta los árboles y el suelo. Con ello se evitaba la fermentación que atraía a los mosquitos.

El mango era la fruta del pueblo. El mango no tenía precio. Los carretilleros llenaban de voces nuestras calles pregonando er mango de hilachayer de boca ot también. El mango era la suprema expresión de generosidad del Valle de Caracas. El mango y cambure, con el agua generosa de cualquier acequia cantarina, hacían el almuerzo sin precio hasta de estudiantes pobres.

Toda Venezuela es tierra de mangos. Hasta en Guayana, donde escasean los cultivos, el mango abunda. También Venezuela es tierra de piñas y naranjas, y del exterior nos traen orange juice y pineapple juice. Mucha gente, con toda seguridad, encuentra más subidos sabores a la fruta ofrecida bajo nombre extranjero. Nadie duda que en el relajamiento actual una naranja tiene menos categoría que una orangeada.

De España nos vinieron las naranjas, las limas y los limones, y encontraron tan buenos nuestros climas, que divierte la pintura de un naranjal con que nos regala el padre José de Acosta en su “Historia Natural y Moral de las Indias”, concluida en 1590. “Hay ya en algunas partes montañas y bosques de naranjales, lo cual, haciéndome maravilla, pregunté en una isla ¿quién había llenado los campos de tanto naranjo? Respondieronme que acaso se había

hecho porque cayendo algunas naranjas y pudriéronse la fruta, habían brotado de sus simiente, y de la de estos otros que llevaban las aguas a diversas partes, se venían a hacer aquellos bosques espesos: parecióme buena razón. Dicen ser esta la fruta que generalmente se haya dado en las Indias, porque en ninguna parte he estado de ellas, donde no haya naranjas, por ser todas las Indias tierra caliente y húmeda, que es lo que quiere aquel árbol". Y la abundancia de naranjas sigue, aunque sin provecho para nuestra economía. Entre Guacara y Valencia, donde crecen y doran las dulces naranjas de San Diego, pasan de millones, así como escribo, pasan de decenas de millones las naranjas que no se aprovechan. Y eso que hay buena carretera y segura vía férrea. ¿Qué sucede? De una parte, carencia de un racional sistema de distribución, que ofrezca en las ciudades a buen precio la deliciosa fruta; de otra, que al comerciante importador resulta buena ganancia la distribución de manzanas, duraznos y peras del Norte. Si hubiera un sistema defensivo de nuestra economía, se buscaría la manera de distribuir una naranja barata que expulsase las frutas extranjeras.

De la piña, no se diga. Fruta de aguante, no se la cultiva y distribuye de manera que pueda competir con los enlatados yanquis. Desde Oriente hasta Occidente. Venezuela es tierra de piñas, y de piñas buenas. A Bolívar, después de una sorpresa, le recordaban sus amigos de armas las dulces piñas de La Esmeralda. Estas tienen buena historia. Bolívar, al regustarlas en la mente, tuvo en Casocoima la intuición de su gloria. Pensó, tal vez, que una piña, en la figuración de personas y de pueblos vigorosamente unidos, era un buen símbolo para nuestro destino. Las de Pie de Sabana, en Trujillo, que compiten en almíbares con las de Cumaná, tienen también leyenda. Cuando los andariegos fundadores de la "ciudad portátil" estuvieron acampados en la larga mesa de Carvajal, suplían la carencia de agua con el grato regalo de los salvajes piñales de los indios.

De nobleza aborígen, la piña fue admiración del español. "Esta es una de las más hermosas frutas que yo he visto en todo lo que del mundo he andado", escribe Fernández de Oviedo y

Valdés. Para el cronista, la famosa huerta andariega de Ludovico Sforza; quien se hacía llevar en carretas hasta la propia mesa de los árboles cargados de frutas, lució una de mayor precio que nuestra indígena piña, elevado por Bello a la dignidad del verso, cuando dice en nuestra zona:

Para tus hijos la procerca palma,  
su vario feudo cría,  
y el ananás sazona su ambrosía.

Sazonada ambrosía, se la ha hecho a un lado, para dar preferencia a la artificial sazón de los bebistrajos extranjeros que se ofrecen por refresco al pueblo. De fácil y resistente cultivo, no se ha estudiado, como en el caso de la naranja, su productiva distribución en los grandes núcleos de consumo. Cuando alguien pide piña, la cocinera, ya sumada a la red de distribución de la industria extranjera, sale a la calle y compra en la esquina una piña "libby's", venida de Estados Unidos.

Así como en la agonía del paganismo se oyeron voces que anunciaban la ida de los viejos dioses, ahora, también en la agonía de nuestra producción vernácula, se oyen voces que anuncian la muerte de los viejos dioses de la tierra. Hace más de veinte años tuve de rústicos labios este aviso sombrío. No lo entendí entonces pero la realidad me ha iluminado a posteriori la mirada.

En 1927 hablaba yo, en Trujillo, con un indio de Bujay o de La Cristalina, (Solemos llamar indios a los mestizos que habitan las cumbres andinas). Era la época en que se abría la carretera que va de la capital a la ciudad de Boconó. El desarrollo de la vía andaba por Tierra Morada. El indio se me acercó tímido y corto. (Era yo entonces encargado del Ejecutivo del Estado y visitaba las obras en construcción). Lo animé a que hablase, y cuando me refería que ellos deberían estar muy alegres por el avance del camino, me dijo, con palabras que no entendí: —"Andá, mi don, este año yo notendremos ni la papitani el maicito". Para explicar la causa, me agregó: —"Los automóviles espantan a los Kateyes". Yo,

completamente en Babia, le pedí que me tradujes todo aquello, y supelo que entonces no entendí todos sus pantosos simbolismos. Los Kateyes eran los dioses protectores de la agricultura aborigen. En su relación al Consejo de Indias, dieron, en 1578, los Regidores de Trujillo: "Tenían muchos ídolos hechos a forma de un muchachos sin cabeza ni brazos, aun más pequeños que otros; había uno que era del maíz, otro de las turmas". (Papas). El indio y su descendiente cristiano siguieron creyendo en aquellos viejos dioses. Y junto con la fe supersticiosa en los Kateyes, creyeron también en otros genios agrestes, como los Mamúes enanos, que cuidaban las sementeras boconesas.

El simbolismo surge de la carencia del confiado montañés, miraba a la realidad de la errónea y antinacional política del petróleo. Si los antiguos dioses rurales, apagada su vida de silencio por los símbolos de la cultura hispánica, hubieran sido sustituidos por nuevos dioses protectores del agro, nada habría pasado, puesto que, al hinchar en moneda la nación, los medios propios de mejorar el sustento del pueblo debieron también acrecentar. No había razón para la pugna artificial entre riqueza petrolera y riqueza agrícola; ambas riquezas nuestras. Tampoco la minería y la alta industria destruyeron el sentido agrícola del yanqui. La razón de la crisis estuvo en que los dueños del dinero internacional necesitaban cambiarnos nuestras divisas por artículos que venían a arruinar los valores de la economía vernácula. Doce años después de mi charla con el indio de la Cristalina, yo desayunaba en Boconó, antiguo emporio de Trujillo, con Corn Flakes y queso Kraft. Tengo la seguridad de que en un próximo viaje a mi tierra nativa, me servirán un plato de arvejas americanas que hoy importa el comercio de Maracaibo, para balancear la falta de fruto.

Los Kayetes y los Mamúes que cuidaban nuestra vieja agricultura murieron encandilados por la fuerte luz de los automóviles. Tenía razón el indio. Bajemos un poco las luces para no apagar otros valores mayores.

## **CELULOIDE Y “5 Y 6”**

**a J. J. González Gorrondona**

A quienes reclamamos la necesidad de intensificar ardorosamente el cultivo de la tierra venezolana, afín de propender a abastecer nuestras necesidades alimenticias, se nos responde desabridamente: “¡Qué le vamos a hacer, si no hay brazos!” Esta idea de pueblo inútil para los saludables y fecundos ejercicios del campo ha corrido buena suerte, y la mayoría de la gente se ha resignado heroicamente a hacer la vida de los inválidos. Con una resignación y una humildad dignas de mejores momentos, hemos convenido en que todo lo nuestro, inclusive nuestra historia y nuestro destino de pueblo, lo aprovechen los “vecinos” que piadosamente trabajan para darnos de comer.

Nazaria, la cocinera que pobló de consejos y de apólogos mi lejana infancia, refería, con esa palabra sabia que madura junto al fuego amoroso, cómo años atrás se había realizado en el pueblo el entierro de un hombre vivo. Claro que yo creía que el caso había ocurrido en mi pueblo y hasta me asustaba la idea de que pudiera repetirse. La historia común en América. Es del pleno siglo XVI español. El sujeto del cuento, refería la vivaz maritornes, contrató cuatro hombres y las andas de la parroquia, para que fuesen a darle sepultura, en razón de que no tenía cosa de comer. La gente se asomaba a los portones, ante la noticia del raro caso. “—Bueno, y ¿por qué lo entierran?” “—Porque no tiene que comer”, respondía uno de los enterradores”. “—Pobrecito, yo le regaló un almud de maíz”. A la voz sonora y alegre de regalo, el muerto sacaba la cabeza para preguntar: “—¿Pilado o sin Pilar?” “—Sin Pilar”, agregaba el oferente. “—Pues que siga el entierro”, ordenaba el muerto de pereza.

Como el sujeto de la historia, nuestro pueblo no trabaja porque tiene mal dirigida su pereza. Si el candidato ha muerto, hubiese tenido blanca con que pagar la pilada de maíz, lo habría recibido; y si hubiera tenido un tío que lo proveyese de dinero a cuenta de fastuosas ganancias logradas en las haciendas del perezoso, lo hubiera comprado en el alegre vecindario. Pero el pobre no tenía ni viejos tíos ni nada que se le pareciera.

Nosotros, en cambio, si tenemos "tío". Y tenemos también, pueblo con brazos y salud. Nuestras calles ciudadanas están llenas de estos compatriotas, ya un de inmigrantes de igual medra, a quienes se permite cultivar la altiva y noble pereza. Nuestras aceras se mantienen repletas de robustas criaturas que dedican su mejor tiempo a vencer billetes de loterías y baratijas de mil suertes, ahora, por la vecindad de las Pascuas, especialmente están dedicados a vender muñecos de celuloide y bombas de caucho. Toda esa industria del pequeño que produce el Japón explotado por los yanquis, la distribuyen millares de hombres sanos, robustos, vivaces, que podrían dedicarse sus energías creadoras a levantar nuestra riqueza nacional, si hubiera manera y voluntad de racionalizar y dirigir su trabajo o su pereza. Porque esta pereza, o mejor dicho, este tomar la línea del menor esfuerzo, tiene vinculaciones muy estrechas con otros factores en que pudieran mediar la autoridad.

El comercio del juguete y de la bisutería representa un canal de salida que deben conocer muy bien nuestros atareados hacendistas. Sin embargo, y de acuerdo con la autorizada opinión de algunos técnicos en altas operaciones financieras, a estas vías de desagüe no se las puede poner compuertas, por cuanto provocarían en la relación contractual con Estados Unidos, que se castigase con impuestos arancelarios muy fuertes a nuestro petróleo.

En Colombia, país que tiene un claro sentido de la responsabilidad económica, no se importan juguetes. El colombiano ha desarrollado esa industria, a punto de que en tiempo de Navidad constituye un hermoso espectáculo visitar las Ferias del Juguete en distintas avenidas bogotanas.

Y esas prohibiciones o defensas económicas las mantuvo Colombia en plena vigencia de un tratado con Estados Unidos igual al que rige nuestras relaciones comerciales con el poderoso país del Norte. Y no sólo reguló la entrada de la juguetería, que en fin de cuentas es cosa de juego, sino que llegó a regular la importación de automóviles. Parece que los ejecutores entre nosotros del Tratado de marras, no hayan puesto la vista en el margen de posibilidad que hacen legítimas en el área convencional las restricciones que defiendan nuestra incipiente industria y evite, al poner coto al libertinaje de las importaciones, la dolorosa emigración de capital que debiera dedicarse a obras que aseguren nuestro porvenir: diques, riego, ferrocarriles, canales, muelles, escuelas, escuelas...

Es común el concepto de que nuestra condición de país petrolero no puede ser otra sino de esponja que absorba la pequeña y la grande industria americana. Todos los automóviles que se fabrican en Detroit tienen asegurado un comprador en Venezuela. Para eso somos ricos. ¡Hombre, a quién se le ocurre pensar que un caballero de postín o una niña "bien" puede rodar en carro del año pasado! ¡Cómo va alguien a imaginar que un buen funcionario pueda pasarla sin un carro de último modelo! También, todo muñequito que arme el Japón esclavo para satisfacer los pedidos americanos, tiene un resignado y perezoso venezolano que lo distribuya. Da grima ver las manos anchas, robustas y rudas donde bailan estos muñequitos de goma, trapo o celuloide. La imaginación llega a pensar en una moral de celuloide que se acoplase con el pueblo que realiza estos oficios. El celuloide es liviano y fungible. Su trato frecuente debe promover, en grandes y en niños, una sensación de inconsistencia, de la liviandad absoluta. Pero quienes venden los muñecos los reciben de los mayoristas del celuloide. También pasan por las aduanas el celuloide. Y pasan los globos de goma que dan color de feria los domingos a las sombrosas avenidas del Parque de los Caobos.

Globos, viento, celuloide, vanidad. Buenos adornos para el féretro del hombre que mandó enterrar vivo porque carecía de

cosas que comer. A nosotros no nos ha llegado aún la hora de contratar las fúnebres andas. Bastante dinero nos entregó el "tío" para pagar con él el maíz que no queremos pillar y la papa que no queremos pelar. ¡Quién va a trabajar la tierra cuando todo nos viene limpio del Norte! Y para aquellos que debieran trabajar la tierra y engrosar los pelotones de los obreros que den vida a nuestra raquítica industria, están, como fuente de entradas, los juguetes de celuloide, que se venden sin mayor trabajo. Para los otros para los que tienen mayores ansias de fortuna y que aspiran a amanecer sin trabajo alguno con buena plata en la bolsa, está ese magnífico, noble y generoso amparo de los hombres virtuosos y directos en el destino. El "5 y 6". A base de celuloide y de "5 y 6" se puede hacer una magnífica interpretación de nuestro destino social. Azar y viento. "Con un poco de suerte, que lo demás sea agua", decía un viejo de mi tierra. Estamos. Azar, viento y agua. Cualquier bruja se fabrica con estos ingredientes una luminosa tempestad.



## **AÑIL**

**a Julio Castro Guevara**

El añil lo llevo en la memoria no tanto por haber visto, cuando era muchacho, las bolas de azulillo en las viejas pulperías de mi tierra, cuando por unirlo al gratísimo recuerdo de don Carlos Salazar. Gran señor fue este canciller guatemalteco. Claro que ser gran señor y ser canciller son actitudes que obligadamente no se complementan, a pesar de que el señorío pareciera ingrediente necesario a todo canciller. En cierta oportunidad escribí al embajador Alfonso Carrillo: "Justificaría un viaje a Guatemala el privilegio de la amistad de don Carlos Salazar". Don Carlos fue canciller de Ubico, siendo cachureco; es decir, conservador, y por consiguiente, enemigo político del Presidente. Pero Ubico sabía que nadie mejor que don Carlos Salazar podía defender la dignidad internacional de la simpática república chapina. Había defendido ya sus intereses frente a los intereses de la United Fruit Company "enchufados" en la Cancillería de Tegucigalpa, y estaba defendiendo desde la cancillería la soberanía irrecusable de Guatemala sobre la provincia de Belice, detentada aún por el vasto imperio de la joven reina Isabel II.

Recién llegado yo a Guatemala, don Carlos me hizo el honor de invitarme a conocer a la Antigua. Ningún guía mejor que el ilustre Canciller para visitar las ruinas de la que pudo ser tercera capital de nuestra América hispánica. Cuando nos detuvimos en el delicioso hotel de San Rafael, Las Hortensias, don Carlos comenzó el curioso relato de "los cadáveres azules" que, impreso en mal papel, compré después en una venta de la Antigua como material turístico. "Los cadáveres azules" ya contienen en su propio enunciado preciosos elementos para avivar las más dormida imaginación. La historia es larga y no viene al caso. Se trata de los

cadáveres de dos comerciantes asesinados y escondidos en sendos tinacos de fermentar añil.

Estos cadáveres, azules desde entonces, me hicieron asociar el añil a una leyenda mortuoria. Y el añil, cuya industria nos vino de Guatemala, a fines del siglo XVIII, posee figura de muerto en el recuerdo de nuestra vieja agricultura.

Tuvieron el azul por el color fúnebre los antiguos egipcios. El azul de nuestro añil servía para representar la parte muerta de nuestro proceso agrícola. El añil es la más grande y poderosa de nuestras viejas agriculturas de exportación que dejó definitivamente de existir. Junto con la cochinilla, que dio precio a la tuna y al cardón, fue sustituido por los colorantes artificiales.

Tardese aprovechó en Venezuela el añil (Indigoferatinctoria). A don Antonio Ardivé y al sacerdote don Pablo Orrendaín se debió en 1777 la primera explotación formal de índigo en la Victoria. Pero fue en Tapatapa, en las feraces tierras del Marqués de Casa de León, donde estuvieron lo mejores cultivos y lo más acabados beneficios. En los grandes tanques de la Trinidad quebraba sus luces la "tinta generosa" que emulaba, según Bello, con "la lumbre del zafiro".

Pronto el añil se propagó como fuente de riqueza a lo ancho del territorio de la Capitanía General, y en 1798 su exportación dio un total de un millón doscientos mil pesos fuertes. Tal fue la fama de nuestro añil, que se le consideró superior al celebrado añil guatemalteco. Para Venezuela fue el añil, en su momento de esplendor, eje de su economía. A fines del siglo XIX aun se exportaban algunos zurrónes de índigo. Creo que Trujillo lo llevaban de El Tocuyo, cuando era yo muchacho.

El añil, el cacao, el tabaco, la caña, el ganado, el café formaron la riqueza que a fines del siglo XVIII dio fuerzas e ínfulas al criollo. Junto con el espíritu levantisco que echó raíces en la América bárbara del siglo XVI, y que fue evolucionando hasta crear una vigorosa conciencia autonómica, es necesario tomar en cuenta, cuando se buscan los orígenes de la República, el mundo

de las formas económicas, deseosas de nuevos modos de expresión. Cuando empezaron a correr por nuestra América las nuevas ideas de libertad y de igualdad, que estaban transformando la conciencia filosófica y social del Viejo Mundo, el criollo tenía lograda una fuerza de resistencia y de ímpetu de avance, con su pedáneo en la riqueza territorial. Los nobles y los hidalgos criollos, y aun personas del orden llano, gozaban a fines del siglo XVIII de una conciencia autosuficiente, que tomaba fuerza en la abundosa agricultura. Nuestro mundo antiguo fue mundo agrícola. Bello, desde Londres, junto con exaltar las formas de la libertad recién ganada, exaltó los oficios del campo.

¿Por qué ilusión funesta  
aquellos que fortuna hizo señores  
de tan dichosa tierra y pingüe y varia,  
al cuidado abandonan  
y a la fe mercenaria  
las patrias heredades,  
y en el ciego tumulto se aprisionan  
de miseras ciudades,  
do la ambición proterva  
sopla la llama de civiles bandos,  
o al patriotismo de desidia enerva;  
do el lujo las costumbres atosiga,  
y combaten los vicios  
la incauta edad en poderosa liga?

Bello, como todos los hombres de su tiempo, tenía conciencia rural. No entendía el grande humanista que hubiese virtud cívica ahí donde faltara el amor al trabajo del campo. Como los griegos, él sabía que agricultura y ciudadanotienen una sinonimia moral.

Nuestros oligarcas de principios del siglo XIX buscaron que las formas de Estado coincidieran con sus propios intereses, que confundían con los intereses de la tierra. Al lado de ellos ya

prosperaban los ideólogos de la independencia y de la libertad. Bolívar formaba en la categoría de los mantuanos ideólogos. Casa de León era mantuano sin ideas. Lograda la República, quedan en pie las antiguas clases. La primera oligarquía republicana se suma los descontentos de la guerra. Ideólogos y mantuanos sin ideas siguen luchando en distinta forma y con distintos nombres. A Bolívar mismo, que era ideólogo y mantuano, se lo dividen en la feria de los valores. Unos lo tomamos por símbolo de la lucha permanente en pos de la libertad. Otros lo quieren sentado en trance de abuelo regañón, con la espalda dispuesta a defender cualquiera manera de orden. Unos lo tomamos por ideólogo. Otros lo toman por mantuano.

Ideólogos y mantuanos han seguido, además, el curso de la economía venezolana. Los "grandes cacaos" los produjo la rica almendra antigua. Los "nuevos cacaos" los engendra la industria del aceite y sus derivados políticos. Para los ideólogos que da el añil. El "cadáver azul" de las teorías y de las esperanzas frustradas ante la realidad de los hechos. En cambio, el añil muerto y rezado como valor agrícola surge con un arco de estrellas es lo que diferencia nuestra bandera libre de República, de la vieja bandera roja y gualda de Colonia. Todo puede parecer en el orden de los hechos. Pero la altivez que salva la dignidad de la República, vivirá mientras haya ideólogos que prefieran buscar en el azul del cielo el titilar de las estrellas que otros buscan en el dormido remanso de las ciénagas.

## **RESPONSO A LA VIEJA PULPERÍA NACIONAL**

**a Numa Quevedo**

Desde que leí en los deliciosos almanaques caraqueños de don Arístides Rojas la etimología que éste da a la voz "pulpería", la tuve por muy en su puesto. En ella me afiancé definitivamente cuando mi ilustre amigo el profesor Ángel Rosenblat me facilitó su ficha de estudio, que termina, como escribe don Arístides, por decir que Pulpería, corrupción de la palabra Pulquería, se origina de la voz mexicana Pulque, que significavinosacado de la penca del Agave (cocuy, cocuiza, etc.), Alderete recogía por 1606 el vocablo como indigenismo que expresatiendaderegatones. Sin embargo. Don Julio Calcaño lo hace derivar de la voz Pulpo, dizque por venderse carne de pulpo en las primitivas tiendas de Indias, en las cuales, por el contrario, a la primitiva venta de Pulque, agregaron los incipientes abaceros pan, leña, cacharros, víveres, etc. Nos parece forzada la etimología del ilustre autor de "El Castellano en Venezuela", seguida por el Diccionario de la Real Academia. (Etenunca se ha esforzado por buscar buen origen a las palabras). En las pulperías, si hubo pulpo alguna vez, fue el propio pulpero. El jesuita Larramendi hace la voz pulpero correspondiente a las vascuence pulperoa, mas en esto de etimologías hay que tener en cuenta que los lingüistas vascos a toda palabra de dudoso origen le proponen un ilustre linaje éuscaro.

La antigua pulpería que en historia caraqueña aparece como tema de remate en el año 1595 y cuyos precios eran vigilados por el Municipio, fue el centro de la vida modesta, apacible e independiente de nuestros pueblos, y objeto de imposiciones fiscales desde los tiempos de nuestra dependencia española. Al llegar de vacaciones a mi nativa ciudad, Trujillo, he buscado la vieja pulpería donde

ayudé a comprar, cuando muchacho, el diario mantenimiento de la familia. Claro que jamás pensé dar con las mismas pulperías de mi manzana familiar. Estas empezaban en la esquina de "El Sol", con la bien abastecida de Jaime Barreto; más al centro, hacia "El Matacho", quedaban las pulperías de Mario Arandia y de Juan Mariano Fernández; doblando hacia "La Barranca", estaban las pulperías, de productos más cercanos a la huerta, de Bernabé Cos, Julián Isaacura y Miguel Ruza. En todas yo tenía "frutas". (Las "frutas" era el sistema de acumular las "ñapas", por medio de granos de arvejas guardados en frascos que servían de caja de ahorros, y los cuales se monetizaban convencionalmente).

Las pulperías de Trujillo, semejantes a las viejas pulperías y bodegas de toda Venezuela, vendían al menudeo los artículos de la diaria dieta del pueblo. Acompañeme el lector a penetrar en uno de estos viejos expendios de víveres y vituallas, y seguramente encontrará con qué levantar en la imaginación un buen almuerzo. Saludamos al pulpero con sencillas palabras, y mientras nos vende cualquier cosa, le echamos un vistazo a la tienda. En el rincón de la derecha da usted, con toda seguridad, con los atados de "pescado blanco". Estamos en 1908. El "pescado blanco" viene de Pocó, de La Dificultad, de La Ceiba, de Moporo. Es industria del tiempo de los indios. Castellanos habla del trueque que los indígenas del Lago hacían con los aborígenes de tierra adentro: maíz e hilados, con sal y peje. La base de la dieta del peón trujillano fue la curbina del Lago, conservada al sol y a la sal. Así el pueblo, sin necesidad de caer en los peligrosos alfabetos de la industria vitamínica, tomaba su buena ración de rayos solares al natural. (Hoy la técnica purifica los alimentos: arroz, harina, azúcar, etc. El dietista encuentra que, por carecer de vitaminas, ocasionan el beriberi, entre otros males, y entonces los laboratorios compensan lo que la perfección de la industria ha destruido. En el proceso de desvitaminizar los alimentos para después vitaminizar, por medio de un nuevo proceso capitalista, a los desmejorados enfermos, está la mejor síntesis del destino del hombre de la edad imperialista de la cultura). Bueno.

En el otro rincón exterior de la pulpería tenía usted los atados de “carne seca”, como en Trujillo se llama la cecina o tasajo. La traían de Pampán, en cuyos vecinos pastizales repastaban las reses de Monay. Con la “carne seca” se vendían el “salón de chivo”, procedente de las llanuras de Carora. El pueblo prefería estas carnes a las frescas del matadero. También eran más baratas. Como el “pescado blanco”, las carnes de salazón son ricas en principios vitamínicos, por su larga seca a los rayos solares.

Tenía usted en las pulperías de Trujillo, y en sitio de excelencia, junto al venerable maíz indígena, el gran cajón de las arvejas que dan tipicidad a nuestra dieta regional. Cuando se preguntaba si eran blandas, y en verdad no correspondían a una realidad superior, el pulpero se limitaba a decir: “Regular”, a lo que el comprador respondía: “Regular son duras”, extraña concordancia generalizada a otros casos, que, escuchada de labios de algún trujillano, hubo de alarmar al profesor Rosenblat. Eran las de Trujillo (las de la Mesa de Esnujaque y el Páramo de Misisi), las mejores arvejas de Venezuela. Así lo reconocían los propios habitantes de los otros dos estados de la Cordillera. El general Gómez, aficionado como buen tachirense a la rica arveja, prefería en su mesa de Maracay las arvejas trujillanas. Hoy, en Trujillo se come arvejas de Estados Unidos. Así como lo escribo. Arvejas yanquis se dan por alimento al peón trujillano. Muchos se sienten felices con este progreso. Dicen que la nuestra se echó a perder a causa de haber llevado alguien a nuestro páramo semilla de no sé qué demonios, la cual produjo el azote de la “candelilla”. Nadie ha procurado desterrar esta plaga, que a lo mejor la ignoran los servicios de Fitopatología de nuestro laborioso Ministerio de Agricultura y Cría. ¿Se pensó alguna vez en semejante barbaridad?

Maíz, arvejas, caraotas, frijoles, arroz, café, papas, cebollas llenaban los otros cajones de la venta. En las bodegas de menor calidad se expandían cambures, naranjas, apios, yucas, ayuamas, plátanos. Todos cosechados en la tierra. Hoy se trae maíz de la Antillas, arroz del Ecuador, papas y lechugas de Estados Unidos, cebollas del Canadá, frijoles de Santo Domingo. Junto con los

granos se vendían el papelón y el azúcar. Esta no era bastante blanca, pues los ingenios de Carache y de Valera no la producían muy pura, como tampoco era muy limpia la harina de Santiago, de la Cristalina, del Páramo de las Rosas, que a su lado se expandía. “Las Haciendas de sus moradores son Trapiches de Caña, de que labran mucha azúcar blanca, y prieta... se cogemuchotrigo”, decía de Trujillo, por 1764, José Luis de Cisneros en su “Descripción Exacta de la Provincia de Venezuela”, y en su informe de 1721, Pedro José Olavarriaga, más tarde primer factor de la Guipuzcoana, anotaba que Trujillo proveía el trigo que consumía la antigua provincia de Venezuela. Hoy, en Trujillo, no hay harina, porque, prefiriéndose la del Norte, que “crece” más, por ser pobre de gluten, fueron decayendo los viejos molinos, quedaban la harina negra para nuestra sustanciosa acemita. (Hoy el pan negro viene en latas desde los hornos de Nueva York). Yo vi el molino de don Luis Parilli, entre Las Araujas y San Jacinto. Fue el primer molino moderno montado en la Cordillera, y en la exposición andina de 1888, con motivo del centenario de Rangel, merecieron sus harinas la máxima distinción. (Hoy se daría premios a los jugos Yukery).

También había en la vieja pulpería trujillana la vidriera para la acemita y para el blanco bizcocho. Junto a la vidriera, lucía el barril de guarapo, aderezado con conchas de piña. La gente del pueblo y los muchachos tomábamos guarapo y acemita como reconfortante puntal de media tarde. (Yo pedí guarapo en una pulpería de Trujillo, y me ofrecieron “Coca Cola”). Usted encontraba también los frascos con huevos, bolas de cacao, el chimó y el azulillo. Todo, todo producido en la tierra. (Los huevos de hoy los traen de Nueva York). Junto con la vela de esperma, fabricada en Maracaibo con productos importados, a usted le vendían para la iluminación de la casa pobre, velas de sebo y de aceite de coco, elaboradas en la tierra. De Mérida traían las cargas de confites y los dulces abrigados. De Boconó y de Carache, y aun de El Tocuyo, los bocadillos y la mantecada. De la Calle Arriba, de la Otra Banda, de Las Araujas, de Hoyo Caliente, eran la manteca de cerdo y los gustosos chicharrones y chorizos. De



Pampán y de Carora venían los magníficos quesos duros, mientras de los páramos vecinos bajaban los quesitos blandos, las cuajadas y la mantequilla olorosa a frailejón. Qué iba usted a conseguir cigarrillos “Camel” o “Chesterfield”. De Caracas venía el “Fama de Cuba”, y de Capadare, los olorosos puros. En San Jacinto se fabricaba el “niño envuelto”, preferido por el hombre del pueblo.

Había enlatados de afuera, claro que sí, y había también vinos, aceites, pasas, aceitunas, alcaparras, especias y licores que la tierra no daba. La gente de posible tomaba brandy. La mediana, ronc de La Ceiba. El pueblo ingería aguardiente claro, aromatizado con el magnífico anís de Burbusay. Todavía, aun sin anís, se le llama anisao.

La pulpería de hace cuarenta años testimonia una autarquía alimenticia. Era el reflejo de una Venezuela que no se moría de hambre en el caso de una guerra internacional. Lo sustancial de ella era criollo, en la misma medida en que lo fue durante nuestra independencia política de España. Era todavía la pulpería tradicional, donde marcaron su diario sustento los hombres que hicieron la guerra de Emancipación. En las pulperías de Trujillo era costumbre colocar retratos heroicos. Se miraba en ellas oleografías que representaban al Congreso de 1811, cuando se firmaba la Independencia. Había retratos de Bolívar, de Sucre y de Miranda. En algunas lucía su barba florida el “León de la Cordillera”, general Juan Bautista Araujo. Aquellos cuadros estaban bien en el sitio modesto donde se daba prenda de una efectiva independencia nacional.

Yo busqué en Trujillo la vieja pulpería de mi infancia, en espera de que no hubiera sucumbido por completo como ha sucumbido la pulpería de Caracas. Tenía una esperanza contenida de que la montaña, más conservadora que la costa, hubiese defendido los derechos de la tierra nutricia. No la hallé en Trujillo, donde como en Caracas, encontré huevos importados, leche Klim, jugos enlatados, lechugas del Norte, alimentos Heinz y toda la flora yanqui transportada en cajas. Entonces la busqué en los pueblos y en los caminos. Montaña arriba, hacia la Sabaneta

de San Lázaro, esperé topar con la vieja pulpería rural, toda sabor a tierra alegre. Solazando la mirada en el opulento paisaje lleno de gloria de los montes policromos, mi corazón se anchaba de esperanza. ¿Dónde será más amables y más diversos verdes que en esta hermosa vía de montaña, por la cual mi espíritu corría en un vano deseo de lograr una verdadera "vacación de humanidad"? emprendí el camino lleno de fe en la tierra de mis padres. Cuarenta años largos hacía que no gozaba aquellos dulcísimos paisajes. Cuando pasé por ahí en 1910, hice posada donde Nicanora. ¡Qué buenos quesos! ¡Qué rica leche! ¡Qué adobos y qué carnes! ¡Qué aromoso café! Claro que Nicanora ya no existe. En el lugar de la vieja casa de paja rodeada de hortensias y neblina, hay una casa de zinc, donde se me dijo que podía almorzar. Yo bajé de auto lleno de ilusiones nativistas. Pasé al interior y ¡madre lo que vi! Una sinfonía eléctrica, una gran nevera y una serie de enlatados yanquis. Vaya usted a pedir una totuma de guarapo de piña, allí donde se dan las mejores piñas de la tierra. Eso no se usa ya. Alguien dijo que el guarapo de papelón no es higiénico. Ahora se venden los bebestijos extranjeros que se llaman "Bibú", "Coca-cola", "Grapette", "Pepsi-Cola" y el diablo que los recuerde todos. Pida usted unos chicharrones, unos chorizos o una modesta arepa con cuajada, y le ofrecerán jamoncillo de Chicago, queso Kraft y galletas de soda. Atrévase a pedir un hervido de gallina, y le darán una detestable "Sopa Continental de pollo y fideos". Sí, señor. Todas las casas, todas las humildes chozas del camino de mi antigua heroica provincia, le anuncian a usted "Bidú" y "Sopa Continental"; ¡Ah!, y pensar que por aquí mismo, cuando Numa Quevedo inauguró como Presidente de Trujillo, este hermoso ramal carretero, el optimista de Luis Ignacio Bastidas, a quien Dios debe haber premiado su confianza en la lealtad de nuestro pueblo a su destino, declaró, con engolada voz, "que era Trujillo la despensa de Maracaibo". Claro que debiera serlo, pero las ratas destruyeron todas las provisiones y están exhaustos los viejos graneros. Las ratas han socavado, los valores materiales y los

valores morales que daban fisonomía nacional a nuestro pueblo. Las ratas.

Cambronner resultó un amable niño de pecho ante el grosor de mis palabras. Las dije como para enriquecer el caló de los réprobos. No hay derecho a que unos se tropiecen en las recatadas vías que enlazan estos remotos y sanos pueblos del interior, con testimonios tan elocuentes y vergonzosos de la ruina creciente de nuestra nacionalidad.

Rufino Blanco-Fombona, en la justa exaltación de sus argumentos para levantar a Bolívar sobre la fama estirada de San Martín, dijo que la de éste tenía su mejor soporte en las pirámides de trigo que produce la Argentina. Ciertamente existe notoria relación entre la interesada propaganda que financian los argentinos y la gloria desmedida de su héroe. Pero el argentino debe sentir liviana la conciencia cívica frente a la gloria antigua de su historia. La grande nación del Sur ha sabido mantener la independencia que le ayudó a conquistar el héroe de Maipú y Chacabuco. Nosotros, en cambio, pese a nuestro exaltado e interesado bolivarianismo y al pueril afán puesto porque los extranjeros se sumen a nuestra vacía laudatoria bolivariana, no hemos sabido defender el derecho que tiene Bolívar a seguir prestigiando con su efigie la vieja y humilde pulpería, que hasta ayer dio fe de que habíamos ganado una independencia. Su derecho paternal se ha reducido a que pongan funerarias coronas a sus estatuas y sepulcro ya que saquemos sangre a la palma de nuestras manos, cuando algún "vivo" del Norte se muestre por admirador de su gloria, aunque cobresu admiración con la entrega de un jirón de nuestra dignidad cívica. Una efigie del Libertador entre cajas de avena Quaker, quesos Kraft, conservas Heinz, leche Klim, mazorcas heladas, pollos congelados, chicharrones neoyorquinos, es baldón con que nunca soñó el Padre de la Patria. ¡Que complete su obra los que entregaron los caminos de nuestra independencia interior, y que pongan la efigie de Bolívar de cara a la pared! En tal forma la gente del pueblo cree que los santos hacen milagros.

Pidamos al Padre de la Patria el milagro de que reviva la vergüenza antigua. Pidámosle que nos deje comprender que no es independiente el pueblo que se ve obligado a recibir su diaria ración de un pueblo fuerte, poderoso y absorbente. Pidámosle que nos ilumine la conciencia en el trance de buscarle en moneda para pagar el precio de nuestra esclavitud. Pidámosle que nos deje ver cómo nuestros bolívares, abundosos en los sótanos de los bancos, sólo sirven para mantener la alegría que disfrazan nuestra desgracia nacional. Jamás pensó el Libertador, que sacrificó todo por asegurar nuestra Independencia—todo, hasta su propia honra de república—, que llegaría a ser burla y sarcasmo su retrato en la tienda donde el pueblo compra el diario mantenimiento.

(Trujillo, diciembre de 1951)

## **GUAICAIPURO**

**a Miguel Acosta Saignes**

Con agilidad y agudeza, Jesús Antonio Cova ha comentado recientemente, en nota volandera, la consagración del “Día de Guaicaipuro” en el vecino estado Miranda. Dice que en lugar de la recordación del cacique bravío, debió diseñarse como tema para el día de la región, el aniversario de Cecilio Acosta o de Manuel Díaz Rodríguez.

La apreciación resulta vestida de lógica y justicia. Ha debido pensarse un poco más en los valores de cultura que representan los hombres propuestos. El valiente aborigen, pese a la tenacidad con que defendió su antiguo señorío, no llena los moldes de la heroicidad. El héroe requiere una concreción de cultura social para afianzarse. La defensa de un bohío podrá constituir un alarde de temeridad y de resistencia orgánica, pero nunca elevará al defensor a la dignidad heroica. Porque el héroe, para serlo en la concepción integral de la palabra, debe de obedecer en sus actos a un mandato situado más allá de las fuerzas instintivas; su marco es el desinterés y no la ferocidad. Guaicaipuro dista de Bolívar cuanto dista la sub-historia de la historia. Personaje subalterno, lo acreció en sus relatos el español, a fin de dar mayor mérito a la hazaña conquistadora. Pero Guaicaipuro, así represente la dignidad del aborigen vencido, carece, fuera de su bárbara resistencia, de cualidades susceptibles de ser propuestas en la meditación de un pueblo que se quiera educar para la vida cívica.

En cambio, Cecilio Acosta es paradigma de virtudes que se deben ofrecer al pueblo para la imitación integral. Hombre guía, sobre cuyo recuerdo debiera volver continuamente la atención colectiva. Andrés Bello, Juan de Dios Picón, José Vargas, Fermín Toro, Eloy Paredes, Cecilio Acosta, Eusebio Baptista,

Manuel María Carrasquero, Luis López Méndez, Rafael Arévalo González, son figuras que reclaman la oportunidad de que se renueven sus ideas.

Sin embargo, y a pesar de mi conformidad con la preferencia de Cecilio Acosta como centro de interés para el día del Estado Miranda, he visto con simpatía la evocación del viejo cacique de Caracas. Y lo he visto con simpatía, porque si en verdad carece de contenido integral para la obra educativa, representa una fuerza de la tierra. Diríase que nosotros necesitamos nacionalmente un reencuentro con la tierra venezolana. Con arreos heroicos la defendió en nombre de la nueva cultura el viejo Alonso Andrea de Ledesma. Sobre la anonimia antigua, edificó el poblador español un pueblo con nombre que, empujado por el tono altivo de sus pulsos, acometió contra la Metrópoli para ganar el derecho de definir sus propios símbolos. El esfuerzo que luchó por hacer la patria libre, tuvo de numen y de brazo el genio de Bolívar. La universalidad de los valores, que se resumen en el mito Bolívar y en el mito Ledesma, parecen que se elevan sobre el propio ras de la tierra en su sentido y en su función telúrica. Montan ellos el caballo de nieve de Santiago, y el pueblo los mira más como milagros épicos que como instrumentos capaces de la obra inmediata y humilde sobre la desnuda realidad nacional.

Guaicaipuro es más de la tierra. Podría decirse que es más tierra. Los otros son más espíritu. Está Guaicaipuro más cercano a la cultura vegetal que dominó el español. Buscándolo, podemos llegar fácilmente a un reencuentro con los valores del suelo nutricional. Demás de esto, al festejarlo, rendimos homenaje a uno de los troncos de nuestra genealogía colectiva. En este sentido sí logra, a pesar de la validez indiscutible de la opinión del avisado crítico, sentido realista la memoración del indómito cacique.

Una revaluación del aborigen nos podría ayudar para acercarnos a los valores determinantes de la tierra. El indio, más que el español y que el criollo, está pegado al primer plano de nuestro paisaje. Quizá la ausencia de perspectiva histórica con que se nos presenta en el relato antiguo, lo haga aparecer

superpuesto al fondo arbóreo del paisaje. Más vegetal se le puede tomar como signo propicio de nuestra botánica. En la campaña que hoy libramos para defender nuestra producción vernácula con base en el plan que nos puede dar nuestra propia tierra, la flecha y la macanade Guaicaipuro poseen un valor de que carecen otras armas. Y del mismo modo como en el drama angustioso de Malaparte, lo que se trata es de la mera defensa del "pellejo", nosotros tratamos, en forma similar, de salvar la dignidad de la tierra nutricia, como "pellejo" de la nacionalidad. A todo lo que son capaces de hacer Andrea de Ledesma, Juan Franciscode León, José María España, Bolívar, Andrés Bello, Fermín Toro, como símbolos de alto civismo, preciso es sumar lo que puedan realizar Guaicaipuro y el Negro Miguel, también simbólicas raíces del gran árbol del pueblo, cuya defensa es desvelo de quienessienten que Venezuela es un mensaje de permanencia en el orden de los valores americanos.

Guaicaipuro y el negro Miguel pueden ayudarnos a defender "con las uñas" la dignidad creadora de la tierra. A ellos tal vez no les avergüence la huella de la tierra en las uñas, que otros dedican a más rápidas industrias, por donde logran mostrarlas blancas y pulidas.

## CAÑA DE AZÚCAR

a José Manuel Urdaneta Gabaldón

El vocablo azúcar lo tomó el castellano del árabe *zucar*, derivado tal vez del persa *xacar*, y éste del sánscrito *sarkara*. La última edición del Diccionario de la Academia traen nuestra palabra como derivada del vocablo *azucar*, mas o menos hemos remitido para la fonética a los datos de Alderete, quien consultó el célebre vocabulista fray Pedro de Alcalá, del Orden de San Gerónimo, ido a Granada a recoger a lo vivo las palabras castellanas enlazadas con las voces de quienes sacaban de perder el señorío en la Península. Parece, pues, que los árabes españoles dijeron *zucar*. Los ingleses tomaron su palabra *sugar* del viejo francés *sucre*, *sukere*, derivado a la vez del latín medieval *saccarum*, entroncado en los vocablos árabe, persa y sánscrito ya transcritos.

Con toda esa noble genealogía lingüística vino la caña de azúcar a nuestro hemisferio occidental por el año de gracia de 1515. Los españoles la trajeron de Canarias, adonde, según algunos, llegó del África del Norte, que la veía cultivar desde el siglo VII. Pero América iba a ser el mundo del azúcar. Brillat-Savarín escribió en su admirable *Fisiología del Gusto*: "Ha sido en las colonias del Nuevo Mundo donde el azúcar ha tenido realmente nacimiento; la caña ha sido importada hace dos siglos y su cultivo prospera. Se ha intentado utilizar el jugo dulce que fluye, y de tentativa en tentativa se ha llegado a extraer sucesivamente el guarapo, el jarabe, el azúcar bruta, la melaza y el azúcar refinada en diferentes grados."

En 1578 los alcaldes de El Tocuyo informaban "que el tracto y contractación principal de esta tierra es... caña y algún azúcar". Quizá sean los trapiches tocuyanos de los más antiguos del país,



aunque debieron ser corianos los primeros de Occidente. A ciencia cierta no sabemos cuándo se trajo a Tierra Firme la

caña hermosa  
de do la miel se acendra,  
por quien desdeña el mundo los panales.

¿Vino con Alfinger? ¿La trajo Ocampo o Castellón? ¿La había introducido Ampies en la costa coriana? Por datos que suministran Juan de Castellanos, sabemos que en Curazao tuvieron Ampies y su yerno Lázaro Bejarano

Un ingenio, que es gran heredamiento.

A la isla de los Gigantes se redujo, con gobierno para dos vidas, el viejo Martínez de Ampies, cuando Coro o Venezuela fue entregada por Factoría a los alemanes. Pudieron, pues, padre y yerno, haber emprendido el cultivo de la caña de azúcar durante el breve tiempo que permanecieron en Tierra Firme. Hombre de buenas letras, don Lázaro hacía justa compañía al bondadoso Ampies. "Su musa digna fue de nombre eterno", escribe el Beneficiado de Tunja. De hacerse cierta su estada en Coro, podría decirse que con Lázaro Bejarano llegaba a nuestra tierra un espíritu lleno de fresca amplitud renacentista, en cuyo equipaje pudo venir, junto con la supuesta. *Sacharum officinale*, un ejemplar del *Enchiridion* de Desiderio Erasmo, de quien el generoso conquistador recibió suaves y enérgicas armas para defender a los indios de las flechas aristotélicas de Ginés de Sepúlveda. ¿Pasó por Venezuela Bejarano? Difícil asegurarlo, pero es grato imaginar el diámetro del gran Manaure, convertido en el cristiano y bonachón don Martín, con este sutil viajero que representa el nuevo espíritu erasmiano del Renacimiento.

Pero si por 1540 había ingenios en Curazao, debe aceptarse que ya en Tierra Firme estaban sembrando bases para el humeante torreón de los trapiches, donde es molida y beneficiada la rica caña,

dicha criolla con el tiempo, no sólo en razón de su largo arraigo en nuestra tierra, sino para diferenciarla de la llamada “caña de solera”, comenzada a cultivar por 1772 en los alrededores del Puerto Cabello (después, se han ensayado diversos tipos de caña hasta llegar a la P.O. y M.L.).

Al aparecer el ingenio, la vida del colono tuvo un sentido nuevo. Junto con el trigo, y con mayor fuerza que éste, cambió la caña la geografía vegetal de nuestra Patria. Al indio se sumó para el laboreo de la caña, la ruda y fuerte mano del negro. Al Rey se pidieron licencias para introducir “piezas” de esclavos, en razón de las necesidades de las minas y cañamelares. El propio indio aprendió luego a hacer moldes para el vaciado de las mieles. Cuando el Gobernador Porras y Toledo visitó los indios de Mano, escribió: “los indios hacen hormas de barro para azúcar, grandes y pequeñas, donde se echa el melado”. El negro era más resistente. Por ello nuestra primera cultura de la caña está vinculada al trabajo esclavo.

“La cultura de la caña aristocratizó al blanco en señor y degradó al indio y principalmente al negro, primero en esclavo, después en paria. Aristocratizó la casa de cal y cantó en casa grande y degradó la choza en ‘mucambo’. Valorizó el cañaveral y despreció el conuco”, escribe, en relación con el Brasil, el ilustre Gilberto Freire. Tal vez pudiera tener la misma dimensión económica dicho concepto si lo trasladamos al pasado de nuestro país. La casa del dueño de cañas tuvo y ha tenido un sentido mayor de feudo que la casa del dueño de vegas de tabaco, de añilo de café. En los primeros años la caña era un cultivo esclavo. Por eso fue más duro el régimen de la peonada. El rejo del capataz empezó a provocar la huida del negro y la formación de “cimarronadas” y “quilombos”. Una buena historia agrícola de Venezuela debiera ahondar no sólo en lo botánico y productivo del proceso, sino en lo social de su especulación. ¡Cómo se iluminarían las páginas de nuestra historia política si saltaran a los tipos de imprenta los nombres de honorablesterratenientes que sostuvieron a Páez, los Monagas, a Guzmán, a Crespo, a Castro, a Gómez, a trueque de

que hicieran caso omiso de las cárceles y ceposa que era reducida, al igual de los antiguos esclavos, la peonada libre, y porque no se tomase cuenta de las "fichas" que anulaban los míseros salarios!

Venezuela se fue cubriendo lentamente de verdes y altivas, cañas, entre cuya espesura el rojizo torreón echaba al aire las grises espirales que delatan la molienda. Más que renglones exportables, sus productos no abastecían el consumo doméstico. Depons consideraba por 1804 nula la exportación del azúcar. Nosotros hemos visto estadísticas originales del puerto de la Guaira que en unode los años finales del siglo XVIII acusan la salida de trece mil libras de azúcar y que el año siguiente señalan cincuenta y cinco atados. El consumo era esencialmente doméstico. Nuestros antepasados, como buenos descendientes de españoles, tomaban azúcar en exceso (Pereda refiere la historia de una heredera de indiano que reventó de tomar azucarillos con agua de azahar). Los boticarios, toda pócima la disfrazaban con jarabe. A quien le faltaba algo esencial, se le decía que estaba "como boticario sin azúcar". Conservas, confituras, tortas, pastas, cremas, refrescos, manjares, mermeladas, escarchados pedían azúcar. El chocolate y el café tenían el azúcar como complemento. Un papelón se daba de avío a los peones que iban a ganar los páramos.

Hemos llegado al papelón y bueno es referirnos a los nombres de nuestra agradable azúcar negra, que tanta variedad han logrado en América. La meladura aún con melaza, viene en ser nuestra azúcar negra. En los Andes y gran parte del interior se la vacía en hormas rectangulares, de mayor o menor grosor. Se la llama panela, dulce o papelón. Este último los describe el Diccionario como "meladura ya cuajada en una horma cónica". Posiblemente de la forma cónica que tuvo la meladura cuajada en la región del centro, vino el nombre de papelón, hoy extendido a toda manera de meladura cuajada. La Academia la aceptó en la forma restringida en que la definió don Julio Calcaño. Este dice que tomó tal nombre por haber sido de papel las primeras hormas. No parece que el papel sirviese de molde sino para pequeñas confeccionescaseras, de donde se extendiese el nombre a la pieza

grande. En Colombia se llama dulce o panela. En Costa Rica dulce y tiene forma de cono truncado y también de marquetas. En Perú Chancaca (se informa que nuestros Piaroas del Amazonas le dan este mismo nombre). Más cercano a los propios laboratorios de la naturaleza que el azúcar refinada, el papelón, el dulce o la panela, tiene una fuerza nutritiva que lo hace uno de los más poderosos alimentos populares. Con la propia bestia que monta en los agrios caminos donde se forman nuestros hombres, comparte su ración de panela el sufrido venezolano.

Junto con los usos apuntados, los productos de la caña de azúcar sirvieron para engrosar los alambiques y las guaraperías, que constituyeron rentas apreciables durante la Colonia. "Cierta licor, dice el Contador Mayor Don José de Limonta, compuesto del azúcar en bruto, o la miel de caña y otros ingredientes, que puestos a fermentar producen una bebida a manera de cerveza, aunque más dulce y grosera, se conoce en estas provincias con el nombre de guarapo, y su estanco produce una renta considerable concedida en Caracas al Hospital de San Lázaro. . . ; en las otras es de corta entidad, y pertenece a la masa común de la Real Hacienda, excepto en la de Maracaibo en que está también concedida al Hospital de Santa Ana". El origen de esta renta estaba en Cédula que el Rey otorgó el 17 de enero de 1759, cuando se notó que lo producido por el permiso de galleras no era suficiente al mantenimiento del Hospital.

Era, pues, el guarapo la cerveza del pueblo colonial (si todavía se bebiese guarapo en forma comercial, ya tendríamos al capital holandés haciendo de las suyas). Bebida nutritiva, como producto directo del papelón, ayudaba eficazmente a balancear la dieta popular. Con acemita y guarapo almorzaba frecuentemente un peón en apuros. El papelón se dice que es rico en calcio y sales de hierro y en no sé que vitamina. El guarapo hervido suple el biberón de leche de vaca en los hogares pobres. Se le dejaba fermentar, y llegaba el guarapo a emborrachar. Esto lo vigilaban las autoridades. Sin embargo, algunas hacían la vista gorda y recibían su "comisión". Cuando en su visita de 1782 a la población

de Maracay, informaron al obispo Martí de que el Teniente Gobernador era “untado” con trescientos pesos al año para que dejase subir la flema de los caldos.

La extracción del aguardiente de caña estuvo sometida a las restricciones que imponían los cosecheros de viñas de Andalucía y los dueños de navíos y factores guipuzcoanos, interesados en el comercio ultramarino de vinos. Por Cédulas del 30 de septiembre de 1714 y 15 de junio de 1720 se prohibió para México y Perú la venta de aguardiente de caña, por perjudicial a la salud pública y a los derivados de la vid. Esta prohibición se extendió a nuestras provincias por Cédulas posteriores. El intendente don Francisco de Saavedra, por 1783, y ya desaparecida la Guipuzcoana, representó en ordena que se autorizase la saca y venta de aguardiente de caña, “por ser único uso a que se podía aplicar el melado y purga que destilan los azúcares, ya un las mieles de los nuevos plantíos de la caña dulce”. Esta gestión fue fructuosa y el intendente enunció luego a poco que Su Majestad autorizaba la destilación de aguardientes, con un impuesto de dos por ciento sobre cada barril de veintiséis frascos. Posteriormente se permitió completar con aguardiente de caña los cargamentos de algodón, café y añil que se despachaban para puertos extranjeros.

Del mismo modo como durante cien años luchó en Europa contra la remolacha, en América también hubo de luchar la caña indígena con la vid hispánica. Ganó la pelea con el competidor extraño y ganó nombre en la glosa del pueblo. Caña por ella misma se llamó su aguardiente, y no por el fino vaso andaluz donde se bebe cualquier manera de vino. Caña como valor de su genuino espíritu. Caña donde se la llama en argot de botillería. (Esta caña tiene una larga historia de honras diluidas y de vidas fracasadas. Bien sabido es que la única parte del hombre que no se conserva en alcohol es la conciencia). Apenas tiene precio social como fuente de imposiciones fiscales. Sobre el impuesto de aguardientes se fundamentó durante mucho tiempo la renta pública. Fue también materia de remate, con que se satisfacía la necesidad de dinero de los caciques regionales y se daba oportunidad de enriquecer a la

familia y a los amigos del amo de turno. Impuestos aduaneros e impuestos de aguardiente fueron principales entradas del erario público. Hoy son la renta petrolera y la tributación directa quienes sostienen las arcas públicas. El petróleo, que empezó a producir racionalmente desde que el ilustre presidente Medina Angarita retó la iras yanquis y reformó los ruinosos contratos antiguos. La tributación directa, desde que el mismo magistrado desafió la oligarquía capitalista y obligó a los ricos a pagar impuestos sobre las ganancias excesivas. De donde, en razón de ser poco interés la imposición sobre alcohol, se comenta que el gobierno piensa en serio, con salvedad de los buenos rones, en una laudable política de restricción general de aguardientes ordinarios.

Nuestro país, pese a la extensión de sus cañamelares sufre a menudo crisis de azúcar y se la trae de afuera. Hubo época en que se la exportaba a Inglaterra para que los dueños de centrales mantuviesen sus precios altos en el país. A veces hay crisis de brazos para la zafra y se les contrata en otros países. Se quiere hoy abandonar el fácil y viejo trapiche de dulce o papelón para motar el moderno ingenio azucarero. Se piden créditos, se hacen consorcios, se fomentan ligas. Claro. El ingenio azucarero es una alta expresión capitalista. Rinde más, aunque el azúcar nutra menos. Lo que el capitalismo busca son las ganancias y no saludes. El trapiche es la forma individual de trabajo del campesino modesto, para quien no hay créditos. Todos, los mismos cañeros, pregonan la necesidad de acabar con los trapiches y formar los grandes centrales de azúcar. Un médico abastado de erudición en Nutrología, me decía en noches pasadas: "Lo que debiera acabarse es el azúcar. El papelón tiene los principios alimenticios de la melaza". El azúcar es hermoso y delicado para la mesa, pero el papelón tiene la fuerza que nutre. El azúcar es el niño "bien" que se engoma el cabello. El papelón es el muchacho que sabe colear toros y esguazarríos. También puede decirse que el azúcar es la niña limpia para el lucimiento de la casa. Hay, por ello, necesidad de conservarla y de colocarla bien. Con ella se hace lo delicado que regala. Con el otro se mantiene el aguante de la familia.

Nobles, generosos, papelón y azúcar han ayudado a la economía nacional, no sólo en especulaciones de agricultura y de comercio, sino en el orden menudo de la economía hogareña. ¡Cuántas familias crecieron gracias a la generosa paila de dulce, trabajada en el sufrido y modesto recato del hogar! Granjerías llegaron a llamarse en nuestro mundo antiguo los dulces, pastas, confites, cocadas, besitos, suspiros, coquitas, melcochas, azucarillos, que hacían las familias para la venta al menudeo en calles y bodegas. Si yo usara escudo de nobleza, le agregaría a los campos ocupados por el águila explayada de los Briceño y por el jabalí de los Iragorry, un nuevo cuartel, en cuyo centro luciera, con mayor honra y dignidad que aquellos animales, una alta caña de azúcar, en memoria del sufrido y noble trabajo que mi buena madre consagró a las guarderías con que, viuda, pudo levantar y educar a sus hijos.

## ARROZ Y TORDOS

a Ramón J. Velásquez

Hace cien años, nuestra ricultura era tan incipiente como en el propio siglo XVI. Los españoles cultivaron arroz apenas preparados los nuevos sembradíos. Los alcaldes de El Tocuyo, por 1578, junto con el trigo, la mostaza, la parra, la cebada y los garbanzos, señalaban al arroz como una de las nuevas semillas que se daban en la región.

Se juntaban, pues, en nuestro mundo venezolano, las fuentes principales de alimentación del hombre: trigo, maíz, yuca, papa y arroz. El trigo de fisonomía a la cultura europea y mediterránea; el arroz, a la cultura afroasiática; el maíz, la yuca y la papa constituían la base alimenticia del aborigen de América.

Entró por distintas vías el arroz a la cocina europea. El Asia del sudeste es su habitat. En la vieja lengua védica se le llamó *urhi*. La palabra pasó al griego transformada en el vocablo *oriza*, y al árabe convertida en *arroz*. De la voz griega salieron el italiano *riso*, el francés *riz* y el inglés *rice*. Ricultura es palabra de formación francesa, aun no adoptada oficialmente por nuestra lengua. Sin tomar en cuenta los infinitos y fantásticos usos chinos del arroz, cuyos dioses, a la par de ellos, son ricífagos, en Europa tiene el níveo grano múltiples aplicaciones culinarias. Pero ninguna alcanza la dignidad social de la paella. La paella es algo más que el "arroz y gallo muerto" con que se indica en la Península la abundancia de la fiesta. La paella no es un plato romántico, como la califica Julio Camba, sino un plato donde los valores dialécticos logran su más acabada síntesis. La paella reúne todos los reinos de la naturaleza. Desde la gallina de torpe vuelo hasta los crustáceos y los mariscos. Es un plato republicano, igualitario, conjugante. ¡Lástima que los españoles, pese a ser maestros en la paella con



arroz, no hayan logrado una buena sartén a cuyo alrededor pudieran hacer la convivencia de su gran pueblo! En Venezuela, el arroz sirve para aderezar uno de los más simpáticos y modestos platos nacionales: el pabellón. Arroz, carne frita y caraotas negras hacen la delicia del hombre del pueblo venezolano. Lamentablemente, no tengo a la mano la receta del Pilaf que usan los iraníes. Parece que es el plato favorito del gran Mossadegh, hoy cabeza en el Irán de la campaña por la independencia económica del país. Nosotros necesitamos Pilaf a diario y pasto.

En nuestro país, el trigo se ensayó, prosperó, se exportó harina, decayó su cultivo, y hoy importamos hasta pan prefabricado en Estados Unidos. El maíz y la yuca, que debieran abastecer nuestra necesidad nacional de pan, siguen siendo bien vistos en mesas de ricos y de pobres. El maíz, sin embargo ha llegado a faltar. El maíz, que por sí solo podría ser el sustento venezolano. El arroz, siempre apreciado, apenas empieza a ser cultivado intensamente. Durante la Colonia, su producción no alcanzó grandes proporciones. El colono no lo tuvo por alimento esencial. Cuando el trigo escaseó, la Compañía Guipuzcoana trajo harina. En las listas de importación de la Compañía no he visto, en cambio, el arroz. El pueblo no sintió por él la misma urgencia del pan de trigo. Hace cincuenta años, el arroz era aún cultivo complementario, como el garbanzo y las lentejas. Se le consumía, pero sin el imperio que ha logrado en las últimas décadas. Junto con el criollo se vendía el importado. Se prefería más bien exportar un poco del nuestro. En 1884 se vendió arroz a las Antillas por valor de 8.000 bolívares. Más blanco el importado, sus confecciones son de mayor firmeza. No se sabía entonces que esa blanca absoluta del arroz conduce al beriberi. En el fondo de todo nuestro organismo social podría diagnosticarse un beriberi generalizado, cuyas peores consecuencias se observan en el área de las conciencias. Un pitíyanqui es una voluntad sin vitaminas nacionales. Es decir, un sujeto sin las vitaminas de la moralidad cívica.

Duro cultivo, el imperio del arroz ha aprovechado la mano esclava de las colonias asiáticas, donde es casi alimento único. En las

márgenes del Mississippi, fue con la caña de azúcar y con el algodón, la gran fuente de riqueza de los esclavistas del Sur. En los fangales del gran río, los negros sudaban la gota gorda para enriquecer a los soberbios e irreductibles magnates de la Confederación. A unanimitad de esclavistas de Kentucky oí llamar mono imbécil al gran Lincoln cuando vio su retrato en mi librería. Hoy, para mejorar el trabajo de los negros, se ha mezclado el laboreo general del arroz, siempre necesitado del rudo trabajo del hombre. Posiblemente muchos cineastas descuidaron recientemente observar la técnica de la siembra y recolección del arroz en Italia, reproducido en la película "Riso amaro", por concentrar la pulpa en la contemplación de las formas heroicas de Silvana Mangano.

El arroz es áspero en su cultivo. Tal vez por ello el venezolano antiguo no cuidó mucho de intensificarlo. Se resignó al poco arroz criollo cultivado en diversas regiones de irrigación fácil, y buscó el buen arroz de Siam y de Birmania, posteriormente desplazados por el arroz del Norte y del Ecuador.

Pero si el arroz todavía no ha llegado a la esencialidad asiática, ha logrado un intenso consumo durante los últimos años. Ya hoy es difícil comer sin algo de arroz. Por ello se ha sembrado bastante grano, aunque no lo suficiente para desalojar el arroz de fuera. De riego artificial existen grandes fundos arroceros, con famosas usinas para desgrane, pulimento y ensilaje. De riego natural, están las bocas milagrosas del Orinoco, donde se puede cultivar todo el arroz deseable.

El arroz tiene sus enemigos, como todos los cultivos. Enemigos en la ciudad y enemigos en el aire. Entre los primeros están los comerciantes que introducen arroz de otros países y defienden los bajos aranceles. En alguna parte he escrito que cierto comercio, así esté hecho por nacionales, obra como agente del capital extranjero, a cuyo servicio se enriquecen. Los otros enemigos del arroz son los tordos. Como se trata de un enemigo de nuestra agricultura, he tenido que ensayar lecturas de Ornitología. ¡Hasta por el aire andan los enemigos de nuestra riqueza! El tordo, tan conocido en nuestra jerga diaria por su arriesgado y peligroso salto, tiene

una función benéfica y una función maligna en nuestro campo. Es pájaro de camouflage. Lo toma a veces el agricultor por el pacífico garrapatero, y lo deja pasearse caballero en vacas y mansos bueyes. Mas sucede que esta especie generosa (*Holoquiscalus lugubris*), se confunde fácilmente con la especie enemiga de los *Molothrus bonaerensis*. El pobre agricultor carece de tiempo para averiguarse si el pájaro tiene amarillo o pardo el ojo, y toma el uno por el otro. Tampoco va el afanado campesino a informarse si hace nido o si pone los huevos en nido ajeno. Cuando menos piensa, el tordo está en el arrozal. Un arrozal con tordos es como El Tocuyo con sus dos terremotos de tierra y de máquinas. Codazzi lo definió como “pequeños pájaros que van en grandes bandadas, devastando los campos de arroz; su color es de un negro cambiante que refleja todos los visos del acero bruñido”.

Andan los tordos malignos en grandes bandadas. La gente dio en decir que venían de Colombia. Durante la Colonia se decía que volaban desde el Reino adentro, como eran llamadas Cundinamarca y Tunja. También se dijo que los zamuros, que todos los años, por noviembre, van a “cambiar pico” en la Teta de Niquitao, son oriundos de Nueva Granada. Yo los vi atravesar majestuosamente los límpidos cielos de Panamá, Costa Rica y Guatemala. Las aves vuelan tanto como la imaginación de los hombres. O como la mala fama. De Colombia se ha dicho que vienen las grandes migraciones de tordos. Sin embargo, mejores conocedores del rumbo de las aves, me dicen que, a través de Centro América, bajan de Estados Unidos. De ser ello cierto, resultaría los lúgubres tordos del símbolo viviente y alado del Norte contra la agricultura del Sur. El mercantilismo yanqui, secundado por los pitayanquis de acá, serían manera de tordos voraces que destruyen la dorada alegría de nuestra tierra.

Para ahuyentar los tordos, los agricultores empinan los espantapájaros. Como los Judas de Sábado Santo, son éstos muñecos fingidos que espantan a las aves. Se hacen con ropa en flecos. Nosotros en realidad no tendríamos necesidad nacional de los espantapájaros. Un país de “pájaros-bravos”, debiera

usar su bravura para cosas útiles. Una de ellas defender la nacionalidad.

En el famoso film yanqui "Tales of Manhattan" ("Seis destinos"), que pasó en 1943 como meteoro por nuestras salas de cine, el hermoso y pulido frac que hace de personaje central en los varios dramas que componen la pieza, termina por servir de espantapájaros. Sirvió hasta para encubrir un ladrón de atraco. Su única misión útil y pacífica consistió en espantar los gorriones que interrumpían la meditación de un anciano solitario. Si tanto fracelegante, destinado a ocultar momentáneamente inconfesables historias, fuese entregado como espantapájaros a los hombres sufridos y honestos que trabajan nuestra tierra, otro sería nuestro destino de República.

## TABACO

a Rafael Paredes Urdaneta

El tabaco (*Nicotiana tabacum*), tiene nombre que no era originalmente suyo. El indio, según refiere el Cronista Mayor de las Indias, Fernández de Oviedo y Valdés, llamó tabaco a “unos palillos huecos del tamaño de un xeme o menos, de la grosura del dedo menor de la mano y estos cañutos tenían dos cañones respondientes a uno, y todo en una pieza. Y los dos ponían en las ventanas de las narices y el otro en el humo y hierba que estaba ardiendo o quemándose... Los indios que no alcanzaban aquellos palillos tomaban aquel humo con unos cálamos o cañuelas de carrizos, e aquel instrumento con que tomaban el humo, e las cañuelas que es dicho llaman los indios tabaco”. Nombre, pues, trasladado del instrumento al humo, a la hoja y a la planta. (También al primitivo caca de la Cordillera llamaron los españoles chorote, por el nombre de la vasija en que los indios lo preparaban).

Con indios aspiradores de humo tropezaron los españoles, y con otros que lo sorbían en pipas semejantes a la pipa de roble que hace parte de la personalidad de Rómulo Betancourt y de José Stalin. De estas pipas unas eran labradas en piedra, otras fabricadas de barro. Algunos lo tomaban chupando el humo directamente de hojas enrolladas, como los puros de hoy. Acostados en hamacas, lo sorbían de grandes hachos humeantes los indios vistos por la gente de Colón en la isla de San Salvador. Mascaban otros la rama curada. Sorbían algunos polvillos como el rapé del siglo XVIII. Por último, comían otros el chimó, jalea espesa y amelcochada producida por la cocción de las hojas.

Oviedo y Valdés le anotaban al humo virtud de calmar los dolores de las bubas, que ya habían tomado los españoles, y el Padre Acosta dice que el tabaco es una “yerba de que esta gente usa para

amortiguar la carne y no sentir el trabajo". Cualquiera llega a pensar que el Padre se refiere a la coca y no al tabaco.

Lo cierto es que al remitir Colón las primeras muestras de tabaco a España, se produjo en el Viejo Mundo una de banderías, como si se hubiera tratado de una nueva concepción de la vida. Quiénes le daban escaleras de honores, quiénes le imputaban diabólicos efectos. Pedro López de León, en su "Práctica y teoría de los apostemas", publicada en Sevilla el año 1618, dice que el tabaco "abrazo las partes interiores", y que él ha visto en algunos cadáveres a los que ha practicado anatomía de orden de la justicia, "el hígado hecho ceniza, y las telas del cerebro, negras como hollín de chimenea", que, lavándolas, salía el agua como tinta". En Italia hubo tales prejuicios contra el uso del tabaco, que aun en verso se le desacreditó, a tiempo que Urbano VIII lo prohibía en los Estados Pontificios.

Baco, tabaco e venere  
riduo cono l'homo in cenere,

lo que en prosa castellana vale por el vino, el amor y el tabaco, hacen del hombre un trapo. Todo ello a pesar de haber sido hojas y polvo de tabaco patrocinados en buena hora por los eminentísimos Cardenales Santa Cruz y Torna Buona, por donde llegó a llamarse Hierba de Santa Croce.

Sin embargo, reyes y embajadores, letrados y alquimistas, clérigos y cómicos, poetas y cortesanos se entregaron con fervor al uso del tabaco, ya en humo, ya en polvos. Contra los que denigraron la hoja, el profesor de Medicina de la Universidad de Salamanca, doctor Cristóbal de Haro, sacó a la luz en 1645 una entusiasta apología al tabaco, en la cual se declara que "usando de él no se siente soledad". Con el doctor Haro participa opinión nuestro inolvidable Bello, quien muestra devoción por el puro, al recordar a la América renacentista de la guerra que es suya la hoja.

que, cuando de süave  
humo en espiras vagorosas huye  
solazará el fastidio al ocio inerte.

Corrió el cuento de que a Francia lo llevó en 1560 Juan Nicot, cuando era embajador en Portugal, pero parece más ajustado a verdad que lo introdujera el fraile Francisco Andrés Thévet, quien acompañó como limosnero al Caballero de Malta Durand de Villagagnon, cuando éste vino a las Antillas en son de buscarle inconvenientes a la obra colonizadora de España. El fraile lo llevó a Francia, pero Nicot le dio nombre. El buen fraile no tenía las entradas de embajador, quien lo puso en propias manos de María de Médicis, en donde le vino a la planta el nombre de "Yerba de la Reina", que eclipsó por algún tiempo el nombre de "Yerba del Embajador", con que fue conocida en sus primeros tiempos de Corte. Pero este último nombre tiene un segundo sentido funcional. El puro y el cigarrillo son los mejores aliados de un prudente diplomático. A una pregunta indiscreta, se enciende un pitillo para darte tiempo a la respuesta. Cerca de Gil Borges me quejaba yo de la falta de instrucciones sobre política de nuestro país cuando comenzaba la Segunda Guerra. Para pintar mis apuros de diplomático, le escribí en cierta oportunidad: "La cancillería me está obligando a triplicar la ración de cigarrillos".

Dio Nicot nombre científico a la hoja. De su apellido viene la *Nicotiana tabacum* de Linneo. Pero el fraile Thévet le cobró el honor. No se dejaba robar fácilmente este buen franciscano. Ni tampoco era para quedarse a la callada cuando se trataba de una injusticia. De "quidam" trató a Nicot, por haber dado su nombre a la hoja, diez años después de haberla introducido en Francia. Mas al fraile nada valdrá la primicia de su hoja. Ronsard le consagró una oda por el don del tabaco. Claro que como honores preferible figurar en la antología de un gran poeta que en la lista mecánica de las plantas. Pero el franciscano estaba de tuerce. Alguien informó al poeta que era otro el viajero introductor de la famosa hoja, y en próxima edición la oda apareció dedicada a un tal Belon.

Como elementos que abrieron al Viejo Mundo nuevas fuentes de placeres sibaríticos, ocupan primeros sitios el chocolate y el tabaco. Completaron en realidad el prestigio de nobles rincones. Un prior hubo de sentirse con más autoridad cuando prendía un puro después de sorbida una jícara de humeante chocolate. Humo y humo, vanidad de las cosas del mundo, sueño pasajero que deja el deleite. ¡Qué de cosas sueña el hombre mientras chupan el aromoso cigarro! "Fumar es un placer, genial, sensual...", dice la letra de un viejo tango. Por eso la Inquisición tuvo que hacer con él, y los moralistas aconsejaron su abstinencia. Mas su uso terminó por imponerse definitivamente en el mundo europeo. Los mismos clérigos, a la puerta de los templos, terminaron por exhibirse con un cigarrillo en la boca, antes de officiar la misa. En el siglo XVIII el tabaco era un negocio universal. Por 1806, don José de Limonta, contador mayor del Tribunal de Cuentas de Caracas, escribía; "Todos convienen que antes del descubrimiento del nuevo Mundo, no se conocía el tabaco; pero desde esa memorable época se ha hecho tan apreciable en las otras tres partes del Universo, por su uso, su tráfico y por las grandes rentas que produce, que quizá no habrá otro género u efectos que puedan competirle en alguna de esas circunstancias".

Pero el tabaco, a más del detalle que llevó al Viejo Mundo, aumentó las causas de piratería y del contrabando. No otra cosa buscaron los holandeses cuando metían sus naves corsarias en aguas del Orinoco cuando rondaban nuestras costas marítimas. Entre nosotros, hasta la Guipuzcoana, y aun después, las mayores exportaciones de tabaco se hicieron clandestinamente. Su resguardo, como renta del Rey, vino a llevarse a efecto en 1779, cuando el intendente José de Avalos, el recio organizador de nuestra Renta Pública, procedió a ejecutar la Cédula real de 22 de junio de 1777. Hasta entonces el tabaco era de libre plantación y comercio de los vecinos, mas acrecido su cultivo, con beneficio del contrabando, y cada vez mayores las ansias de las arcas reales. Carlos III ordenó gravarlo, como ya estaba gravado en México y Perú. Creyó más conveniente Avalos que los cosecheros pagasen un tributo



personal antes que estancar el cultivo de la rama. Al efecto, distribuyó entre varias poblaciones una contribución que montaba a (\$ 195.080). Pero los cabildantes de Caracas, encabezados por el presunto conde de San Javier, vieron en el impuesto una especie de capitación que los igualaba al común del pueblo, y se alzaron indignados contra medida que, a su juicio, los convertía en simples pecheros. El intendente oyó las razones y esperó que se reuniesen en la capital un Congreso de Municipios, en el cual se resolvió como mejor estancar la venta y el cultivo de la planta, para cuya siembra y resguardo se fijaron los siguientes distritos: Tapatapay y Guaruto en los Valles de Aragua; Orituco en Calabozo; Barinas y la Grita en la provincia de Maracaibo; Cumanacoa y Tapire en la Nueva Andalucía, y Upata en la provincia de Guayana.

En 1781 el químico español Pedro Verástegui instruyó a los cultivadores de Occidente en la mejor manera de utilizar el urao de Lagunillas, y urao, moy chimó entraron también en el sistema de estanco. "El comer chimó es un vicio como el mascar tabaco", y como hoy mascare el chicle que los yanquis hacen de nuestro pendare indígena<sup>4</sup>. Hubo una época en Venezuela de gran consumo de chimó. Lo usaban los señores y la gente humilde, las mozas y las viejas. "Un hombre de nuestra cordillera, muy notable por su gran sabiduría, pues, además de las humanas letras conocía las divinas, refiere Gonzalo Picón Febres en su rarísimo 'Libro Raro', asistía como diputado a no sé cuál de los Congresos que hubo durante la presidencia del general José Gregorio Monagas. Comía chimó por la una parte, y por la otra ignoraba en absoluto la existencia de las escupideras. Un día, en una de las primeras sesiones de la Cámara, determinó muy campante meterse en la boca una comida, y comenzó a escupir en el petate. Advirtióle el portero de la Cámara y le puso la escupidera hacia la parte que estaba empuercando a quella soca negra que él no sabía que fuese. El diputado se volteó y se puso a escupir del otro lado. Tornó el portero a hacer lo mismo, y aquel diálogo mudo se repitió hasta cuatro veces. A la quinta, el diputado no pudo contenerse y exclamó lleno de ira: —¡O me quita usted la taza o se la escupo!

—Pero, doctor, si para eso justamente es que se usa.

—¡Pues vaya usted a contárselo a su abuela! Las tazas no se usan sino para servir el caldo en las comidas. Y mire, amigo, se la lleva usted ligero, o le rompo con ella la cabeza”.

Fuente principal de entradas fiscales, la administración de las cercas reales, como eran llamados los sembradíos de tabaco, fueron oportunidad de pingües proventos. Tal fue el desarrollo de su cultivo, que en 1797 se exportaron para colonias extranjeras de sólo el puerto de la Guaira, ciento sesenta y seis mil libras. Con sus productos acrecentó su inmensa fortuna el famoso marqués de Casa León. Y el grueso de las rentas producidas por el estanco ayudó unas veces a los realistas, otras veces a los patriotas para el mantenimiento de la guerra. Hasta 1832 duró en la República el sistema de estanco como tributación fiscal.

Cultivó siempre Venezuela sus azulosas vegas de tabaco, principales entre ellas las muy ricas y afamadas de Barinas. En Alemania, y como homenaje a la excelencia de la hija barinesa, se llama Barinas al tabaco.

“Barinas es conocida en los mercados europeos —escribía Depons por 1806— desde hace mucho tiempo gracias a su tabaco”. Y aunque adelante al viajero a reconocer la superioridad sobre el barinés del tabaco de Cumaná, anota que en Hamburgo y Amsterdam se mejora en un veinte o veinticinco por ciento el tabaco de Barinas. Por 1840, anota Codazzi, era el de esta provincia el único tabaco que se extraía de Venezuela. El resto se destinaba al consumo interior. Base principal de su riqueza, Barinas creció tanto al influjo bonacible de su tabaco, que se la dio autonomía provincial en 1786, y más tarde se la quiso dotar de Obispo propio. Para elogiar la buena calidad del tabaco de Guanare, Cisneros lo compara con el de Barinas y dice: “Es de gran permanencia, y muy semejante al de la ciudad de Barinas del sitio de Cochinilla y Mesa de Moromuy, que estiman tanto los holandeses”.

En el año citado por nuestro primer geógrafo, el valor de la exportación del tabaco era de treinta y ocho mil bolívares. Pero, a pesar de la rutina que se imputa a la Guerra Federal, se

exportó tabaco en 1883 por valor de trescientos cuarenta mil bolívares.

Desde chimó hasta los fragantes puros de Capadare y los Guácharos insuperables de Oriente, el pueblo venezolano consumió su tabaco. Envirado, en rama, mó, cigarrillo de picadura suelta, cigarrillo engargolado a máquina, "niño envuelto", picadura en hebra, rapé, puros, etc. En cualquier forma lo fumó o lo mascó, y con el cultivo y con su industria aumentó la riqueza nacional. Veinte y ocho fábricas de cigarrillos tenía Caracas, en 1883, y en el resto del país, según datos incompletos que he logrado, había cosa de cincuenta, donde se labraba la hoja venezolana, para el consumo venezolano y para beneficio del capital venezolano.

¿Qué por cuales razones me remito al año de 1883? Pues por una muy contundente, a fuer de patriótica. En aquel año, Venezuela, agradecida y orgullosa, ofreció una espléndida apoteosis a Bolívar, con motivo del centenario de su nacimiento. Hubo parabólicos elogios e histéricas manifestaciones de bolivarianismo. Tantas como las que hoy vemos. Pero en cambio, en aquel año de gracia los bolivarianos, con Guzmán Blanco a la cabeza, eran hombres de palabras y de hechos. El bolivarianismo de hoy consiste en hablar de Bolívar, en discurrir de Bolívar, en escribir de Bolívar, en erigir monumentos a Bolívar. El bolivarianismo hablado y escrito de 1883 tenía de vigoroso respaldo una realidad económica. Venezuela producía más de lo que consumía y consumía lo que producía la libre y dulce tierra venezolana. Vea usted una estadística de aduanas, y encontrará que en aquel año exportamos por valor de Bs. 83.305.000.,00, incluidos más de mil cuatrocientos cerdos, quinientos pavos y setenta gallinas. (Hoy todo esto nos viene del Norte). En aquel mismo año, la importación llegó a Bs. 56.265.665,00. No pongo las cifras de lo que actualmente estamos importando para comer y vestir, porque no sufran más sonrojo de vergüenza los que sienten a Venezuela con realidad de angustia y viven en lo interior de sí mismos la estéril agonia de sentirse traicionados por la fuerza fraterna de los pitíyanquis. Había, pues, en 1883, testimonio elocuente de que nos manteníamos

fieles a la independencia ganada por el bravo pueblo que siguió la inspiración creadora de Bolívar.

Per nuestra cuenta del momento es con el tabaco y no con los bolivarianos. Cualquiera al bulto diría que nos falta "tabaco", pero no es cierto. Si hay tabaco, aunque no sea para enriquecer a los venezolanos. Nuestro tabaco, como todas nuestras cosas, es para hacer más ricos a los gringos. Conste que a Manuel Octavio Romero Sánchez y a Juan Penzini Hernández nadie los tiene por peligrosos "enemigos del orden". No, señor. Son autorizados juristas de ideas conservadoras, que simpatizan con la defensa de los yanquis dicen que están haciendo de la "civilización occidental", y que llegan a extremos de tan mal gusto como dirigir elogios al mismo señor Truman. Pues, con todo y eso, nuestros compatriotas citados no han perdido la fibra nacional, y recientemente han desnudado los horrores de la explotación de nuestro suelo tabacalero por la Cigarrera Bigott y por la llamada Venezolana de Tabacos, vinculadas al pulpo internacional de la American Tobacco Company. (Una especie de United Fruit Company, con sus mismos sistemas de expoliar a los cosecheros a cuenta de créditos pagaderos en especie, "que los técnicos de la empresa tienen la misión absoluta de clasificar" y de imponer el precio, como con el banano hacen las fruterías. Curioso que no hayan usado con estos tabacaleros protestantes el mismo argumento que la United Fruit esgrime en estos días contra el gobierno guatemalteco que protege a los cortadores de bananos. ¡Cuidado con defender en esa forma nuestra riqueza! Aunque sean conservadores los abogados, el Departamento de Estado puede darles el mote de comunistas)<sup>5</sup>.

Nuestras setenta y más fábricas antiguas de cigarrillos y tabacos han desaparecido. Para ser absorbidas por los funestos tentáculos del capitalismo monopolista. Nuestros amigos nos pintan "una compañía norteamericana amasando millones que brotan del seno de la tierra y del vicio nacionales y unos agricultores famélicos que aran la tierra para cosechar miserias y deudas. A la luz de los nuevos métodos de la política continental, este sistema

de explotación debe desaparecer por antiamericano, y desde el punto de vista de los principios científicos sería infame que no se detengan la leyes venezolanas a reparar tanta onerosa y negra justicia”.

Quizá no estemos de acuerdo en que el cuadro pintado por los distinguidos juristas citados contravenga el actual sistema de política continental, pues no tiene otro propósito el capital yanqui que la influye, sino poner a trabajar al peón latinoamericano en beneficio de sus réditos. Lo demás no es sino gelatina para la publicidad.

Mas la suerte de nuestro tabaco no para en esto. Junto a la explotación de la industria por el capital extranjero o semiextranjero, está la explotación directa de los fumadores por el mismo capital. Hay que ver como se fuma en Venezuela cigarrillo americano, ¡ya qué precios! Hasta los mismos peones que trabajan para el industrial gringo, fuman cigarrillos “Camel”, “Chesterfield” y “Philips Morris”.

No hay razón alguna para que en Venezuela no se hayan tomado medidas contra la introducción abusiva del cigarrillo norteamericano, mucho más cuando los fumadores de rubio pueden lograr magníficos tipos entre los que produce la industria seminacional. Parece que el llamado industrial criollo no tuviese interés en defenderse del importador, por cuanto pertenecetodos a la misma familia internacional encargada de expoliar nuestro suelo en una u otra forma. Todo queda, pues, entre hermanos ocupados en el mismo oficio y que frecuentemente aparecen tirándose de las greñas. “Así se extrae y migra la riqueza del país. Dólares que aquí se multiplican y vuelan a otras tierras dejando míseros salarios y estela de decepción y desánimo ciudadano”, escriben Romero y Penzini. Así emigra y se convierte en humo todo lo nuestro. Humo, humo, humo. Todo se va a las nubes, camino de las estrellas. Al pueblo se echa humo en los ojos para que crea los cuentos de brujas con que es explotada y aprovechada su beatífica paciencia, y para la hora de una centrada vigilia se le recomienda leer “La Historia del Tabaco”.

## YUCA

a Reinaldo Sánchez Gutiérrez

“Comida para contra la gula”, dice el jesuita José de Acosta que llamaban los de su comunidad de La Española al pan de casabe. Y agrega: “Es necesario humedecer el cazavi para comerlo, porque es áspero y raspa; humedecerse con agua o caldo fácilmente, y para sopas es bueno, porque empapam mucho, y así hacen capirota de ello”. Áspero y bueno “para contra la gula”, el casabe ha sido, como la yuca, de donde viene, el más leal, modesto y aprovechado recado de boca de pueblo venezolano. Que se acabó el antiguo trigo, que escasearon las papas, que faltó el arroz, que subió el maíz, se escucha en hogares y mercados. En las poblaciones que lo comen, nunca faltan las buenas tortas de casabe. Cuando la langosta destruye los maizales, queda la yuca. Cuando la cosecha de papas pierde, la yuca perdura. Hay venezolanos que no saben comer casabe. Yo me sentí integralmente nacional cuando pude estimar por igual los diversos panes que consume el pueblo.

La yuca es para nuestro pueblo un gran amigo. El español la encontró en el conuco indígena, junto con la enhiesta caña de maíz. Para nuestros indios, procedentes de la selva amazónica, la yuca y sus derivados, corresponden al “complexo da mandioca” de los Tupi-Guaraní, que Arthur Ramos enfrenta al “complexo de milho” de los indios del Centro y Norte de América. (Yuca-Maíz, como distintivo de la cultura agraria de las grandes masas pobladoras del nuevo Mundo). Cuando el español llegó al territorio que hoy es Venezuela, tropezó con indios que poseían los tres principales productos utilizados como base alimenticia: maíz, papas y yuca (*Manihot dulcis* y *Manihot utilisima*). El primero, o sea el maíz, pasó a competir con el trigo importado; la yuca quedó más en el ámbito rural. Sin embargo, fue desde el

principio aprovechada como fuente de nutrición general. “Es un pan muy sano, y suple por el Vizcocho”, escribía, en 1764, del casabe, José Luis de Cisneros.

Generosa planta, la yuca fue compañera inseparable del indio. En ella tuvo el aborigen fuente para varios fines. “Pan para sustentar la vida: licores de dulce e agro, que les sirve de miel e vinagre: potage que se puede comer, e se hallan bien con él los indios; leña para el fuego, de las ramas de esta planta cuando faltasen otras, e veneno e ponzoña tan potente e mala”, escribió Fernández de Oviedo en su maravillosa “Historia General y Natural de las Indias”. Desde las tierras calentanas de los litorales hasta alturas vecinas a los dos mil metros, prospera la yuca, que al igual el banano, no pide auxilio al riego ni a la podadera. Planta de aguante, ha sido el sufridor del admirable, paciente y generoso pueblo venezolano.

Como recado de olla se la utiliza para nuestro típico sancocho. Un sancocho sin yuca, así lo acompañen las mejores raíces, es sancocho fallo. Como “cosa de pan”, según dicen en el Táchira, compite en la mesa con la arepa y con el plátano; como golosina de buen precio, los buñuelos de yuca dan tipicidad a la cena navideña de muchas regiones venezolanas. (Hoy, desgraciadamente, la panadería y el mercantilismo están sustituyendo nuestros buñuelos y nuestro dulce de lechos a por unos ponqués cargados de esencias que traen de Estados Unidos para la Navidad).

Cuando se le ha quitado la fécula, utilizada como harina y como almidón, se hace con ella el casabe, que es pan complementario de la alimentación de nuestro pueblo. En los mercados de las principales poblaciones de Centro, del Oriente y del Sur de Venezuela, la torta de casabe tiene despacho como artículo de primer orden. Sobre el blanco mantel compite con el aristocrático pan de trigo. La diabetes de un buen Obispo ha provocado la esterilización del casabe. Para quitar todo gluten al Prelado, se le recomendó casabe. Sus hermanas dieron en fabricar una maravillosa torta que, saltando de los manteles episcopales, salió de las casas amigas. A poco el casabe estilizado llegó a ser fino

bocadillo en las grandes fiestas de sociedad. Ha logrado el honor de ser servido en bandeja de plata.

Cuando los valores nacionales se disuelven, la yuca logra sitio de excelencia. Humildemente vivió en los campos, como agricultura de segundo orden. A nadie enriqueció jamás su venta ni la venta de sus magníficos productos. De hacer casabe y almidón han vivido muchas familias rurales. Ni se le ha monopolizado ni se le ha acaparado por logreros. Recolectar casabe fue misión principalísima de los preocupados intendentes de la vida heroica. Con cecina, papelón y casabe mantuvieron sus fuerzas homéricas los soldados que nos dieron independencia. Más que al trigo, más que al maíz, la libertad debe a la yuca. Si nosotros llegásemos algún día a elegir un refrigerio para nuestra Pascua patriótica, tendríamos que celebrarlo a gusto de cecina, papelón y casabe. Ni indio, ni español, sería mestizo como nuestra sangre, como nuestra conciencia, como nuestro mundo.

Guaicaipuro, el Negro Miguel, Andrea de Ledesma, Juan Francisco de León, Simón Bolívar reforzaron sus energías con el blanco pan de la yuca. Pan resistente, el único que jamás no ha traicionado, reclama devoción y nuestro elogio. Para honra de quien tanto nos ha servido y para alivio de nuestra carencia de otros panes, debiéramos elevar el mañoco a la dignidad que quiso dársele cuando, durante la Segunda Guerra, se ordenó que le fuese agregado a la harina de trigo en la elaboración del pan. "Harina del país", lo llamaron los portugueses del Brasil, para distinguirlo de la "harina del Reino", como era nombrada la de trigo.

"Dura el cazavi mucho tiempo, y así lo llevan en lugar de vizcocho para navegantes", agrega el Padre Acosta. Fuerte, sí, como la propia presencia del pueblo. Dura, no sólo para navegantes, sino como expresión de una economía que ha resistido todo abandono. La yuca es el mejor símbolo de nuestra paciencia y de nuestra fuerza resistente. La yuca, que ha sido dadivosa y leal en todo momento de nuestra historia.

Como testimonio de nuestro propio encuentro, debemos mirar hacia estos valores agrícolas que sirvieron de nutrimento a



nuestro pueblo antiguo. ¿Por qué no se realiza una campaña dirigida a intensificar el consumo del pan de nuestra tierra?... Nuestro casabe, nuestro mañoco, nuestro plátano, nuestra arepa, ¿no serían suficientes para reducir a lo estrictamente necesario la introducción de harinas extranjeras? Siempre hemos caído en la ridícula preferencia de las cosas "Made in U.S.A." o "Made in England". Del Norte están viniendo por deleite de incautos "Orange pie" y cosa por el estilo. Una señora me acaba de informar que están trayendo arepas de Estados Unidos. Lo malo no es que las traigan, sino que las dejen entrar. Pero nosotros no sólo las dejamos entrar sino que las compramos. ¿Cómo desechamos lo nuestro! ¿Puede alguna torta reseca venida del Norte, competir con la deliciosa Naiboa, con que nos regala el casabe, cuando se le adereza con queso y miel de papelón?

Claro. Tú, imbécil pitiyanqui, no lo comes, porque es plato de la tierra. Tú necesitas algo que te aristocrate. Algo que diga cómo eres persona "bien". Tú podrías comer la Naiboa si te la sirvieran en el Waldorf Astoria. "¡La cátedra!" "Estos gringos sí saben comer", sería entonces tu lela expresión de descubrir de los valores que menos precias en tu propia patria. De espaldas a lo nuestro, con los ojos puestos en los caminos por donde se fuga la responsabilidad, nos advertimos cómo los otros hacen caída y mesa limpia con las cartas de nuestros más altos valores nacionales. Volvamos humildemente sobre nosotros mismos, y en lo nuestro, en nuestra tradición, en nuestra historia, en nuestro suelo agradecido, hallaremos la claridad que nos permita ver el verdadero rumbo de nuestro pueblo. Afinquemos nuestra voz sobre valores de la vieja libertad garantizada por la autonomía de nuestro pan. No olvidemos que la palabra insolente de Drew Pearson tiene voluntades que la empujan y hacen coro. Empieza el desvergonzado columnista por asentar una verdad: "La economía de dichos países (Venezuela entre ellos), depende, casi por completo, de Estados Unidos". Esto nadie lo niega. El más sufrido nacionalista ha de reconocer esta desgracia, como el leproso sus úlceras pésimas. Lo demás es la consecuencia: pérdida la autonomía económica, los pueblos

acaban por perder también su autodeterminación política. Por ello, sin mayores escrúpulos, el infame vocero del Tío Sam, insinúa la entrega de nuestra soberanía de república. Claro que Drew Pearson no está a sueldo ni es agente de Departamento de Estado. Pero es la voz del "Tío Vivo". Carrusel y Tío Vivo valen lo mismo. Y el Tío Sam es el "tío" vivo.

## **TIERRA OCUPADA**

a Carlos Sequera

Cuando el Departamento de Estado creyó necesario a los intereses de Estados Unidos intervenir en la política de Nicaragua y de la República Dominicana, envió su lindas y poderosas naves a las playas desguarnecidas de ambos países. La América hispana siguió con devoción ejemplar el calvario de Las Segovias, donde Sandino se convirtió en símbolo de la resistencia contra el grosero invasor. Sandino no era un santo. Sandino fue una fuerza puesta al servicio de la América libre. La invasión se hacía entonces por medio del big stick con el viejo cazador de tigres africanos quiso dominar la altivez de la América española.

Los medios han mejorado en los últimos años, y hoy para la ocupación no es necesario hacer uso de marinos ni de lindas naves de guerra. La ocupación se hace lentamente, suavemente, alegremente. No es preciso exponer el propio pellejo ni asustar a los indígenas. Todo lo contrario. Los indígenas se sienten profundamente complacidos. "No hay como los jugos americanos", decía en estos días cerca de mí una fatua señora de la aristocracia caraqueña. "Es de que a uno no le queda ni el olordel verdin en la mano es una gran cosa" esta señora es una legítima pitianqui, al servicio inconsciente de la invasión extranjera. Y lo que se diga de los enlatados, puede y debe decirse de los demás artículos importados. Son los marinos de la nueva ocupación, a quienes los alegres pitianquis abren festivamente los caminos de la nación.

Acabo de recorrer el inmenso valle de Quíbor y El Tocuyo. Hay sembrado un poco de sisal, que lejos de trabajarse en su totalidad, se exporta en su mayor parte como materia prima, con mengua de la industria nacional. La tierra está seca y sedienta. También está sedienta la hermosa ciudad de Barquisimeto. Si esa

tierra tuviese riego, allí crecería hasta el árbol del Bien y del Mal. Basta mirar las copas luminosas de los robles y de los araguane-yes que acusan la vecindad subterránea de las venas de agua, para pensar en el milagro que allí harían, si no unos embalses, al menos unos molinos de viento o unas bombas movidas con petróleo. Eso sería sembrar el petróleo para que naciese pan comestible. Pues en aquellos ardientes y desolados caminos, se encuentra el pasajero a cada paso con los marinos de la ocupación. "Fume Camel", "Tome Coca-Cola", "El Chesterfield es mejor", "Sopa Continental de pollo y fideos", "Beba Bidú", "Consuma Avena Quaker", "Coma Queso Kraft". Se olvidan quienes plantan estos avisos que al hacerlo arruinan la soberanía económica del país. Digomal. Quienes lo plantan no saben lo que hacen. Hay mayores de edad que pueden hablar por sí propios. Aquellos obran inadvertidamente, como el recluta que dispara inconsciente contra su hermano. Los culpables son los pitianquis, que hacen el juego a los invasores. El pueblo que consume está coses empujado a ello por sólo la propaganda y la moda. La publicidad al servicio irrestricto del extranjero es como la tienda de los Esfialtes. Ahora se hace propaganda al camión amarillo de la "Coca-Cola", como al "Mensajero de la Buena Vecindad". Estamos. (En Francia e Italia se llama "cocacolas" a los pitianquis). A fin de que esa "buena vecindad" prospere, es necesario destruir todos los valores sencillos, ingenuos amables que se conjugan para dar resistencia realista a las líneas morales de nuestra tradición nacional.

En Barquisimeto, tierra rodeada de ingenios y de trapiches, busqué un vaso de guarapo, al fin de algunas vueltas, un chófer fue conmigo a la única guarapería que hay en la ciudad. Una sola venta de guarapo existe en la capital opulenta de la caña de azúcar. En cambio, la ciudad ofrece el espectáculo desagradable de que se vean por todas partes los llamativos avisos de las bebidas extranjeras. Cuando yo rodaba por las calles de Barquisimeto, pensaba si tiene algo que hacer la superficie comercial de esta gran urbe con la urbe antigua, donde la República tiene guardado tantos valores de entereza y de cultura.

A fuer de imaginativo, fabriqué mil cuadros argumentados en los funestos avisos que despersonifican las ciudades de Venezuela. ¿No se habrá dado cuenta las autoridades de que estos vistosos avisos son en realidad como banderas que anuncian el triunfo del enemigo? Para recibir a Boves, los colonialistas de 1814 ocultaban el tricolor mirandino y vestían la ciudad con banderas que simbolizaban la soberanía fernandina. Era el más elocuente testimonio de adhesión al régimen victorioso. Los anuncios de mercaderías yanquis son el testimonio de nuestra inconsciente renuncia a la soberanía nacional.

Pero estos diligentes marineros, que libran tierra adentro la batalla de la ocupación, tienen sus magníficos cuarteles en las capitales. En Caracas y Maracaibo, pongamos por caso, existen esas maravillosas tiendas que se llaman Sear Roebuck. Son pedazos de Broadway y Brooklyn trasladados a nuestro patrio suelo. Parecidos a estos establecimientos debieron haber sido los depósitos de la Compañía Guipuzcoana, contra los cuales se levantó en nombre de la Patria Juan Francisco de León. Estos grandes almacenes indican la plenitud de señoría de los yanquis en nuestro suelo. Cuando uno piensa en la Embajada Americana, dominando a la ciudad desde la sagrada eminencia de un repliegue del Ávila; en los grandes palacios de la Creole; en los super-almacenes de Sears; en las primorosas exhibiciones de automóviles, y en los mercados del Señor Rockefeller, se siente como si le estuviesen aplicando Seconal-sódico. La conciencia se deshace y no sabe uno qué capítulo de la historia está viviendo. Pues bien, cuando se inauguran estos grandes teatros del mercantilismo yanqui, hay derroche de regocijo criollo, y hasta el Obispo, arreado de capa pluvial y brillante mitra, lo bendice, como si se tratase de bendecir un manadero de agua clara.

Vigorosamente guarnecidas y vigiladas por el ojo militar pueden estar nuestras costas. Ello no obsta para que los marinos de ocupación sigan entrando. Y sigan siendo alabados por los pitinyanquis. Su derrota y expulsión es problema de realidad. Necesitamos una vigilante actitud que nos permita detener el paso a esos

festivos intrusos. Cerrar una fila de conciencias que ni se abran a los halagos fáciles ni se dejen rendir a los cantos de sirena. De otra parte, mirar hacia una tierra que pierde, por el abandono, su alegría salvadora. Lo que nos da su entraña opulenta, convertirlo en riego, en máquinas y abonos que hagan cuajar y multiplicar las diversas cosechas con que abastezcan las industrias y mercados. Nuestro petróleo y nuestro hierro, retornarlos a la tierra en ferrocarriles, en diques, en tractores, en molinos que aumenten la verdura de un suelo que pierde, por la sed y el abandono, la alegría antigua. La antigua alegría de las tierras cultivadas por hombres libres...

## Notas

- 1 Camburo o cambureson voces con que nuestro pueblo designa a esta musácea. Yo aprendí en Occidente a llamarla cambure.
- 2 Persona de autoridad medice que fue primera en aparecer, en el orden político, la frase "cortar el cambure", como sinónimo de estar mal con el gobierno, en razón de que se dejaba de cortar los bananales domésticos a quienes tuviese influencia, cuando Samuel Darío Maldonado, como Director de Sanidad, consideró dichas plantas peligrosos depósitos de zancudos.
- 3 La prensa acaba de informar que durante 1951 se importaron 13.317 automóviles, valorados en \$ 21.600.000, pero se importaron apenas 1.288 tractores, con un valor de \$.d. 3.600.000. Es decir, Venezuela compró para la fiesta, mientras otros países buscan elementos de trabajo y de riqueza. Después, ¡Qué nos ensarte el Diablo!
- 4 La sarapia, el pendare y el balatá, más que agricultura, son productos naturales de nuestra opulenta selva del Sur. La primera se intentó cultivar domésticamente antes de la crisis de los precios.
- 5 Se me informa por persona bien ilustrada, que el único vínculo que tiene la tabacalera venezolana con capital extranjero, lo representa la participación que en ella tiene la firma Beco-Alcoa.

## ÍNDICE

### MENSAJE SIN DESTINO

*(Ensayo sobre nuestra crisis de pueblo)* .....13

### ALEGRÍA DE LA TIERRA

<i>Pórtico</i> .....	107
<i>Mario Briceño Iragorry</i> .....	109
<i>Prólogo galeato</i> .....	123
<i>La transformación</i> .....	127
<i>Café</i> .....	131
<i>Una taza de café</i> .....	135
<i>Cacao</i> .....	143
<i>Cambure</i> .....	147
<i>Papas</i> .....	153
<i>Maíz</i> .....	161
<i>Ganado</i> .....	167
<i>Algodón</i> .....	173
<i>Trigo</i> .....	179
<i>El pavo</i> .....	183
<i>La huerta</i> .....	189
<i>Neveras</i> .....	195
<i>La muerte de los Kateyes</i> .....	201
<i>Celuloide y “5 y 6”</i> .....	207
<i>Añil</i> .....	211
<i>Responso a la vieja pulpería nacional</i> .....	215
<i>Guaicaipuro</i> .....	223
<i>Caña de azúcar</i> .....	227
<i>Arroz y tordos</i> .....	235
<i>Tabaco</i> .....	241
<i>Yuca</i> .....	251
<i>Tierra ocupada</i> .....	257



5 0 . 0 0 0                    E J E M P L A R E S  
impresos durante el mes de noviembre de 2007  
en los talleres de Fundación  
Imprenta Ministerio de la Cultura  
Guarenas    Venezuela.  
En su impresión se usó papel Prensa.

**Mensaje sin destino**  
**Alegría de la tierra**  
**Mario Briceño Iragorry**

La crítica hacia la sociedad de consumo, la bonanza petrolera que fomentó el abandono de nuestra agricultura y de nuestro suelo, los valores nacionales perdidos en el marasmo de culturas extranjeras, el reemplazo de la memoria histórica por la improvisación y la inmediatez, y en consecuencia, la pérdida de nuestra identidad nacional son los temas que recoge esta selección de dos libros magistrales del escritor venezolano Mario Briceño Iragorry (1897-1958): *Mensaje sin destino* y *Alegría de la tierra*. Hombre crítico, Briceño Iragorry plantea en sus textos la necesidad de investigar y analizar reflexivamente el pasado histórico, ya que sólo a través de él encontraremos las herramientas que, como pueblo y como nación, nos permitirán ser dueños y actores de nuestro propio destino.

  
**Biblioteca Popular para los Consejos Comunales**  
serie *Visión de América*

